



# Una Escuela

Agustín Nieto Caballero





# Una escuela

---

*Agustín Nieto Caballero*

*Bogotá, Colombia, 1966*

## **Comité Editorial**

Claudia Nieto de Restrepo

### **Representante de la familia Nieto**

Víctor Alberto Gómez Cusnir

### **Rector**

Juan Sebastián Hoyos Montes

### **Vicerrector**

Alberto Ferro Casas

### **Procurador**

Camilo De-Irisarri Silva

### **Coordinador Celebración Primer Centenario**

Federico Díaz-Granados

### **Director de la Agenda Cultural**

Helena García Echeverría

### **Centro de Documentación**



## **Una Escuela**

Agustín Nieto Caballero

### **Gimnasio Moderno**

ISBN 978-958-97078-5-2

© Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, sin permiso escrito de los editores.

**Diseño:** Sanmartín Obregón & Cía

**Primera Edición:** Noviembre de 1966

**Segunda Edición:** Mayo de 1993

**Tercera Edición:** Marzo de 2014

**Impreso en Bogotá D.C., Colombia por:** Sanmartín Obregón & Cía

## Índice de contenido

---

Prólogo	9
Antecedentes I	13
Antecedentes II	33
Nuestros ideales	35
Los maestros	47
La disciplina	61
El sentido social de la escuela	79
La Cruz Roja Juvenil en acción	79
El juego de la salud	81
Despertar y encauzamiento de la sensibilidad social	84
La comprensión internacional	90
Fe en la juventud	97

---

El espíritu de la enseñanza	103
Preliminar	103
A. El jardín de niños	104
B. La enseñanza primaria	111
C. El año preparatorio o de transición	125
D. La enseñanza secundaria	126
Las excursiones	151
Visión de Los Llanos	159
Excursión a la cueva de Tuluni y el río Saldaña	165
En la montaña	168
En el mar	169
La escuela en marcha	171
Una orientación que no cambia	171
Las novedades	174
La capilla	175
El arte en la escuela	176
La protección de los animales	178
Los scouts	179
La educación física	179
El gimnasio cubierto	185
Las bibliotecas	185
La biblioteca infantil	186
La biblioteca de la rectoría	187
El centro de documentación	188
La sala de mapas	190
El material de enseñanza	191
Los laboratorios	191
Las aulas	191
Las encuestas	192
Los trabajos en equipo	193

## Índice de contenido

---

El Aguilucho	196
Colaboraciones especiales de los alumnos mayores	196
La vida social	198
El servicio médico	200
La educación cívica	203
El espíritu del Gimnasio	209
El Gimnasio Femenino	211
Fundadores y promotores	212
La orientación	213
La Escuela de Administración Industrial y Comercial	217
Conclusión	221





## Prólogo

---

**E**l 2014 es el año del Centenario del Gimnasio Moderno, una oportunidad de lujo para detenernos y repensar el camino que trazaron nuestros fundadores hace un siglo cuando con gran intuición concibieron un colegio que estuviera a la altura de los tiempos y revolucionara la educación no solo en el país sino en el continente. Hemos sido pioneros en implantar modelos pedagógicos como la Escuela Activa y la Disciplina de Confianza con el propósito de formar generaciones de estudiantes autónomos y comprometidos en transformar la sociedad para contribuir a la construcción de un mundo más equitativo y humano.

Para entonces don Agustín Nieto Caballero había aprendido que las aulas no eran espacios en donde los maestros repetían pensamientos ante alumnos confundidos. Abogó por la libertad en la expresión, el abandono de la repetición y el castigo como fuente de aprendizaje. Como Paulo Freire amó la libertad y la vida, entendió que los hombres de acción no se hacen solo con la madera del pupitre sino que husmean el campo y como valientes exploradores se atreven a comprobar sus mapas. Para él no podía el niño crecer sin alegría a través de letras y condumios prefabricados. Él, el “caballero andante de la educación”, sabía que nuevos hábitos debían formarse para adaptarse a los nuevos tiempos, no podía aspirarse a tener hombres de bien sin consolidar en ellos la firmeza del carácter y su singular personalidad. La Escuela Activa vendría a ser entonces una propuesta en donde el alumno capaz de dirigirse a sí mismo en las dificultades, se ve obligado a superarlas, porque eran seres que buscaban la guía en la mano amiga del maestro, que intuían al mejor estilo de Pestalozzi, que los problemas existen, no porque se planteen en la comodidad del tablero, sino porque vale la pena encontrarlos en la comodidad de la vida.

Por eso don Agustín incorpora a *Una escuela*, todo lo que en su tiempo encontró y le fue útil para imaginarse un mejor país. Los métodos pedagógicos que abordó los puso en práctica en estos pinos y desde el balcón centenario los observó diariamente en medio del aleteo ingrávito de las palomas.

Son, estas páginas que reeditamos en el marco nuestro Centenario, los folios que llenó de reflexiones y propuestas, siempre en pleno ejercicio de su lucidez, de su sensibilidad y de su criterio. Hoy este libro podría ser nuestra carta de navegación, la columna vertebral de los cien años que acaban de pasar y el futuro por venir. Ha sido el andamio para que nuestra institución siempre haya sido vigorosa y coherente con los postulados de sus fundadores que confirma que nuestra diaria tarea sea un espacio de recreo inteligente y construcción del *Bello carácter* de muchos colombianos. Don Agustín nos dejó en muchos de sus libros y en *Una escuela* los documentos necesarios para no extraviarnos en este mundo *ancho y ajeno*. Son dichos textos nuestra brújula, nuestra cartografía, nuestro verdadero instrumento de navegación segura porque los desafíos de los tiempos vienen cargados de confusiones y desviaciones. Cada rector lo ha interpretado de acuerdo a su talante y sus matices, pero todos hemos navegado con la seguridad que dicha brújula siempre nos conducirá a puerto seguro, sin importar los vientos y las mareas. *Una escuela* seguirá siendo así un documento inspirador y un destino definitivo para sus devotos lectores.

***Víctor Alberto Gómez Cusnir***

*Rector del Gimnasio Moderno*



*Agustín Nieto Caballero - 1934*



## Antecedentes I

---

A los muchachos a quienes hacia 1910 sorprendía la mayor edad en una universidad europea o norteamericana, les había tocado en suerte presenciar una intensa e inusitada efervescencia ideológica en el vasto campo de la educación. Filósofos y sociólogos descendían de sus altas cátedras para analizar los problemas de la escuela; en revistas y en libros se urgía con insistencia el cambio de los métodos ya caducos por otros más en consonancia con la salud del niño, con el libre desarrollo de su personalidad y con el sentido de cooperación social que había de servir de norma a la sociedad contemporánea; y, lo que era más significativo, media docena de planteles del nuevo tipo habían levantado sus tiendas de campaña en Europa, en los Estados Unidos y en la India, y comenzaban a mostrarle al mundo los resultados de su audaz experimento.

¿Sería infecunda esta semilla en las tierras de nuestra América? ¿Podría Colombia, de cuyo amor por las cosas del espíritu se hablaba siempre en el extranjero, tomar la iniciativa de la primera siembra? Hacer el experimento era tentador para quien llevaba en la sangre el fuego de los veinte años, y en el espíritu un terco propósito de acción. Oír a los grandes maestros; leer sus obras; observar de cerca el funcionamiento de aquellas escuelas que se anunciaban como una redención; atesorar ideas: tal era el programa inicial impuesto por el espejismo de esa escuela nueva, que sería un fermento de renovación escolar dentro del territorio patrio, y que algún día —¿por qué no?— haría hablar bien de Colombia, contribuiría al progreso colectivo con iniciativas generosas y fecundas.

El intento fue pronto actividad continua.

Los años de preparación se sucedieron en cabal consonancia con el programa trazado. La Sorbonne, el Teachers College de la Universidad de Columbia, el Instituto de Ciencias de la Educación de Ginebra, la escuela L'Ermitage de Bruselas, la Institución

Libre de Enseñanza de Madrid, fueron centros inspiradores, y los maestros más venerados se llamaron: William James, Dewey y Thorndike; Durkheim, Binet, Bergson y, Boutroux; Decroly, Ferrière, Bovet y Claparède, Giner de los Ríos, Altamira y Cossío.

Las excursiones que pudiéramos llamar de curiosidad pedagógica abarcaron todos los países de la Europa Central, América del Norte y, más tarde, las repúblicas hermanas del sur. Era, pues, muy nutrida y variada la información que serviría de sostén al experimento educativo que se hiciera en nuestras tierras del trópico.

Viejas notas, releídas ahora, denuncian una irrevocable vocación desde los albores de la juventud. Son las notas de viaje de un estudiante en leyes, pero no hay nada allí que dé un indicio de ello, ni siquiera la curiosidad de conocer a los famosos expositores de las ciencias económicas y jurídicas en los grandes centros visitados. Los problemas educativos son, en todos aquellos apuntes, la obsesión, una obsesión única y fuerte. Un día lo relatado es la enseñanza adquirida en un laboratorio de biología; otro, el estudio de la organización del departamento infantil de una gran biblioteca; aquí aparece la emoción de haber presenciado una clase de gimnasia rítmica dirigida por el propio Dalcroze, o de haber conversado largamente con Lighthart en la Haya, con Sluys en Bruselas, con Giner en Madrid, con Angelo Patri en Nueva York, con alguno de aquellos célebres maestros admirados a distancia desde hacía ya mucho tiempo; más allá surge, en frases muchas veces candorosas, la alegría de haber respirado por algunas horas la atmósfera vivificante de una escuela nueva enclavada en alguna montaña suiza o en un rincón de Alemania o de Inglaterra.

Todos esos apartes aparecen escritos febrilmente, en hojas que llevan el membrete de innumerables ciudades extranjeras, y también en el reverso de los menús, de los programas de teatros, y aun de los avisos que reciben los pasajeros en los buques y ferrocarriles. Se ve, pues, que la obsesión acompañaba al turista de la pedagogía a donde quiera que iba, y en todas las horas del día. Era un impulso innato que buscaba abrirse cauce. Conviene decirlo, una vez por todas, para que no se hable de un sacrificio que jamás existió. Salir de la universidad para lanzarse a trabajar inicialmente en una escuela primaria, pudo parecer una excentricidad, pero todo se hará claro cuando se vea el alcance de renovación —desde el jardín de niños hasta la universidad— que se le daba a esa obra incipiente, y el fervor vocacional que en ella se ponía.

El viajero regresó a la patria ocho años después de haber salido de ella. Lo acompañaba una abundante y preciosa mercancía: libros, muchos libros, unas cuantas cajas del material didáctico usado en los jardines de niños y en las escuelas primarias del nuevo tipo, y no pocos documentos relacionados con la educación secundaria y superior. Con el peregrino y su equipaje, navegaba hacia Colombia la fe en una ilusión.

Caminando a grandes pasos sobre la cubierta del buque, soñaba aquel iluso, exaltada su imaginación por el aire marino, que marchaba con las botas de las siete leguas hacia un país de ensueño. El paso de los pies de plomo, bueno para la edad madura, no podía ser el reclamado por la desbordante juventud de aquella hora: esas botas de las siete leguas había que calzarlas para lanzarse a la ventura de realizar una quimera. Realizar una quimera: tal era la aspiración paradójica que convenía al aliento juvenil de esa hora decisiva.

Colombia estaba ya a la vista. El día de prueba había llegado. Sobre la proa del barco ondeaba la bandera de amarillo, azul y rojo que, desplegada sobre el cielo de la patria, enardecía el entusiasmo del viajero, encendía sus ánimos, fortificaba su voluntad para la lucha recia que los desconocidos enemigos pudieran presentar. No se trataba ciertamente de sacrificarse por una idea, sino de batallar por ella y para ella. Era un ideal de vida y no un ideal de muerte el perseguido, y esa vida había que vivirla tercamente, por sobre todos los pregoneros del pesimismo, por sobre todos los que hablaban de feas alimañas que en el trópico nuestro mordían en la sombra; de enanos fuertes y obcecados que obstruían el paso del caminante; de gases deletéreos que invadían de pronto la atmósfera, haciéndola irrespirable. En aquellos cuentos terríficos solo faltaba la dulce presencia de las buenas hadas, y en esas buenas hadas era preciso confiar.

El recién llegado soñaba en grande, y dirigió sin vacilación sus pasos hacia el jefe del Estado. Una escuela modelo en donde pudieran experimentarse los nuevos sistemas en beneficio de todo el país, y en la que al mismo tiempo se orientara al magisterio, podría ser la piedra angular del vasto edificio que era urgente construir. El inteligente y bondadoso mandatario escuchó con paciencia la larga exposición que venía a hacerle el joven compatriota, de quien más tarde llegaría a ser tan fiel amigo, y con la honradez que en él siempre fue una norma, le hizo ver que aquella iniciativa haría mejor camino si se mantenía libre de las trabas oficiales, sujeta únicamente a los planes de un grupo de ciudadanos entusiastas.

Comenzó entonces la impaciente búsqueda. Algunas de las personas cuyo concurso fue solicitado, sonrieron; otras suspiraron con aire compasivo; las más dejaron oír la frase que, por su intención, pudiéramos llamar lapidaria: “Aquí no se pueden hacer esas cosas, no estamos preparados”. A unos y otros se les convocó a una serie de reuniones en las que se habían de exponer los principios fundamentales de las escuelas nuevas. A la primera reunión asistieron, cien personas, a la segunda diez, a la tercera cuatro. Y fue aquel núcleo pequeñito, abroquelado contra el escalofrío de la derrota, el que se propuso mostrar a los incrédulos que la obra proyectada era posible, que llegaba en tiempo, y que las cosas que llegaban en tiempo no fracasan jamás.

Dos grandes patriotas fueron los inseparables e inmejorables compañeros desde el primer momento: don José María y don Tomás Samper.

Sobre la bella personalidad de don José María Samper, sobre aquella energía, aquel idealismo y aquella bondad que se confundieron armoniosamente en una sola vida, habrá que escribir algún día un capítulo emocionado, para ejemplo de todas las gentes de nuestra América. Hizo una fortuna para darse la alegría de devolverla a la sociedad en obras de cultura y de bien público. Dio siempre la impresión de que el único hombre de quien se olvidaba era de sí mismo. Comprendiendo todo lo que significaba educar a las nuevas generaciones, había de dar para ello, sin medida, no solo su dinero sino su vida también.

Don Tomás Samper fue el dinámico consocio de su hermano en grandes empresas industriales y en nobles empeños de redención social. Se había vinculado a muchos negocios —era un hombre de negocios—, pero desde la creación de nuestra escuela, no habría ya uno solo que le interesara más que esta activa factoría de buenos ciudadanos que comenzó a dar desde su iniciación cuantiosa pérdida mensual. Él, con su clara inteligencia y su íntima comprensión de la compleja obra emprendida, redactaría los estatutos que cristalizan el espíritu de la nueva escuela. Le habríamos de ver, en días muy ocupados, encerrarse en su oficina y negarse a recibir a quienes no estuvieran citados allí para hablar de nuestra empresa, porque para él valía esta institución mucho más que todos sus intereses personales.

Con amigos de ese temple, cuya muerte haría todavía más viva su presencia espiritual, y con los que vinieron luego a prestar un poderoso concurso moral y material, no habría obstáculo que no se pudiera vencer.



El Gimnasio Moderno abrió sus puertas a una veintena de chicuelos, ninguno mayor de doce años, en la mañana del 18 de marzo de 1914. Voluntariamente limitamos el número y la edad de los alumnos porque aspirábamos a que nuestra obra naciera pequeña y creciera normalmente. Desconfiábamos de las cosas que se inician grandes. Dábamos ya un sentido biológico a nuestro experimento.

La vivienda que ocupamos fue una casa bien modesta, situada, sí, en las afueras de la ciudad, para llenar cumplidamente uno de nuestros más caros afanes: buscar al amparo del aire puro del campo, la salud plena y la plena alegría en nuestros muchachos, pero sin alardes de lujo o siquiera de comodidades. Lo primero era crear el espíritu de la obra. La construcción material vendría después.

Una sociedad por acciones se había constituido para hacer frente a los gastos de este empeño pedagógico. Gentes hubo que en un principio se acercaron a prestar su ayuda generosa, pero que nos abandonaron pronto, y prudentemente se esperaron para volver, a que la terquedad de los menos numerosos hubiera probado que el intento que nos había unido no era una utopía. Otros se alejaron para no volver más, la continuidad en el esfuerzo era condición esencial, y no todos la tuvieron en igual grado de intensidad; pero hubo los hombres necesarios para mantener prendida la llama, mientras tomaba fuerza, y despedía luz y calor en su derredor.

En pocos años se extinguieron los dineros suscritos por los accionistas de la sociedad anónima creada; pero en este mismo lapso la quimera inicial se había transformado en realidad estimulante. Si los libros de contabilidad presentaban déficit, los muchachos sanos, alegres y enamorados de su escuela, eran un magnífico superávit espiritual que compensaba ampliamente de todos los deterioros materiales. Pudo entonces planearse una asociación renovada, y perder dinero en más grande escala, porque ya la confianza en la obra así lo permitía. La compañía anónima inicial apenas había logrado reunir US\$20 000 dólares en acciones de \$240 pesos cada una, pagadas en 24 mensualidades; para la nueva se recolectaba US\$80 000 dólares en solo dos semanas. Pero no fue esto únicamente: los suscriptores de aquellos dineros resolvieron, de común acuerdo, hacer obsequio de todos sus aportes, dando así vida a una fundación que ya no tendría dueños. No habría en adelante títulos de accionistas.

La empresa quedaría asentada en las bases de absoluto desinterés comercial, concebidas desde un principio por sus iniciadores. Fue así como se formó la actual

corporación, sobre cuyos bienes no tiene derecho material ninguno de sus benefactores: uno de los artículos de sus estatutos determina que si algún día el colegio se ve obligado a cerrar sus puertas, pasarán al Concejo Municipal de Bogotá, con destino a los niños pobres de las escuelas públicas del municipio, todos sus campos, edificios y enseres.

En un vasto terreno campestre, a 7 kilómetros de la ciudad, se levantaron en solo 10 meses, los primeros edificios de la escuela. Allí todo fue quedando en su sitio adecuado: los laboratorios, la biblioteca, los talleres de trabajos manuales, el teatro, las aulas. Y, en contorno de los edificios, se dispusieron los amplios campos de juego, los jardines y los terrenos de cultivo, y el estanque para la natación.

Hay algo movedizo, falta arraigo, sufre la idea de continuidad, cuando no existe la casa propia. Con ella, nos apegábamos al suelo patrio. Ya nuestro albergue no era la morada transitoria del judío errante; ahora era un castillo de calicanto, era el castillo que nuestra ilusión había fabricado, primero en el aire, pero que luego nuestros ojos veían levantarse sobre nuestra altiplanicie. La casa propia significaba también para nosotros un más serio compromiso con el país, al que parecíamos prometerle, de esta manera, que nuestra empresa iba a ser duradera. Así lo entendimos cuantos estábamos íntimamente vinculados a la obra.

Todo lo que el progreso del Gimnasio ha exigido desde entonces para acá, ha sido sufragado generosamente por los sostenedores de la institución: lo mismo el envío de profesores nuestros al exterior, que la traída de los extranjeros; lo mismo que la dotación de muebles para los dormitorios y el comedor, los miles de libros que forman la biblioteca, los laboratorios de física y química. No puede estimarse en menos de medio millón de pesos oro el monto de lo aportado a fondo perdido por los fundadores y amigos del Gimnasio. Uno solo de ellos —don José María Samper— hizo donaciones al colegio por más de US\$100 000 dólares. Las ideas han ido surgiendo a medida que la obra avanza; y con las ideas ha llegado el dinero necesario para llevarlas a buen término. Pero no faltarían las horas prolongadas de escasez y zozobra. Empero, hermosos actos nos ha tocado ver en los momentos de mayor apremio. Dentro de la crisis fiscal en la que por muchos años vivimos, hubo una hora de tan agudas dificultades que se pensó en que el instituto tendría que clausurarse por falta de dinero. Era un instante de vicisitudes económicas para toda la nación: los bancos no abrían nuevos créditos;

los miembros del Consejo Superior no disponían ya de las sumas necesarias para hacer frente a los déficits de esa hora. ¿Qué hacer? Buscábamos una solución cuando las señoras benefactoras del Gimnasio y algunas de las madres de nuestros alumnos, comenzaron a enviarnos sus joyas para que salváramos con ellas la vida de la escuela. Con aquel ademán la sociedad entera se dio cuenta de que el Gimnasio Moderno era una iniciativa que estaba destinada a no morir. Como en la simbólica historia o leyenda de Isabel la Católica, la intuición que la mujer tiene de las cosas que importan al porvenir, venía a salvar un ideal.

Los chicos del colegio estuvieron en aquel momento de crisis aguda a la altura de las madres que tenían. Hicieron, a su manera, cosas heroicas también. No es posible resistir a la tentación de contar, aun cuando ello parezca ingenuo, lo hecho por los más pequeños, por aquellos que a duras penas alcanzaban a lo que acostumbramos llamar el uso de la razón. Hubo uno que rompió su alcancía, y se presentó con un puñado de monedas, ahorradas, ¡Dios sabe en cuánto tiempo! “Es para que no se cierre el Gimnasio”, dijo con sencillez. Otro llegó de mañana, trayendo de cabestro el pony que le proporcionaba las horas gloriosas de los días de fiesta; lo traía para que el síndico hiciera con él una rifa a beneficio del colegio. Otro, llevado a la oficina dental para la extracción de una pieza, como viera el tradicional aviso que rezaba: “Extracciones sin dolor —con anestésico— valen el doble, exclamó valientemente: “Traigo el dinero, doctor, pero sáqueme esa muela sin inyección para poder llevarle algo al Gimnasio”. Hubo otro —este no llegaba a los 5 años— que al oír la versión de que la escuela iba a cerrarse prorrumpió en llanto, y al reaccionar unos minutos después lanzó, en media lengua, esta sentencia categórica: “Yo me pondré en la puerta y no dejaré que cierren”.

Los profesores, por su parte, propusieron rebaja de sus sueldos para aminorar los aprietos pecuniarios, excepcionalmente graves, del momento.

No es preciso decir más para demostrar que la escuela poseía un alma. Ya no eran los tiempos en que este ideal apenas era la llama pequeñita que uno mismo ha prendido y que protege con las manos, temeroso de que la más ligera brisa pueda apagarla. Ahora era una llamarada que resistiría el embate de un vendaval, más aún, que se animaría y crecería al soplo del viento más adverso. La tradicional y predilecta frase de nuestros escépticos —“Aquí no se pueden hacer estas cosas—”, no podía re-

petírsenos. Unos pocos años de terco entusiasmo habían mostrado que sí podíamos parecernos a los extranjeros en esto de crear escuelas con aliento renovador. Solo había sido preciso mostrar con el espíritu de continuidad, que existía fe en el ideal perseguido, una fe más fuerte que los imposibles que habíamos tenido que vencer, no obstante las dificultades poco menos que insalvables.

Es este espíritu el que ha asegurado en todo tiempo la supervivencia de la magna empresa. En el año de 1929 la crisis fiscal de la institución volvió a presentarse con caracteres agudos. Y entonces, como antes, presenciábamos manifestaciones conmovedoras que avivaron nuestro entusiasmo. El profesorado en masa entregó de nuevo parte de sus emolumentos; los alumnos mayores ofrecieron reemplazar en los comedores a las gentes del servicio para buscar una economía en los gastos, y quisieron también conseguir, con la orquesta que ellos mismos organizaron, una fuente más de recursos; los exalumnos, —mozos que apenas coronaban sus estudios universitarios— trajeron el aporte de sus primeras economías, representadas en acciones bancarias y de empresas industriales; un grupo de padres de familia se apresuró a prestar su contingente en la medida de sus posibilidades; y la prensa de la capital de la República, y un crecido número de los más importantes diarios del país entero, colaboraron de manera espontánea, generosa y eficaz, como ya se dijo, en el estudio de soluciones que pudieran afirmar la vida estable de la institución.

Las causas particulares de nuestro desequilibrio fiscal fueron múltiples. Limitado número de alumnos en cada grupo; profesores de tiempo completo, con la obligación de dictar únicamente cuatro horas de clase cada día, a fin de dar las facilidades necesarias para la buena preparación de las lecciones, corrección de tareas y concurrencia obligatoria a las juntas, en donde semanalmente se discuten todos los problemas de la vida escolar; sueldos progresivos del profesorado —lo que aumenta la nómina cada año—, y remuneración continuada durante todas las vacaciones, cuando el Gimnasio que no recibe subvención oficial alguna, tiene cerrada su única fuente de entradas —las pensiones que pagan los padres de familia—; además ninguna enseñanza ordinaria o extraordinaria cobrada como extra, y por último la alimentación que no se da a los estudiantes con el criterio que conviene a un negocio de hotel.

¿Por qué, preguntaban algunos, no se subieron entonces las pensiones como hubo de hacerse luego, hasta el preciso margen que estas cubrieran todos los gastos?

Habría sido lógico hacerlo así, mas no nos atrevimos en un comienzo a proceder de acuerdo con la lógica en este caso, porque nos asaltaba el temor, quizás excesivo, de quedarnos solamente con los hijos de la clase pudiente, y esto era contrario a nuestra finalidad. Las pensiones obligaban ya a muchas familias a serios sacrificios. No eran pocos, por fortuna, los que preferían estrecharse en otros gastos, y procurar una buena educación a los hijos. En esos padres pensamos, y a muchos ayudamos con becas. Y a eso se debió que el Gimnasio no estuviera en ningún momento preparando una plutocracia. Nos dimos cuenta, sí, de que estábamos educando elementos dirigentes, porque dirigentes son, o deben ser, en una democracia, aquellos que poseen más sólida cultura y espíritu más alerta y más emprendedor.

A los escollos permanentes de orden fiscal, se agregaron en un principio otros de calidad distinta.

“Los niños pierden mucho tiempo y es poco lo que aprenden”, nos decían algunos padres. Y comparaban los conocimientos que los muchachos de otros colegios iban acumulando, con los que adquirirían los alumnos del Gimnasio. No es posible, nos decían en síntesis, que mientras otros rapazuelos de la misma edad no vacilan al recitar, de pasta a pasta, la Geografía o la Historia Universal, estos chicos del Gimnasio anden ignorantes de todo, dizque observando por los cerros cómo se forma un río, cazando ranas y arañas, cuidando en el colegio conejos y palomas, o jugando a que son miembros de la Cruz Roja Universal.

Los reclamos de esta índole no desaparecieron del todo hasta el día en que el primer grupo de alumnos pasó con uniforme brillo las pruebas de ingreso o exámenes de revisión. Desde entonces, y más ahora cuando no pocos de nuestros bachilleres han terminado su carrera de estudios profesionales con singulares honores, los padres nos acompañan con su confianza y nos dejan obrar libremente. Unos pocos, es cierto, nos abandonan para irse definitivamente con sus hijos a Europa o Estados Unidos, en donde hay la ventaja, según dicen ellos, de que los niños aprendan todas las cosas en un idioma extranjero.

Tuvimos que resistir también la acometida de fuerzas muy tenaces de orden ideológico; pero no tiene objeto el recordar estas cosas. La buena fe, la rectitud de intenciones, y la persistencia en no dejar distraer nuestra atención de lo que

para nosotros era capital —seguir en el desarrollo de nuestra obra— formaron un muro de defensa detrás del cual conservamos intacto nuestro ideal. Y llegó el día en que nos sentimos sin enemigos. El sano propósito que nos guiaba había triunfado, y una colaboración sincera comenzó a llegarnos de todas partes.

Las solicitudes de matrícula, muy reducidas en un principio, han concluido por ser tan numerosas, que desde hace largo tiempo no se ha podido atender todas ellas. No que quisiéramos hacer un colegio de los llamados exclusivos, sino que aspirábamos a dar una educación que exigía un limitado número de alumnos, por clase, y el conjunto de un alumnado que requería constantes preocupaciones individuales por parte de la dirección del colegio.

Esto ayuda a explicar además la medida, un tanto drástica, de no permitir la repetición de curso a quienes lo hayan perdido y de ir eliminando de la escuela todos aquellos elementos para quienes veamos que el régimen de libertad y confianza no es el adecuado. Así hacemos campo a nuevos alumnos que puedan adaptarse mejor al ideario concebido.

\* \* \*

Es ya larga la lista de las gentes que han roturado los surcos y esparcido la buena siembra en estos campos del Gimnasio. Desde el primer rector, —Alberto Coradine— a quien tocó redactar los prospectos iniciales y hacer frente a las grandes dificultades del comienzo, que son las mayores, hasta el profesor llegado ayer, y que ya es uno de los nuestros, porque está en la casa y comienza a prestarnos su colaboración, a todos, uno a uno, sería justo mencionarlos. Mas sólo será posible por el momento nombrar a algunos que, en cierta manera, por su espíritu y acción, representan a todos los demás.

El primero: Tomás Rueda Vargas. ¡Caso singular el suyo! No ha querido tomar nunca en sus manos un libro de pedagogía —le tiene horror a la pedagogía— pero es un educador. Vivía, entre feliz y escéptico, en su campo, en medio de sus ganados y de sus libros de historia, aficiones ambas que tiene en la sangre desde generaciones atrás. A petición nuestra detuvo un día su caballo en la puerta del colegio, inició una charla con los muchachos, y se quedó para siempre.

Sus compañeros le tenemos un cariño de hermano, y buen número de los alumnos y exalumnos sienten por él un afecto filial. Le somos deudores de tantas cosas que intentar su recuento sería recapitular la vida toda del colegio. Entre lo que todos le debemos habría que hablar de los mejores ratos que hemos pasado aquí porque esos han sido los ratos pasados en su compañía. Su conversación es un delicioso chisporroteo de cosas sensatas. Hace pensar aun en los momentos muy frecuentes, en que hace reír. No importa que a veces diga sonriendo cosas amargas porque entonces los otros agregamos: “Cosas de don Tomás”, pero seguimos meditando en lo que ha dicho. Encuentra pronto el lado flaco de todo propósito, y por eso sus ataques son siempre certeros. Sería temible si a su espíritu burlón no estuviera aunado un bello corazón. Como ve hondo en las almas y se interesa por los problemas de conciencia y el buen sentido es innato en él, es de hecho un elemento precioso e insustituible dentro de la escuela en donde el cargo de almas lo entendemos como la función más alta del maestro, y la más delicada que pueda confiarse a los hombres. Sus clases de historia de Colombia, en las que tan bello espíritu de tolerancia se enseño, y en donde los muchachos van aprendiendo a investigar con la más pura honradez, no son como se adivina, sino una parte de lo mucho que él ha hecho para dar a nuestra escuela los lineamientos que hoy tiene.

Sus páginas antológicas, que lo consagran como un brillante escritor, cuentan poco al lado de lo que vale su persona, y su mejor enseñanza ha sido el influjo que sobre sus discípulos ha ejercido con la claridad de su propia vida.

Otro elemento de los nuestros, a quien todos queremos con singular cariño y con quien tan obligado está el Gimnasio, es el doctor Ricardo Lleras Codazzi.

El nombre dado por uno de sus nietecitos —Papá Rico— comprimiendo el afectuoso papá Ricardo, ha sido el nombre adoptado por los alumnos y profesores dentro del Colegio. Y es porque el Dr. Lleras representa esto: un padre cariñoso, o más bien el abuelo que con los ojos muy abiertos sobre la vida y el corazón muy cerca de todos los que lo rodean, relata cuentos maravillosos de los insectos, a la manera de Fabre, o de los astros, al igual de Flamarión, o de la vida de los hombres en países primitivos y lejanos como lo hicieran Cook o Livingston o Stanley.

El doctor Lleras es una enciclopedia en colores. Es una enciclopedia cuyas imágenes tuvieran movimiento. Rodeado de una veintena de chiquillos bulliciosos — que él llama *escuchas valientes*— se le ve trepar por las cañadas, perderse en los

matorrales, husmear todos los alrededores, para volver con un botín de guerra en el que abundan los bichos prisioneros, las plantas y los pedruscos que en aquella hora valen como un tesoro.

Nuestro naturalista es algo más: es un extraordinario hombre de teatro, él ha escrito las piezas que representan sus escuchas valientes; ha pintado con ellos las decoraciones; ha ayudado a confeccionar trajes y disfraces. Hay un niño y hay un sabio en él. Tiene del niño el entusiasmo ingenuo, la sencilla alegría, el amor espontáneo. Tiene del sabio la profundidad del conocimiento, el hábito del estudio, el espíritu investigador, y ese mismo temperamento de niño que parece inherente a todos los sabios.

Su modestia es ingénita: pocos saben que el nombre suyo corre citado en multitud de serias revistas extranjeras, y los mismos que fuimos sus discípulos de ciencias naturales y que hemos sido luego sus compañeros de trabajo en tantos años, ignorábamos hasta hace poco la existencia de los profundos estudios geológicos que ha hecho él de diversas regiones de Colombia.

Es precisamente esta sabiduría de nuestro querido profesor, la que intermitentemente nos ha privado de él. El sabio Scheibe se lo llevó un día para hacerlo su colaborador. Del Museo Nacional fue solicitado otra vez, y por un tiempo lo retuvo el Ministerio de Industrias, en donde realizó complejos y delicados trabajos en petróleos. Pero él sabe, donde quiera que se halle que nos pertenece, como sabe también que el Gimnasio le pertenece a él en espíritu y corazón.

La estructura actual del Gimnasio debe mucho a un gran trabajador español: don Pablo Vila. Solo tres años trabajó con nosotros, mas lo hizo con tal intensidad que ninguno aquí podrá olvidarse de él. Don Rafael Altamira, con ese admirable espíritu americanista, nos había ofrecido desde 1912 su desinteresada colaboración para cuando organizáramos la nueva escuela en proyecto. A él volvimos los ojos tan pronto como se cumplió el primer año inicial de nuestro trabajo, y nos dimos cuenta de que había llegado el momento de pedir los técnicos que el país no formaba todavía. El primero de estos colaboradores, enviado por don Rafael Altamira, fue don Pablo Vila.

El señor Vila organizó de manera vigorosa y científica los elementos un tanto caóticos que fueron puestos en sus manos. Lo hizo con el ardor apostólico que había mostrado en sus ensayos educacionales de Barcelona y que había robustecido su es-



tadía en el Instituto de Ciencias de la Educación de Ginebra. Dio unidad al profesorado con sus conocimientos y su prestigio de auténtico maestro. Hizo que los trabajos manuales y el dibujo, y el canto, se presentaran a la conciencia de todos como instrumentos indispensables en la formación armónica del niño. Fue él quien con más ahínco luchó por el acercamiento de los padres de familia al colegio. Mucho más hizo el señor Vila en su permanencia de tres años entre nosotros. Trabajaba a toda hora. Se preocupaba por los más nimios detalles en la educación de los muchachos. Era el ejemplo vivo de lo que debe ser un maestro.

Daniel Samper Ortega estaba vinculado por la sangre y por el espíritu al Gimnasio desde hacía mucho tiempo. Logramos acercarlo a nosotros un día para hacer de él uno de nuestros más entusiastas y eficaces colaboradores. Su vocación es la literatura, y dentro de esa vocación ha desarrollado un bello programa de estudio. Un magnífico libro hecho en colaboración con sus discípulos, y una pieza de teatro clásico español escogida entre muchas de las leídas en clase y fuera de ella como trabajo de investigación, y montada por los mismos alumnos, son dos atractivas muestras de cómo entiende él una cátedra de literatura. Pero Daniel es algo más que un excelente catedrático. Es un gimnasiano de alma y así no es extraño que lo hayamos visto organizando conferencias que han dado brillo a nuestra labor docente, encabezando las obras de embellecimiento del colegio, y tomando toda suerte de amables iniciativas para hacer más grata la vida de nuestros internos.

Es un hombre dinámico que realiza cuanto se propone. Un día halló una roca de respetables proporciones en uno de los cerros de la hacienda de Tomás Rueda Vargas, y le pareció que esa mole rústica quedaría muy bien en el prado central del colegio como símbolo de la primera piedra de la reforma escolar. La piedra anunciaba su peso en toneladas. Era, pues, tarea hercúlea pensar en su traslado desde cinco kilómetros de distancia. Nadie tomó en serio lo que a todos parecía un despropósito, mas un día, sin anunciarlo previamente, apareció Daniel en la hacienda de Santa Ana con peones, bueyes y poleas; desenterró la piedra y la arrastró hasta el Gimnasio, sorprendiéndonos a todos con aquella hazaña, que los chiquillos juzgaron digna de Gulliver. Desde entonces la piedra quedó allí como emblema de tenacidad, y también como un recuerdo de la tierra de donde extrajimos a don Tomás Rueda, nuestro fraternal compañero.

Colaboración especialmente valiosa es la que debemos a los doctores Emilio Valenzuela y Emilio de Brigard, los dos capellanes que ha tenido el colegio y de quienes sería suficiente decir que encarnan todas las bellas y raras cualidades que definen el espíritu cristiano. Amable ha sido para nosotros la compañía de estos verdaderos pastores de almas, cuya gran distinción espiritual y moral ha ganado todos los corazones. En oportunidad se hablará en estas páginas de cómo hemos entendido la educación religiosa, pero era de este lugar consignar los nombres de estas dos nobles figuras del clero colombiano, y los de sus compañeros los doctores Luis Concha Córdoba, José Alejandro Bermúdez, Luis Rubio Marroquín y tantos otros eminentes prelados que en diversas ocasiones nos han acompañado con sincero cariño y con muy inteligente y muy íntima comprensión de la obra que ha querido realizar el Gimnasio.

Nuestro médico por muchos años, el doctor José Vicente Huertas, estuvo con nosotros hasta el día en que fue llamado a encargarse del Ministerio de Educación Nacional. Pocos amigos tan fieles y tan entusiastas como él, ha tenido el colegio. Fue el colaborador por excelencia en el estudio y solución de delicados problemas de educación moral, y aportó a todas las cuestiones que nos preocupaban dentro del colegio la valiosa contribución de su brillante inteligencia y de su excepcional don de gentes. Reemplazó al doctor Huertas su compañero, el doctor Jorge Cerón, a quien nos sentimos particularmente ligados todos los que con él tomamos parte en la correría internacional que efectuó el Gimnasio en el año de 1927. Imposibilitado el doctor Cerón para seguir acompañándonos, por los múltiples compromisos de su profesión, entró a ejercer el delicado cargo de médico del colegio un distinguidísimo joven, el doctor Venancio Rueda, quien desde el primer momento ganó la estima y el afecto de todos.

Otros hombres han contribuido con su inteligencia y su voluntad al feliz desarrollo de nuestros propósitos: don Aurelio Tobón, quien por sus claras dotes de maestro y su espíritu organizador se distinguió siempre por su gran abnegación y su inalterable buen sentido de compañerismo para con el resto del profesorado; don Gustavo Uribe Arango, el insigne trabajador que ha puesto su talento pedagógico en dar claridad a los más difíciles problemas docentes del colegio, y que recientemente, ha sido escogido por el Consejo del Gimnasio para hacer un viaje de estudio a los Estados Unidos; don Germán Peña, nuestro inspector de Segunda Enseñanza, que en reconocimiento de su espíritu de estudio y de su preocupación inteligente por todo lo que interesa

a nuestro instituto, mereció también ser enviado al extranjero —a Francia, Suiza y Bélgica principalmente— de donde ahora regresa a Colombia; don Rafael Mallarino Holguín, nuestro inteligentísimo y simpático profesor de idiomas que, no satisfecho con hacer sus magníficas clases de francés e inglés, ha compuesto, con la música del maestro Merel, el himno del Gimnasio y varias bellas canciones —en especial los versos de la salud— que con gran alegría cantan todos los chiquillos del Gimnasio, y que pronto ganaron popularidad en numerosas escuelas del país: los doctores Eduardo Lleras Piquero y Osorno que han continuado la bella tradición del amor vivo a las ciencias naturales en los alumnos pequeños y grandes, iniciada por el doctor Lleras Codazzi desde los primeros años del colegio; Henry Yerly, el muy distinguido profesor suizo de matemáticas y ciencias que nos acompañó por tres años fue a Europa a completar sus estudios y ha vuelto ahora con renovado entusiasmo y de quien podemos decir, como lo diríamos de su compatriota Edmond Brasey, que nos ha dado la prueba de que un especialista puede, al tiempo, ser un espíritu refinado por una amplia cultura general; Miguel Fornaguera, el muchacho español, fuerte y sano de cuerpo y de alma, lleno de energías y de idealismo práctico, que después de una larga ausencia, rica en experiencias, vuelve a la escuela; Her Huber, el gigante alemán, estricto y bondadoso, que nos ha dado a todos —profesores y alumnos— la necesaria disciplina de los músculos; don Luis Jorge Wiesner, enamorado de la lengua patria y que ha hecho el milagro de hacer amable para los muchachos el estudio de la gramática y de la ortografía.

¡Cuántos más! Todos aquellos silenciosos y abnegados colaboradores que, puestos al frente de cada uno de nuestros grupos, han sido los que más decidida y eficazmente han trabajado en el avance de nuestra obra común.

Mención muy especial merece el elemento femenino que, bajo la inteligente dirección de doña Ester de Uribe, está encargado de la dirección de nuestro jardín de niños y de las agrupaciones de nuestra primera enseñanza. Solicitud materna con todos los chiquillos de estas secciones y entusiasta dedicación al trabajo han sido los distintivos de la señora de Uribe, como lo fueron también de su antecesora la señora Lleras de Soriano y de las gentiles profesoras que la han secundado en su delicada tarea.

Entre los que ya se han ido de nuestro lado para atender a otras ocupaciones, habrá necesidad de nombrar, por la huella que aquí dejó, a nuestro buen secretario don José Vicente Vargas que tan unido está a toda la historia del Gimnasio y cuya direc-

ción, escrupulosidad y espíritu metódico, virtudes tan necesarias en una organización como la nuestra, han sido encarnadas en forma impecable por él.

No habrá que olvidar tampoco a don Tulio Gaviria, que también fue a Europa enviado por el Gimnasio en viaje de estudio, y que a su regreso nos trajo un buen bagaje de nuevas ideas; ni a don Demetrio Bernal, el hombre del espíritu geométrico que habla fuerte pero sin mala intención, el consagrado profesor de matemáticas que estudió con lucimiento cinco años en el Instituto Pedagógico de Chile, y que por un tiempo fue nuestro jefe en las disciplinas de los números, de los teoremas y de las ecuaciones; ni a don Carlos García Prada que, después de haber pasado varios años en la Universidad de Washington, vino al Gimnasio, y pronto llegó a convertirse en una de nuestras más valiosas unidades de cultura. Los nombres prestigiosos de Laureano García Ortiz, Antonio Gómez Restrepo, Ángel María Céspedes, Melitón Escobar Larrazábal, Eduardo Guzmán Esponda, Guillermo Uribe Holguín, Julio Manrique, José María Montoya, Bernardo Samper; los de nuestros lamentados Roberto Pizano y Hernando Santos, y todos los de aquellos eminentes ciudadanos que nos han dado las luces de su espíritu, quedarán, también, indisolublemente ligados a nuestra obra.

Un nombre más —un gran nombre— es de estricta justicia agregar a esta ya larga y sin embargo muy incompleta enumeración. No es hoy posible, ni lo será ya jamás, hacer la más breve reseña de la obra del Gimnasio sin nombrar al doctor Ovidio Decroly. Con todo lo que valen sus métodos, vale mucho más su personalidad y, para fortuna nuestra, el influjo de ese bello ejemplar humano lo pudimos sentir directamente dentro de las aulas de nuestro instituto. Vino él hasta nosotros con absoluto desinterés, movido solo por el amor a esta nuestra gran causa de la educación. En su famosa escuela de L'Ermitage, en su Instituto de Retrasados, en sus Hogares de Niños, en sus cátedras de la universidad y de la Escuela Normal de Bruselas, como donde quiera que ha actuado este sabio profesor, su figura de apóstol es inconfundible.

El viaje que hizo a Colombia fue apenas una faz de su labor múltiple y armoniosa. Los dos meses que pasó con nosotros fueron de intensísimo trabajo. Nuestro cariño y nuestra admiración por él, que eran antiguos, se vivificaron cuando vimos de cerca lo que valía el fuerte espíritu del pensador y el nobilísimo corazón del apóstol. El país entero se dio cuenta de lo que significaba la presencia de este gran educador —el más grande de la Europa Contemporánea— según el concepto de Adolfo Ferrière.

Antioquia, Caldas, el Valle, Boyacá, enviaron misiones oficiales a escuchar sus enseñanzas. Institutos particulares que seguían ya las normas de la Escuela Nueva mandaron también sus delegados. El Senado de la República aprobó por unanimidad una honrosa moción de saludo, que, para mayor honor, fue puesta en manos del educador por el maestro Guillermo Valencia. Boyacá y Antioquia le hicieron obligantes invitaciones para visitar esas secciones del país, y las conferencias que dictó en el curso de esa correría tuvieron gran resonancia. Un modesto institutor de escuela primaria emprendió camino a pie desde el lejano pueblo en donde enseñaba, para venir a conocer y a oír a quien tanto bien estaba haciendo por la humanidad entera.

Fuera de los claustros de la escuela existe el activo grupo de ciudadanos que trabaja sin tregua por asegurarle una vida próspera a la institución. Son los miembros del Consejo Superior. Por largo tiempo han estado al lado nuestro con el más puro fervor patriótico, Ricardo Hinestroza Daza, Federico Lleras Acosta, Daniel Sáenz, José Vicente Huertas, Víctor Caro, Alfonso Samper, Gustavo Santos, Jorge Durana, José Jesús Salazar, Miguel López Pumarejo, Gabriel Restrepo, Julio Carrizosa, y nuestro discípulo de ayer y compañero de hoy Francisco Wiesner Rozo, el irreemplazable secretario de la Corporación.

Porque todos estos elementos se han sumado para ayudar con una sola fuerza al bien de la obra, el Gimnasio tiene hoy la fisonomía que le es propia.

\* \* \*

La tarea de que hablan estas páginas no ha llegado a su plena madurez, ni tienen ganado todavía el derecho al reposo los que a ella permanecen consagrados por un imperativo de la conciencia, y por un tácito mandato de los compañeros que se fueron; mas quizá no sea inoportuno este alto en el camino, este momento de meditación que servirá como para tomar cabal conciencia de lo hecho, dar un vistazo de rápido análisis hacia atrás, y clavar la mirada reflexivamente sobre el porvenir.

No podíamos ser extraños, por otra parte, al temor que asalta a los hombres dedicados con pasión a una empresa, de no alcanzar a llevar a término sus miras y de querer por lo tanto fijarlas en el papel. Cuando uno ha visto marcharse demasiado pronto a los hombres más vigorosos de su generación, no cabe fe ciega en la fortaleza

de la juventud. Tal vez esta ha sido una de las fuerzas subconscientes que ha movido nuestra pluma en las páginas de este libro, y que harán de él la obra seria y honrada que requiere un examen de conciencia.

Amigos de dentro y de fuera del país y profesores que nos visitan, piden, además, este libro. Piden unas líneas sintéticas acerca de cómo se han llevado a cabo los planes del Gimnasio Moderno; reclaman de la dirección del colegio algunas palabras sobre la doctrina que ha movido nuestra acción; quieren conocer los ideales que guiaron a los fundadores y sostenedores de esta gran escuela en los años de vida intensa y animosa que lleva vividos; les interesa saber qué pedimos a los maestros y qué anhelamos inculcar a los alumnos.

Mas no será en ningún caso este libro un compendio de teorías pedagógicas más o menos aceptables. Será algo mucho más sencillo: un recuento de ideas vividas, de cosas logradas. La realización es más fácil que la elucubración de teorías, porque basta la intuición para iniciarla, y porque la vida va empujando de por sí toda obra que se pone en movimiento. La acción es siempre creadora. No nos empeñaremos, pues, en enunciar postulados ingeniosos; expondremos, tan solo, el resultado de una experiencia, y por ella se verá cómo lo que parecía imposible, la vida lo convirtió en realidad.

Perdería así el tiempo quien buscara en estas hojas algún invento pedagógico o alguna novedad tan rara cuya huella no pueda ser encontrada en las ya densas páginas de la historia de la educación. Quien ha sido curioso de lecturas y por la índole de su ocupación tiene que vivir leyendo, no puede pretender decir nada nuevo sobre estos graves problemas. Sin entrar en disquisiciones eruditas bastaría pensar en la Grecia de Sócrates, y en los 2500 años que han completado y fortificado el hondo pensamiento heleno, para no hacernos ilusiones sobre nuestra originalidad. Para decir algo realmente nuevo, hemos llegado demasiado tarde los hombres de estos tiempos.

Lo que importa, no es aparecer originales sino poder convertir en vida los principios y las máximas que parezcan recomendables a nuestro espíritu. Todavía más que un grande acopio de ideas, puede valer un ideal que se ha puesto en pie y que camina.

Podría reclamársenos que lo que aquí se ha contado es una historia deficiente por múltiples aspectos. Ello es cierto. Somos los primeros en advertir los grandes vacíos que en este recuento quedan por llenar, pero ocurre que lo que realmente nos importa no es el pretérito de nuestra escuela sino su presente y su porvenir. De ahí el

que queramos dedicar a estos temas nuestro esfuerzo, y no la evocación morosa de nuestras vicisitudes y de nuestros pequeños triunfos. Anhelamos estar en perpetua renovación. A nuestro propio pasado no nos sentimos ligados sino en cuanto haya algo en él que pueda orientarnos en el presente. El pasado será pues para nosotros una lección, muy valiosa tal vez, pero nada más que una lección. Que lo analicen los que vengan luego. Nuestra tarea es seguir adelante.

Sobra quizás decir que no implica este criterio —bien lo prueban las páginas precedentes— el olvido de quienes a lo largo de tantos años han estado con nosotros. A cuantos aquí han prestado y prestan hoy el contingente de su esfuerzo, les debemos gratitud incancelable.





## Antecedentes II

---

Treinta años han pasado desde el día en que fueron escritas las líneas que acaban de leerse, y que habrían de servir como introducción al libro que solo ahora viene a ver la luz pública.

Muchos de los compañeros aquí recordados terminaron ya su jornada. Pero continúan al lado nuestro, animándonos siempre con el recuerdo de lo que fueron.

El folleto que recoge los principales documentos relacionados con la conmemoración del cincuentenario parece escrito al amparo de los que se ausentaron, y hace más viva su presencia. En otro volumen del rector, “Palabras a la juventud” resalta asimismo el ideario de cuantos estuvieron con nosotros desde los primeros días y siguen iluminando nuestra acción.

Los que ya no están con nosotros, como los que vinieron luego, tienen todos acciones decisivas en el balance de lo que aquí se ha hecho. Toda gran realización desborda la acción individual. El rector solo ha sido un coordinador de esfuerzos y —esto sí— un perenne y cordial animador de toda feliz iniciativa de sus compañeros: los miembros del Consejo Superior y todo el profesorado masculino y femenino.



## Nuestros ideales

---

Con propiedad podríamos decir que más que la cristalización de un ideal, el Gimnasio Moderno de Bogotá representó, desde el comienzo, y representa aún, la tendencia a realizar un ideal. Es una buena intención que ha querido ser algo más que una buena intención. Es un propósito de mejoramiento en nuestros sistemas educativos que no aspira a la perfección, pero que sí anhela perfeccionarse cada día. Por eso es dinámica su fuerza.

Gimnasio le llamamos, pensando en la actividad del cuerpo y del espíritu; Moderno, agregamos, como para sentirnos obligados a mantenernos en continua renovación. Ese nombre es ciertamente un compromiso.

Así como en lo material veíamos que nuestro país utilizaba todos los progresos llevados a cabo en las naciones más civilizadas, nos ocurrió que lo mismo podríamos hacer en lo referente a la educación nacional. Nuestro intento era modernizar sin extranjerizar; infundir a la colectividad una vida nueva, pero que fuera vida nuestra también.

Teníamos intención firme de destruir lo que considerábamos inactual, pero sabíamos que hay dos maneras muy distintas de destruir: por violencia, echando a tierra lo que nos desagrada; o bien por medio de la acción creadora, levantando cosas mejores frente a aquellas que deseamos hacer desaparecer. En la violencia no teníamos fe, y por otra parte parecíamos convencidos de la ley no escrita que afirma que no se destruye completamente sino lo que se reemplaza.

Sociólogos de uno y otro continente se muestran preocupados por las tendencias contrarias al interés común que surgen como fuerzas poderosas dentro de la sociedad contemporánea. Se habla del relajamiento del carácter, de la elasticidad acomodaticia que va tomando la conciencia del hombre, de la pérdida de la sensibilidad, del dominio de la intriga, del egoísmo que se hace cada vez más agudo, del escepticismo, y de

la falta de respeto por los valores que dan nobleza a la vida. Se pone en evidencia la afanosa persecución exclusiva del dinero que ofrece alicientes a la avaricia sin misericordia o al vértigo de los placeres fáciles, y que lleva a las gentes de todas las edades, ya no solo al trabajo extenuante sin ninguna finalidad espiritual, sino también a la especulación, al juego, a los procederes ilícitos que bordean mañosamente el Código Penal. Como lenitivo y estimulante de los reveses sufridos y de las ilusiones perdidas se ha creado el paraíso de las drogas heroicas.

En oposición a esta corriente aparecen fuerzas espirituales organizadas que luchan por imponer un ideario vigoroso, noble, levantado. Hombres de diversos credos, pero dueños de inquebrantable fe en una humanidad mejor, afirman su pensamiento en medio de la juventud escéptica, y agrupan a su alrededor gentes a quienes mueve un afán constructivo en los dominios del espíritu.

Al salvajismo sin barbarie, anunciado por algún filósofo como el síntoma de la decadencia de nuestra actual civilización, se quiere enfrentar un nuevo conglomerado de seres humanos que sepan pensar, sentir y ejecutar, sin agresividad, pero dotados de voluntad creadora, y cuyas preocupaciones se dilaten más allá de las meramente utilitarias.

De ahí ese sacudimiento espiritualista que conmueve hoy a fuertes pensadores, y que viene a tener honda repercusión en la escuela.

No se trata únicamente, en el caso que contemplamos, de la educación popular. El hijo de quien disfruta de comodidades, necesita en nuestros días, más que nadie, una alta educación. De la manera como su espíritu se forme dependerá que los bienes puestos en sus manos sean un instrumento de progreso y de bienestar social o de explotación despiadada y ostentosa. Son los poseedores de independencia económica, los que mayor influencia pueden ejercer, quienes tienen las más vastas posibilidades de ayudar al avance o al retroceso colectivo. Es, pues, de importancia trascendental el género de educación que se les dé.

La escuela nuestra no ha sido, ciertamente, una escuela de ricos, pero, como toda institución privada, no es tampoco la de los desheredados de la fortuna que se ven obligados a buscar la enseñanza gratuita. La corporación constituida, sin fines de lucro y sin dueños materiales, mantuvo durante largos años pensiones de escolaridad, que dieron cuantiosas pérdidas, precisamente porque procuraba estar al alcance de

todos. Sin embargo —como lo hemos explicado ya— llegó un día en el que agotados los dineros, y no disponiendo de rentas o subvenciones, hubo necesidad de equilibrar los presupuestos con el cobro a lo padres de familia del costo de la educación de sus hijos. Se hicieron concesiones, se constituyeron becas, pero la inmensa mayoría paga desde entonces el valor total de lo que al colegio le cuesta su funcionamiento. Quiere decir esto que quienes aquí se educan no pertenecen a los menos favorecidos, y están por ello obligados a preocuparse de los demás. Ahora bien, como no es el caso de una compañía que tiene accionistas y reparte dividendos, las pensiones escolares son menores que las estipuladas en otros colegios de igual categoría.

Viene enseguida la consideración de nuestras fundamentales aspiraciones educativas. El buen ciudadano debe representar una fuerza que ayude a levantar el espíritu de la sociedad. Importa, pues, desarrollar en él la máxima capacidad física, la máxima capacidad intelectual y la máxima capacidad moral. Es indispensable prepararlo técnicamente para hacer eficaz su rendimiento. Pero el problema de esta preparación estará siempre vinculado muy íntimamente al género de educación que hayamos de darle. Formar un hombre recto y útil —fin primordial de todo intento educativo— será siempre algo más que dotar a ese ser de un determinado acervo de conocimientos. Sin una idea viril y generosa de la vida, sin integridad moral, sin un austero concepto del deber, sin disciplinas espirituales, sin voluntad organizada, no puede llegar a conquistar su más alto sentido la función de educar. Así lo entendimos nosotros desde el primer momento.

No sabemos a ciencia cierta qué problemas tendrán que resolver las nuevas generaciones —no sabemos qué aporte estén destinadas a traernos— pero desde ahora podemos asegurar que serán graves y complejas las cosas que solicitarán su reflexión, y por lo tanto urge preparar su inteligencia y sus sentimientos de manera amplia y valerosa. Será preciso que estas gentes mozas adquieran un claro entendimiento de sus responsabilidades y que sepan asumirlas con energía serena. Deberán tener el espíritu alerta para tomar oportunas iniciativas y ver de conquistar su propia independencia, mas no ha de primar en ellas un concepto de rivalidad mezquina. Cada día apremiará más el deber de aproximar, conciliar, ajustar las múltiples tendencias personales para hacer de ellas una fuerza que cuente en los destinos de la nación.

En el cauce ancho y profundo que ha de abrir la juventud, actuará, como fuerza determinante, la armonía que exista entre sus diversos elementos dirigentes. Bien estará en todo tiempo el cultivo de la individualidad que permita el libre y completo desarrollo de cada ser, mas sería un error no poner el acento de la cultura en el espíritu de cooperación social que es una necesidad y un deber de quienes están destinados a formar una colectividad próspera, ordenada y capaz de ofrecer el bienestar a sus asociados.

La juventud, por otra parte, ha de estar imbuida de impulsos generosos y, por lo tanto, hay que cultivar en ella todo lo que le haga amable y fecunda la vida. El malestar más grande, la angustia mayor que puede experimentar un joven, ha dicho Romier en la “explicación de nuestro tiempo”, es sentir el corazón vacío. Amar, es necesario, en efecto, para poder vivir: amar una idea, un ser humano, una obra, una ilusión. Y los sentimientos son susceptibles, como la inteligencia, de recibir una influencia educativa.

Convencidos de estos postulados no nos era posible entender la escuela como un sitio dedicado exclusivamente a suministrar información más o menos extensa en las distintas ramas del saber. De ahí el que dijéramos desde un principio que nuestro propósito era no solo instruir, sino educar también.

Por lo que hace a Colombia en especial, teníamos que preocuparnos primordialmente por orientar a nuestros jóvenes en forma tal que quedaran capacitados para influir de manera consciente en los destinos de la nación. En medio de la fiebre del progreso material era preciso sembrar hondo en la conciencia de las gentes nuevas los conceptos de dignidad y de libertad, no pretendiendo levantar una muralla delante de quienes nos traen la ayuda necesaria para explotar nuestras riquezas naturales, pero manteniendo un espíritu vigilante, y desvelándonos por adquirir nosotros mismos la preparación científica que estábamos acostumbrados a mirar como un don exclusivo de quienes nacieron en otras latitudes.

Nos importaba, grandemente también, para lograr los fines que perseguíamos, reunir bajo un mismo techo, y al calor de una misma idea, a los muchachos de las más distantes regiones del país. Solo así podríamos alcanzar la unidad nacional que ambicionábamos, sin rivalidades, sin limitaciones, sin exclusivismos, buscando siempre lo que hubiera de unirnos y no lo que pudiera separarnos y los viajes escolares por todas las regiones del país complementarían ampliamente este intento de acercamiento material y espiritual.

Frente a la cuestión política, que, por desgracia, se mezcla con frecuencia a las cosas que le son más lejanas, nuestra finalidad fue expresada con nitidez desde el primer día de labor. Nada tenían que ver los ajetreos partidistas con nuestro empeño. Por múltiples motivos la agitación doctrinaria parece contraindicada para quienes no han llegado a la mayor edad. En este solo sentido, escuela y política se excluyen. Por otra parte, si el magisterio es también un sacerdocio, como estimamos que ha de serlo, habíamos de pedir al maestro, como al sacerdote, su total apartamiento de las luchas políticas. Esta neutralidad la exige, lo mismo en el uno que en el otro caso, el delicado cargo de dirigir conciencias, que requiere la más absoluta serenidad de ánimo, y la más pura abnegación. Ajena a toda parcialidad, la escuela debe modelar al ciudadano y no al sectario. Al educador nada debe importarle que sus discípulos vayan a pertenecer a tal o cual partido. Bregará, sí, por inculcar en todos ellos los sentimientos de veracidad, de hombría, de lealtad, de caballerosidad, que han de perdurar hasta en las horas de más recia contienda. Y cuidará de no insinuar una sola rencilla. “Malditos los que han querido la guerra”, oímos gritar en Francia a las madres en 1914. “Malditos los que educan en el odio a las generaciones que llegan” podrán gritar eternamente las madres de todas las naciones. No creemos habernos desviado un punto en nuestra escuela del ideario a que los obligan estas consideraciones.

Existe otro problema neurálgico: hay quienes se oponen a que dentro de los recintos escolares se hable de cuestiones religiosas. Si en la clase de religión se predicara la intransigencia, el fanatismo o el odio, estaríamos de acuerdo con los que piensan de este modo. Pero si lo que allí se oye es una prédica de tolerancia y de amor, la cuestión se plantea en forma diametralmente opuesta. La religión así entendida, lejos de oponerse, es una ayuda para el ideal social que busca desde las aulas su camino.

No hay un solo fanatismo. En un desordenado afán de modernidad, se ha creído por algunos que el irrespeto de las creencias religiosas no es falta de cultura y de incompreensión psicológica, sino exponente de avance intelectual. Olvidan que es tonto capricho tratar de aniquilar sentimientos entrañables, y que es precisamente sobre las cenizas humeantes de un templo incendiado, donde con más fuerza se yergue otro más imponente y más duradero.

Sabemos que, etimológicamente, religión quiere decir lazo de unión. Esto ha significado para los fundadores del Gimnasio. Lo cierto es que no hemos encontrado

discrepancia entre nuestro ideal y los ideales puramente religiosos. Una religión es ejemplar cuando habla por sí misma para levantar al hombre, cuando se manifiesta en propósitos de noble intención. Para nosotros lo esencial es la conducta, y la conducta que el sentimiento religioso busca es la misma que buscamos nosotros. Lo importante es que en el porvenir no vaya a tener el individuo ni fatuas o pueriles ostentaciones de irreligiosidad, ni fanatismo de ninguna índole. La tolerancia ha de ser una actitud amable, y no una concesión dolorosa. Hemos entendido siempre que tolerar no es aguantar sino convivir.

“No deis religión al niño”, dicen los escépticos. “Llegado a su mayor edad, él escogerá la que cuadre a sus convicciones”. ¿No podríamos, de igual manera, pedir que se le ocultara al niño toda obra de arte con el pretexto de que aún no está formado, y que por lo tanto debemos aguardar a que sea hombre para que escoja la escuela artística que más le atraiga? ¿Con qué criterio lo haría? La psicología ha mostrado que más allá de determinadas edades hay sentimientos que ya no pueden nacer. El mal está en que muchas veces la religión que se enseña es una religión de mera fórmula y no el sentir profundo que ella debe implicar.

La sola idea de que el sentimiento religioso es una fuerza moralizadora hace su propia defensa. Claramente podrá verse que no es la llamada escuela sin Dios la que pedimos; no es siquiera aquella en la que flota un vago sentimentalismo místico; nos aferramos a la claridad de la vida cristiana que piden los sentimientos nacionales, y respetamos a quienes no piensan con nosotros.

Nos ocurre recordar que la escuela en China, para satisfacer el querer, el clamor, pudiéramos decir, de 600 millones de habitantes, inculca principios religiosos inspirados en Confucio, y en nuestro sentir hace bien en proceder así. Respetando los derechos individuales, no obligando al discípulo descarriado de Confucio o al extranjero a practicar lo que contraría sus sentimientos, la controversia religiosa estará ausente. En los países en donde coexisten diversas religiones, sería imposible establecer cátedras de todas ellas dentro de la escuela. En China y en Colombia —lo sabemos todos— el problema es distinto. La religión de la inmensa mayoría tiene sus derechos; y, en cuanto a las minorías, puede afirmarse que tienen el respeto que merecen, con la plena libertad que les otorga para el ejercicio de sus cultos. Si son minorías organizadas pueden crear, lo mismo que sus templos, sus escuelas, con toda libertad. Le corres-



ponderaría más tarde a cada hombre ahondar su convicción o rectificarla; mas lejos de hacerle un mal, le haremos un bien de positivo valor, no privándolo en su niñez del acervo de sentimientos que recibe de su medio. Tanto más si este acervo le impone altos deberes y le ayuda a la formación de su conciencia, dejando en ella una capacidad de comprensión que se transformará en respeto, aun en el caso de no ser ya creencia.

¿Cómo había de ser la escuela que permitiera la realización del ideal que perseguíamos?

La Escuela Nueva, con muy remotos antecedentes en la historia de los esfuerzos que se han hecho en el campo de la educación, ha creado el tipo de vida natural y sana que ha guiado nuestros pasos: una vida activa y alegre, animada en todo momento por trabajos y juegos en consonancia con los intereses vitales y permanentes de la niñez y de la juventud. Esta escuela está en el campo, porque es allí donde puede disponerse de mayor espacio, de más abundante luz y de aire más puro, de mayor sosiego para el espíritu, de más ricas sugerencias para el desarrollo de la llamada trinidad psicológica del individuo: el sentimiento, la inteligencia y la voluntad. La vigorización de las fuerzas más útiles al hombre se favorece allí por todos los medios posibles.

Escuela activa se le llama, pensando más en la actividad constructiva del mundo espiritual que en la actividad puramente exterior, mas todo lo que tenga de educativo el movimiento físico, encuentra su campo natural allí también.

Dewey ha dicho que la escuela antigua era la escuela de la gente sentada, y que esta Escuela Nueva es la de la gente que se mueve. Lo de antes era un auditorio; lo de hoy es un laboratorio. Antes se escuchaba; ahora se trabaja. Se comenzaba antes por presentar la palabra; luego la imagen, por último el objeto. No se llegaba siquiera a la actividad, al experimento. Ahora la experiencia —el contacto con el objeto— es lo primero. Viene luego lo demás. En reemplazo de la escuela al margen de la vida, surge la escuela “en medio de la vida y para la vida”, uno de cuyos eminentes realizadores ha sido el profesor Decroly.

Con los nuevos sistemas se quiere formar el criterio del estudiante. Ya que el mundo marcha demasiado de prisa, y no es posible aprenderlo todo, se pretende que al menos el estudiante aprenda a experimentar, a pensar, y esto desde su infancia.

Jóvenes hubo que comenzaron a investigar el día en que tuvieron que hacer su tesis para el grado. Serios doctores hay que ignoraron tal experimento y desconocen

aún este género de trabajo. La investigación comienza ahora desde la niñez. La enseñanza de las primeras letras es hoy la base de todo el edificio educativo; una enseñanza variada, llena de vida, en la que están representadas un gran número de actividades. Lo mismo en la biblioteca que en el laboratorio; en el jardín que en el taller de trabajos manuales; en el aula que en el campo libre: todo en la escuela del nuevo tipo se caracteriza por la animación; por el interés en conocer nuevas cosas, en construir, en crear. La escuela activa, ha dicho Ferrière, su ilustre propagador, existe cuando el pensamiento y el sentimiento del niño se asocian en el trabajo que ejecutan, y cuando la actividad es común a maestros y alumnos.

Es interesante observar con qué espíritu de confraternidad bien entendida se cumple toda labor en aulas y campos. La única colaboración que existía entre estudiantes —lo ha dicho un fino observador— era la de cuchichear, “soplar” se decía en el lenguaje estudiantil, en el momento de contestar a lo que el maestro preguntaba. La Escuela Nueva introdujo la mutua y franca ayuda en todos los trabajos escolares como preparación al espíritu de servicio social que ha de venir luego, y trata de formar el criterio que pone de manifiesto lo torpe del engaño, y una conciencia de la propia dignidad que lo rechaza como inadmisibile.

La Escuela Nueva no busca resultados inmediatos, no prepara gente para sorprender a los incautos el día de un examen de fin de año. Su norma, olvidado o no en parte lo aprendido, es la de asegurar que en el individuo quede la disciplina del aprendizaje. Se hacía antes un esfuerzo sin interés; ahora se quiere cultivar la memoria sin ahogarla con nombres de personajes y de cosas, y con clasificaciones sin término. La disciplina exterior era organizada por una autoridad dogmática; ahora se quiere que sea interior, que sea orgánica. Para ponderar la importancia de la escuela se le llamó un templo, y no importaba que en ella se cometieran sacrilegios; hoy se le llama, y se quiere que sea, un hogar.

Multitud de sistemas se han puesto en marcha dentro de la escuela activa. Esta diversidad muestra claramente que la educación es una ciencia en elaboración. A veces la novedad del nuevo procedimiento es muy difícil de fijar. Se trata de modificar algunos pequeños detalles en la aplicación de un método ya conocido. Ocurre en esto lo que en el mundo de las invenciones materiales: el más ligero cambio puede determinar una nueva patente de invención. Pero esto es lo de menos. Lo importante es saber que la enseñanza verbalista y artificiosa —la de los brazos cruzados y el espíritu

pasivo— va muriendo ya. El trabajo en la escuela nueva puede ser mayor para el alumno y para el profesor, pero los dos se entregan a él con mayor interés y mayor alegría.

La escuela, en suma, está atenta hoy al desenvolvimiento armonioso de la personalidad; y, al mismo tiempo que instruye, crea virtudes sencillas pero fuertes que enaltecen al individuo y le preparan para vivir la vida noble, intensa y expansiva que predica una filosofía de cálida significación.

Tales son los principios que han inspirado nuestra obra.

Cada uno de los temas enunciados ha sido tratado en las conferencias dadas a los alumnos en las mañanas de los lunes.

Desde luego en estas reuniones también hemos hablado, lo mismo los directores que los profesores y los alumnos, de temas especiales. Una y otra vez se trató de los acontecimientos del momento —novedades científicas o de literatura y arte— e hicimos, en oportunidad, el recuento de los viajes que unos y otros realizamos.

No ha faltado la evocación de los compañeros desaparecidos; los aspectos geográficos e históricos de Colombia; las conmemoraciones de fechas importantes —el día de la patria; el día de las Américas; el día del idioma; el Doce de Octubre; la fecha de las Naciones Unidas— y tantos otros temas que nos ha parecido conveniente poner a la consideración del alumnado del colegio.

Pero lo más importante han sido las cuestiones tocantes con los problemas de la educación en general. Son muchas las veces que conversamos sobre las características que quisiéramos ver predominar en el Gimnasio: la conducta clara, la sinceridad, los hábitos de orden, de puntualidad y la pulcritud. Insistimos en crear un sentido de responsabilidad en nuestros alumnos, y en afianzar en ellos la fe en el propio esfuerzo, sin menospreciar lo que los otros hacen y dicen. Si es cierto que constantemente hablamos del amor a los libros, que tan variadas enseñanzas nos dan, explicamos siempre que no se trata de darse un hartazgo de lecturas. Lo que importa es leer a conciencia; reflexionar; sacar provecho de todo escrito que caiga en nuestras manos.

No pretendemos haber logrado un ciento por ciento en el resultado de estos propósitos, y seríamos insinceros si no confesáramos que algunas veces sufrimos desilusiones. Mas en estos casos tampoco nos hemos sentido alejados de nuestros discípulos, a quienes consideramos, sea cual fuere su actitud para con nosotros, como

miembros de este hogar común. Alguna vez recordábamos públicamente la bella frase del gran rey Alfonso el Sabio. La sentencia tiene un valor de perennidad: “A los hijos hay que tratarlos siempre como amigos, y cuando los hijos se tornan enemigos hay que tratar a los enemigos como hijos”.

La orientación de esta escuela ha conservado su fervor de los primeros años, y lo mismo ayer que hoy continuamos atentos a los problemas del comportamiento. Lo que implica un examen de conciencia cotidiano para estar seguros de que nosotros mismos no nos hemos desviado de la ruta que nos lleva hacia el punto que pudimos entrever desde el momento en que iniciamos nuestra acción.

La conducta de los escolares ha de ser una: en el colegio, en la casa, en la calle, en la vida social. Hemos querido que el concepto de la decencia les mueva en todo sitio y en toda ocasión.

Desde luego el estudiante halla aquí, como debe encontrar en toda escuela, más amplio espacio para su desarrollo físico y la expansión y actividades de su persona y mayor número de libros y elementos educativos, de los que pueda encontrar en su propia casa.

Sabemos que es de fundamental importancia que el alumno esté en un medio en donde todo sea benéfico para la formación de un carácter abierto y comprensivo. Si conviene procurar en las mejores condiciones su desarrollo y fortalecimiento físico, no es menos importante que moral y espiritualmente crezca y se fortalezca también.

Para eso viene a la escuela, para mantenerse activo y alerta, para instruirse, para formarse, para pulir su temperamento en un constante intercambio de ideas y sentimientos con los compañeros que lo rodean, liman sus aristas y lo convierten en un ser tolerante y social. E igualmente para estar en contacto con los profesores que le dan enseñanza, orientan su mente, forman su criterio y afinan su personalidad.

En los días de sol algunas clases se dictan sobre el césped, debajo de los árboles, y por prados y jardines se dispersan los muchachos al salir de las aulas después de cada lección, encontrando así, en contacto vivo con la naturaleza, una constante reposición de fuerzas y de ánimo al sentirse envueltos por una atmósfera de libertad, alegría y sano esparcimiento.

Para nosotros fue preocupación capital desde el primer momento crear un clima favorable a la educación. Clima de pulcritud y de orden en el que sea fácil adquirir el hábito del bien obrar; clima propicio a la salud del cuerpo y del espíritu.

Este es el clima de la llamada Escuela Nueva que presenta un vivo contraste con la escuela vieja, no solo por los métodos dogmáticos de aquella sino por todos los hábitos de vida. En contraste con el recelo, la confianza; en vez del disimulo, la franqueza; en lugar del temor, la simpatía. Y a cambio del desgreño, el esmero, no solo en las cosas grandes, sino en los detalles que forman el carácter del individuo, y desenvuelven su personalidad dentro del pequeño mundo que lo rodea, y que está hecho para impregnarlo de nobles sentimientos.

Ya hemos anotado en pasadas ocasiones que la disparidad entre la escuela vieja y la escuela nueva no es de orden cronológico. Existió la escuela nueva en viejos tiempos, y en la actualidad, al lado de la nueva tenemos múltiples ejemplos de la escuela vieja. La diferencia que encontramos es una diferencia de espíritu, y no de tiempo. La escuela vieja se contentaba con instruir, ¡y de qué modo! Era la del *Magister dixit*. En la nueva está el educador, más preocupado de hacer pensar y discurrir a sus alumnos, de enseñarles a estudiar y a aprender, que de transmitirles conocimientos inmodificables.

Fieles a estos principios se ha creado el ambiente propicio al interés y al afecto que nuestros estudiantes han sentido siempre por cuanto tiene que ver con su escuela.

A todos y a todo estamos ligados con cariño aquí.

¿Quién no vio marcharse con melancolía al buen Poncio, el asno esforzado y paciente que fue compañero nuestro por más de diez años? Apareció una tarde en los campos del colegio. Nadie lo reclamó, y se quedó con nosotros. Nosotros fuimos buenos con él, y él nos sirvió y fue amigo de todos los niños hasta cuando el peso de los años lo tornó caprichoso y malhumorado. Movié entonces, para fortuna suya, no nuestra ira sino nuestra compasión. Fue trasladado, como viejo en jubilación, a los apacibles y frescos potreros de Santa Ana. Allá fuimos algunas tardes a filosofar con él sobre lo corta que resulta la vida cuando hay en ella tanto por hacer.



## Los maestros

---

No existe en una escuela programa de mayor importancia que el de la selección de sus maestros. Programas, métodos, disciplina, instrucción y educación, todo esto será bueno o malo, según sea el maestro. El maestro es el alma de la escuela. De él deriva todo lo demás.

Lo complejo del problema reside en la delicadísima misión que a los maestros está encomendada.

Es muy difícil erigirse en ejemplo y el maestro debería serlo siempre: ejemplo vivo de rectitud moral, de laboriosidad, de amor al estudio, de modestia efectiva, de tacto, de discreción, de suavidad y de firmeza de carácter a la vez. Serio en su interior, el maestro habrá de exteriorizar un permanente espíritu cordial que brote de lo íntimo de su personalidad.

“El que no tenga contento en el corazón, que no se haga educador” se ha dicho ya. Lo cierto es que quien se dedica a esta tarea ha de ser siempre joven, joven de espíritu al menos, para que en él sea un impulso el amor a lo que hace, la consagración absoluta a la obra a que se entrega. Su primera cualidad: el entusiasmo contagioso y alentador. Pero esto, con ser mucho, no lo será todo. El maestro ha de tener inteligencia para comprender y desarrollar un programa; ha de conocer los métodos para no andar a tientas, y ha de poseer experiencia, y las buenas maneras y los buenos hábitos de orden, de puntualidad, de pulcritud, que puedan ser imitados por los alumnos. Un sereno espíritu de justicia tendrá que guiar todos sus actos; un perfecto dominio de su temperamento debe impedir el que su conducta deje de ser, una vez siquiera, caballerosa y digna. La misma presentación personal, será en su caso factor de importancia capital.

Por todo ello se exige que su distinción sea, al mismo tiempo, física, moral e intelectual. Como es fácil deducirlo, no se improvisa un educador. No es jefe el que

quiere; se necesita tener condiciones para serlo. Mas no hemos de pedir lo imposible. Bien está que pongamos lejos la meta a la que deseamos llegar, pero partimos de una conocida realidad, y no nos es dado encontrar en este campo el ideal ya formado. Que al menos todo maestro entienda que su autoridad emana del conjunto de sus cualidades personales y del prestigio que su saber alcance a darle. Por fortuna vamos en camino de eliminar de la escuela la figura doctoral del institutor a la antigua. El maestro tiene que ser —y esto sí puede serlo todo hombre— un estudiante también, un buen estudiante, honrado y activo, lleno de la frescura espiritual que solo da el conocimiento continuamente renovado. Y ha de sentirse capaz, hasta la última hora, de crecer espiritual y moralmente.

Se ha dicho que el pedagogo es un teórico de la educación, en tanto que el educador es un práctico de la pedagogía, pero hay maestros que no son ni lo uno ni lo otro. Ha de exigírseles, en todo caso, la honradez cabal; su seria consagración; la sencillez y la mesura en todo. Hablar poco. Hacer mucho. Con razón se ha expresado que una educación charlatana solo sirve para formar charlatanes.

Así hemos hablado a nuestros profesores desde el lejano día en que las puertas del Gimnasio Moderno se abrieron a las gentes de buena voluntad, que, a un mismo tiempo, querían aprender y enseñar. Y esas puertas, así abiertas, no se volverán a cerrar.

Nos importa sobre manera que nuestros profesores no se crean en ningún momento definitivamente preparados. En el Gimnasio los maestros, como los alumnos, nos estamos formando. Nuestros mismos discípulos nos ayudan, sin saberlo, a completar nuestra propia educación.

Damos al estudio una importancia suma porque estimamos que sin él, la escuela llega pronto, por su rutina, a anquilosarse, y, además, porque no sería honrado considerar como cosa de poco momento el espíritu investigador, cuando se tiene entre manos problema de tal magnitud como es este de educar. Si el médico, si el ingeniero, si el financista buscan continuamente lo nuevo de su ramo —si ellos procuran vivir al día— con mayor razón ha de serlo el educador.

Quando los alumnos duermen, los maestros no tienen todavía el derecho a descansar: es preciso preparar la labor del día siguiente; es necesario buscar en los libros de cabecera inspiración y aliento. Al final de cada jornada, y como otra se anuncia, sigue siendo indispensable estudiar y meditar.



En el ánimo que mantenga el maestro para el estudio, está, en nuestro sentir, la clave de su éxito como profesor. Sin pretender comunicar todo lo que sabe, debe saber siempre más de lo que va a enseñar. Su función de estudiante será, pues, una función permanente. Si se contentara con lo aprendido en la Escuela Normal, y, año tras año, repitiera una misma cosa, terminaría por no parecerse ya a un hombre cuya función es pensar. Nussbaum cita dos casos sugestivos. El uno es el de un viejo profesor de historia que se vanagloriaba de no haber tenido que agregarle nada en lustros de profesorado a las notas que le sirvieron de preparación para el primer año en que dictó su clase. El otro caso es el de un joven envejecido, con esclerosis espiritual, que protestaba contra los nuevos sistemas que a cada paso sacan al educando del libro, y “lo mantienen a uno averiguando novedades”. “Yo”, decía, “hago siempre, al abrir mi curso, la distribución de las lecciones en mi viejo manual. Es puro asunto de aritmética fácil de imitar: se toma el texto, y se divide el número de páginas por el número de días de clase, y así queda determinado, de manera invariable, el *tamaño* de la lección que se ha de tomar de memoria cada día, y sabe uno a qué atenerse, sin *atarearse* a buscar qué es lo que han hecho otros profesores. Lo demás es descarrilarse”. Son dos casos de fosilización dignos de interesar a un antropólogo.

Nos parece que el maestro ha de estar siempre al día. Debe ser una conciencia en permanente examen.

La clase que, siendo la misma, es distinta cada año porque la da un hombre que, siendo el mismo, es ya otro hombre: esta es la clase que a nosotros nos halaga; la que nos hace ver que el capital espiritual es también una riqueza que puede acrecentarse.

El maestro que siente la curiosidad por el estudio, y a él se entrega con fervor, posee ya una fuerza; mas, para que esta fuerza deje su inercia y sea dinámica, es preciso sentir el contento, pudiéramos decir el afán, de comunicar a otros los nuevos conocimientos que a él le llegan. Por una anomalía inexplicable existen también los avaros del saber cuya riqueza acumulada es aún más estéril que la riqueza material que se esconde, porque esta, al menos, aun contra el querer del avaro, pasará un día a manos de terceros, mientras que la otra, no. La ciencia no basta, el ánimo comunicativo tampoco; hermanados los dos realizan la obra que reclama la escuela.

Gran fortuna hemos tenido al poder contar con la simpatía de un crecido número de espíritus generosos que, conocedores de nuestra obra, nos envían, desde los países

que más nos interesan, las publicaciones que mejor pueden servir a nuestro fin. Es continuo el ingreso de nuevas revistas y nuevos libros que enriquecen nuestra biblioteca. Este caudal de información nos permite mantener a nuestro profesorado al corriente de lo que en el mundo de la pedagogía está ocurriendo. De esta manera estimulamos y encauzamos en el personal docente la curiosidad por el estudio, y creamos firmes nexos espirituales entre nuestra escuela y las similares que existen el exterior.

Estar enterado de todo el movimiento educacional en un momento de tan fecunda actividad como el presente, es punto menos que imposible; mas no se trata de formar eruditos por medio de la lectura sin reposo, sino de encontrar inspiración; y, para ello, no es indispensable conocer todo lo que se publica.

Nuestras juntas de profesores marcan estos derroteros que nunca tienen propósitos enciclopédicos. Lo esencial en cada una de las reuniones vespertinas es que los oyentes salgan con el impulso de consultar un libro, una revista, de realizar una idea. Esto, desde luego, no lo hacen todos. Cuando desde temprano no se adquirió el hábito del estudio no es fácil conseguirlo. Pero, valerosamente, como lo explicáramos luego, vamos eliminando los elementos que no se amoldan a nuestro propósito, y nuestro equipo de profesores va así mejorando cada año.

Conviene anotar aquí que no somos dados en nuestra escuela a usar complicados términos pedagógicos, ni a hablar de pedagogía libresca, que muchas veces solo es pedantería. Por lo general recomendamos únicamente la esencia de las cosas, y nos cuidamos poco de los apelativos didascálicos que se inventan cada día. Los maestros recién salidos de las normales —y este parece ser un fenómeno universal— tienen la tendencia a expresarse en una terminología que desentona en el ambiente sencillo de una Escuela Nueva, en donde solo es de recibo un lenguaje en el que todos podamos entendernos. Así se lo hacemos ver, de muy amistosa manera, a todo el que llega a acompañarnos y que trae en su espíritu aquella suerte de bagaje intelectual.

La gramática —lo dijo un eminente gramático— es un andamio: sirve para construir el idioma, mas sería antiestético que quedara viéndose en una obra terminada. Semejante cosa podríamos decir de la pedagogía: que enhorabuena ella sirva para formar al maestro, pero que no la exteriorice, porque solo es un andamio.

Al lado de las conferencias de información general, y para complementar la cultura de nuestros profesores, la rectoría se ha esforzado especialmente por llevar al ánimo

de todos los maestros la preocupación por los estudios relacionados con el conocimiento de la niñez y de la adolescencia.

El análisis consciente del niño y del adolescente es lo primero que debería exigírsele a todo maestro. Así como el ingeniero-arquitecto estudia “calidad y resistencia de materiales”, no sería demasiado exigir a quien se dedica a la enseñanza, un curso que podría llamarse de Ingeniería Pedagógica en el que se investiguen las características del material humano, y sobre todo, su resistencia, cosas que a menudo ignoran los que están llamados a conocerlas mejor.

En efecto, si el maestro desconoce no solo la estructura y la función orgánica, sino las leyes del crecimiento físico y mental del ser humano; si exige un esfuerzo mayor del que este pueda dar; si no ha estudiado cuáles son los intereses que encauzan la atención del alumno en sus distintas etapas; si nada sabe de todo esto, estará en peligro de hacer daño en vez de provecho, en el cuerpo, en la mente y en el corazón de ese nuevo ser al que le toca formar; contrariará, enervará, en vez de orientar y de fortificar, la energías vitales que son los resortes poderosos de la voluntad. De nada servirá que en el plan de estudios de las normales figuren la Anatomía, la Fisiología, la Psicología, si estas son enseñanzas muertas. Institutores hay que cursaron Anatomía y han dejado desviar la columna vertebral de sus discípulos. Y hay desviaciones todavía más graves que las de la columna vertebral, aunque no sean aparentes, que pueden achacarse a la incuria, a la ignorancia o a la insensatez de un maestro.

Nuestros compañeros saben que lo menos a que tendría derecho a exigir el niño es que se le comprenda, que se le conozca. Por ello pedimos a nuestros profesores que al ponerse en contacto con sus nuevos discípulos deberán, cuanto antes, observarlos, observarlos únicamente, sin corregirlos por el primer momento, para así ganar su confianza, y conocerlos dentro de una espontaneidad que no esté coartada por el más ligero temor. Es el maravilloso mecanismo de esa pequeña máquina humana lo que el educador ha de tratar de comprender, y es en el sitio donde se efectúa normalmente el proceso de su desarrollo, y no en el centro de investigación, donde mejor puede estudiarlo. Evitar todo lo artificioso es lo primero que ha de hacer el maestro para acercarse al sentimiento de sus alumnos. Estudio y reflexión deben marchar al unísono.

Para nosotros tiene primacía todo lo que se relaciona con la psicología de los primeros años. Los detalles que a menudo nos parecen pueriles no pueden ser mirados

como asuntos insignificantes. Tales detalles constituyen la vida toda del niño; se hacen grandes, toman proporciones trascendentales cuando se les estudia de cerca, cuando con ellos se va al fondo del alma infantil para desentrañar toda su íntima significación. La ciencia en todas las esferas del conocimiento implica por sí misma el no permanecer en la superficie de lo que se estudia, pero, por desgracia, nos quedamos generalmente en la fachada de las cosas más dignas de consideración.

Hay maestros que no advierten la seriedad que se esconde en todo juego de niños. Ignoran que el niño cuando juega trabaja, que la niñez sirve esencialmente para jugar, que es jugando como el pequeño se prepara para su vida ulterior. No saben que todo chiquillo es, ante todo, un animalito que crece, que necesita de aire, de sol, de alegría, de libertad, y que el movimiento es imperativo en él.

Extrañan otros maestros la curiosidad de los niños. Olvidan que los niños son curiosos como son glotones, y que precisamente en estos dos apetitos se cifra su idiosincrasia: quieren crecer, quieren acaparar, quieren adueñarse de cuanto les brinda la vida.

Todos estos motivos agitan nuestros diálogos, ya sea en las reuniones formales o en entrevistas accidentales, todo ello en el deseo de comprender los intereses del niño de una manera amplia y generosa. El gran error —y este ya es un lugar común de la psicología contemporánea— reside en creer que el niño es un adulto pequeño. Habrá que repetir una y cien veces que es simplemente un niño, un ser distinto, con ciertas características que nada tienen que ver con el adulto: posee su lógica propia, su ética y su estética sui géneris. Inútilmente bregaremos por darle ocupaciones que estén fuera de su mundo. Podremos constreñirlo a hacer determinada labor; pero recordemos que cuando la actividad carece de significado para el que la ejerce, cuando no hay interés en el trabajo que se realiza, el resultado del esfuerzo es negativo. Lo que el niño no entiende, no solo no aprovechará a su inteligencia, sino que humillará su espíritu.

El maestro debe tener cierta confianza en lo que la naturaleza del niño da de sí. Muy distintas son estas naturalezas infantiles, pero nada se perderá con poner un poco de fe en todas ellas. Debemos insistir en que, no obstante nuestra perenne recomendación por el estudio, no es una psicología de libro la que al maestro debe preocupar principalmente. El libro servirá sin duda, pero solo adquirirá su real valor cuando el maestro tenga los ojos bien abiertos sobre la vida misma. La voluntad del

pequeño es caprichosa, indecisa, está en formación. Desconcertarse por ello es desconocer la materia prima con la que se va a trabajar.

Las fuentes informativas que tienen nuestros maestros del Gimnasio para la mejor comprensión de sus alumnos, son múltiples. No es solo la observación en la clase, en los campos de recreo, la biblioteca y los laboratorios; no es únicamente la actitud del muchacho frente al compañero con quien trabaja o juega, al animal que cuida, o la planta que cultiva; es también el mutuo entendimiento que da la excursión escolar, en la que hay más estrecho compañerismo y mayor libertad para mostrarse cada cual como es; es la anotación que llega de la casa en la libreta que el alumno recibe cada mes.

No siempre estas fuentes dan todo lo que uno ambicionara. Algunos profesores se descuidan en llevar el cuaderno de observaciones de donde han de sacar el perfil espiritual de cada estudiante. Hay padres que se contentan con poner la firma —a veces un jeroglífico veloz— al pie del espacio que en los informes se destina a ellos. En todo caso, el colegio aprovecha toda manifestación, todo incidente, para acercarse al cabal conocimiento de cada uno de los muchachos que se le han confiado, y poder guiarlos con mayor eficacia a su mejoramiento.

Facilita un tanto la aproximación a los alumnos, y su acción sobre ellos, nuestro sistema de pequeñas agrupaciones. Mas es preciso, confesar que a la llamada formación individual no se llega nunca por completo. Con la misma razón que se observa que no hay enfermedades sino enfermos, puede decirse que no hay educación colectiva sino individual, y que el maestro ha de seguir de cerca, como el facultativo sigue en el paciente, el proceso interno de cada individualidad. Esto es cierto, y nunca a los hombres ni a los chicos se les podrá tratar como a un rebaño. Pero el esfuerzo humano tiene sus limitaciones: jamás un maestro conseguirá llevar de frente, de manera pareja, y con toda la minucia de detalles requerida, el estudio de cada uno de los veinte o treinta muy complejos caracteres puestos a su cuidado. Algunos harán su trabajo más a conciencia que otros, pero la obra completa no la logrará ninguno.

Al alumno le complace saber que el profesor es un estudiante también, y que gusta de su tarea. Le agrada asimismo saber que su profesor tiene el sentido de las proporciones para imponer sanciones, y que es justo en toda oportunidad. Quiere que quien lo instruye esté informado de lo que está pasando en el mundo, y que para ello

no se contente con lo que se encuentra en el propio idioma sino que sabe consultar lo que en otros idiomas llega del extranjero.

El alumno no busca encontrar en su profesor un superhombre, sino una persona humana, justa, razonable.

Hecho este esquema nos damos cuenta de que en educación no puede cerrarse ninguna puerta. En otras palabras, la inteligencia del educador ha de estar abierta a todo estudio, a toda meditación. Por un lado está el profesor. Por el otro lado está el alumno. En todo caso no son antagónicas estas dos posiciones. Quizás sobre agregar que cada director de grupo ejerce la delicada función de inspector e inmediato consejero de sus alumnos.

Esto es lo que hemos pedido con una insistencia de todos los días a nuestros profesores. ¿Lo hemos conseguido? El orgullo que sentimos de llamarnos miembros de esta colectividad escolar nos llevaría a decir que en un ciento por ciento todo está logrado. Pero si así lo hiciéramos faltaríamos al deber de nuestra propia sinceridad. La verdad es que no todo lo que hemos ambicionado está cumplido. Creemos que, unos menos, otros más, han entregado con la mejor buena voluntad su tiempo a esta tarea docente, pero no de todos podría decirse que se han desvivido por el estudio, y mantenido en alto su fervor educativo y el progresivo refinamiento de su calidad humana. De todas maneras hemos sido francos con cada uno de nuestros compañeros, y no hemos vacilado, llegado el caso, por demás penoso pero necesario, de no renovar los compromisos de trabajo con quienes, una y otra vez, nos han dejado insatisfechos.

En una escuela que entiende de este modo la misión y la responsabilidad del maestro, y al mismo tiempo sus limitaciones, y en la que el rector solo aspira a ser un coordinador de esfuerzos, y no un jefe que se limita a dar órdenes, se imponía la necesidad de frecuentes reuniones entre todo el personal docente. Cambiar constantemente ideas con los compañeros de trabajo, recibir, y no solo hacer observaciones, era un imperativo de elemental honradez profesional y de consideración para quienes juzgábamos nuestros pares en una labor común.

Se comenzó por una sola junta general que se reunía cada semana. Hoy tenemos semanalmente una reunión del profesorado de la primera enseñanza, otra del que atiende a la enseñanza secundaria, y una general de todo el personal docente que se verifica cada dos meses. Hemos querido realizar igualmente otro género de reuniones

que podríamos llamar juntas técnicas, dedicadas exclusivamente a la consideración de las diferentes ramas incluidas en el plan de estudios (lengua materna, ciencias, matemáticas, estudios sociales, idiomas extranjeros, etcétera).

Las actas de estas juntas de profesores marcan, de manera continua, los progresos de la institución. Así como la biblioteca del colegio consistió en los primeros años en un simple armario en donde se guardaban los libros, y el taller de trabajos manuales fue en sus comienzos una modesta ramada, y así como el médico del colegio, que en un principio solo venía cuando teníamos enfermos, y ahora lo hace diariamente para examinar rotativamente a los alumnos y llevar la ficha de inspección de cada uno, así las juntas de profesores han ido ampliando cada vez más su radio de acción, y mejorando en su rendimiento.

Con la misma seriedad con que la junta de profesores analiza las cuestiones graves, se ocupa de los llamados problemas minúsculos que a cada instante surgen en el curso de la vida escolar. La verdad es que en la educación no hay detalle que no valga la pena de considerarse, y por eso muchas veces nos hemos detenido a espacio sobre meros pormenores, y al hacerlo así hemos visto con claridad cómo un detalle es a menudo la pequeña causa que determina un gran efecto. Y como en estas reuniones no se trata de disquisiciones filosóficas sino del estudio de casos concretos, de casos vividos, el incidente trivial toma toda la magnitud que intrínsecamente tiene, y nada importa, o mejor dicho importa mucho, dedicar a él un tiempo que a las gentes extrañas a este género de problemas, pudiera parecer excesivo.

Copiar en un examen, por ejemplo, constituye dentro del Gimnasio, en donde la franqueza y la honradez han de ser normas estrictas, una falta grave. Ocurre, sin embargo, a pesar de cuanto se ha dicho, que para muchos una infracción de este género continúa considerándose como un pecadillo de muy poca monta. Conviene entonces que el cuerpo de profesores lleve ante los estudiantes unificación de pensamiento, para así poder mejor iluminar su conciencia, y lograr que el criterio del estudiantado y el nuestro, que en este punto han de ser uno mismo, no aparezcan divorciados.

No hay hombres perfectos, no hay obras perfectas, y el error no dejará de hacerse presente en toda empresa humana. Por otra parte, en la tarea más entusiasta habrá siempre instantes de desconcierto, de desfallecimiento —instantes de fatiga— que nos harán pensar que ya dimos de nuestra parte el máximo de esfuerzo que estaba

a nuestro alcance, y que ya será para otros el continuar la tarea, si es que ella vale la pena de ser continuada. Felizmente, para el interés colectivo y para nuestro interés personal, para la propia satisfacción que nos da la labor no interrumpida, y como para oponerse al sentimiento de derrota, resucita en nosotros el entusiasmo, y unas horas después somos los mismos tercios e ilusionados trabajadores de nuestros mejores momentos.

En las juntas, una vez presentadas por el rector y el vicerrector las observaciones generales sobre las cosas urgentes del día, se oye la llamada *relación de guardia*. Esta relación es hecha en turno por cada uno de los profesores a quienes corresponde el cargo de apuntar durante una semana todas aquellas cosas que se encuentren deficientes en la vida de la escuela, o señalar determinados tópicos de interés general cuya discusión sea provechosa para el cuerpo de profesores o para la colectividad estudiantil. De esta manera se discutirá un día sobre las lecturas o los juegos convenientes a las distintas edades; se tratará sobre algún caso de difícil corrección de un alumno o grupo de alumnos (vulgaridad, tendencia a la mentira, uso precoz del cigarrillo, problema sexual, descuido en el vestido o demasiada preocupación por él). En uno y otro caso se tomarán determinaciones concretas.

Otro día, y con motivo de alguna sanción inconveniente, impuesta por un profesor, se estudiará a fondo el grave problema de las sanciones, y muy a espacio se reflexionará sobre la actitud del maestro frente a las faltas de distinta índole del estudiante, y sobre la conveniencia de reconocer abiertamente un error haciéndoles ver a los muchachos que tampoco somos infalibles los maestros, pero que en nosotros hay un limpio sentimiento de la justicia que nos invita a rectificar cuando erramos, y con este pretexto se entrará en la filosofía del asunto para llegar a las medidas que sobre el caso concreto sea urgente tomar.

En otra ocasión se discurrirá sobre el ambiente que debe crearse en las aulas para que todo en ellas sea educativo, o se analizará la conducta de determinados muchachos en el internado, en la clase, en la mesa, en la calle, en el bus que lleva a los externos a la ciudad, o se pondrá de relieve el valor que tienen el orden, el aseo, la economía en el gasto del material escolar, y esto con motivo del desorden, del desaseo, y del despilfarro que en ciertos alumnos se haya venido notando, y discutiendo sobre estos temas en apariencia minúsculos, se llegará a hablar de la importancia que tiene el adquirir, lo mismo hábitos físicos que hábitos mentales.



Alguna vez, surgida de un debate sobre las calificaciones, que han de entenderse como medida de conocimientos y no como sanciones, vendrá a la junta una pregunta como esta: ¿En realidad, qué es lo que nos estamos proponiendo aquí? ¿Educar? ¿Y qué es educar? ¿Preparar para la vida? ¿Y por qué medios se podrán preparar mejor al individuo? ¿Qué elementos sustanciales entraña la educación? El momento llega entonces de reflexionar a fondo sobre todas estas cosas, y de estas reflexiones surgirán temas, ricos en sugerencias, para nuestras conferencias posteriores.

No es posible hacer un recuento completo de lo abarcado en las juntas profesora-les. Como se ve, las más diversas cuestiones han sido tratadas en ellas.

En ocasiones han surgido discrepancias entre dos profesores que entienden un problema de muy diversa manera, pero tras el debate ha venido siempre el entendimiento amistoso, y todos hemos derivado de esas diferencias, positivas enseñanzas. Una u otra vez ha faltado reserva por parte de ciertos profesores que han comunicado a los estudiantes el pro y el contra de alguna discusión profesoral. Se ha ido con esto, en el espíritu de acercamiento entre profesores y alumnos, a una interpretación demasiado amplia, pero esto mismo nos ha servido para formar nuestra conciencia colectiva, pues con tal motivo hemos discurrido a fondo sobre lo que debemos y lo que no debemos hacer en nuestra disciplina de confianza con nuestros discípulos.

Aun las cosas con las que más nos hemos encariñado son sometidas frecuentemente a un análisis severo. Cierta vez, considerando la pereza mental de un grupo de alumnos mayores, uno de nuestros compañeros dijo en la junta: “Es muy posible que estemos totalmente equivocados en nuestro procedimiento. Queriendo ir contra la enseñanza indigesta de otros tiempos hemos pasado al extremo opuesto, y les estamos dando a los muchachos un alimento ya digerido. Pensemos si no es el caso de reaccionar, ya que nuestro ideal es enseñar al alumno a hacer un esfuerzo consciente, y este esfuerzo no lo están haciendo estos muchachos mayores”. Esta oportuna reflexión nos movió a todos a preocuparnos de manera más intensa por la actividad mental de los estudiantes. Era grave en verdad que a una escuela empeñada, por lo que al espíritu se refiere, en crear el hábito de la investigación, pudiera hacerse el cargo de estar debilitando en el muchacho esta disciplina, como consecuencia de entregarle todas las cosas demasiado simplificadas.

También es conveniente decir que a las juntas se traen, en ocasiones, temas que consideramos ajenos a nuestra competencia, y que tales cosas procuramos que pasen sin discusión a la consulta de la persona que en ellas debe decidir sin apelación por parte nuestra. Nos referimos a problemas como el de la alimentación que se planteó en un principio en algunas juntas de profesores, y que desde entonces decidimos que fuera el médico del colegio quien determinara no solo lo concerniente a las dietas de los enfermos sino a la composición y cantidad de las comidas escolares.

A fines de cada semestre se destinan las juntas semanales al análisis individual de los alumnos que integran los distintos grupos. El director del curso presenta, uno a uno, los nombres de todos los estudiantes de su agrupación, y en el juicio que sobre cada cual se emite, intervienen todos los profesores que les dictan clase. De esta manera la totalidad del profesorado queda informado del carácter, aptitudes, modalidades y rendimiento del conjunto del estudiantado.

De la lectura de las actas se saca en conclusión que el Gimnasio realmente ha sido un laboratorio en donde hemos experimentado cuanto en educación ha llegado a nuestro conocimiento. Esto de haberlo ensayado todo, con espíritu puramente experimental para conservar lo que nos diera buenos resultados y no encapricharnos con ningún error, es lo que ha dado sin duda mayor valor a nuestra empresa y lo que nos permite hoy exponer resultados, y no solo teorías.

Para tener un profesorado a la altura de nuestro deseo, la dirección del colegio ha estimado siempre tan necesario como justo enaltecer al maestro, brindarle una amistad cordial, estimularlo, prestarle apoyo en sus iniciativas, facilitarle los medios adecuados al acrecentamiento de su cultura. A estos fines han obedecido las juntas de profesores en la forma en que se han verificado siempre y en las cuales jamás han actuado con intransigencia los encargados del mando. Toda idea justa o conveniente es tenida en cuenta, venga ella de los elementos directivos, de los profesores ya veteranos, o simplemente de los recién llegados.

En relación con el aspecto administrativo del colegio, quizás no esté por demás decir que el Gimnasio, desde mucho antes de exigirlo la ley, había creado el seguro de vida para todo su personal docente, y un fondo, que ha ido aumentando cada año, destinado a pensiones de retiro.

El capítulo de los sueldos ha sido motivo de largas deliberaciones en todos los países. Hay quienes piensan todavía que al chofer de la casa ha de pagársele más que al maestro de los hijos, y se escandalizan de que el maestro que antes ganaba tan poca cosa, comience ahora a ser remunerado *como persona de categoría*. Son restos de una barbarie de la que el mundo solo saldrá con lentitud, venciendo con la cultura auténtica a la civilización postiza. En nuestro sentir a nadie debiera pagársele mejor que a quien tiene en sus manos —lugar común, y, sin embargo, pensamiento por meditar— el inmediato porvenir de la juventud. Libre de urgencias materiales podrá, entonces sí, el maestro, ser el sereno forjador de las conciencias y de la orientación de las capacidades que le son indispensables a toda nación para hacerse grande en el verdadero sentido de la grandeza.

No obstante la certidumbre que de esto tenemos, nos es preciso declarar que el Gimnasio Moderno no gratifica todavía suficientemente a su profesorado. Es cierto que hemos establecido los sueldos progresivos, pero lo hecho no satisface aún nuestro deseo. Si por algo son dolorosas las dificultades pecuniarias de una empresa, de la índole de la nuestra, es por esto de no poder ofrecer amplia retribución a los que, siendo los verdaderos artífices de una obra de tan grandes responsabilidades en la cual consumen su vida, no divisan en el horizonte ni la holgura ni el renombre.

Seamos exigentes en lo que pedimos del maestro. Pidámosle con porfía que sea un caballero perfecto, que, más que con sus palabras, enseñe con su vida, que sea animoso, discreto y abnegado; que, huyendo de toda voz autoritaria, sea para sus discípulos un amable conductor, un espíritu que con su entusiasmo, con su creencia, con su bondad, con su saber, ilumine el camino. Pidamos esto, y, si se quiere, más, pero no convirtamos nuestra bella aspiración en un ridículo contrasentido, fijando para el hombre selecto que queremos tener, la pobre remuneración que no nos atreveríamos ofrecer a gentes dedicadas a inferiores menesteres.

No hemos olvidado en nuestra vida del Gimnasio tales consideraciones, y si bien es cierto que todavía no llegamos a brindar a nuestros profesores la asignación que quisiéramos para ellos, al menos hemos logrado que los colaboradores nuestros no estén en situación pecuniaria inferior a la más alta ofrecida a los servidores de la docencia oficial.



## La disciplina

---

La disciplina no es un problema de la escuela únicamente. La vida entera es una disciplina. En la esfera de los negocios, en las profesiones, en el campo de la moral y de la religión, hay determinadas reglas que se imponen. Los principios que rigen la vida de los pueblos y las leyes que estos se dan, son normas a las que el hombre tiene que someterse. La necesidad de subordinarse no es, pues, discutible. Lo discutible es el procedimiento que se siga para llegar al fin propuesto. Hay una disciplina externa y hay otra que exige una ordenación interior. De esas dos formas, el educador no podrá complacerse sino con aquella que no es solamente de apariencia. La apariencia tendrá un valor, y muy grande, en cuanto ella forma un medio ambiente de orden o desorden, de buen o mal gusto, de distinción o vulgaridad, mas lo esencial es el proceso interno, lo esencial es establecer hábitos deseables que canalicen la acción y conviertan en reflejo el primitivo acto voluntario.

Se ha dicho del hábito que es una tiranía y a nuestro alcance está el que esa tiranía sea beneficiosa para nuestra salud corporal y mental. Los hábitos de trabajo, de estudio, de reflexión, se podrán adquirir de la misma fácil manera que se adquieren los hábitos de higiene. Habrá, pues, ocasiones en las que buscar la tiranía del hábito, sea libertarse. El buen hábito economiza energías en todo instante; el mal hábito las destruye persistentemente. El hábito liberta al espíritu del cuerpo o lo hace su esclavo. No es difícil ver que la fuerza de los hábitos adquiridos está en que, una vez que se arraigan, pertenecen ya al orden biológico.

Educarse, en su conjunto, es hacerse reflexivo, es disciplinarse. Somos indisciplinados por naturaleza; el desorden y el capricho se anuncian en todo ser ineducado, y donde quiera vemos que el individuo de pasiones fuertes y de reflexión débil se convierte en un peligro, porque tiene las características del hombre primitivo.

Consciente el maestro del valor de una determinada sujeción, ¿de qué requisitos se valdrá para obtenerla? La vieja escuela buscaba, como ya se ha anotado, una actitud física: silencio, rigidez del cuerpo, precisión en los movimientos; la nueva, busca una actitud mental. El orden, la actividad regulada por el propio interés del trabajo que se ejecuta, la misma cortesía, todos estos factores que han de estar presentes en una escuela bien organizada, se desprenden, de manera lógica y sencilla, de esa disciplina interior que establece de hecho un régimen de confianza, de libertad y de cooperación bien entendidas. Por libertad no se entiende la libertad de no hacer nada ni la de hacer cosas nocivas. La llamada disciplina de confianza, —la que depositan los alumnos en los profesores, y los profesores en los alumnos— no puede significar abandono de los estudiantes por parte de los superiores, ni irrespeto de los unos por los otros: se trata, sí, de dar un sentido racional al concepto de autoridad, y de asumir una actitud de respeto al ser humano, así se trate de menores de edad.

La autoridad escolar —está dicho ya— se ha espiritualizado, se ha convertido en una fuerza del alma que se dirige a otras almas, y la obediencia se ha modificado también: ahora es consciente, es voluntaria, y se inspira en un sentimiento de confiada seguridad. Ya no se obedece por temor sino por asentimiento. La escuela no es ya una cárcel, ni el maestro un alguacil. Disciplina no significa, en el nuevo concepto, brutalidad. No implica inmovilidad y silencio, sino conducta ordenada. Detrás de esa hípida palabra —disciplina escolar— no veremos más alinearse un batallón de órdenes prohibitivas, porque esa temida reglamentación solo será un armonioso conjunto de principios inspiradores.

Mandar, por otra parte, es una ciencia cuyo primer postulado es no ordenar sino lo que estamos seguros de obtener. El mandato debe ser racional, y ha de hacerse de manera serena. Conseguir la obediencia así, podría estar al alcance de todos. Hay el peligro, es cierto, de que el sistema disciplinario que no es dictatorial ponga en tela de juicio el valor real del maestro; mas esto, lejos de ser perjudicial, tiene la ventaja de eliminar rápidamente a quienes deben buscar su oficio fuera de la escuela.

Autoridad ha de poseer todo el que tenga cargo de almas, pero debemos recalcar que no siendo una investidura, hay que conquistarla, y no por la violencia sino por el prestigio. La autoridad ha de ejercer una influencia benéfica, y la violencia crea un abismo entre los seres destinados a ponerse en contacto.

No carece de interés la observación de que son los maestros que menos autoridad tienen entre sus alumnos los que imponen más castigos. Podríamos, pues, enunciar así este postulado pedagógico: a mayor autoridad efectiva, menor número de sanciones. El maestro regañón, como el padre regañón —lo sabemos todos— es el menos escuchado, y es porque a todo se acostumbra el niño. De donde debemos deducir que ningún género de sanciones, ni el regaño siquiera, se deben prodigar.

Hemos de insistir en que la disciplina que crea defensas interiores es la única disciplina digna. Lo educativo es sugerir, y no imponer violentamente como suelen hacerlo quienes creen que el miedo es un correlativo inseparable de la autoridad.

Además, cuando un maestro adopta habitualmente el fácil recurso del castigo, se equivoca a menudo. Lo fácil, lo rápido en educación, es con frecuencia el camino más largo para llegar a la mente del alumno. Lo más expedito para imponerse es, sin duda, la bofetada; pero degrada tanto o más al que la da que al que la recibe, y sí crea la pasividad externa, la pasividad hipócrita, siembra la revuelta interior.

Así como la moralidad de los pueblos no es en último término cuestión de policía sino de educación, así también la educación no es asunto de disciplina atemorizante sino de acción continua, inteligente y amistosa en la mente y en el corazón de la niñez y de la juventud. La policía puede poner cortapisas al escándalo, pero no es un pueblo civilizado el que se convierte en una horda cuando la policía no lo vigila. Tampoco estará educado el muchacho que necesita en todo instante la presencia del maestro para no cometer desafueros.

Cuando un hombre manifiesta fatiga mental o debilidad fisiológica, el médico de hoy, antes de formularle drogas, le receta aire puro, alimento sano, ejercicio moderado, reposo. Con esto el médico muestra su confianza en las reacciones naturales del organismo. Así ha de obrar el educador también: sin violencia, estimulando suavemente la naturaleza, dando ante todo luz y aire libre a la conciencia del discípulo, dejando los remedios drásticos para los casos excepcionales; obrando, en una palabra, como el clínico moderno que confía en las fuerzas íntimas que tienden al equilibrio del ser.

Continuamente hemos meditado en estos principios en todo el decurso de nuestra empresa educativa, y a ellos hemos ceñido lo cardinal de nuestras normas.

No hemos olvidado nunca que, si nuestros discípulos nos dan algunas desilusiones, también se las damos nosotros a ellos. El muchacho tiene una especie de instinto, un

sentido innato, para analizar a sus maestros. No usa evidentemente del análisis fino del adulto, pero tiene una fuerza intuitiva de gran poder que obra con increíble rapidez. Nuestros alumnos nos están analizando a toda hora. ¿Quién de nosotros resistió en sus años de estudiante a la tentación de juzgar a sus maestros? Recordemos lo que fuimos en nuestra mocedad si realmente queremos acercarnos al corazón de los jóvenes de hoy. Hay que ser tolerantes con muchos de aquellos pecadillos escolares que no tienen mayor trascendencia, para mejor poder ser inflexibles frente a todo aquello que afecte el decoro de la persona o de la colectividad. “La firmeza y la indulgencia son dos deberes correlativos”, se ha dicho con razón.

Desde la primera hora de clase los alumnos se dan cuenta de la calidad y cantidad de autoridad que posee el nuevo maestro. Ellos pudieran decir inmediatamente si el nuevo profesor es de los que necesitaran un ayudante para hacer conservar el orden. En otras palabras ellos podrán hacer sin dilación un seguro diagnóstico sobre la personalidad de su maestro. Un maestro que comienza, es una gran tentación. Los muchachos tratarán siempre de ponerlo a prueba. Principiar bien tiene, pues, marcada importancia. Pero el buen comienzo no será suficiente. El prestigio necesita una conquista diaria.

Cada día creemos con mayor convicción en que el buen nombre del maestro se basa estrictamente en su propia actividad. ¿Si las lecciones que se dictan no son bien preparadas; si los trabajos que se encomiendan no son revisados con esmero; si no damos la sensación de que el tema que exponemos nos interesa a nosotros también; si nos falta entusiasmo para desarrollar la lección que nos ocupa, ¿podremos lograr algo distinto de la desilusión y del tedio en el espíritu de nuestros discípulos?

Todo el problema del orden en una clase se resuelve cuando el profesor sabe interesar a su auditorio. El desorden es el interés que se dispersa. El orden es el interés que se encauza. ¿No es esto decir que un amable régimen disciplinario puede surgir sin procedimientos artificiales, por el solo efecto de la atmósfera que virtualmente crea cualquier trabajo atrayente?

Por lo que hace a las disciplinas mentales que han de estar implicadas en las distintas enseñanzas, hemos pensado siempre que no hay ninguna que valga más que otra. Todo depende del maestro que enseña, del espíritu que le anima, de la curiosidad que sepa despertar, del método de inducción y deducción que emplee,



del orden que lo conduzca. Idiomas antiguos y modernos, lengua materna, ciencias naturales, historia y geografía, matemáticas, todas, y cada una de estas ramas del conocimiento, pueden crear severas disciplinas de la mente. La cifra del éxito, seguiremos insistiendo en ello, estará siempre en el profesor y en sus procedimientos.

La buena inteligencia entre maestros y discípulos hemos juzgado como elemento imprescindible en el mantenimiento de una disciplina que realmente pueda formar al individuo.

Esta buena inteligencia se traduce en mutua lealtad. Sobra pues decir que todo lo que tienda a la intriga —todo ese vasto mundo de las delaciones y de la adulación— no ha tenido que nombrarse si quiera en nuestra escuela. En un ambiente en donde el sol da de lleno sobre todas las cosas, no encuentra donde agazaparse la hipocresía.

Nadie pretenderá que las relaciones entre profesores y alumnos avancen sin el menor tropiezo. Habrá choques, momentos de impaciencia, horas de incompreensión, mas todo ello será incidental. El respeto recíproco, y la franqueza sin restricciones mentales que llevan al engaño, harán que el tono habitual de la escuela sea el de la cordialidad.

Dicho esto quedará bien claro que nuestra casa gimnasiana no es un nuevo reino de Jauja. Pretendemos, sí, que sea un hogar, y un hogar feliz. No queremos nada que no sea nítido en nuestra vida escolar. Aspiramos a que nuestros discípulos guarden de nosotros un limpio recuerdo: queremos quedar ligados a ellos por mutuos lazos de aprecio que puedan ser perdurables.

En relación con las máximas morales que son como imágenes de las bellas maneras de obrar, hemos de decir que son consideradas por nosotros en cuanto valen. Sabemos que las ideas tienen a menudo, como la propia experiencia, un poder motor, pero jamás nos hemos contentado con fijarlas en los muros; solo la acción continua sobre la conciencia del alumno nos satisface plenamente, y por esto en todo momento estamos buscando la oportunidad de ejercer una buena influencia sobre el sentimiento de nuestros educandos.

Simplifica la disciplina del colegio la distribución por pequeñas agrupaciones que determinamos desde un principio, y en las que ha ido creándose aquel espíritu de grupo llamado por Maeterlinck “espíritu de la colmena” que lleva a un trabajo armonioso de responsabilidad colectiva. Por ocho, diez, doce años, andan juntos los

componentes de un mismo grupo —forman una asociación fraternal—, y no aceptarían sin protesta que se les quisiera cambiar de una agrupación a otra, no obstante existir a todo lo largo de la enseñanza clases paralelas.

Por otra parte, como todas las puertas de las aulas dan sobre el campo, los escolares pueden aprovechar, con la amplia libertad que les pide su edad, los diez minutos de intervalo que hay siempre entre las clases. Todo muchacho necesita moverse, correr, saltar, gritar, y si lo encerramos durante varias horas con pretexto de instruirlo, buscará instintivamente dentro de la clase el desahogo que su organismo reclama.

Los niños no son ángeles. Con ellos es preciso estar sobre aviso en todo momento. Importa sí que no se sientan espiados. La acción de presencia basta. Acompañándolos, estando cerca de ellos con ademán amistoso, los conoceremos mejor y podremos asimismo corregirlos con mayor eficacia.

El niño inquieto es a menudo el más interesante, y aquel de quien mejores augurios pueden hacerse. La inquietud es vida, es energía, es fuerza por encauzar. Lo importante es la dirección que se le dé. El niño que a nosotros nos preocupa más es el que está siempre tranquilo, el demasiado formal. Nosotros no llamamos buena conducta aquella de los brazos cruzados y de los labios que no se mueven nunca. Queremos una conducta activa, pero no agitada, ni con espasmódicos brotes de anarquía, pero sí llena de iniciativas; y, por esto nuestra vida escolar se desenvuelve de manera amplia, variada, flexible, y presenta a cada instante oportunidades al estudiante de manifestar, dentro de un orden establecido, su actividad constructiva. En otros tiempos esa inquietud espiritual que nos atrae, fundamentaba la calificación de *mala conducta*. A nosotros, el solo enunciado de mala conducta nos parece un absurdo dentro de la escuela. Ese tremendo calificativo queremos dejarlo para los adultos que toman un torcido camino, y merecen por lo tanto censura de la sociedad.

Con la disciplina de confianza, con esta generosa manera de entender las relaciones con nuestros discípulos, creemos estar haciendo una honda labor en las conciencias. La sensación ruda, y muchas veces cruel, de las escuelas viejas, formó a menudo al hombre falto de franqueza, al que no aprendió a mirar de frente, al hombre doble que no fue nunca un modelo de virilidad. Todavía hay quienes nos preguntan qué quiere decir, en fin de cuentas, esto de la disciplina de confianza que implantó el Gimnasio desde el mismo día en que abrió sus puertas. Es sencillo

explicarlo: que los alumnos tengan confianza en nosotros, y nosotros en ellos. Esto implica, de parte y parte, ser francos, ser directos, ser sinceros, no usar de subterfugios. De esta manera el alumno sabe, como ya lo hemos dicho, que este tipo de disciplina le da derecho a expresar sus opiniones. Desde luego existen principios que hay que respetar, y la orden que se da se cumple, no se discute —sin esa norma no habría estabilidad posible—, pero no obstante haber reflexionado sobre cada una de las determinaciones que se toman, el alumno tiene el derecho de manifestar sus reparos. Si carece de valor lo que él objeta se le hará ver su sinrazón, pero pudiera ocurrir que el reclamo sea justo, y ¿qué mejor entonces que reconocer el error de nosotros mismos? No ha faltado quien diga que esta manera de proceder mina la autoridad del maestro, y prepara su desplome. Jamás hemos abrigado temor a este respecto. Creemos por el contrario que en este espíritu de justicia, al que hemos estado siempre dispuestos a abrirle paso, está precisamente el secreto de toda nuestra autoridad.

Algunos han pensado que en el Gimnasio los estudiantes hacen lo que quieren. Si así fuese, la escuela se derrumbaría en pocas horas. Ocorre sí que no hemos querido nunca alardear de nuestra calidad de catedráticos. Nosotros no entendemos que los derechos sean únicamente para los profesores, y los deberes para los alumnos. Siempre hemos pensado que también el niño y el joven tienen derechos, y que, si de ellos pedimos respeto para con nosotros, hemos de demostrarles consideraciones a nuestro turno, si queremos crear en ellos el sentimiento de la dignidad. No es, ciertamente, que exista aquí la libertad incontrolada que habría creado ya una anarquía imposible de manejar, pero es que el miramiento por la personalidad del niño y del joven llena de angustia a quienes solo aceptan como régimen disciplinario el que se rige por la voz estridente del profesor y el paso de ganso para el alumnado.

Sanciones existen, pero son justas, apropiadas al correctivo que se desea imponer. Entre el despotismo y la democracia hay una distancia abismal. La educación debe basarse en íntimos principios de escrupuloso decoro, y no en medidas que establezcan exclusivamente una disciplina exterior. Los fundamentos democráticos no valen en los textos sino en los espíritus. El sentimiento de responsabilidad no puede crearse jamás cuando el régimen disciplinario ahoga la personalidad. Para tener democracia hemos de educar dentro de los principios democráticos.

La disciplina la hemos visto aquí en los momentos de las huelgas estudiantiles cuando ni uno solo de los alumnos del colegio ha participado en ellas. La hemos visto con nuestros propios ojos en las excursiones escolares cuando los muchachos que se sentían libres obraban como personas conscientes, y no como siervos que a toda hora esperan la voz de orden para acomodar a ella su conducta.

Estos principios, a los cuales hemos sido fieles en medio siglo de vida ciudadana, son la columna vertebral de nuestra obra, y por eso, en nombre de los que ya terminaron la jornada, y en nuestro propio nombre, queremos defenderlos dentro y fuera del Gimnasio con todo el fervor de una convicción ya inmodificable.

No hay pues desintegración, no hay deterioro siquiera del ideal gimnasiano. Nuestro sentimiento sigue siendo afirmativo a lo largo de los años. La oposición que se levantó un día frente a estos propósitos avivó nuestra fe. Era un soplo adverso, pero la llama no se extinguió, y, en vez de las cenizas que muchos anhelaban ver esparcirse por el viento, este soplo adverso animó la lumbre que nos da calor y luz.

Las notas de esfuerzo y de conducta que el alumno lleva a su casa no solo sirven para informar a los padres, sino que son recurso valiosísimo de acercamiento a los alumnos, porque se hacen dentro de una atmósfera de claridad, y se gana con ellas la confianza, que es lo que más vale y lo que menos cuesta en educación. De esta manera no hay rencores escondidos, ni hay injusticias por pequeñas que sean, que no aparezcan prontamente aclaradas y subsanadas. Se aprovecha también el diálogo que surge de cada calificación para hacerles sentir a los alumnos qué faltas merecen el nombre de graves y cuáles son simples travesuras de estudiante que será necesario corregir, pero que no alarman a nadie.

Ha sido norma nuestra dentro de este instituto no tomar nunca una determinación porque así se hizo otra vez, sino porque así lo pensamos en la hora presente, guiados por nuestra propia experiencia, y a la luz de la justicia que queremos nos acompañe siempre.

Solo nos basamos en los procedimientos anteriores cuando vemos que conservan su eficacia. Cuando vemos que las mismas tradiciones se muestran enmohecidas o perjudiciales, no vacilamos en eliminarlas.

Se comprende que en una institución de educación la responsabilidad primera y última es la del rector. No obstante él estima a todos los profesores como sus pares,

y no hay problema grave que no sea puesto en consideración de la Junta del Profesorado. En amistoso coloquio de conjunto fueron tomadas siempre las más delicadas determinaciones. Muchas veces sería difícil en una de estas reuniones que el visitante accidental determinara cuál es la autoridad máxima que allí va a imponerse.

El dogmatismo está ausente de estas juntas, y hablamos cortésmente, pero la cortesía en las materias no excluye la expresión clara, y si se quiere firme, de nuestras convicciones, como la modestia espiritual no elimina tampoco la fe en las propias ideas que es necesaria en la vida para poder triunfar. Y así todos nos presentamos francamente con nuestra verdad, frente a la verdad de los demás.

Nos ha parecido siempre que es peligroso exagerar el alcance de una falta escolar. Créase a un niño mentiroso, dígamele con insistencia que no se le puede creer, porque tiene arraigado el hábito de la mentira, y pronto lo habremos convencido de que en realidad la mentira es tan natural en él como el color de su cabello o de sus ojos. Créase a un niño ladrón, y es muy probable que pronto robe con un instinto que él tomará por falta. Es que en el niño desarrollamos muchas veces las virtudes y los vicios que suponemos en él. Así lo tienen averiguado los psicólogos, y así podemos comprobarlo a diario padres y educadores.

Al niño no solo conviene hacerle sentir sus virtualidades positivas, sino que, al pedirle un esfuerzo, interesa no ponerle demasiado distante la meta que se desea alcanzar. Propóngasele a un muchacho pequeño en un ejercicio gimnástico que dé un salto desproporcionado, y ni siquiera iniciará este intento. Pídasele este esfuerzo dentro de sus posibilidades, y lo logrará con éxito, para ir más lejos cada vez, y llegar pronto a lo que él hubiera creído imposible en un principio. E idéntica cosa ocurrirá con el planteamiento de un problema mental o moral.

Sea como ello fuere la educación del niño y del joven requiere una atención de todos los momentos. Las pequeñas faltas, si son de una misma índole van formando un hábito. Y el hábito será siempre el eje de la personalidad. Dijimos atrás que el hábito es una tiranía, y esto en la buena como en la mala educación. Por ello es preciso estar atentos a las nimiedades como a las cosas grandes. Pero tampoco olvidamos la sabia admonición: “Si quieres educar, no eduques demasiado”. Todo es cuestión de tacto y de medida.

En educación —creemos que ya alguien lo dijo— es como en el juego de tenis: no se puede hacer un programa de jugadas. El golpe hay que darlo según viene la

bola. Y así hemos de reaccionar ante los problemas que nos presentan nuestros discípulos.

Queda en todo caso claramente expresado que aquí nos preocupamos tanto de los medios como de los fines. Los procedimientos tienen para nosotros una importancia de primera categoría, en estrecha relación con los propósitos que nos mueven.

Lo que pudiéramos llamar el énfasis de nuestra obra lo hemos puesto en la formación del carácter. En la vida de la escuela se presentan a diario las circunstancias que permiten orientar a los alumnos hacia la franqueza, hacia la justicia, hacia la verdad. Lo fundamental es aprovechar las oportunidades, y no estar construyendo moralejas en todos los momentos del día. La moraleja erigida en sistema es de las cosas más inútiles y más fastidiosas que conoce la pedagogía.

Formar moralmente al niño y al joven no es enseñarles un catecismo de virtudes; es crear una manera de sentir, de pensar y de obrar que haga del ser humano una fuerza moralizadora. Con razón se ha dicho que lo que precisa dar al joven no es una filosofía de la moral, sino una moral, o sea el hábito de una conducta valerosa y recta. Convencidos de que el carácter es ante todo energía bien orientada, nos empeñamos en llevar al muchacho con sus propias fuerzas hacia la virilidad sin ostentación, y hacia la rectitud que da dignidad al estudiante como al hombre formado y que conduce siempre a una completa hidalguía en todos los proceder. Por bello carácter entendemos la integración de todas estas cualidades dentro de un espíritu animoso y cordial. El bello carácter implica para nosotros, no solo el tener el corazón hospitalario para tomar parte en las contrariedades ajenas, y compartir sin envidia la sana alegría de los demás, sino que ha de entrañar un valor a toda prueba, pero un valor sin presunción.

Paralelo al estímulo del carácter hemos puesto el del esfuerzo personal, porque consideramos que la intensidad de este mide en gran parte la eficacia del hombre en la vida. Efectivamente, la inteligencia sin el esfuerzo, sin el hábito de la constancia, no pasará de ser un fuego fatuo. Estamos convencidos de que de todas las fuerzas dinámicas de la vida las dos más importantes son el instinto que es la suprema fuerza biológica, y la voluntad que es la fuerza suprema psicológica. El instinto representa la corriente que no puede jamás volver atrás. Sobre esa corriente avanzaría ciega la vida si no llevara un timón, la voluntad. No habrá, pues, nada que cuente tanto en el ser humano como una mente disciplinada. Se piensa con razón que el hombre que

es capaz de concentrarse es el que triunfa. Sin olvidar, sin embargo, que al querer, para enaltecerlo, hay que darle un ideal. La voluntad crea algunas veces monstruos de egoísmo. Importa por ello sobremanera señalar motivos de vida elevada al individuo cuyo carácter está en formación. Con estos incentivos se prepara desde temprano al futuro ciudadano. Si el esfuerzo bien encaminado sigue siendo maestro de la vida, ejercitarlo inteligentemente debe ser tarea persistente de los educadores. Ya el gran pensador Cossío nos dijo una vez: “No hay que suprimir las dificultades sino enseñar a vencerlas”.

No hemos sido partidarios nunca de aquellos bonos de buena conducta o vales al portador que aún se usan en algunas escuelas para pagar con ellos toda incorrección posterior de los alumnos, prebendas que acostumbran al muchacho a que se le pague inmediatamente todo lo bueno que haga, y graban en su espíritu la impresión de que con el respaldo de algunas buenas acciones se pueden cometer luego faltas que no dejen en déficit el balance de su honorabilidad. No hemos dudado de que al estudiante se le puede enseñar a conducirse bien como se le enseña a cumplir con todos sus deberes, sin este juego de contabilidad moral que un somero análisis haría encontrar no solo baldío sino contraproducente para la recta formación de las conciencias.

Un recuerdo de la infancia nos asalta. Cierta día en la lóbrega escuela en donde nos educaban, el maestro da una tremenda bofetada al alumno que no ha sabido recitar su lección de gramática. El chico, que por lo visto no está todavía suficientemente amaestrado, responde al superior con un puntapié en la espinilla que le hace dar cabriolas.

“Este irrespeto vale 500 bonos”, grita iracundo el capataz. El pequeño agresor, engrandecido ante sus compañeros, vuela a su pupitre, toma de la caja de galletas en donde guarda los cupones de recompensas, amarrados en apartados de cincuenta, y, con paso firme, sube a la tarima magisterial: “Aquí está en diez paquetes la paga, señor director”, dice, y regresa a su asiento sonriente, como si hubiera recitado al dedillo la lección del día. Vemos en las miradas de los chicos de la colectividad entera los aplausos que brotan del corazón, fue milagro que no lo hicieran con las manos.

Y aquí viene lo que en un despliegue de intimidad hemos de agregar para respaldo de nuestra tesis. Parece inverosímil, pero así fue: desde el día de la hazaña de nuestro pequeño compañero nos dedicamos a ganar vales de buenas acciones y buenas notas

de clase para poder algún día darle, nosotros también, por cuenta propia, el puntapié en la espinilla al profesor.

Para tranquilidad de nuestra conciencia de adultos, aunque no como prueba de nuestra calidad de cumplidos y dóciles estudiantes, hemos de confesar que jamás alcanzamos a reunir —“a arrejuntar”, se decía en la escuela— los 500 bonos necesarios para realizar el soñado y, no por ello menos reprobable, acto de heroísmo.

En concordancia con la orientación de que hablamos hemos eliminado también de nuestra escuela los “cuadros de honor” y las insignias o medallas que sirven para premiar semanalmente a los alumnos formales. Todo esto, y los infalibles libros de cubierta roja y cantos dorados que se repartían por docenas el día de la sesión solemne para complacer la vanidad de los chicos de la escuela y de los padres de familia, sobraban en el lugar en donde la satisfacción de haber realizado bien la tarea propuesta es la única y a un mismo tiempo la más alta recompensa. El sentimiento del deber —con quien lo dijo nos sentimos en perfecto acuerdo— es la más alta manifestación del perfeccionamiento moral, como es para el pueblo que lo posee la más completa afirmación de fuerza colectiva y de estabilidad. Piénsese cuánto nos importará convertirlo en idea-fuerza, y afianzarlo cada día.

Sin embargo, acaso por una paradoja, hemos creado tres distinciones dentro del Gimnasio. Es cierto que ellas son puramente espirituales y que nos esforzamos por quitarles el carácter de premio, de recompensa, pero, a pesar de todo, sigue considerándoseles como tales, y urge por lo tanto explicar su origen. Ningún centro deportivo ha logrado eliminar los trofeos. Los hay así en todas partes para el tenis, el fútbol, la natación, el salto, la carrera. El trofeo adjudicado al vencedor, si bien se mira, no es una finalidad; es simplemente una constancia.

Con este espíritu, y preocupados de que solo existieran estas *constancias* para las actividades físicas, ocurriéosenos crearlas también para los tres aspectos primordiales de nuestra vida escolar, y establecimos la “Copa del Esfuerzo Personal” y las placas “Al más Bello Carácter” y “Al mejor Excursionista”. Ya hemos explicado la alta significación que damos en nuestra escuela a la formación del carácter y al adiestramiento del esfuerzo personal, y hemos de hablar adelante del valor eminente que para nosotros tienen las excursiones escolares.



En uno y otro trofeo se graba cada año un nombre. Creadas estas supremas distinciones para los alumnos del colegio, se planteó el delicado problema de cómo habrían de adjudicarse. Recurrimos a la votación de los alumnos, y nos convencimos luego de que a estos les faltaban elementos para juzgar cabalmente a sus compañeros; pedimos entonces el voto de la junta de profesores y hallamos que tampoco era completo nuestro juicio, separado del de los muchachos a quienes podíamos desconcertar con una elección que contrariara totalmente su propio sentir. Llegamos por fin al convencimiento de que el asunto requería una indagación discreta —no una votación— en cada uno de los grupos escolares, y un análisis muy minucioso hecho en la junta de profesores. Desde el momento en que esta fórmula fue hallada, y de esto hace ya varios años, la presentación de los nombres de los candidatos y la discusión sobre ellos nos toma un buen número de horas en las últimas juntas del año. Y bien empleadas consideramos estas horas.

Pudiera decirse que, a pesar de que en las reuniones semanales que habitualmente tienen los profesores, se presentan continuamente datos importantes para el mejor conocimiento de los alumnos, es solo al final del curso cuando realmente nos damos exacta cuenta de la idiosincrasia íntima de muchos de nuestros estudiantes, sobre todo de los que han comenzado en ese año. Como por fortuna nuestros alumnos no suelen cambiar de colegio una vez que llegan a nuestra casa, el trabajo de selección se facilita a medida que vamos conociéndolos mejor. Sobra decir que nos cuidamos de destacar los nombres de los recién llegados, cuyas características no aparecen todavía como persistentes.

Con todo, y dentro de la sinceridad absoluta que inspira nuestra obra, debemos declarar que en más de una ocasión hemos podido equivocarnos. Algo más urgirá agregar en fuerza de esta misma sinceridad: habiendo querido nosotros eliminar el espíritu de rivalidad mezquina que los premios encierran, ¿no habremos creado simplemente una fórmula engañosa que solo en apariencia salve el escollo que queríamos evitar? ¿No estaremos exponiéndonos nosotros también a abrirle las puertas a la vanidad, con los mismos instrumentos que habrían de servirnos para levantar un muro frente a ella? ¿Estaremos nosotros, por la que hace a esta idea, matando lo que más amamos? Así pudiera ser. Lo dicho hoy es un interrogante, y como interrogante queda. Si mañana se convierte en certidumbre, los trofeos que fueron creados con

una generosa intención, pasarán con la misma intención generosa a los archivos en donde un buen número de cosas que tuvieron, en su hora, vida intensa, duermen el sueño tranquilo de las experiencias que ya cumplieron su misión. Ocurre cosa semejante con la determinación de los puestos en el grupo. Esto se viene haciendo desde hace muchos años, y es costumbre hacerlo en gran número de países. En los Estados Unidos lo primero que se inquiere de nosotros, cuando allí solicita ingreso a una universidad alguno de nuestros alumnos, es, precisamente, qué puesto ocupó en su clase. Más esto también está sujeto a rivalidades, y habría que ver si en realidad ellas existen y son perjudiciales.

Si ponemos en tela de juicio los premios y el reconocimiento de preeminencias, se comprenderá que con mayor razón nos oponemos a los castigos. Los castigos, en realidad, debieran quedar hoy fuera de la órbita de la escuela, y bien pudiera escribirse un libro de educación sin mencionar dicha palabra. Sin embargo, por la naturaleza de los conceptos cristalizados a través de los tiempos, continuamos asociando a la idea de disciplina la amenaza de la sanción. Para nosotros la palabra disciplina es una amable palabra. Decimos disciplina del espíritu, disciplinas morales, y nos parece que hablamos de las más altas conquistas del cerebro y del corazón del hombre.

No se opone esta manera de pensar a establecer normas de orden que hagan sentir al estudiante la obligación de cumplir estrictamente con todos sus deberes escolares. Al que llega retardado a la escuela se le hace venir al día siguiente una hora antes que sus compañeros. Y si reincide habrá también reincidencia en esta sencilla norma hasta crear en él el hábito del cumplimiento. El que descuida la presentación de un trabajo exigido, lo hará en una hora extra escolar. El que va mal en sus clases tendrá que concurrir al colegio en día de asueto a reemplazar con tareas suplementarias el tiempo que ha perdido. Y así con todas las llamadas *infracciones*, cuya lógica consecuencia es una adecuada reparación.

En una escuela en donde está vedado a los maestros humillar a los alumnos, la sanción de las faltas toma un aspecto completamente nuevo. En efecto, cuando no se trata de quebrar la dignidad personal sino de fortificarla, cuando no se quiere mostrar al culpable qué tan despreciable lo hace la falta cometida, sino por el contrario buscar con él los caminos de su mejoramiento; cuando la intención que anima al maestro no es enfermiza y negativa sino sana y afirmativa, entonces lo esencial es iluminar la

conciencia del discípulo, despertar la reacción de su espíritu, poner en movimiento sus nobles fuerzas interiores.

Podrá decirse que no todo muchacho será sensible a esta clase de exhortaciones, que habrá siempre algunos que requieren conmociones de otro género. Ello es evidente. Tales casos de excepción se nos han presentado.

No es siempre fácil sancionar todo tipo de faltas. El estudiante ha sido altanero o irrespetuoso con algún profesor; se muestra ostensiblemente indisciplinado; hace perder el tiempo a sus compañeros; usa un vocabulario vulgar. Habrá que hacerle entonces una seria reconvención personal. Si ello no determinara un cambio en la conducta se enviará un boletín especial al padre de familia, o, en caso más grave, se le llamará, y si, finalmente, todas estas medidas han resultado inútiles se optará por un retiro de varios días. Es esta una grave prevención que, en el escolar que tiene cariño por el colegio, logra efectuar un cambio sustancial. Llegado el caso de que el alumno, al regresar, continúe manifestando una misma conducta irregular, se decidirá — lo que siempre es doloroso, pero necesario— la suspensión definitiva. En semejantes casos hemos dicho lealmente a los padres de familia: “Lleven ustedes a su hijo a un colegio de régimen distinto al nuestro; agotados con él los recursos espirituales de que disponemos, y no habiendo logrado el resultado que esperábamos, no nos queda nada por hacer aquí”.

Nos cuidamos empero de formular pronósticos siniestros —un maestro no debe hacerlos nunca—; solo hacemos diagnósticos, pero nos mantenemos firmes en nuestra actitud cuando consideramos inútil nuestro esfuerzo, y sobre todo cuando se trata de segregar un elemento cuya presencia puede ser dañosa a la colectividad.

Pero conviene insistir en que, en ningún momento, ni aun en los casos más graves, el profesor avergonzará al alumno, ni lo exhibirá ante sus compañeros como un reo. El respeto por el estudiante no tiene para nosotros condiciones.

El buen maestro para conservar su autoridad debería tener en su mente una lista de *jamases* para no olvidarla nunca: jamás ser injusto. Jamás obrar con ira. Jamás usar de amenazas. Jamás rechazar los reclamos que puedan hacerle. Jamás ofender al alumno, ni humillarlo. Jamás olvidar los objetivos vitales que han de

moverlo. Jamás rehuir el frecuente examen de conciencia sobre su conducta y su labor docente.

Que los alumnos descubran, sin que el maestro tenga que decírselo, que no carece de sensibilidad humana, y que siempre usa de claro entendimiento.

El maestro debe pensar, en cada oportunidad, qué va a lograr con la sanción que impone. Ha de saber si el resultado de ella es benéfico, o, por el contrario, causa en el alumno traumatismos que arruinen su carácter.

Lo dicho hasta aquí no implica someterse a pautas. Educar por reglas resulta impracticable. Frente al alumno nuestros recursos espirituales han tener una ilimitada variedad. Un día, como lo hemos dicho, convendrá hacer grave nuestra entrevista con el muchacho que ha cometido una falta, y le haremos venir a la rectoría para conversar detenidamente con él. En otra ocasión será preferible una simple charla en los campos del colegio. En uno y otro caso procuramos no hacer sentir nuestra superioridad rectoral, y así borrar las distancias que causan incomprensión y recelo.

Cuántos delicados problemas hemos resuelto en estas amistosas conversaciones en donde a solas con el alumno inculcado nos sentíamos más padres que maestros, y teníamos la certeza de inspirar en nuestro discípulo, no un temor reverencial, sino un afecto filial. No fue siempre este el caso, pero hubiera bastado de una sola entrevista de esta índole, para hacernos sentir que realmente estábamos ejerciendo nuestra función de maestros.

En la intimidad de nuestra conciencia personal no tenemos frente a nuestros alumnos arma distinta de nuestras propias palabras. Si con ellas no movemos su discernimiento, hemos de reconocer nuestra derrota. Pero en el fondo confiamos casi siempre en esas palabras. Lo importante es saber cómo penetrar en la sensibilidad del discípulo. Si esto se logra, la partida está ganada.

Fichte, el gran educador alemán, al reflexionar sobre sus memorables discursos, decía: "Si mis palabras se pierden, ¿qué importa? ¿Quién no se expone a perder tan poca cosa como son las palabras?". Mas el noble pensador no podía abrigar tan melancólicos pensamientos. Las palabras, cuando son sinceras, cuando están inflamadas por el fuego que viene del alma, son nuestra sangre, son nuestro espíritu; no debemos siquiera suponer que ellas puedan perderse.



*Un encuentro mediado por el gusto y la pasión por la lectura  
entre don Agustín y los estudiantes de la segunda enseñanza, en la  
Biblioteca ubicada en el Edificio de Bachillerato.*



## El sentido social de la escuela

---

### La Cruz Roja Juvenil en acción

La escuela de antes, que por único fin perseguía el dar una determinada instrucción a la bandada de muchachos que llegaba a ella, tenía limitado su campo de trabajo al estricto conocimiento de diversas ramas del saber. Esta función mecánica llegó a verificarse con tal exactitud, que las escuelas de todas partes fueron idénticas las unas a las otras, y apareció como un sacrilegio el querer introducir en ellas la más pequeña innovación.

La escuela de hoy, que por múltiples procedimientos persigue la cabal formación del individuo, no se contenta con instruir sino que ha de educar, y no de cualquier modo. Preparar para la vida —dentro de la función de los intereses de la niñez y de la adolescencia— es la meta de esta escuela, y ello implica una justa apreciación de lo que la actividad en la vida ha de ser, y un conocimiento exacto del medio ambiente en el que habrá manifestaciones que será preciso estimular, y vicios que urgirá combatir. En una época de ásperas realidades convendrá dar a la nueva generación, con las disciplinas científicas que ella exige, una clara comprensión de los deberes ciudadanos. Si así no lo hiciéramos, las severas disciplinas de la ciencia, la reflexión fría que se divorcia del sentimiento, puede ponemos en presencia de aquellos grandes capitanes del egoísmo que no dejan tras de sí otro rastro que el del propio arado, hecho en el propio terreno y para provecho propio. Cuando se quiere formar hombres útiles, un propósito social ha de encauzar esta formación.

Entre las obras de bien público no hay tal vez ninguna que haya interpretado tan ampliamente como la Cruz Roja el concepto de humanidad. Quizá no haya tampoco ninguna otra obra que despliegue una acción más extensa y fecunda en beneficio de la sociedad. Esta institución, que se redujo en un principio a hacer menos brutales los estragos de la guerra, y que luego acudió a aliviar los dolores producidos por los

incendios, los terremotos, las epidemias y todas las catástrofes que incesantemente sorprenden a los hombres, ciegan vidas y reducen a escombros la riqueza acumulada por el esfuerzo humano; esta obra que, como alguien expresó, “prolonga sus brazos maternas hacia los cuatro puntos cardinales en busca del dolor”, se ha convertido hoy en la más extraordinaria empresa de previsión social que hubiera podido soñar el mundo contemporáneo.

En efecto, la Cruz Roja no solo se acerca a todos los dolores, restaña las heridas, ayuda al desvalido y redime al que cae; la Cruz Roja trabaja infatigablemente por el porvenir; protege a las madres, ampara a los niños, lucha por purificar el ambiente físico y moral de la sociedad. No es, pues, la obra que únicamente atiende al mal que se exterioriza o al accidente que a todos causa un espasmo de dolor. Ni ejecuta tampoco la acción ciega de los que solo por conmiseración apoyan al mendigo. Su ayuda es siempre razonada. A ella no se le podrá achacar la llamada industrialización de la mendicidad, de esa mendicidad consentida en muchas partes como profesión, y que a menudo no es otra cosa que la vagancia y el vicio ambulante. En sus campañas de asistencia pública, la Cruz Roja inquiere la causa de los males y trata de ir a ella prontamente, no contentándose jamás con solo atender a sus efectos. Higiene individual, salubridad pública, oportunidad de trabajo para todo el que es apto para ganarse la vida, reeducación del inválido, servicio activo y eficaz en bien del individuo y de las colectividades: estos son los problemas que a la Cruz Roja atañen.

Una obra de tan amplias y poderosas proyecciones sociales tenía que interesar de muy viva manera a los educadores: introducir en la escuela los fuertes y elevados principios que animan a esta institución, era no solo cumplir con un deber de civismo, sino hacerse a un extraordinario instrumento educativo. El arsenal de recursos con que cuenta un maestro es por lo general rico en máximas, pero pobre en obras que pongan en movimiento esas máximas. Encontrar de pronto una actividad que a un mismo tiempo mueve la inteligencia y el corazón, y crea física y mentalmente hábitos saludables que perdurarán en la vida, era un hallazgo: a este hallazgo se le dio el nombre de Cruz Roja de la Juventud.

Esta institución juvenil ha dado a la vida escolar un impulso nuevo. Son tres los capítulos en que se divide su acción: el primero se refiere a la higiene y logra con el llamado “juego de la salud”, que adelante explicaremos, y con otras prácticas no menos



ingeniosas, la adquisición de hábitos de sencilla iniciación que tienen un incalculable valor en la vida física del niño; el segundo busca despertar la conciencia social del estudiante y lo pone en íntima relación con los dolores físicos y morales que pueden estar al alcance de su comprensión, señalándole al mismo tiempo las obras que el espíritu ciudadano ha levantado para evitar, atenuar, y aun eliminar esos dolores; y el tercero, en desarrollo de los anhelos de paz universal que son la esencia misma de la institución, aspira a vincular a los niños de todas las naciones, por medio de una correspondencia epistolar, con un vivo espíritu de fraternidad.

Hay ideas que están en el ambiente de cada época, sentimientos que brotan a un mismo tiempo en las más apartadas regiones, inventos que se hacen simultáneamente por gentes que jamás estuvieron en contacto. Ningún provecho tiene el determinar cuántos de los puntos del programa de la Cruz Roja Juvenil, nacida en plena guerra europea, eran ya actividades vivas en 1914 en nuestra escuela de Bogotá, pero sí nos cabe la íntima satisfacción a los fundadores del Gimnasio Moderno de haber coincidido en ideas y procedimientos con quienes del otro lado del océano buscaban la salud física, mental y moral de las nuevas generaciones.

El prurito de exclamar: “Esto no nos interesa porque ya lo estamos haciendo a nuestro modo”, ese prurito que ha llevado a tantas de las escuelas nuevas a patentar procedimientos que solo se diferencian unos de otros en trivialidades, se tornó en los directores del Gimnasio en el anhelo de concordar sus propósitos con los de la vasta organización juvenil puesta en marcha en medio de la hecatombe guerrera. Pronto el rector viajaría al extranjero, estudiaría en sus detalles la nueva institución, y a su regreso se adoptarían en el colegio todos los puntos de la Cruz Roja de la Juventud, desde el Juego de la Salud hasta la correspondencia interescolar.

Veamos la manera como hemos encaminado este género de actividades.

## **El juego de la salud**

Nuestro juego de la salud es hoy muy semejante al que realizan los miembros de la Cruz Roja Infantil en más de sesenta países. Cada niño de la sección primaria recibe una gráfica en la que, día a día, anotaré si ha cumplido o no con doce elementales preceptos de higiene que hemos escogido, inspirándonos en los que en otros lugares se han puesto en práctica. Nuestro lamentado compañero Rafael Mallarino Holguín

hizo de cada uno de ellos una estrofa que los chiquillos cantan con gran animación. El juego de la salud consiste, pues, en cumplir cada día con lo que ordenan estos sencillos mandamientos cuyo balance habrá que verificar todas las mañanas antes de comenzar la clase. Este balance lo hace cada niño con toda libertad, siguiendo el sistema de honor que implica la confianza, en su veracidad; pero la balanza y el metro dirán si la salud se está desarrollando en cada uno de los elementos del grupo con toda normalidad, y como las doce reglas aconsejadas tienen una estrecha relación con el progreso físico, los chicuelos achacarán siempre a desidia en el cumplimiento de ellas el retroceso o estancamiento que el peso y la estatura denuncian.

Nada importa que la tabla de índices del crecimiento —índice de la salud, pudiéramos decir también— no sea comprensible para los más pequeños. Hemos visto que al niño basta señalarle cuánto debe pesar en relación con su edad y su altura; esto solo moverá su interés. Para que la atención de todos se mantenga en un creciente plano de entusiasmo conviene dar a la expresión o anotación de las medidas mensuales gran variedad. Tres colores distintos determinan si la relación de la talla y el peso es normal, si la anormalidad es pequeña —un 10 % de las medidas estándar— o si esta alcanza más grandes proporciones. Los nombres de los alumnos que corresponden a cada color serán colocados sobre la bandera hecha con este fin. Es de verse el interés puesto por todos en alcanzar el *buen color* y en conservarse en él. La imaginación infantil ha llegado a idear las más diversas formas de expresión gráfica: unos, en vez de colocar los nombres sobre los distintos colores de la bandera, harán una pequeña escalera por donde van subiendo los veinticinco alumnos del grupo, representados por monigotes ingeniosamente parecidos a sus modelos; otros idearán una carrera de caballos, y serán ellos los jinetes que se afanan por entrar pronto en la zona ambicionada; otros construirán tres barcos de colores distintos para embarcar en cada uno de ellos al grupo de muchachos que según los resultados mensuales corresponda a cada color: sobre una repisa que hará las veces de un río o del mar, dispondrán las tres embarcaciones, una tras otra, y será emocionante el momento en que la pesa y el metro determinen el salto que algunos han de dar de una a otra barqueta; otros se valdrán de una cucaña tricolor por donde trepan afanosamente todos los concursantes.

El juego, como todo juego, no podrá ser continuado por muchos meses —necesitará de intervalos— pero la consecuencia extraordinaria que de él se desprenderá

cuando haya terminado cada período, es que quien lo haya jugado se ha hecho ya a los hábitos de higiene que son la esencia misma de este juego, y el muchacho continuará practicando, de una manera instintiva, las famosas reglas de la salud que por sí solas van a defender su vida, y que en forma tan atractiva se fijaron en su organismo.

Si el profesor, por otra parte, interesa a los muchachos para que sean ellos mismos los que, por turnos semanales, hagan la inspección de aseo y se ocupen de lo concerniente a la práctica de las reglas de la salud y de todo aquello que pueda garantizar mejor la vida sana del pequeño grupo estudiantil, hallará a la mano la más preciosa y eficaz de las colaboraciones, y verá surgir, en vez de la frialdad de una simple lección de higiene, una febril actividad y un interés de todos los momentos.

Un razonamiento trivial nos permite deducir que no será posible afianzar el progreso de la higiene pública mientras no hayamos logrado que los individuos, como unidades componentes del conjunto social, posean los hábitos de higiene personal que son esenciales para garantizar la salud de los individuos y de la colectividad. La generación adulta no será muy permeable para ser transformada en ese sentido. En cambio, todo puede lograrse con las generaciones que llegan. De ahí la trascendencia de la higiene que crea hábitos individuales que se convertirán en costumbres colectivas con el andar de los años.

Iniciada la higiene en los chiquillos con el popular juego de la salud, terminará en los mayores con un curso serio sobre fisiología, enseñanza de los auxilios de primera necesidad, conferencias sobre alimentación, enfermedades endémicas, salubridad pública, educación sexual. El problema es amplio, y cambiará, según las edades, pero a los pequeños como a los grandes les interesarán tanto los problemas individuales como los colectivos cuando estos se planteen en forma racional. Sería un error poner a trabajar a los más chicos en el presupuesto sanitario de una ciudad, o darles como tarea el estudio de la reglamentación dictada para la venta de determinados alimentos; pero a los más grandes les cautivarán estos problemas, y los de las plazas de mercado, los mataderos públicos, la pavimentación, el alcantarillado, todos los servicios municipales en general: hospitales, parques, organismos de asistencia social. Para cada edad existen intereses apropiados.

El muchacho que ha aprendido la manera de conservarse sano y fuerte, y que ha gozado de los beneficios de un medio en donde todo es salud, es el más llamado a

propagar el nuevo sistema de la higiene escolar. No será solo dentro de su escuela donde él querrá ver practicar esas normas higiénicas que parecían tan monótonas cuando la enseñanza era exclusivamente libresca, pero que tomaron tanta vida, tan grande animación, cuando se convirtieron en un juego que al mismo tiempo era el más divertido y el más serio que en su infancia conoció. Llevará la buena semilla fuera de su claustro.

Así lo hemos visto y lo estamos viendo en el Gimnasio Moderno. Nuestros chiquillos se han marchado a las escuelas públicas de los barrios más pobres, y allí han hecho conferencias y demostraciones, y han iniciado las campañas del cepillo de dientes, del jabón y del pañuelo, elementos extraños para no pocos de los oyentes. Y como estos pequeños propagandistas son gente práctica, y temen que las palabras solas no tengan suficiente peso y se las lleve el viento, acompañan siempre el discurso que hacen con el obsequio de los elementos que recomiendan; entregan al maestro el modelo de las gráficas de la salud, cantan las estrofas de los mandamientos, y entre visitantes y visitados se juega, para terminar, una entusiasta partida deportiva.

La enseñanza de la higiene comprendida en esta forma, que parte de un juego de niños para elevarse a altas concepciones, es tan nueva que ni nuestra escuela, ni quizás ninguna otra, está en capacidad de presentar todavía resultados definitivos de su labor. Esto solo podrá hacerse años más tarde, cuando el movimiento sea general, pero el simple sentido común nos está diciendo que esos resultados serán sorprendentes. En efecto, con la salud mejoraremos la vida de las nuevas generaciones, sobre todo si, como vamos a verlo, no consideramos esa salud como una finalidad sino como un medio de enaltecer la vida.

La salud física, ha dicho Amiel, es la primera de las libertades. La riqueza más positiva es la que nos da la salud, agregó Emerson. Con una salud arruinada queda roto todo intento de felicidad. De ahí el que la escuela deba poner una tan minuciosa atención a todo aquello que a la salud se refiere. Asegurada esta, podremos marchar directamente a la realización de nuestros más altos ideales: antes no.

## **Despertar y encauzamiento de la sensibilidad social**

Cuidémonos empero de considerar la salud física como un fin en sí misma. Los higienistas hablarán de la alimentación, por ejemplo, como de un problema cardinal para

la vida del hombre, y estipularán cuidadosamente las dietas correspondientes a las distintas edades. Allí terminará su función. El educador no podrá detenerse aquí, la salud física, no siendo para él sino el medio en el cual se desarrollan la salud mental y la salud moral, que, estas sí, constituyen metas cumbres de todas sus miras. Conviene decirlo porque en estos tiempos no falta quienes piensen que la finalidad capital en la vida es la nutrición.

Del mismo modo que triviales máximas de higiene aseguran la fortaleza física, triviales preceptos pueden asegurar la salud espiritual. El todo en la máxima es hacerla salir de su envoltura estática de máxima para adentrarla en el terreno dinámico de la acción. Si el niño, así como se acostumbra a lavarse los dientes a mañana y noche, a masticar bien los alimentos, a dormir el número de horas que reclama su organismo, a respirar profundamente y a caminar erguido, se acostumbra también a ayudar al desvalido, a tener piedad de los animales, a cuidar de las plantas, y a prestar su concurso en donde quiera que pueda ser útil, asegurará tan sólidamente como la salud de su cuerpo la de su espíritu. En cambio, si las máximas no pasan de ser máximas, si el niño permanece en la inactividad, sus energías corporales y espirituales se atrofiarán. Y no es indiferente el que las cosas ocurran de la una o de la otra manera, porque entre uno y otro resultado habrá la diferencia que existe entre el parásito y el hombre activo y eficaz.

En la primera visita que nuestros pequeños gimnasianos hicieron a una escuela pública, todos parecieron impresionarse con el contraste que nítidamente aparecía ante sus ojos, entre la vida llena de amplitud que ellos vivían y la muy estrecha que les tocaba vivir a aquellos hijos de modestos trabajadores. También eran niños como lo eran ellos; niños que gozarían como ellos, pero que no sabían de estas alegrías porque sus padres no podían proporcionárselas. De los ojos pasó la luz de aquel contraste al corazón, y el corazón hizo todo lo que vino luego. Estos nuestros chiquillos reaparecieron pronto en la escuelita pública. Esta vez se habían olvidado de la higiene, y sus manos iban llenas de juguetes y de golosinas, de las mismas golosinas que algún mandamiento de la salud prohibía comer; pero como el corazón tiene razones que la razón no conoce, y en la escuela hay que formar el corazón también, les permitimos obrar libremente. No nos equivocábamos al dejar seguir este libre camino al sentimiento de confraternidad que así se iniciaba: tras de la visita espontánea a la escuela,

vino la visita al asilo infantil, al hospital de niños, a todas las obras que la Cruz Roja y la ciudadanía en general han creado para proteger al niño.

Hemos de declarar que, en el primer momento, no nos preocuparon en absoluto los detalles de organización. Nos entregarnos de lleno y por entero a la acción misma, y dejamos los asuntos de los reglamentos y estatutos para más tarde, cuando la iniciativa en movimiento hubiera impreso ya su sello a aquellas cosas que habríamos de reglamentar. En vez de hablar de las grandes campañas de higiene que teníamos por realizar, en vez de hacer discursos a los muchachos sobre sus deberes cívicos y de proponerles meditaciones sobre su acción futura, creíamos de mayor valor iniciar con los alumnos pequeñas campañas que aseguraran ya las grandes campañas del porvenir.

Desde los comienzos del colegio nos pareció que, en una obra educativa, era indispensable despertar la sensibilidad social en el alma infantil. Nos dimos cuenta de que basta poner al niño en contacto con algunas amargas realidades para que ella despierte. Por eso hemos dicho que en nuestra escuela comenzamos a hacer labor de Cruz Roja Juvenil sin saber que la hacíamos. No hemos tratado jamás de cultivar en nuestros alumnos un sentimentalismo enfermizo, sino de iluminar la conciencia, adiestrarla en la comprensión de problemas que no se entenderán cabalmente si desde temprano en la vida no los ha enfocado la atención. Poco haremos en verdad si reducimos la llamada educación cívica a enseñar en la escuela cuáles son los deberes del ciudadano, si al mismo tiempo, o todavía mejor en reemplazo de esto, no le enseñamos a ese futuro ciudadano a cumplir con sus deberes de niño, entendiendo como uno de estos el preocuparse por sus compañeros en desgracia. Solo con una acción encaminada en ese sentido podrá darse cuenta el niño de que, él también, es miembro de un conjunto humano en cuya acción y desenvolvimiento le corresponde un papel que representar y una responsabilidad que asumir.

Cuando se siente hambre y frío, solo puede pensarse en conseguir abrigo, techo y pan. De ahí el que sea tan importante atender por sobre todo al sustento de la vida humana, y que de tal urgencia se tome cuenta desde los primeros años.

Tiene un valor capital esto de que el niño sienta que él puede hacer cosas útiles, y que las buenas obras no son un monopolio de la gente adulta. No será difícil hacerle sentir al pequeñuelo que la buena obra suya vale a menudo más,

mucho más, que la realizada por lo que él llama, ingenuamente, el hombre grande. El día de una peregrinación al asilo de huérfanos le damos oportunidad de ver que cuando es el adulto quien trae los juguetes y las golosinas, la alegría de los chiquillos no se muestra en la forma intensa y espontánea como cuando son otros chiquillos de su misma edad los que vienen hacia ellos. Ve inmediatamente que los corazones también tienen edad y que el suyo es el que más cerca está del corazón solitario y triste del niño del asilo.

Es casi seguro que esta diferencia entre la caridad, que pudiéramos llamar protocolaria, ejercida por los mayores y esta acción fraternal y calurosa que hace parte de nuestra vida ordinaria escolar, la perciben todos sin que nosotros tengamos necesidad de llamarles la atención sobre ella. ¿Cómo no advertir, en efecto, el contraste entre la timidez de los semblantes de aquella gente menuda frente a los funcionarios que la visitan, y la alegría que se asoma a sus ojos, y que pronto se exterioriza en risas y en gritos de contento, cuando la bulliciosa caravana del Gimnasio es la que invade los patios del asilo?

Múltiples iniciativas surgen aquí y allí. Hay grupos que recorren los cerros vecinos en busca de los hogares pobres a donde llevan ropas, juguetes, frutas, bombones, y aun algunas veces flores y grabados para adornar los interiores. Otros invitan a un refrigerio, bajo los árboles, a unos cuantos pequeñuelos de alguna de las casas de protección infantil, y en aquel momento los que siempre fueron servidos se convierten en servidores. Otros llegan hasta elaborar un programa muy variado para sus invitados, programa que comprende una charla, una película cinematográfica, y algún concurso deportivo. Los más pequeños tal vez no harán un muy intenso cambio de ideas, pero sí harán un constante cambio de emociones. Ya no habrá entre ellos meras palabras. Quizás ninguno haya oído hablar de igualdad, de fraternidad, de solidaridad, pero esas voces no oídas han sido reemplazadas por momentos vividos que no se olvidarán.

Educados los sentimientos en virtud de esta clase de acciones, que, como se ve, solo requieren crear un medio propicio, serán fuerzas que obrarán de por sí constantemente. Así como a los hábitos de higiene se llegó por medio del juego de la salud, a la verdadera educación cívica se ha llegado por lo que pudiéramos llamar el juego de la bondad.

Es muy laudable la costumbre de algunas damas de nuestra alta sociedad de apresurarse a inscribir los nombres de sus niños en las listas de contribuyentes para las diversas obras caritativas cuyo apoyo se solicita por la prensa. Solo es de lamentar que a los mismos niños a quienes se da la alegría de ver sus nombres en el periódico, no se les dé también la satisfacción de conocer a las criaturas que ellos protegen. Todo niño debería saber que, en la intimidad de la conciencia, más que la cuota en dinero para una obra, importa el espíritu con que a ella se acude.

A los muchachos debemos proporcionarles oportunidades para que revelen sus aptitudes de colaboración social como se las hemos dado siempre para que muestren sus fuerzas mentales y físicas. Cuántas veces es precisamente el muchacho que no ha sobresalido ni en los deportes ni en las clases, aquel que va a ocupar un puesto más alto en la sociedad, porque en él existe la fibra del trabajador social que lo llevará en la vida a una intensa actividad. Debemos darles, pues, desde la escuela a estos trabajadores en embrión, el ambiente de cosas por hacer que ellos necesitan, y estimular su acción.

Por su parte los fundadores del Gimnasio Moderno, convencidos de que importa tanto crear en las nuevas generaciones el espíritu social como atender sin demora a los males existentes, organizaron, desde el primer año de la fundación del colegio, las cajas escolares, destinadas a vestir y alimentar a los niños indigentes de las escuelas públicas, obra que habiendo comenzado muy modestamente, repartía, pocos años después, más de mil vestidos anuales y mil quinientos desayunos diarios.

Se fundó al mismo tiempo la primera colonia de vacaciones que permite a los chicuelos de limitados recursos pasar periódicamente unas cuantas semanas fuera de la ciudad, en pleno campo, y en el clima distinto que reclama el organismo en una zona como la nuestra que carece de estaciones. Generosos donativos de ciudadanos, cuotas periódicas de un grupo de amigos, legados testamentarios, y el apoyo decidido de las autoridades oficiales, aseguraban para esta empresa un devenir estable. No obstante, el rector del colegio y la Junta Administradora de la Institución, encontraron más conveniente que la colonia, que si bien ya había hecho sus pruebas de supervivencia por cerca de quince años, pero que requería mayor ensanche, estaría mejor en manos de la Junta de Beneficencia, entidad de sólidas posibilidades financieras. Fue así como se resolvió donar la colonia, con todos sus terrenos, edificios y enseres, a esa prestigiosa Junta, la que desde entonces continúa al frente de ella.



La protección infantil en todos sus aspectos es el problema social que más hondamente ha preocupado a la Dirección del Gimnasio. Fue natural que de allí partiera la intensa campaña hecha para dar unidad de acción a las numerosas instituciones que protegen a la infancia en Bogotá, y que en su mayoría se desconocían mutuamente, y, al obrar dislocadas unas de otras, malbarataban gran parte de su esfuerzo. Los eslabones dispersos de tantas instituciones benéficas habrían de formar la fuerte cadena de una obra organizada.

En lo general procuramos que nuestros alumnos se ocupen desde niños en servir, en la medida de sus posibilidades, a todos aquellos a quienes el destino colocó desventajosamente. *Ser útil*: este es el lema. Ya vimos cómo el obsequio del niño a otro niño, no es solo una ofrenda material sino una ofrenda moral, y vimos cómo es de sencillo encauzar la desbordante actividad infantil en el sentido constructivo de que hemos hablado como esencial en la nueva educación.

Sabemos que el niño es activo por excelencia y que cuando no dispone de algo para construir, destruye. ¿Y no vemos a diario que esto ocurre también a los jóvenes, aun a los universitarios? De ahí la importancia que tiene el no dejar sin un alto gobierno la imaginación. Podemos estar seguros de que los muchachos ocupados, sería y alegremente a la vez, en actividades del género de las que aquí hemos expuesto, no encontrarán nunca tiempo libre para hacer tonterías o cometer maldades.

Dentro del colegio no son pocas las manifestaciones que a diario hacen evidente el sentimiento fraternal que une a los alumnos. Es frecuente el caso de uno de los adelantados del grupo que presta ayuda al compañero que encuentra dificultades en sus estudios; el enfermo es siempre visitado por sus condiscípulos; jamás los compañeros han estado ausentes en el duelo que puede llegar a uno de ellos. La solidaridad es temperamental en todos. Quieren y defienden su colegio como cosa propia. Son buenos compañeros, sobre todo cuando se trata del espíritu de cuerpo o de equipo que se manifiesta siempre entre los componentes de un mismo grupo. A este respecto tenemos que recordar que no es siempre fácil llevar al sentimiento del muchacho la idea de que no existe amistad decorosa cuando se trata de participar en una falta o de encubirla. Entonces, les decimos, no hay compañerismo, sino complicidad, y el elogio tiene obviamente que convertirse en censura.

Delineada la manera como orientamos en los alumnos del Gimnasio Moderno la sensibilidad social, solo nos queda por ver ahora de qué recursos nos valemos para suscitar en ellos el sentimiento de compañerismo internacional, que, como ya anotamos, es otro de los puntos cardinales del programa de la Cruz Roja de la Juventud.

## **La comprensión internacional**

La comprensión internacional tenía que ser efectivamente uno de los fines perseguidos por la Cruz Roja Juvenil. Esta comprensión, si no ha de comenzar temprano en la vida, se dificultará más tarde. Movido por este pensamiento Paul Mieille, más de veinte años antes de fundarse la Cruz Roja de la Juventud, o sea en 1894, había iniciado en Francia la correspondencia escolar internacional. Mieille era miembro de la Asociación de Lenguas Vivas y perseguía también un fin utilitario inmediato con este tipo de interrelación estudiantil. A su esfuerzo se sumó el de Stead y el de Hartmann que dieron un gran impulso al movimiento de los mensajes individuales. Con las excursiones escolares se lograba el contacto nacional; con la correspondencia se puso en marcha el de las relaciones con el extranjero.

Por medio del intercambio epistolar los muchachos se dieron cuenta de que la obra que ellos llevaban a cabo no era puramente local o nacional. Esa obra salvaba las fronteras: era una obra humana. Pronto las cartas se transformaron en álbumes, que de manera muy viva pusieron en comunicación a los niños y a los jóvenes de los países más distantes.

Estos álbumes han llegado a ser un recurso educativo de extraordinaria valía. Su confección sirve de pretexto para que el alumno se ocupe con mayor empeño del que puede poner en sus tareas ordinarias. Es un trabajo que va al extranjero, y esta sola idea basta para que se ponga gran cuidado en su elaboración. El álbum representa un esfuerzo hecho en equipo, y la responsabilidad del resultado que con él se obtenga recae sobre toda la clase.

Hay álbumes de distintos tipos. Los unos se refieren a la vida de la escuela: cómo se vive; qué se hace en ella. Otros presentan a la ciudad: sus edificios, sus museos, sus monumentos, sus parques, sus tradiciones, su progreso urbano, sus industrias y su comercio. ¡Cuántas visitas para recoger información! Otros legajos comprenden el país entero: contienen una carta geográfica, el himno nacional, una colección timbres

de correo, una presentación de sus riquezas; todo lo característico que valga la pena de ser mencionado.

La correspondencia interescolar, o mejor el intercambio de álbumes, comienza desde las clases más pequeñas, desde el propio jardín infantil. Niños que todavía no saben leer ni escribir llenan sus álbumes con grabados y dibujos que muestran sus diversas actividades. El sistema de los Centros de Interés permite iniciar estos trabajos en forma por demás atractiva para todos los escolares, por pequeños que ellos sean. Así, el centro de interés de la habitación o de los alimentos proporciona material en abundancia para la confección de un álbum. La historia de la habitación —grutas de los tiempos primitivos, casas en lo alto de los árboles o montadas en estacones como en la época lacustre; casas egipcias, castillos de la Edad Media, palacios del Renacimiento, construcciones modernas— todo esto llevará a la búsqueda de una variadísima documentación gráfica. Lo mismo pudiéramos decir de la geografía de la habitación: cómo viven los esquimales, los japoneses, los árabes, los holandeses. Y de igual manera con todo lo concerniente a los diversos elementos de la nutrición. Entre nosotros el café ha permitido elaborar portafolios de gran riqueza informativa. El continente Americano será otro centro de interés que moverá con entusiasmo la acción de todos. Mapas, banderas, escudos, monedas, grabados, estadísticas, todo ello dará motivo a la confección de un texto sui géneris que no puede ser indiferente para ninguno de los países americanos. Es de verse en los días de recolección de datos, la incursión de los pequeños *investigadores* en embajadas y consulados, en donde, sea dicho de paso, son recibidas las comisiones nombradas con la mayor cortesía. Y este cordial recibimiento es un factor más de acercamiento internacional.

Una visión global del mundo podrá dar oportunidad a los estudiantes para ilustrar un álbum de un género nuevo que pondría de relieve la interdependencia de todos los países y de todos los hombres. Habrá páginas para las banderas y escudos de las principales naciones, pequeñas biografías de figuras mundiales —Leonardo da Vinci, Goethe, Cervantes, Lincoln, Pasteur—, estadísticas comparativas de grandes industrias.

Hay un aspecto de especial importancia en la correspondencia interescolar. Es el que se refiere al espíritu de comprensión y tolerancia porque todo el que participa

en esta actividad se dará cuenta de que en lo que escribe no podrá haber nada que lastime los sentimientos de aquellas personas que van a conocer ese trabajo.

El alumno, al recibir un álbum que viene de lejanas tierras, verá cómo la Cruz Roja se empeña en crear un principio vital de fraternidad, de compañerismo, de cooperación, y es este concepto el que lo llevará a sentirse cerca de esos otros pueblos, muchos de ellos situados a grandes distancias del suyo. No importa que existan diferencias de credos y de idiomas. El espíritu generoso logra convertir la diversidad en unidad.

No hay que pensar que esta suerte de ocupación quita tiempo al estudiante. La labor es colectiva, y a cada cual corresponde únicamente determinadas funciones. Por otra parte, este llamado tiempo perdido será el tiempo mejor ganado, si hemos de tener en cuenta el rendimiento de toda acción social y humana, que vale ciertamente bastante más que el solo aprovechamiento puramente escolar, preparará al alumno para su labor cívica del futuro, hará de él el elemento constructivo que necesita de urgencia nuestro mundo de hoy. La institución pretende reemplazar las legiones de hombres parásitos por legiones movilizadas de ciudadanos activos, y pone a los seres humanos en el camino de la mutua comprensión, del mutuo apoyo, y de esa lejana y difícil meta que se llama la paz.

Vale la pena recordar que la correspondencia escolar internacional, iniciada esporádicamente años antes, tomó fuerza en plena guerra europea. Fue entonces cuando los niños desvalidos comenzaron a recibir, junto con los regalos remitidos por los compañeros de países lejanos, cartas que, como se ha dicho, eran las más hermosas de todas las dádivas enviadas. Por sobre los campos de batalla los corazones que todavía no estaban en el *deber* de aborrecerse, se acercaron unos a otros. Terminada la guerra, quedó para todos los chicuelos que destinaban sus horas libres al alivio de los desvalidos, un tiempo que podían dedicar a quehaceres que hasta entonces no era costumbre llamar escolares, por no ser ramas de conocimientos, ni existir para ellos un examen de fin de año. Creado el hábito de una actividad desinteresada, los chiquillos de las escuelas continuaron reuniéndose, y de esas reuniones surgió todo el programa que abarca la Cruz Roja Juvenil.

Por lo que tiene que ver con la correspondencia interescolar, se pensó, como lo hemos dado a entender, en que las solas misivas no bastaban para presentar debi-

damente el país de origen de los escolares y la escuela en donde ellos estudiaban, y por esto apareció, de manera espontánea, la idea de confeccionar los álbumes que llevarán a tierras lejanas una más completa información. Y como se comprendió que el país propio y la escuela propia iban a ser juzgados por fuera según la impresión de conjunto que pudiera dar el libro elaborado, se puso en ese trabajo el mayor esmero posible, y de este modo su confección se convirtió en una de las más intensas y provechosas tareas. Un mensaje de amistad acompañaba cada envío.

Todo álbum debe interesar, instruir y divertir al mismo tiempo, y ha de ser en el fondo una obra seria, ajena a todo engaño. Estos principios fueron desde entonces una norma.

En la preparación de la correspondencia por medio de los álbumes, nuestros alumnos se distribuyen el trabajo de acuerdo con sus aficiones y capacidades. El que redacta mejor, escribe el mensaje; aquel que tiene mayores facilidades caligráficas se encarga de pasarlo a la hoja del álbum; los mejores dibujantes hacen las ilustraciones gráficas; el pequeño cartógrafo, los mapas; el fotógrafo incipiente contribuye con sus instantáneas más nítidas; el que tiene aficiones filatélicas, obsequia un muestrario de sellos de correo. Y entre todos se colecta una modesta contribución en dinero para conseguir las tarjetas postales, la cartulina y demás elementos que sea necesario comprar para la esmerada terminación del trabajo. El profesor se encarga, por su parte, de facilitar todos aquellos documentos que puedan servir para la más perfecta presentación de la escuela. Finalmente el más artista de los muchachos hace un repujado en cuero o cobre, o algún dibujo simbólico para la portada.

La intervención del maestro nos parece siempre indispensable. Una inexactitud histórica, una involuntaria ofensa al extranjero, una simple falta ortográfica, en una correspondencia de este género, han de evitarse cuidadosamente. La individualidad del niño no debe respetarse hasta el punto de permitirle perdurar en sus errores, sobre todo cuando estos van a ser ampliamente propagados.

Los álbumes tendrán, efectivamente un empleo docente en la escuela a donde van. No solo servirán para que los vean los muchachos y sus familias, y para ser expuestos en la biblioteca del colegio, sino que serán útiles también a profesores de Historia, Geografía e idiomas extranjeros, para dar mayor variedad y amenidad a sus clases. Estos álbumes, aparte de la función moral que ejercen, están, pues, destinados a ayudar a la adquisición de conocimientos necesarios, y esto no hemos de

pasarlo por alto. Al álbum se le atribuye muchas veces, y con razón, más crédito que al texto escolar porque trae una información más fresca, y, sobre todo, de primera mano. Esto lo hemos visto con nuestros propios álbumes que han llevado al extranjero una visión de Colombia que no ofrece ninguno de los textos de geografía en uso en las escuelas. Las simples fotografías, tomadas recientemente en la ciudad, la presentaron totalmente distinta de aquella que figuraba en las viejas geografías, y cuyas ilustraciones se habían repetido indefinidamente en todas las ediciones de los textos escolares, dándose así el caso de un libro editado en 1960 con grabados y datos de comienzos del siglo.

Para nosotros lo que es más atrayente en este intercambio de correspondencia es el enorme valor educativo que él contiene. Abrir amplias ventanas en el espíritu del niño para que el horizonte de su visión intelectual sea cada vez más extenso, nos parece de una trascendencia incalculable. Y que esas ventanas se abren cuando la confección de uno de estos álbumes se ha incorporado inteligentemente en el ordinario trabajo escolar, es algo que hemos podido contemplar con nuestros propios ojos desde el momento en que introdujimos esta ocupación en nuestra escuela.

Hay que ver al grupo de los treinta muchachos que componen la clase, compartir animosamente la tarea de confección del álbum con la preocupación de que cada cual haga el esfuerzo máximo para que la obra exhiba de la manera más atractiva, ante sus compañeros del extranjero, la escuela en donde ellos trabajan, y el país que para ellos forma ese conjunto armonioso que se llama la Patria.

Y es de verse también la curiosidad y el entusiasmo con que ellos reciben el libro del exterior, que les trae, presentada en múltiples aspectos, la nación lejana: los vestidos, las costumbres, los deportes, las industrias, los paisajes, la estampa de las grandes ciudades y de los campos destinados a la agricultura; aun la misma técnica que emplean sus compañeros desconocidos en el dibujo y en las pequeñas labores manuales. Todo lo que el álbum encierra mueve de manera inusitada su interés.

A veces acompañan el envío, como suplemento de la obra de los muchachos, bellísimos folletos con ilustraciones en colores de los que se usan para el turismo. Entonces los alumnos hablan de que es preciso pedir a las autoridades colombianas, a las gerencias de los ferrocarriles y de las compañías de vapores, que divulguen ampliamente cosas semejantes, ya que la naturaleza del país —ellos lo han

visto en las excursiones— ofrece inagotable documentación de bellezas sorprendentes, y que el progreso de la nación en sus industrias, sus vías de comunicación, sus instituciones culturales, puede exhibir tan valiosas realidades.

Lo más significativo de esta correspondencia entre grupos de muchachos es que a ellos no les interesa propiamente la amistad individual sino el conocimiento internacional. No es entre determinados elementos de determinadas agrupaciones que se hace un intercambio de ideas y sentimientos, es entre la niñez y entre la juventud de las distintas naciones. Un álbum puede ser contestado por un grupo diferente de aquel al que ha sido dirigido y el efecto es idéntico. La admiración y la simpatía por el país extranjero —surgidos en virtud de este acercamiento— no están vinculadas a nombres propios. Son de una y otra parte fenómenos colectivos. La mera correspondencia individual no tiene, aun cuando esto parezca extraño, el mismo interés para ninguno de nuestros alumnos. El ensayo lo tenemos hecho ya. La lista de todos nuestros estudiantes, con la indicación de sus respectivas edades, nos fue pedida por la nobilísima institución: “My Friend Abroad”, para iniciar un intercambio de correspondencia individual con escolares de los Estados Unidos. Como consecuencia de la publicación de esta lista comenzaron a llegar centenares de misivas al Gimnasio. Hubo alumnos que por un solo correo recibieran siete cartas, que, como bien se comprenderá, eran muy parecidas las unas a las otras. Unas cuantas de aquellas esquelas fueron contestadas, pero pronto la novelería estudiantil murió, ahogada por el alud epistolar que cayó sobre todos. Solo por excepción se estableció una esporádica relación de persona a persona.

Por otra parte, como con las cartas individuales se hace prácticamente imposible la inspección del maestro, los errores a que esta correspondencia pueda prestarse son de muy difícil corrección. Las mismas oficinas de la Cruz Roja de la Juventud han tenido que retirar algunas veces, al hacer la traducción del texto de los mensajes, ciertos documentos que, por inadvertencia de los maestros, habían quedado incluidos en los álbumes, y que por su índole religiosa, política o de rivalidad internacional, envolvían el peligro de producir, en vez de un sentimiento de concordia, el rencor o la hostilidad internacional. Los muchachos no tienen todavía el criterio del adulto, que para estos casos hace falta, y no es prudente por lo tanto dejar sin ninguna vigilancia su actividad.

Muchos de los álbumes que ha enviado el Gimnasio Moderno al exterior contienen una presentación de Colombia en la forma variada y expresiva que logra el ingenio de los estudiantes. Hay en ellos cartas geográficas del país, multitud de dibujos, datos estadísticos, y una rica colección de fotografías que muestran a lo vivo todas las actividades del Gimnasio —excursiones, trabajos manuales, deportes, clases al aire libre—, y muy especialmente todo lo relativo a la acción desarrollada por la Cruz Roja Juvenil.

El efecto causado por estos expedientes en países extranjeros, no puede ser más atractivo. De la Liga Internacional de la Cruz Roja se han dirigido al colegio mensajes de congratulación muy halagüeños, y lo mismo ha ocurrido con los centros de la Cruz Roja de la Juventud de los países adonde se han hecho envíos. Recordemos que desde 1929 el Dr. Enrique Olaya Herrera, entonces ministro de Colombia en Washington, hizo entrega oficial al presidente de la Cruz Roja norteamericana de la documentación remitida por los alumnos del Gimnasio a los niños de algunas escuelas de los Estados Unidos, y, con este motivo, tanto el Dr. Olaya Herrera como el juez Payne pronunciaron muy elogiosos discursos para enaltecer la labor de confraternidad internacional realizada por el Gimnasio Moderno de Bogotá.

Aun cuando los álbumes pueden ser especializados en historia, geografía, ciencias naturales, literatura u otras materias de enseñanza, nosotros hemos optado, hasta ahora, por enviarlos casi todos del tipo de información general que es el que mejor puede, a nuestro entender, interesar a los muchachos de fuera sobre nuestro país y nuestra escuela. Lo que no ha sido obstáculo para que los envíos hayan presentado la mayor diversidad de temas especializados.

En cuanto al lugar a donde deben ser enviados los álbumes, disentimos de quienes creen posible que el niño vaya gradualmente extendiendo el círculo de sus correspondientes, comenzando con los del vecindario, para llegar, en esta forma ordenada, hasta los antípodas. La libre e inquieta imaginación del niño, que es tan distinta de la lógica circunspecta de los pedagogos, pide a menudo ponerse en relación epistolar primero con los antípodas, y no hay objeto en contrariar este impulso, tanto más si se piensa que para con los vecinos existen medios de comunicación más directa. Bastaría recordar el éxito sin precedentes obtenido por el bellissimo álbum de los niños japoneses que ganó todas las simpatías, todo el entusiasmo, de nuestros escolares.



El álbum representa en primer término una labor de acercamiento entre todos los pueblos. Precisamente por no tener carácter oficial, por ser trabajo voluntario, efusivo, de la gente nueva de los distintos países, está destinado a realizaciones perdurables. El muchacho, con su mensaje de simpatía y de amistad, disipa más prejuicios que el hombre adulto que lleva de una nación a otra, pomposas declaraciones de confraternidad. A la bondad entre los compañeros del territorio patrio, a esa bondad nacional, viene a agregarse espontáneamente la bondad internacional. El niño gana prodigiosamente con este intercambio de sentimientos, y aprende desde temprano que fuera del sitio en donde él ha nacido existen otros seres que tal vez hablan un idioma distinto, practican otras religiones, pertenecen a razas diferentes, pero que sienten y piensan como él. En su corazón se inicia, desde los primeros años, un vago sentimiento de compañerismo que con el tiempo será ese fuerte y generoso sentimiento de amor a la humanidad que tanto han predicado los apóstoles de todas las naciones, pero que es tan raro hallar si no hemos de contentarnos con una mera fórmula sentimental. Si serenamente pensamos por un instante en el porvenir, y nos damos cuenta de que ese porvenir lo estamos creando con nuestra actividad del presente, se impone la conclusión de que solo con actividades de estas que siembran el bien y lo cultivan, podrá vislumbrarse algún día lo que hoy no es más que una trunca esperanza: la confraternidad universal.

Como se deduce claramente de todo lo aquí dicho, el programa de la Cruz Roja Juvenil abarca un extensísimo campo, pero es preciso tener constantemente en cuenta que ha de partirse de realidades concretas. Una bella clase, una bella escuela, un bello hogar: he ahí metas estéticas cercanas que la misma niñez puede contribuir a alcanzar. Desde allí quizás entrevea una bella ciudad y una bella nación y hasta sueña con una bella humanidad. Pudiéramos decir que esa institución, de tan vastas proyecciones, es como un ventanal desde donde el espíritu juvenil llega a contemplar el mundo entero. Mas lo importante es no satisfacerse con la sola actitud contemplativa. Solo la acción es creadora.

## **Fe en la juventud**

No siempre significan cosas muy estables los pactos y las promesas internacionales, pero en todo tiempo tendrá un hondo significado la acción de la juventud. La juventud es, ha sido y será siempre, la suprema promesa de la vida.

Asociado de tiempo atrás el Gimnasio a la Cruz Roja de la Juventud, vinculados personalmente a las directivas internacionales de la institución; informados periódicamente por revistas juveniles del movimiento universal de estas ideas; consciente nuestro profesorado de la ingente trascendencia de la obra, cabe pensar que ella se hará cada día más constructiva y dará mayores rendimientos.

Unidas las gentes jóvenes de las distintas naciones no podrá morir la conciencia nacional, como lo temen algunos, pues para significar algo en el llamado concierto universal es preciso representar un valor auténtico, y esto no es posible mientras la nación no cuente como unidad fuerte y armoniosa. No morirá tampoco el espíritu familiar, ya que la familia seguirá siendo la célula social por excelencia, y, lo que ella valga, valdrá la nación. Sin morir pues el espíritu de la nacionalidad, ni ningún elemento de los que forman su esencia, surgirá más bien, sobre bases más firmes, la conciencia del mundo que está en elaboración, y que, entendida de esta manera generosa, realizará la tarea creadora a que por la fuerza de su destino está llamada la humanidad.

Para que toda esta bella labor dé el fruto que de ella se espera, es indispensable una activa colaboración del maestro y del padre de familia. Si el muchacho se da cuenta de que en la casa o en la escuela se toma fríamente su iniciativa, y en vez de un apoyo encuentra un estorbo, su entusiasmo languidecerá, y es posible que muera prontamente por falta del calor que le era indispensable para poder subsistir. Es obvio que el apoyo del maestro, sobre todo, ha de ser decidido y constante. Mas a un mismo tiempo conviene que quienes dirigen a la juventud no olviden que la acción social del estudiante ha de tener en todo momento un impulso voluntario. Si la labor no es sugerida sino impuesta, si se hace obligatoria, pierde inmediatamente su eficacia educativa.

René Sand ha dicho perspicazmente que el provecho mayor de la Cruz Roja Juvenil está en convertir al niño, de beneficiarlo pasivo de la escuela, en su colaborador activo. Tiene razón el noble pensador. La noción del deber y de las responsabilidades cívicas; el constante anhelo de ser útil; la voluntad de servir en cuanto esté al alcance del individuo; la habilidad expeditiva para realizar lo que se piensa: tales son las adquisiciones que atesora el alumno en su nueva posición. Lograr esto es asegurar de hecho una élite, una verdadera clase de selección o clase dirigente, que no asiente su jerarquía en los ya muertos prestigios de casta o en las pasajeras ventajas de una fortuna holgada.

No es necesario añadir más para que aparezca con toda nitidez el propósito social de nuestra escuela: sembrar profundamente en la conciencia de la niñez y de la juventud el fermento activo del bien para que desde allí haga su camino hacia el porvenir.

En los congresos internacionales nos piden estadísticas de álbumes enviados, de visitas hechas, de obras realizadas. Tenemos que comenzar a hacer estas estadísticas. Hasta hoy, preocupados solo de la acción, descuidamos por completo llevar el registro de lo que hacíamos.





*Una tarde en frente al Edificio Principal del Gimnasio Moderno, don Agustín alimenta a las palomas en compañía de profesores y estudiantes.*



## El espíritu de la enseñanza

---

### Preliminar

En el mundo de los pedagogos se vive hoy dentro del mismo vértigo de ensayos, dentro del mismo equilibrio inestable, que domina toda la vida contemporánea. Viejos procedimientos se hacen actuales bajo nuevas denominaciones, y novedades de ayer no más, son llamadas antigüedades por los expertos. Sabedores de que lo más nuevo es también lo que más pronto envejece, ya se trate de modas o de modalidades del arte, no deberíamos extrañarnos al ver rechazar por los entendidos ciertos sistemas de enseñanza que días antes fueron anunciados por ellos mismos como redentores. Somos víctimas en nuestro tiempo de todos los fenómenos de la velocidad, y cuando se va tan de prisa y el afán de cambiar es insaciable, no es tan fácil ser consecuentes.

Para encontrar un camino seguro tenemos que volver al viejo buen sentido, a ese sentido común que ya llamamos todos el menos común de los sentidos, y cuya compañía es siempre esencial para buscar una orientación, aun dentro del laberinto de la misma ciencia. ¿Qué importa, en efecto, uno u otro sistema si el espíritu que los anima es semejante? Las denominaciones mismas carecen de interés. Las gentes se cansarán un día de los términos que han envuelto para nosotros cierta originalidad. Las voces Escuela Nueva, Escuela Progresiva, Escuela Viva, podrán ser reemplazadas por otras, pero esto en nada afectará lo que de ellas quedará viviente: la idea redentora, el impulso vital, que transformó un régimen escolar caduco.

A desvirtuar el sentido del ideal educacionista concurren muchas de las llamadas escuelas nuevas que no son otra cosa que empresas que explotan ese nombre, grato al oído del padre de familia. Mas solo, por fortuna, los que en los rótulos ponen toda su fe podrán ser engañados.

Por otra parte numerosos maestros-inventores se disputan, aun dentro de un mismo país, el campo de los descubrimientos pedagógicos, consiguen una patente para un determinado material de enseñanza, y aseguran, los unos como los otros, que fuera de él no hay salvación, cuando más bien pudiera pensarse que la parálisis y muerte de un sistema recomendable pueden ser determinadas por un material de enseñanza que no admite modificación. Pero esto tampoco ha de alarmarnos. Son síntomas del tiempo en que vivimos. El buen espíritu de la buena escuela flotará por sobre este mar de la pedagogía transitoriamente embravecido.

No es preciso decir más para comprender que un temperamento ecléctico nos haya guiado en el Gimnasio Moderno en la escogencia de nuestros sistemas. Carentes de prejuicios hemos podido experimentar paralelamente con las mismas escuelas que nos sirvieron de guía, y en conferencias y congresos internacionales tuvimos ya oportunidad de presentar el resultado de estas experiencias, como aporte al estudio de problemas que son comunes a todas las naciones. Como ningún prurito de originalidad nos ha estorbado, hemos declarado en todas partes que no somos inventores de ningún nuevo sistema. Tampoco se nos ha ocurrido patentar un nuevo material didáctico. Hemos adaptado lo que ha venido a nuestro conocimiento, y, ensayando con una y otra idea, hemos concluido por abandonar o atemperar las unas, y por conservar como fuente viva de inspiración las otras.

La escuela aparece para las gentes del Gimnasio Moderno como una unidad indisoluble desde el primer año de jardín infantil hasta el último de la segunda enseñanza que lleva al alumno a las puertas de la universidad. Una misma finalidad espiritual y moral asegura esta unidad, y al separar ahora, para hacer su estudio, las tres etapas de nuestra vida escolar, resaltará con mayor claridad la armonía de su estructura.

## **A. El jardín de niños**

A pesar de la intensa campaña de vulgarización hecha en todas partes para explicar la finalidad del kindergarten o jardín de la infancia, todavía está muy extendida la creencia de que a ellos se va exclusivamente, o a recibir los primeros rudimentos escolares o a jugar a las muñecas. Sabemos que son igualmente erróneas las dos interpretaciones. El kindergarten no es un refugio de entretenimiento para los niños de 5 a 6 años que por uno u otro motivo no pueden estar en el hogar, ni tampoco es una escuela en



el viejo sentido de la palabra. Allí va el niño, no a estudiar propiamente sino a desarrollar sus sentidos, a ponerse en contacto con la vida, a comenzar su educación. Es, pues, serio y fundamental lo que va a llenar sus horas, mas esto no impedirá, por el contrario, requerirá, que el ambiente todo esté impregnado de la más franca alegría.

Si nos acercamos a nuestro jardín de niños advertiremos al punto que allí todo es actividad constructiva, trabajo animoso que corresponde a una finalidad dentro de las necesidades de cada edad. Los que no conciben una escuela *sin lecciones* quedan sorprendidos ante la multitud de quehaceres que embarga el tiempo de esta colmena de pequeños trabajadores. Vencer las dificultades que les presenta un determinado material —vencer estas dificultades con esfuerzo y con interés—; dibujar, recortar, modelar, construir; disciplinar alegremente la voluntad; agudizar las facultades de observación; prestar ayuda en todos los pequeños menesteres de la casa que les es común; ir afuera a cuidar de los animales y de las plantas; vivir, en suma, la vida que corresponde a los objetivos y aficiones de la infancia, todo ello dentro de un régimen de libertad que permite el desarrollo de las más variadas actividades: he ahí unas cuantas de las realidades vivas que mueven el pequeño mundo del jardín infantil.

Pero al menos, se insinuará, los niños saldrán del kindergarten sabiendo leer. ¿Por qué y para qué? Tiene tanto que hacer el niño en sus primeros años, tanto que observar directamente, que no hay objeto hacerlo trabajar desde un principio en la adquisición de la técnica de la lectura que, bien vistas las cosas, está todavía fuera de la órbita de sus aptitudes y necesidades. Es necio el afán de querer enseñar la lectura precipitadamente.

El niño que aprende a leer demasiado pronto abandona la propia observación para seguir en las páginas de un libro las observaciones ajenas, y nada vale, sobre todo en la infancia, como el contacto directo con la naturaleza. Por otra parte, en el libro son muchas las cosas que el niño no comprende, y lo que no comprende, no aprovecha a su entendimiento.

La vieja escuela solo daba letras, solo daba libros, y esta era una de las causas para que fuera tediosa. Ahora al niño se le dan primero ocupaciones; se le sitúa en un medio rico en oportunidades para la propia investigación. Vendrán luego los libros, en un momento en que interesarán grandemente porque en ellos se encontrará la confirmación y la ampliación de lo que ya la vida dio de sí. No matarán ellos la observación

directa, como corren el riesgo de hacerlo cuando son la única fuente de conocimientos, sino que antes la aguzarán más y más. Invertido así el valor espiritual de la lectura, pasa esta, lógicamente, del primer puesto que ocupaba, al último. Lo primero será, pues, obtener directamente una rica documentación de hechos, de cosas vistas, de experiencias vividas; vendrá después lo visto y experimentado por los otros, es decir el libro. No es pues, una paradoja el afirmar que nada perderá, y sí ganará mucho, el niño que no aprende a leer antes de los 6 años, si su inteligencia recibe el estímulo constante de una realidad rica en sugerencias para la actividad personal.

Iniciamos nuestro jardín de niños dentro de las normas estrictas del sistema Montessori, que como es bien sabido da primordial importancia al agudo desarrollo de los sentidos, mas luego nos fuimos dando cuenta de que el material exclusivamente montessoriano encarcela, como si dijéramos, la actividad del niño, y limita la iniciativa del maestro. Queríamos mayor vida, mayor libertad. Nos sentíamos identificados con el espíritu de la ilustre doctora, pero no de la misma manera absoluta con su material didáctico. Pronto llegamos a la conclusión de que valía mucho más el espíritu de esta gran maestra que la serie de juegos “estandarizados” y comercializados que han invadido el mundo, dando en muchas partes una falsa idea de la doctrina montessoriana. Lo que no quiere decir que hayamos abandonado lo esencial de este material, como lo veremos luego, pero a su lado introdujimos toda una variedad de elementos: los ya indicados por Froebel —padre y eterno inspirador del jardín infantil—; los “Discat” de la “Maison de petits” de Ginebra; los de Bradley de Nueva York; los “juegos Decroly”, todo aquello que en nuestros viajes nos pareció digno de ser experimentado. Y nuestros maestros pusieron todo su ingenio y su habilidad manual en combinar, adaptar y enriquecer este material extranjero que tan provechosas horas de trabajo proporciona a nuestros chicuelos.

La vieja escuela —preciso es repetirlo todavía— encerraba las manadas de chiquillos entre muros téticos y fríos. Nunca un cuadro, ni una flor, ni un canto, rompían la monotonía de aquel ambiente. Las canciones infantiles eran irrespeto e indisciplina. Frivolidad las flores, adefesios los cuadros. Nunca una voz suave in-sinuaba los temas de labor. El grito era la voz de mando; la férula y el calabozo sus lógicos complementos. Nunca una sonrisa iluminaba la faz de aquel capataz llamado maestro, todo severidad, todo disciplina, todo inconsciente crueldad. El miedo y

la hipocresía eran allí normas de vida, dueños, guías absolutos de las conciencias infantiles. La quietud —pudiéramos decir la inmovilidad— era de estricta regla. Los bancos de clase deformaban el cuerpo de los pequeños escolares. El ambiente todo de aquellos claustros les deformaba el alma.

No que la totalidad de los planteles escolares fueran así. ¿Cómo no recordar los que en todo tiempo han existido con un maestro de noble calidad, atento siempre a cuanto podía contribuir a la sana formación de sus discípulos, y que dejó en todos ellos una huella imborrable?

Queda entendido que solo hablarnos en general de lo que antes existió, y que sin embargo, por desgracia, tiene aún ejemplares en plena vigencia.

La Escuela Nueva —y tal es el espíritu y la esencia del Gimnasio Moderno—, reacciona eficazmente contra el medio y los procedimientos que una rutina torpe perpetuó.

Al llegar al Gimnasio la visión es la de un enjambre de muchachos que trabajan y que juegan con alegría. Allí el ambiente de completo bienestar lo forma una libertad disciplinada, desde el jardín de infancia hasta las clases superiores. El niño necesita para el desenvolvimiento armónico de su cuerpo y de sus facultades, alegría en el medio en donde vive, y libertad de acción. Una y otra son normas de vida en el instituto del cual nos ocupamos.

Entremos un momento en el pabellón destinado a los pequeños de 5 años, donde funciona la sección montessoriana. Palacio en miniatura lo han llamado algunos visitantes, otros han pensado que pudiera ser una pajarera, otros han creído hallarse en una morada de muñecos. Y de todo ello tiene, porque es la casa de los niños. Hecha de materiales sencillos, sin cornisas ni arabescos, pintada con colores sonrientes, bordeada de ventanas que miran al campo, ostenta un encanto y una aparente fragilidad de juguete. Todo allí es color, luz y alegría. En las paredes se ven artísticas estampas colocadas a la altura de los pequeños huéspedes; en las ventanas lucen macetas llenas de flores; hacia el centro aguardan a sus dueños las mesas y las sillas pequeñitas.

Por un extremo de la sala llegan los chiquillos, habladores, bulliciosos, con los cabellos al viento y la tez encendida por el sol. Vienen del campo en donde han juguetado libremente, y van ahora a trabajar. Preguntad a cualquiera de ellos si al pabellón va a jugar, y os mirará con seriedad, casi con enojo. El trabajo es entonces sonrisa y alegría como hace un momento lo fue el juego.

Y aquí entra todo lo que, dándole variedad y enriqueciéndolo, hemos conservado de nuestra ilustre maestra, la doctora Montessori, desde los días en que una de sus discípulas vino a pasar tres años con nosotros.

Los chiquillos se han dirigido sin vacilaciones al sitio donde se encuentran los variados elementos que van a retener su atención. Cada cual elige, bajo la vigilancia y colaboración de la amable jardinera, lo que su fantasía le indica, y a su fantasía le incumbe también buscar una esterilla para tenderla en el suelo y trabajar allí, o tomar asiento frente a una de las pequeñas mesas que por su tamaño y peso puedan separarse o juntarse por los mismos interesados en realizar un determinado trabajo.

Cada una de estas cabecitas alocadas, que hace un instante pasaron delante de nosotros, resuelve ahora seriamente algún problema. Un chiquillo va colocando cubos, unos sobre otros, por orden de tamaño para transportar luego su torre, lleno de gozo por el perfecto equilibrio que le hace guardar. Su sentido de responsabilidad es tan grande como el que pudiéramos tener nosotros en la más delicada misión que se nos confiara.

Miremos este otro pequeñín que trata de acomodar los cilindros de madera entre las perforaciones del bloque que tiene a su vista. Cuántos ensayos infructuosos, hasta que el éxito ilumina de alegría el semblante preocupado. Un cilindro ha sido puesto en su lugar. No es preciso que nadie diga al pequeño trabajador que ahí está bien. Le bastan sus ojos para verlo. El material mismo se encarga de comprobarle que ha acertado. Tras del primer cilindro podrá incrustar el segundo, y luego otro y otro más, hasta completar toda la serie. “¡Por fin!”, o “Ya está”, grita alborozado. Y no es infantil este grito. El chiquillo ha sentido, en ese momento, el íntimo goce que produce el vencimiento de un obstáculo, la satisfacción profunda que deja el esfuerzo que triunfa.

Otro niño se ha puesto a trabajar con las tablitas de colores colocándolas una tras otra en orden de intensidad. No será raro que dentro de pocas semanas nos sorprenda escogiendo entre muchos cromos aquellos cuyos contrastes sean menos violentos, aquellos que presenten a la vista una más bella armonía.

Con la misma paciencia y el mismo encanto con que este selecciona sus colores, su compañero de mesa *apareja* las cajitas de sonidos, preparándose, inconscientemente, para igualar luego las campanas y conocer así todas las modulaciones de las notas.

Al pie de estos, otro chiquitín arregla en el suelo las barras de medidas poniendo sobre cada una de ellas un número de orden. Otro ensaya sus primeros dibujos —es-

pontáneos, graciosos en su ingenuidad—, y en su idioma de media lengua explica lo que ha querido pintar.

Allá en un rincón, uno de los mayores pasa su dedo índice por sobre las vocales recortadas en papel de lija, y luego con la tiza traza en el tablero una letra firme. Su pulso, con la práctica del relieve, ha quedado, como si dijéramos, modelado. Igual cosa hace luego con los números. Pronto, por medio de las tiras de papel en donde aparecen palabras familiares, leerá y escribirá esas pocas palabras con gran facilidad y contento.

Mirad a este otro niño de 5 años que coloca los números ordenadamente entre los compartimientos de una caja, y luego toma una veintena de palillos para ponerlos en las distintas casillas conforme a la distribución de los números. Este ya hace operaciones aritméticas, sin que nadie le haya apurado, con la misma espontaneidad con que juega.

Fijaos en estos otros que trabajan en los telares de vestidos y calzado. Adiestran sus manos diminutas para poder vestirse pronto sin la ayuda de un extraño. Y ya han aprendido aquí mismo a lustrar sus zapatos sobre cajones en miniatura que tienen, como todo lo que aquí se ve, el aspecto de juguetes. Y han aprendido también a asearse por sí mismos las manos y la cara, y, con la paciente ayuda de la profesora, a servirse en la mesa con perfecta urbanidad, pero sin perder un momento su gracia infantil. Estos pequeños de 5 años van conquistando, hora por hora, su propia independencia.

De pronto han suspendido sus trabajos. La maestra ha anunciado que va a hacer una lección de silencio. El silencio no se ha erigido en sistema, y por eso cuando se anuncia tiene un encanto de novedad y es recibido con júbilo. Cada cual recoge el material que ha empleado y va a colocarlo dentro de los armarios, precisamente en el sitio de donde lo tomó. Quizás no han oído decir nunca que las cosas tienen todas su lugar, pero se les ha hecho sentir lo desagradable del desorden. Vedlos cuán complacidos se sientan ahora y se cruzan de brazos, libres las mesas de todos los elementos de trabajo. El silencio es absoluto. Solo se oye el péndulo del reloj. La maestra los va llamando uno a uno con voz apenas perceptible, y ellos van llegando a su lado en punta de pies. La disciplina misma, recordada aquí un los minutos al día, tiene también, como lo vemos, una apariencia de juego. Mas los chiquillos la

toman muy en serio. Un recién llegado profiere en el instante del recogimiento una palabra, y su vecino lo reprende: “Calle, ruidoso”, exclama con toda dignidad.

¡Qué contraste el de este silencio religioso con la animada algarabía que se oirá dentro de un momento cuando salgan para el salón de música donde les aguarda la profesora con nuevas canciones y con nuevos ejercicios de gimnasia rítmica! Y qué bullicio el que se verá en el amplio círculo de arena que a tantas construcciones deleznablese presta, y qué lluvia de aplausos y comentarios en los sainetes de guiñol de los que ellos mismos son los creadores.

Tal es el ambiente en el que abren los ojos y la conciencia a la vida estos dichosos chiquillos. Día por día, hora por hora, una honda transformación se va verificando en ellos. Avívanse sus sentidos; desarróllanse en armonía y plenamente todas sus facultades; se estimulan y ensanchan sus iniciativas. Su vida entera se hace amable en un ambiente de natural expansión, orientada y controlada tan solo en aquello que sirva a su sana formación.

Faltaríamos a un conocido postulado pedagógico y a la verdad de los hechos, si no observáramos aquí que, no obstante la abundante variedad de elementos científicamente preparados, nada gusta tanto a los niños, y nada estimula más su iniciativa y alimenta su imaginación, como lo que ellos mismos construyen. Su paraíso no se fabrica con las lindas cosas que han concebido los más eminentes pedagogos, sino con carretes de hilo y corchos, pedazos de cartón y de madera, cuerdas y alambre, tubos de aspirina, cajas de fósforos, musgo de la montaña, estropajos, guijarros, bejucos, arena.

Anticipándonos a las actividades de los chicos de la sección Decroly, y para que se observe la identidad de realizaciones, recordemos la construcción hecha un día de la ciudad de Liliput. ¿Una ciudad? No; todo un mundo; la creación entera. Allí no solo había casas, calles y plazas, movimiento urbano —coches, tranvías y automóviles— servicios de teléfono y de luz, un río y varios puentes; aparecían también multitud de animales, la montaña y el mar, el sol, la luna y las estrellas. ¡Que se piense en los graves problemas de ingeniería que fue preciso resolver para lograr tamaño intento! Planear la obra, distribuir por grupos el trabajo, calcular la resistencia de los materiales, no perder el sentido de las proporciones. Cuánto ensayo infructuoso: ¡Qué de cosas por hacer y deshacer! ¡Pero con cuánta alegría se fueron resolviendo los más difíciles problemas! ¡La alegría de vencer dificultades, la alegría de crear! Y todo esto

dentro de un ambiente en donde una amable persona —la maestra— es la compañera y la colaboradora, y en donde no falta ni la música, ni los cantos, ni las flores, ni la sombra de los árboles que sembraron cuando eran pequeños los alumnos que hoy van a la universidad. La ciudad de Liliput fue precursora de muchos pesebres de Navidad contruidos por los mismos niños bajo la mirada, tan complacida como absorta, de las madres que se rendían ante la evidencia de ver superada su propia imaginación.

## **B. La enseñanza primaria**

Una gran figura inspiradora, de la que ya hemos hablado, preside la orientación de toda nuestra enseñanza primaria. Cuando un hombre no es un sistema sino una idea que, con el correr de los días, evoluciona, se fortifica y avanza, se le puede seguir indefinidamente y con creciente entusiasmo. Tal ha sido nuestro caso con el profesor Decroly. El mismo no ha querido que a sus orientaciones se les llame sistema. Son orientaciones, nada más, que cada cual puede desarrollar a su manera. Si hemos de llamarles método ha de ser para recordar que su valor reside en la riqueza sugestiva que él contiene. Los métodos, en todo caso, son siempre transitorios; lo que perdura, cuando hay vitalidad en ellos es el espíritu que los anima.

Cuando el profesor Decroly vino a pasar una temporada con nosotros, encontró que, inspirados en él, siguiendo el curso de sus ideas, estábamos haciendo cosas distintas de las que él hacía, y este hallazgo fue para él como para nosotros la sorpresa más grata y la satisfacción más honda. Una copia servil no hubiera dicho nada estimulante al sabio educador, ni ningún beneficio de arraigo profundo habría podido aportarnos a nosotros. La idea decroliana era una levadura, era un fermento, y como tal obraba.

La primera gran necesidad de la escuela es lograr un medio propicio al desarrollo corporal y espiritual del niño. Por esta idea ha abogado incansablemente profesor belga, y ella ha sido también nuestra cardinal preocupación. En el cuerpo y en el espíritu —los dos corceles que tiran el carro de la vida, según la feliz expresión de Montaigne— hemos de pensar constantemente, aun en el caso de considerar la enseñanza como la exclusiva finalidad escolar. No habría en efecto posibilidad de afrontar racionalmente los problemas de la instrucción si ellos menospreciaran el elemental sentido humano que naturalmente los envuelve.

En el campo y no en la ciudad encontramos ese medio que a un mismo tiempo defiende físicamente al niño y le facilita el desarrollo de sus facultades. El contacto con la naturaleza continúa proporcionándole el beneficio mayor y la más sana alegría que pueda recibir. Lo que le interesa, lo que le atrae y cautiva, lo que orienta su atención es el dinamismo de la vida, es decir, la vida en movimiento, la función de los seres y de las cosas. Animales, plantas, procesos en elaboración, y no cosas muertas: esto es lo primero que nos reclama para su ocupación, y esta es también la índole de elementos que mejor se prestan para una observación continuada. Con ellos el espíritu de investigación nace por sí solo, y se mantiene palpitante día tras día, y este interés vital de todos los momentos estimula, como es fácil advertirlo, el desarrollo armónico de la inteligencia. En medio de la naturaleza y frente a las obras realizadas por el esfuerzo humano, el niño va dándose cuenta de la interdependencia de todos los seres, de cómo a él mismo le hacen posible la vida las plantas, los animales y los otros hombres, y siente la importancia que tienen los diversos elementos para conseguir el progreso en el mundo. El estudio del hogar, el de la escuela, el de la ciudad, el de la nación, y luego el de la humanidad, se harán así comprensibles.

## **El ambiente**

Penetremos a una de las clases de los alumnos de primera enseñanza para darnos cuenta de cómo se refleja en ella la atmósfera de naturalidad y de alegría que envuelve todo este sector de la escuela.

Lo primero que agrada allí es no encontrar los estrechos pupitres de antaño. Estos han sido reemplazados por pequeñas mesas en torno de las cuales se agrupan los alumnos para las diversas labores, pudiendo mirarse de frente unos a otros en vez de darse la espalda, y quedando por lo tanto en todo momento en la posibilidad de planear el trabajo colectivo que ha de hacerse, y de prestarse mutua ayuda fácilmente. En su cajón o gaveta encuentra el alumno suficiente espacio para colocar las carpetas que guardan los proyectos en elaboración, los lápices de colores, las tijeras, el pegante, todos los elementos necesarios para las tareas del día.

Al observar este mobiliario, que ha convertido en realidad una de las más bellas aspiraciones de la nueva pedagogía, no puede uno menos de recordar lo contado por el profesor Dewey en alguno de sus libros. Buscaba él un mueble escolar que se adap-



tara a las exigencias de la escuela activa, y como se alargara en explicaciones ante el fabricante, este le objetó con admirable buen sentido: “Profesor, usted busca muebles donde los niños puedan trabajar, y los de escuelas son hechos únicamente para que los niños puedan oír”. Definió así el fabricante en forma aguda —decía Dewey— el contraste que existe entre la escuela, donde el niño ha de estar aislado de sus compañeros porque solo debe escuchar, y la escuela-taller en donde todo el mundo labora activamente dentro de una colectividad que, por su mismo género del trabajo que realiza, se hace siempre solidaria.

Los muros están todos animados por imágenes que interesan al niño: frisos decorativos, dibujos varios, mosaicos que resumen la ocupación animosa de muchos días; el cuadro de peso y talla; alguna obra de arte. Una de las paredes está reemplazada por grandes ventanales que inundan de luz todo el recinto. A lo largo de otra de ellas un tablero, que hace parte de la decoración, presenta frecuentemente ilustraciones en tizas de colores sobre el tema que se estudia. La pequeña biblioteca del grupo se halla colocada en un anaquel que en ocasiones ha sido construido por los mismos niños en el taller de los trabajos manuales.

Sobre las cómodas se encuentran las pequeñas obras en elaboración. La historia de las habitaciones del hombre; el mercado de un pueblo; las marionetas que se preparan para una representación. Todo esto, fabricado ingenuamente por los mismos alumnos, forma la historia de la clase, el recuento de las experiencias hechas. Todo vive en este museo de actividades que cada vez es más rico. Si cada día lo visitamos, cada día haremos en él un descubrimiento. Lo que ya no tiene valor emocional cede el campo a lo que sí lo tiene, y el interés se conserva perennemente.

Al lado del museo encontraremos un acuario con peces o renacuajos o un terrario con grillos, ranas, abejorros, o una caja de malla fina con unas ratas blancas, o una jaula con una cría de pajarillos. La vida de estos pequeños compañeros de clase, a cuya subsistencia se atiende con solicitud, interesará siempre a un grupo, y de este interés surgirá un diario de observaciones que será llevado con el mayor esmero y con creciente simpatía.

Todos los muebles son sencillos, pero han sido fabricados expresamente para las necesidades de la clase. La profesora —en la primera enseñanza todo el profesorado es femenino— guarda en un armario el material de trabajo, las revistas de donde

pueden sacarse recortes, sus libros de consulta, el archivo de la pequeña colectividad. Un vaso con flores, o una planta viva, ponen una nota de buen gusto sobre los muebles cuya altura está determinada para conseguir estos efectos decorativos que tanto ayudan a formar un conjunto amable en el ambiente de la clase. Damos importancia a estos detalles porque creemos, con Ruskin, que de las mismas cosas materiales surge la belleza o la fealdad, la distinción o la vulgaridad que marcan tempranamente el alma infantil.

En este ambiente las llamadas asignaturas no encasillan los conocimientos en sectores aislados y sin vida. Sin embargo ¿hará esto falta? Los chiquillos, es cierto, no han oído hablar de botánica pero están interesados en las plantas que cuidan. Ignoran qué significación tiene la zoología, pero observan a diario los animales que ven en su derredor. Se sorprenderían de oír la palabra meteorología, pero llevan un registro de las variaciones del tiempo. Proceden a la inversa de como se nos hizo proceder a nosotros en la escuela. Antes de saber, pongamos por caso, que “la araña es un arácnido pulmonado” han visto el insecto, allí mismo donde está fabricando su linda trampa de hilo para cazar las moscas, y a mañana y tarde lo han observado, descubriendo por sí mismos los incidentes de una vida maravillosamente organizada. Antes de dibujar un río sobre el mapa han visto ríos verdaderos, han subido hasta sus vertientes, se han dado cuenta, en sus pequeñas excursiones por los cerros, de lo que es una hoya hidrográfica con su red de afluentes, y al trasladar su visión sobre el papel han tomado plena conciencia de lo que una simple línea significa en la complejidad de un mapa. Del mismo modo, antes de iniciar el análisis gramatical, los chicuelos, doctamente guiados por los más hábiles cirujanos del idioma, han gustado bellas páginas literarias, sin haber sentido la necesidad de descuartizar un solo trozo de los que tan hondas emociones han causado, y quizá por esto su buen gusto parece innato, y su estilo es espontáneo y sencillo. Antes de aprender las medidas del sistema métrico, habrán controlado el peso y el tamaño de las cosas con ingeniosas medidas naturales. Las matemáticas, destinadas a formar un razonamiento severo, han sido en su comienzo un juego de fascinante atracción hecho de pequeñas cosas concretas que prepara la comprensión de los problemas abstractos. La lengua materna es para todo ello el único vehículo utilizado. Los idiomas extranjeros, sin sentido alguno para la edad temprana, aparecerán solo en la segunda enseñanza, y serán, no el adorno esnobista sino el va-

lioso instrumento que permite trabajar en asocio íntimo con los hombres del universo entero, y abrir así indefinidas brechas a nuestra propia cultura. Todo ello cuando el idioma materno ha tomado ya posesión del espíritu y no se presta a confusiones de fondo y forma con los de la extranjería.

### Los Centros de Interés

Al salir de la escuela el muchacho no encuentra los textos escolares que se pide sean aprendidos de memoria: encuentra la vida. Hemos de darle, pues, primordialmente elementos vitales tomados del medio que lo envuelve, que es donde pueden ser estudiados provechosamente. Solo así lograremos que escuela y vida sean una misma realidad.

El doctor Decroly, en vez del habitual plan de materias escolares que, según su observación, nada dicen al espíritu del niño y solo logran dispersar su atención, sugiere la concentración de toda la enseñanza en un programa vasto y flexible que él ha llamado de ideas asociadas, y que se desarrolla por medio de centros de interés.

Ya hemos explicado a espacio en el libro “Los maestros” el proceso de este método. Contentémonos ahora con hacer una breve recapitulación.

Lo importante es indagar cuáles son las necesidades primordiales del niño para, de acuerdo con ellas, elaborar el plan que debe seguirse. Tomó el Dr. Decroly cuatro grandes temas —alimentación, lucha contra la intemperie, defensa de los peligros, y trabajo solidario—, y con ellos se trazó el programa, de todos conocido, con sus tres grandes pasos de desarrollo: *la observación, la asociación y la expresión*.

La *observación* comprende todo aquello que se refiere al medio en donde vive el niño habitualmente, y que cae bajo dominio inmediato de sus sentidos; fisiografía de la región; animales, vegetales, minerales, fenómenos de la naturaleza; la casa, la escuela y la sociedad, el comercio, las industrias, las costumbres. Observar, se ha explicado ya, es más que percibir: es establecer relaciones, comparar, situar la percepción dentro de la inteligencia. No observamos ni asimilamos, sino lo que nos interesa, es decir, lo que atrae y ordena nuestra atención. De ahí la importancia que tiene el ajustar todo programa teórico a los intereses del niño en sus distintas edades.

La *asociación*, que se presenta en secuencia tan rápida con la observación, que parece hacerse simultánea con ella, comprende el estudio de todo lo que el niño no

puede ver porque pertenece a otras regiones —asociación en el espacio o sea la geografía; o a otras épocas— asociación en el tiempo o sea la historia. Se comprenderá que lo que para los niños de una región es observación, para los de otra es asociación. Cada medio sugiere su propio programa.

El niño que ha observado, y que en su mente ha hecho asociaciones de diverso género, gustará de expresar la esencia de su conocimiento. Esta *expresión* o realización, ya sea gráfica o escrita, o manifestada en una obra manual, o simplemente hablada, es el coronamiento del proceso, y como tal constituye el mayor encanto del niño porque es entonces, y solo entonces, cuando él se siente creador.

Como se adivina, la idea decroliana se adapta a todas las zonas, a todos los climas, a todas las gentes. El centro de interés jamás carece de vida. Es preciso ver a los muchachos trabajando en una de estas actividades, movidos por una inacabable alegría, para darse cuenta de qué tan hondamente penetra en su ánimo el programa que los guía.

Con los Centros de Interés se evita el que el niño se pierda en el laberinto de conocimientos que está ansioso de adquirir. Las nuevas observaciones se apoyan en las ya hechas, y así la repetición de determinados conceptos, que es necesaria cuando se quiere marcar una huella profunda en el espíritu, va afirmando cada vez el raciocinio. La atención se mantiene animosa, porque si da vueltas en torno de un asunto es para descubrir nuevos aspectos de él, es para conocerlo mejor. De esta manera se hace evidente que el centro de interés será tanto más eficaz cuanto mayores sean los puntos accesibles a la observación directa y más en armonía esté con los alicientes momentáneos del niño.

Para el desarrollo de esta orientación de la escuela decroliana, de la escuela activa en general, creemos que difícilmente pueda encontrarse un medio más propicio que el de un país como el nuestro, en donde la diversidad de climas permite observar los más variados aspectos de la naturaleza, y en donde el contraste entre los sistemas rutinarios y los nuevos es constante en todos los aspectos de las actividades humanas.

Veamos algunos ejemplos:

Con nuestro grupo de veinte chiquillos hemos ido a un trigal. Estamos estudiando la alimentación, y hemos comenzado por observar los cultivos que encontramos cerca de nosotros en la altiplanicie a 2600 metros sobre el nivel del mar. Queremos informarnos primero de los procedimientos tradicionales, y antes de pensar en las grandes

maquinarias que siembran, siegan y trillan, hemos ido a la estancia de un modesto labrador. Allí tenemos delante de nosotros el hombre que rotura la tierra con el primitivo arado de púa. Le seguimos en toda su faena, y vamos luego, a través de los diversos sembrados, tal como si siguiéramos las etapas de la civilización, hasta la hacienda en donde encontramos la máquina que realiza la labor de centenares de obreros.

Como carecemos de estaciones y, debido a ello, podemos visitar en días sucesivos el campo donde se siembra y aquel en que la cosecha se recoge, seguiremos de igual modo, como otros solo pudieran hacerlo en una cinta cinematográfica, todo el proceso de la naturaleza. Conoceremos los abonos, los sistemas de riego, las defensas de los cultivos. De boca de los campesinos oiremos las cosas que les dicta su arraigo a la tierra, cosas muy a menudo sabias, originales y profundas. Vendremos a la ciudad para visitar los molinos, miraremos cómo se verifican los transportes, y qué trámites tiene el mercado de las harinas. La visita a una panadería servirá de remate a nuestro estudio.

En el curso de sus correrías los muchachos han apuntado ciertos datos, han tomado instantáneas fotográficas, han hecho croquis, han recogido espigas, granos, harina, y con todo ello harán las reseñas particulares y el cuadro colectivo que les llenará horas enteras de intenso laborar. Quizás en un momento dado ellos mismos querrán lanzarse en la bella aventura de fabricar un pan. No será este ciertamente el pan tierno que ellos han comido en la mañana, pero será su obra, y la satisfacción de haberla realizado —la alegría de ver coronado su esfuerzo— será tan grande que podrá enganchar al paladar. Harán todavía más: sembrarán en bocales de cristal semillas de trigo, y asistirán cada día al proceso maravilloso de la planta que hunde sus raíces en busca de los jugos nutricios de la tierra, y lanza su tallo hacia afuera, hacia la luz y hacia el aire libre, para ofrecer al hombre el fruto necesario a su subsistencia.

No se hablará sino del trigo en todos estos días. De pronto, con motivo de un pretexto cualquiera, de unas fotografías pongamos por caso, que el profesor desliza en la clase, se ha comenzado a tratar de la Argentina, la gran productora de trigo. La Argentina será entonces la preocupación del momento. Comparación de productos, estadísticas, progreso de la nación: un grano de trigo ha hecho florecer todo esto en la mente de los treinta chiquillos que unos días antes nada sabían de la república hermana. Un momento llegará más tarde en la segunda enseñanza,

cuando al hacer el estudio *serio* de la geografía y de historia de la Argentina, todos esos muchachos sentirán que una emoción se pone en pie para recibir los nuevos conocimientos; son los recuerdos de la niñez que salen al encuentro de la nueva información que llega. Y así ocurrirá con las demás naciones, y con las diversas ramas del saber.

Otro día hemos bajado, en unas cortas horas de animosa marcha, 1500 metros desde la altiplanicie —ya no tenemos 15 grados de temperatura sino 20— y estamos en el corazón de un cafetal. Allí permaneceremos el tiempo necesario para conseguir una visión de conjunto. Necesitamos estudiar los semilleros, las condiciones del terreno para el trasplante, el sombrío que requiere la plantación, el deshierbe, la poda, la lucha contra los insectos y parásitos dañinos, las faenas de la cosecha, los sistemas de que se vale el pequeño productor, y las máquinas que descerezan, lavan, secan, escogen y pilan el grano.

Todo fue motivo de estudio en esta apasionante historia de un grano de café, vida por los muchachos. Contemplaron con sus propios ojos la planta del cafeto en toda su evolución, hasta ver aparecer el pequeño fruto de un verde intenso que todavía hay que respetar en la mata en espera de que se transforme en la cereza de coloración encendida que las cogedoras arrancan velozmente, pero una a una para no estropear la planta. Y pronto la frutilla carnosa se ha convertido en el grano grisáceo ya seco que cae en cascada entre los sacos que van a hacer el viaje sobre el lomo de las bestias hacia la carretera. Y han visto luego los volquetes y los trenes de carga, y el barco del río. Y con la imaginación contemplaron los grandes trasatlánticos, y la gran ciudad congestionada a donde llega el valioso producto nacional que nos permitirá traer los vehículos, la maquinaria pesada, los finos instrumentos que no estamos aún en capacidad de producir. Se ha verificado un proceso de asociación de ideas con los Estados Unidos. Y se presentará también, aunque de distinta índole, con el Brasil y con los pueblos que insurgieron en África.

De regreso a la escuela solo se tratará, como tema de clase, de las cosas relacionadas con el café, al igual de lo que se hizo con el trigo. El café será la idea-eje de toda la actividad escolar. Redacciones, cálculos, dibujos, pequeñas investigaciones del más diverso carácter, irradiarán de este mismo punto, y todas las preocupaciones confluirán en él.

Los cuadros colectivos sintetizarán toda esa labor. Divido el trabajo por grupos, responsable cada cual de hacer un determinado aporte, el conjunto presentará una tan variada y rica información que a sus mismos autores sorprenderá gratamente.

Más lejos, a terrenos más bajos, iremos otra vez. El estudio que ahora va a centralizar nuestra atención es el de la caña de azúcar. Descenderemos de la altiplanicie, 2000 metros en esta ocasión. Ya la temperatura será más alta —23, 25, 28 grados— y el aspecto todo de la naturaleza será completamente distinto: mayor intensidad en los colores de las plantas, más corpulencia en los árboles, más grande variedad en las aves. Estamos en el ingenio. La bulliciosa caravana recorre la plantación de la caña, y aquí, como lo hiciera en el cafetal, asiste al proceso de la naturaleza y al de la obra del hombre. Ve con los propios ojos hacer las siembras con pequeños troncos, cortar la caña, y llevarla a las máquinas.

Ya en el camino hemos visto dos trapiches primitivos, movido el uno por la mano de un hombre y el otro por tracción animal. Ahora veremos grandes masas de hierro que exprimen el jugo de la caña hasta dejarla convertida en el bagazo seco que servirá de combustible para mover las turbinas y dinamos que darán luz a los edificios. Y tal como si siguiéramos el cauce de una corriente milagrosa, veremos cómo los caldos espesos y negros en un principio, van purificándose, refinándose, evaporándose, hasta convertirse en el polvo terso y brillante que cae en cascadas a los propios sacos que harán un largo viaje. El viaje de la *asociación* de ideas surge, como natural consecuencia, de la observación que estamos realizando.

Todo se encadena normalmente dentro del procedimiento que seguimos. Lo visto en las plantaciones nos lleva, sin transición, a otro gran centro de interés: los transportes. ¡Qué de observaciones haremos! ¡Cuántas excursiones de estudio nos aguardan!

Cerca de nosotros, con solo llegar a los caminos suburbanos, podemos ver desfilar, no en imágenes sino en términos de realidad, toda la historia de los transportes terrestres: el campesino que lleva sobre sus hombros las torres de canastas, las jaulas de pollos, los cestos de huevos; y el buey, la mula, el caballo, el asno que cruzan las trochas o bajan de las montañas con el carbón, la leña, las frutas, las hortalizas, las flores; y el carro de yunta que acarrea por las veredas la arena y la piedra para las construcciones; y los camiones que transportan los materiales y enseres que vienen de lejos. Desde allí mismo veremos surcar la altiplanicie por el ferrocarril que ha ido

recogiendo en todas las estaciones los productos de las distintas zonas, de los más variados climas, y que nos trae también la mercancía extranjera. Por asociación estudiaremos el trineo, el camello, el elefante y la llama.

Iremos, en correría de estudio, hasta el río Magdalena. Allí será la historia viva de los transportes fluviales el motivo de nuestra atención: observaremos la canoa, la balsa, la piragua, las embarcaciones de vapor, y recordaremos el hidroavión.

Nadie hablará, en esta oportunidad, de sociología, ni de estudios económicos a los muchachos, pero claramente advertiremos que lo que ahora mueve su interés es el esfuerzo cumplido por el hombre, a través del tiempo, en la conquista de lo que entendemos por civilización. Ellos mismos nos lo harán sentir pidiéndonos pormenores sobre los inventos, sobre la biografía de los sabios y de los grandes viajeros. Y se los daremos en la medida requerida por el apetito de conocimiento que se vaya despertando en ellos.

### **Centros de interés ocasionales**

El interés suscitado en el niño por una determinada realidad, y la oportunidad de ponerse en contacto con esa realidad han de aprovecharse sin dilación. Si estalla un incendio en la vecindad el maestro no aguardará a llegar en su programa a las “Defensas de la sociedad” para hacerle conocer a sus alumnos las máquinas extintoras, el servicio de la Cruz Roja, el valor de los bomberos, la significación de las compañías de seguros. El acontecimiento sensacional se convierte —lo mismo dentro que fuera de la escuela— en el centro de interés vital. Las composiciones, los cálculos, las lecturas, solo serán en este momento realmente provechosas si se hacen en términos de aquello que llena la imaginación.

Nos recordaba algún día uno de nuestros exalumnos el impacto que causó en el colegio la llegada de Lindberg a Bogotá. Lindberg, en esa hora, atraviesa en su avión el océano, y las gentes no hablan de otra cosa, y los diarios traen en primera página con grandes títulos la nueva sensacional. El centro de interés es entonces el heroico aviador, aun cuando en ninguna parte figure en el programa. Con el héroe se estudian las cartas geográficas —se va de un continente a otro para seguirlo en su hazaña—, y se comenta la historia de la navegación aérea. Sin el héroe nada puede hacerse en el curso de estos días. Es entonces cuando se realiza una visita a nuestro campo de



aviación. Solo de aviones se habla; el espíritu está ya admirablemente preparado para hacer su estudio, que será coronado, por los grupos más entusiastas con la construcción de aviones en papel, en cartón, en madera y estaño. Y se atisba con esmeradísimo cuidado el vuelo de las distintas aves. ¡Y se hacen concursos de vuelos entre los más ingeniosos constructores! Vieja historia esta pero que vale recordarla como certidumbre de que el conocimiento llegado a tiempo es el que cuenta, y de que todo entusiasmo es contagioso y debe aprovecharse.

¿Quién no recuerda asimismo *la epidemia de la radio* en el Gimnasio? Chicos y grandes se dieron febrilmente a la tarea de construir aparatos. Con la colocación de las antenas sufrieron algunas tejas de los edificios; hubo padres de familia que reclamaron sobre la pérdida de tiempo que estas *distracciones* ocasionaban a sus hijos; el más severo de nuestros catedráticos de la segunda enseñanza llamó seriamente la atención del director sobre el hecho insólito de haber sorprendido a uno de sus discípulos en la faena de entorchar un alambre sobre un tubo de cartón —preparaba una bobina— mientras en el tablero el profesor explicaba el binomio de Newton. El director sonrió ante el catedrático, ante los padres de familia, y ante las tejas rotas. Era evidente que precisaba tomar algunas precauciones en colaboración con los muchachos, pero no se podía cerrar los ojos frente a ese bello fenómeno de la actividad constructiva, esencia misma de la escuela. Así lo comprendía, entre otros, nuestro sabio profesor de Física, el doctor Eduardo Lleras. Era de vérselo cada día a su llegada al colegio, asaltado por un pelotón de muchachos a quienes él distribuía, con naturalidad y prontitud, los indispensables pedazos de galena, y daba las respuestas requeridas en un bombardeo de preguntas.

Un grueso volumen podría llenarse con las descripciones del vasto programa de Centros de Interés que nos ha permitido conocer, felizmente, el territorio en que vivimos. El contraste es un asombroso medio de enseñanza, y Colombia, lo hemos visto, es un país de contrastes, como lo son por lo general todos los países de nuestra América.

Por el momento no será preciso abundar en más ejemplos. La esencia de los Centros de Interés podemos ya concretarla así: actividad inteligente, y no genera agitación. Acaso no sobra repetir que para la formación espiritual importa mucho más la manera como se adquiere un conocimiento que el conocimiento mismo. Mas no es

que el aprendizaje sufra al ser presentado dentro de esta preocupación. Es todo lo contrario: se recordará siempre mejor aquello que ha movido nuestro interés y que se ha enriquecido por asociaciones múltiples. Lo primordial en todo caso es que el trabajo tenga un sentido, un valor para quien lo ejecuta. Cuando tal es el caso en una colectividad escolar los muchachos se mantienen activos y dichosos. Cumplen su función humana: experimentan, discriminan, adquieren el sentido de la responsabilidad, acrecientan con cada esfuerzo su poder creador.

No nos cansaremos de insistir sobre la necesidad de que el niño construya sus propios conceptos, y no solo los reciba ya hechos del maestro o del libro. La conferencia como sistema escolar ha de ser reemplazada por la experiencia viva. Ya estamos más allá de las lecciones de cosas que fueron una transición entre la memorización mecánica de la escuela antigua y el trabajo manual y mental de los Centros de Interés. Con estas lecciones objetivas ya no había el completo divorcio con la realidad; el muchacho veía las cosas, pero no en función sino en su forma estática, y todavía no le era permitido trabajar con ellas. Vendría pronto la actividad constructiva, el adiestramiento de la inteligencia de las manos.

No obstante, con el nombre de Centros de Interés, se siguen dictando conferencias; se sigue viviendo en una etapa retardada de la evolución educacionista. “¿Habéis visto —dicen algunos maestros a sus alumnos— cómo se hace un ladrillo, cómo se construye una mesa, cómo se imprime un diario?”, y antes de oír la respuesta que las más de las veces sería negativa, y en vez de salir con los muchachos en busca de la realidad, los inspirados conferenciantes irrumpen con su clásico “os lo voy a contar”, y ya no hay quien los detenga en su erudita exposición. Aquello, como se comprende, es todavía peor que las viejas lecciones de cosas, y nada tiene que ver con los Centros de Interés. El Centro de Interés es ante todo una ocupación, un pretexto de ejercitar las manos y el cerebro. Escuchar es el último término de esta actividad. Reflexionar es lo primero. Además, geografía, historia, ciencias naturales, matemáticas: todo es uno en el estudio. Los más diversos conocimientos toman así cohesión dentro de una misma disciplina mental. Sistema de proyectos, unidades de trabajo, enseñanza unificada, toda esa nomenclatura de la moderna pedagogía, se inspira en el mismo espíritu: apelar a la inteligencia del alumno, y no exclusivamente la memoria; despertar su interés; desarrollar su espíritu de iniciativa; enseñarlo a discernir y a trabajar con orden.

Ahora bien, en manos inhábiles nada de esto será cierto. No hemos de olvidar que el método no es más que un instrumento, y que el instrumento vale más o vale menos según el obrero que lo emplea. Si en los Centros de Interés el maestro hace por su cuenta el trabajo cerebral que debiera hacer el alumno, caemos de nuevo en la vieja rutina; volvemos a la enseñanza convertida en un mosaico, en un muestrario de conocimientos, que en ningún punto se ligan los unos a los otros, y cuyo encadenamiento es solo aparente.

Sintetizando podríamos recordar lo que dijimos en pasada oportunidad:

“El centro de interés no es propiamente un nuevo sistema pedagógico, sino una manera peculiar del trabajo del espíritu. Ya hemos visto cómo el libro que escribimos, la investigación que adelantamos, el negocio que nos preocupa, cada una de las actividades que nos mueven con una finalidad definida, se convierte en centro de interés. Lo será para el arquitecto la construcción que adelanta, para el ingeniero el puente que construye, para el abogado la causa que defiende, para el médico el paciente que cuida. Sin centro de interés no habría tarea seria en la vida”.

Dicho esto conviene agregar que las enseñanzas habrá que sistematizarlas, llegado el momento, sin que para eso el centro de interés se convierta en una camisa de fuerza que impida la libertad de movimientos. Esto sería contrario a la misma doctrina del maestro que orientó nuestra acción. Por otra parte el eclecticismo —repetámoslo— ha sido modalidad de esta escuela. Procuramos no sujetarnos a un solo procedimiento pedagógico sino más bien emplear todos aquellos que sirvan para estructurar la mente y el sentimiento de nuestros discípulos, y llevarlos a adquirir por el propio esfuerzo conocimientos firmes y destrezas útiles.

Todo esto sin afán de novedades, sin pueriles jactancias, conscientes de nuestras propias limitaciones, pero complacidos de los resultados intelectuales y morales y del fervor patriótico y humano alcanzado en la mayoría de nuestros alumnos.

### **Los trabajos manuales**

El trabajo manual que ocupa a la animada colmena decroliana no es solo una nueva rama que se agrega al plan de estudios ordinarios. Es algo más. Es la expresión libre que sirve al niño en cualquiera de los estudios —ciencias naturales, geografía, historia— en cuyas realizaciones se manifiesta su espíritu creador. Dibujos, mapas en

relieve, objetos hechos de los más variados materiales, surgen de pronto espontáneamente para sorpresa de profesores y compañeros.

Cuando se trata de un trabajo propuesto por el profesor se tienen siempre en cuenta las posibilidades de quienes lo ejecutan. Si aparece como demasiado fácil carecería de incentivos; si, por el contrario, presenta dificultades que se consideran invencibles, su virtud educativa se tornará en frustración de graves consecuencias muchas veces.

Don Luis Enrique Reyes inició en el Gimnasio los trabajos manuales. Puso toda su capacidad y todo su entusiasmo en esta iniciativa. El pequeño libro que él publicó sobre su especialidad lleva un prólogo nuestro con palabras de justicia para su ingente labor. Últimamente hemos hecho un hallazgo en la distinguidísima dama, señora Marta de Torrado, quien le dio un nuevo impulso a estos quehaceres de la primera enseñanza, y cuya exposición de las variadas realizaciones de sus pequeños alumnos —especialmente las de cerámica— mereció el cálido elogio de los visitantes.

No son pocos los alumnos mayores que toman interés por el trabajo manual y que por su propia cuenta lo realizan aun fuera del colegio. Hemos visto a algunos entregados con ardor en sus hogares a la fabricación de un aparato para la clase de física, a la encuadernación de uno de sus libros favoritos, al repujado en estaño o cuero, a la construcción de un mueble, y en estas actividades han entrado en juego unas veces el cálculo, otras el dibujo geométrico, otras el experimento científico, sin que estos tengan otros propósitos que el de satisfacer un impulso creativo.

En cuanto a la jardinería opinan algunos maestros que esta debe dejarse únicamente para los muchachos grandes. Si esta actividad ha de entenderse como una auténtica faena agrícola, le asiste la razón a quien de tal manera piensa. Pero, penetrados de las leyes que rigen el desenvolvimiento mental del niño, se nos pone de presente el goce que este tiene con la simple actividad de remover la tierra. Y si, atentos a estas mismas leyes, nos detenemos en la consideración de que el niño de 8 a 10 años ya comienza a interesarse, no sin emoción, en los procesos de la naturaleza, nos damos cuenta entonces de que pocas ocupaciones tienen posibilidades tan variadas como los ajetreos de la jardinería para contribuir al desarrollo de la mente infantil. La perseverancia; la disciplina del esfuerzo continuado que significa el solo hecho de aguardar pacientemente el crecimiento de una planta, la atención cotidiana que ello

reclama; los múltiples razonamientos que esto implica, son, en sí mismos, argumentos suficientes para hacer de esta labor una ocupación predilecta.

El cariño por estas actividades se inicia en el Gimnasio desde las clases más pequeñas con el cultivo de las plantas que cada niño cuida en su propia clase, mas hemos de reconocer que en los trabajos del jardín no hemos logrado, sino esporádicamente, algo que valga la pena mencionarse. ¿Congestión de tiempo dentro de los horarios docentes; falta de espacio en los terrenos para gran número de alumnos; carencia de tradición y de gusto en los estudiantes por esta clase de quehaceres? De todo ello ha de haber, pese a nuestra inconformidad.

### **C. El año preparatorio o de transición**

Desde el primer momento vimos la necesidad de establecer una estrecha articulación entre la enseñanza primaria y la secundaria, como entre esta y la universitaria o superior. Y contemplamos este íntimo engranaje, no únicamente en los aspectos de la instrucción sino en toda la gama de los problemas educativos.

No podía ser de otra manera porque siempre entendimos la escuela, en sus grados sucesivos, como la entidad que, por sobre todo considerando, busca la formación integral del hombre. En efecto, los valores de calidad que se persiguen en cada uno de los años de estudio, ya sean primarios, secundarios o superiores, nos señalan una trayectoria que no se rompe, que no acusa ninguna solución de continuidad.

Nuestro convencimiento sobre la necesidad de la indisoluble articulación entre los distintos grados de enseñanza nos llevó a darle una importancia primordial al año de transición entre la primaria y la secundaria. Este es el llamado curso preparatorio de la segunda enseñanza que tan benéficos resultados nos ha traído.

El alumno se halla ahora en otro ambiente. Pasa de los edificios del sector decroliano o elemental a los destinados al bachillerato, y encuentra un cambio en el personal docente: las maestras que tuvo a lo largo de toda su enseñanza primaria han sido reemplazadas por profesores. Los jefes de cada grupo ya no dan la mayoría de las clases, como hasta entonces fue el caso de las maestras. Son ahora profesores especializados los que dictan únicamente las materias de su ramo, lo mismo en el grupo a su cargo que en los demás.

Pero, ciertamente, ello no significa rompimiento con lo que se ha venido estudiando en los cursos elementales. Se trata, por el contrario, de establecer un enlace conscientemente estructurado; una afirmación de los conocimientos ya iniciados, pero articulándolos con los que han de ser su paulatina prolongación o extensión.

Pudiéramos decir que en este año preparatorio se sistematizan las enseñanzas adquiridas anteriormente, y al mismo tiempo se avanzan unos pasos sobre las disciplinas de la segunda enseñanza. Para no hablar de la orientación física, ética y mental que continúa siendo en lo esencial una misma.

Y aquí vuelve a aparecer el *leitmotiv* de la escuela: el profesorado. El director del curso Preparatorio, como todos los directores y directoras de grupo, es el consejero, el guía, de los alumnos que tiene a su cuidado. De él dependerá la disciplina, el ambiente de cordialidad y comprensión, el ánimo en los estudios, el tono de la clase, la perspectiva de las horas libres, el concepto de la decencia dentro y fuera del colegio. Y todo ello asume principalísima importancia en la época de la adolescencia que por lo general se inicia en este curso preparatorio.

El director no puede olvidar nunca que si en otras épocas se educaba para aprender a obedecer, ahora se educa para desarrollar aptitudes, para formar personalidades. Con sagacidad y mesura se logra este resultado. Él sabe que la buena disciplina es la que surge de la atmósfera tranquila de la clase en donde reina el interés por el trabajo, y en donde, adquirido lenta pero seguramente el sentimiento de la responsabilidad, no se produce jamás el huracán que todo lo desordena cuando se ausenta el profesor.

## **D. La enseñanza secundaria**

En el libro “La segunda enseñanza y reformas de la educación”, que hace parte de esta misma colección de las obras del rector, hemos tratado a espacio acerca de los temas de este sector de la docencia.

No se hace en aquel volumen mención de nuestra escuela, pero es obvio que los principios allí esbozados son los mismos que han orientado y movido las actividades del Gimnasio. Como en el caso de la enseñanza primaria, reflejado en el tomo “Los maestros”, nos bastará ahora dar una mirada de conjunto y poner énfasis sobre las cosas esenciales que deseamos evidenciar.

Utilizamos el término segunda enseñanza de preferencia a toda otra determinación. Parece lógico pensar que la segunda enseñanza es la que viene después de la primaria, y así se denomina en todas partes: *Secondary School, Ecole Secondaire, Ensino Secundario*. Por capricho, no muy explicable, se ha llegado a llamar en algunas partes educación secundaria únicamente a la que lleva a la universidad, y hay países en donde el término se reserva a los dos años terminales del bachillerato. Ciertamente no hablamos un mismo idioma cuando entramos en el terreno de la terminología pedagógica, y no será fácil llegar a un acuerdo que nos contente a todos. Pero habrá que bregar por conseguirlo.

Sobre plan de estudios, programas y métodos hablamos detenidamente en el libro mencionado. A la manera de un complemento a los programas oficiales hemos agregado las llamadas horas de intensificación de materias en los años 5° y 6° de bachillerato estas intensificaciones se hacen en tres direcciones: matemáticas, ciencias y letras. Los alumnos escogen el sector de su predilección, y, por ser esto así, es precisamente en la rama de esta escogencia voluntaria en la que el alumno trabaja con más agrado y, pudiéramos decir, con mayor provecho.

En lo oficial la Enseñanza Media o Secundaria ordena cuatro años básicos para todos los estudiantes, entendiéndose como central distributiva el cuarto año. Terminado este ciclo el alumno puede optar por cualquier carrera menor, comercial, industrial o de otro género, o continuar con el tronco central llamado bachillerato. En nuestra escuela todos los alumnos —apenas si se presenta alguna excepción— van a la universidad, y por ello todos siguen los cursos del bachillerato, cuyo diploma es requerido para poder iniciar estudios universitarios.

Cuatro grandes disciplinas corren a lo largo de estos estudios secundarios: la lengua materna, las matemáticas, las ciencias naturales y los estudios sociales, complementado todo ello con el aprendizaje de los idiomas extranjeros y las actividades educativas, cívicas y religiosas, que para nosotros son fundamentales. Quiere decir esto que en el bachillerato nuestro no hay propiamente ninguna especialización. Pero de tiempo atrás nos ha parecido que la intensificación en la rama para la cual hay un especial interés en el alumno, es en extremo conveniente. Es grato constatar que tal disposición ha dado excelente rendimiento, comprobado ya por los resultados, a menudo óptimos, que han logrado gran parte de

nuestros alumnos en los exámenes de ingreso a las distintas universidades nacionales y extranjeras.

El bachillerato debe formar el carácter, desenvolver la personalidad, crear hábitos de observación, de estudio, de reflexión y de trabajo; orientar y robustecer el sentimiento moral; despertar ideales de servicio a la comunidad. Así hemos procurado hacerlo en nuestra escuela.

El bachiller es distinto del especialista que nos da la Escuela de Artes y Oficios, pongamos por caso. El bachiller ha de ser el ciudadano preparado para iniciarse en una especialización cualquiera, o simplemente para ingresar en la sociedad con una cultura media general que le permita hacer parte de la colectividad con el decoro que de hecho le dan los estudios realizados.

En efecto, una segunda enseñanza bien organizada debe dotar al estudiante de las bases que lo preparen para seguir cualquier carrera universitaria, o para continuar, por iniciativa propia, el progreso de la cultura individual. Esta idea se ha prestado sin embargo a una errónea interpretación. Se quiere enseñar a pensar al muchacho y darle los lineamientos generales en las distintas ramas del saber, pero se ha confundido este propósito con el de proporcionar en la enseñanza secundaria una cultura enciclopédica. De este modo se han venido recargando cada año los programas. Este grave problema podemos decir que preocupa hoy al mundo entero, y que ya comienza a reaccionarse en el sentido de cambiar el pesado bagaje libresco por las disciplinas del espíritu que dejan, cuando están bien encadenadas, las diversas ramas del conocimiento.

En el bachillerato debemos preocuparnos hoy porque sea más bien humano que humanista. No un bachillerato que, como se ha dicho, informa de todo, mas no forma en nada.

La idea decrolina que se sintetiza en la fórmula “por la vida y para la vida”, habrá de penetrar un día en toda la segunda enseñanza. En cierta manera comienza a notarse esta benéfica acción. Al estudiante ya no se le niega el derecho de entender lo que se le está enseñando, y las nociones que queremos inculcarle no siguen más la rutina de estar desvinculadas del interés del alumno y de sus necesidades futuras.

Pero el balance no es aún estimulante. En una gran revista extranjera hemos leído este concepto, corroborado por educadores de diversos países: “A la salida del colegio de



segunda enseñanza nuestros jóvenes lo ignoran todo. El mal no sería tan grave si estos jóvenes tuvieran conciencia de su ignorancia, pero por lo general el llamado bachillerato es un microcosmos que deja en la mente del estudiante la sensación de que todo lo sabe porque todo lo ha estudiado. Y este es el mayor mal que puede dejar una enseñanza”.

La queja es universal. El profesor Zamansky, de la Sorbona, dice, en reciente número de “L’Education”, que son muchos los estudiantes que llegan a la universidad sin saber siquiera expresarse.

¿Las causas? Las condiciones de la vida moderna tan contrarias al reposo que requiere el estudio: el ruido; el afán en todas las actividades; el cine, la radio, la televisión, que son escuelas de superficialidad; la carencia de educación familiar, y aun la deificación de la técnica contraria a la vida del espíritu.

¿Remedios?

Una enseñanza más de acuerdo con nuestro siglo, y también con ideales ciudadanos; inspección seguida y seria sobre el profesorado; cursos de perfeccionamiento para todo el magisterio en los distintos niveles; concentración de estudios de la lengua materna y de los elementos esenciales de las ciencias y de las matemáticas.

No debe darse al alumno, en ninguna edad, mayor número de conocimientos de los que pueda absorber y asimilar. Pero hay algo más que los conocimientos: el espíritu de investigación, el método en el trabajo, el orden, la disciplina que deja en la mente el estudio serio y encauzado; la creación de incentivos que lleven a la reflexión.

En lo espiritual como en lo físico hemos de pensar siempre que no es el aspecto externo, superficial, el que nos da la clave de los valores primordiales. Conviene escrutar el interior. Así como existen gentes que visten con elegancia y sin embargo descuidan la pulcritud personal, hay también espíritus en apariencia brillantes que patentizan vulgaridad e ignorancia.

Por otra parte el bachillerato ha de huir de lo que se ha llamado la tendencia profesional, el demasiado utilitarismo que mata la verdadera cultura. No todo estudio es a primera vista práctico; mas en el fondo todo cuanto tienda a disciplinar la inteligencia, a despertar la observación, a formar la voluntad, es práctico también. Si el hombre se especializa tempranamente, en su inteligencia quedarán, quizá para siempre, grandes sectores a donde no podrá llegar la luz porque no se iluminaron en el preciso momento en que ello era posible. Cuántas veces en los viajes encontramos profesionales

eminentes, incapaces de sentir un goce puro literario o artístico, y esto debido a que no se les dio en tiempo la oportunidad de hacerse sensibles a estas manifestaciones de la emoción humana. No pueden fijar la atención en las cosas que para ellos no son prácticas. No podrán comprender que existen conocimientos desinteresados que son un goce para el espíritu, y que esta clase de goces intensifica y ennoblece la vida. Prisioneros del molde en que fue fundida la educación que se les dio, dentro de ese molde la vida los retendrá para siempre. De pronto será tarde para hacerles comprender que la inteligencia misma es un sistema de aptitudes que es preciso cultivar, y no una facultad determinada que pueda desenvolverse por sí misma dentro de un estrecho límite de acción.

No es fácil ni sería conveniente trasmutar la orientación espiritual de un individuo, cuando ella es fuerte, y, quizás, obedece a una innata inclinación. No se puede desviar una tendencia como se hace desviar de dirección a un tren por el simple movimiento de palanca en un cambiavía. Pero cuidemos de paralizar nuestra acción por temor de irrespetar el capricho de la criatura cuyo gobierno se nos confía. Un paso más y llegaríamos, en el respeto al chico, al caso descrito por Pierre Mille en Bol de Chine: “¡Qué niño tan bonito!; ¿cómo se llama?”, preguntaron al señor Duncan, y el señor Duncan respondió severamente: “No se llama” —¿Cómo así?—. ¿Con qué derecho voy a poner yo traba a su libertad individual? Yo no le he dado ningún nombre, para que él pueda escoger más tarde el que le guste”.

Nuestro bachillerato en el Gimnasio pone su acento en la *formación* del individuo. Frente a esta mira importa, desde luego, lo que solo tiene por fin la información, pero jamás la consideramos como única finalidad. Hemos hablado de un nuevo humanismo que va más allá del que tenía únicamente relación con el estudio del griego y del latín. Es un humanismo que abarca todo lo esencial de lo que puede convenir al hombre, y dentro de nuestra civilización occidental el vocablo “democrático y cristiano” es el que mejor llena el ideal que perseguimos.

El padre Levrée nos habla de la función de la universidad, atribuyendo a esta la preparación de los cuadros dirigentes de la nación, y ha expresado que “de la calidad de enseñanza que ella confiera, de la educación humana que aporte, del espíritu que infunda, depende en parte el porvenir del país”. No podríamos decir cosa distinta de la tarea que ha de cumplir la enseñanza secundaria. Para preparar los

cuadros dirigentes de la nación, tiene valor indiscutible la estructura de esta etapa de la instrucción.

Si el alumno ha aprendido a adquirir con eficientes métodos los hábitos del trabajo y del estudio, podrá olvidar muchas de las cosas que se le han enseñado, pero habrá ganado lo fundamental para continuar avanzando en su instrucción y en la formación de su personalidad. Es cierto que mientras exista el régimen actual de los exámenes, que lleva por lo general a descuidar esta formación y a establecer una norma de *dar y pedir*, sin otra finalidad que la de reclamar periódicamente los conocimientos que se han suministrado en préstamo, mientras esto se haga, no habrá posibilidad de lograr una verdadera educación mental.

Sin duda el propósito del estudio viene a ser en último término el de equipar al ser humano para la vida. El hombre necesita estar capacitado para resolver los problemas cotidianos que puedan presentársele, y para tomar iniciativas dentro del medio en que le toque actuar.

Ya nadie piensa en una enseñanza tabicada. La correlación de los estudios ha recibido una aceptación universal. Lo que apremia ahora es que esta coordinación sea aplicada en todas partes. Es un continuo fluir de una materia a otra, un sistema que pudiéramos denominar de vasos comunicantes, un concepto claro de los distintos valores, lo que llamamos cultura.

La interdependencia de las diferentes enseñanzas puede lograrse mediante las juntas de profesores que dictan asignaturas afines, y de todo el cuerpo profesoral que sirve en una escuela. No nos cansaremos de insistir en que lo primero es tener un profesorado estudioso y consciente de su misión. En asuntos tan delicados no se puede improvisar. Esta ha sido una insistencia constante de la rectoría del Gimnasio.

Nuestros profesores saben que su deber no es simplemente el de enseñar una materia sino el de preocuparse por la plena formación de los alumnos. Se comprende que los que dan clase en un mismo grupo, o dictan una misma materia, deberán por su parte estar frecuentemente en contacto, ya no solo para buscar esta armonía general de la enseñanza sino para entenderse sobre la mejor distribución de los trabajos encomendados a sus discípulos. Estando informado de esta manera cada cual sobre las exigencias de los demás, se conseguirá así que los alumnos tengan siempre algunas tareas en curso, y no un recargo de estas, o una total ausencia de ellas para

determinados días. La costumbre de fijar diariamente en el tablero de la clase la lista de quehaceres para el día siguiente ha sido un recurso eficaz para lograr este intento.

Toda tarea escolar —lo saben los maestros no anquilosados por los viejos sistemas— debe ser una invitación a la reflexión, a la búsqueda intelectual de algún dato, a la observación de un tema en estudio, a la solución de un problema inteligible, y no un ejercicio de simple copia o de tediosa realización. Vencer resistencias en asunto que mueve nuestro interés, determina una satisfacción, un verdadero goce, pudiéramos decir. Y si esto es así, el vencimiento de las dificultades que presenta un quehacer escolar debe causar alegría y no pena.

Desde luego hay que contar con los programas, pero no debemos olvidar las tres realidades diferentes que anota un educador: la que establecen los programas, lo que el profesor logra explicar, y lo que los alumnos alcanzan a aprender.

El beneficio sustancial que ha de quedar como rastro del paso por la segunda enseñanza, es el espíritu que ella desarrolla. Ha de ser un espíritu amplio, abierto a toda investigación. El mundo contemporáneo es ya demasiado complejo, y no es posible aprenderlo todo; pero si la inteligencia se ha estado ejercitando con disciplinas serias, el alumno podrá emprender luego, con provecho, en cualquier trabajo mental, y esto es lo indispensable para el hombre que se apresta a entrar en la actividad ciudadana. Aprender a aprender: esto es lo que ante todo debería preocupar al estudiante. Es una verdad ya dicha que el individuo educado es el que está en capacidad de seguir educándose por su propia cuenta.

Algunos piensan que el plan de estudios de la segunda enseñanza debe abarcar las diferentes tesis de las principales nociones científicas del día; mas esto será cada vez menos posible, y los educadores, comprendiéndolo así, buscan una simplificación de los estudios, no para hacer más superficial la alta enseñanza sino para poder afianzar la fortaleza intelectual del estudiante. En el futuro habrá menos cosas que aprender de memoria, y mayor número de trabajos en la biblioteca y en el laboratorio.

Ya un gran maestro nos ha hecho notar que la clase moderna se ha tornado de auditorio en laboratorio, y es porque los estudios se están entendiendo como disciplinas mentales y como base de conocimientos positivos, y no simplemente como una recopilación de datos sin vida, que abren paso a la inercia. El hábito del trabajo mental

ordenado, la animosa investigación, el amor a los libros: esto solo se logra cuando la enseñanza está empujada por un soplo de vida.

Un programa de estudio no es nada, ha dicho Claparède, sin el espíritu que lo anima, lo fecunda y lo hace fructificar. Por eso tiene un hondo sentido lo que nuestros chicuelos realizan en la primera enseñanza: cuando incursionan por los cerros recogiendo ranas, insectos, piedrecillas y plantas que tienen un valor para ellos, están impregnándose del espíritu del investigador.

Hemos anotado el hecho de que en la segunda enseñanza se hacen con inmenso interés los estudios de Historia Natural, cuando ha existido esta experiencia emotiva en la niñez, que viene a darle a la posterior clasificación científica, movimiento y riqueza imaginativa. Asimismo el monótono estudio de la geografía se llenará de animación cuando el muchacho ha sido un excursionista inclinado a la observación. El geógrafo de hoy es ante todo un viajero. Como vemos, la enseñanza toda, desde el jardín de niños hasta las puertas de la universidad —y en la buena universidad será lo mismo— tiende a hacerse esencialmente activa, rigurosamente experimental.

El alumno que termina su segunda enseñanza ha de presentar los lineamientos generales de una educación integral. La instrucción rígida y seca no educa, y por esto la enseñanza ha de ser atractiva, si pretendemos que sea educadora. Esta clase de aleccionamiento creará las necesarias disciplinas de la inteligencia, pero estas disciplinas no serán la única finalidad perseguida; por muy sólidas que sean estas, de poco valdrán si a ellas no va asociada la *formación* de la personalidad y la estructura del carácter: he ahí el crisol que forja los ciudadanos de una gran nación.

Por otra parte, si el muchacho no ha aprendido a estudiar por su propia cuenta en la enseñanza secundaria, ¿qué podrá hacer en la vida o en el curso de sus estudios universitarios?

Muchos piensan que la obra capital por emprender es la universitaria, mas ocurre que a la universidad —lo dijimos ya— llegan a menudo los elementos nuevos, mal formados y desorientados, y en tal estado no es concebible que se aspire a hacer obra seria con ellos. Por lo general el joven que traspasa las puertas de la universidad está acostumbrado al régimen del libro de texto, a la lección que se mide por páginas. Desconoce lo que es el espíritu investigativo. La labor trascendental está, pues, en dar bases a toda educación. El universitario no consigue ya, sin dura

brega, el encauzamiento que pueden dar con relativa facilidad la primera y la segunda enseñanza.

Tal vez no exageramos al decir que de los sectores docentes es en la enseñanza secundaria donde menos progresos efectivos se han logrado. Se diría que las dos grandes preocupaciones de los hombres de ciencia se han concentrado en la escuela primaria y en la universidad. Los sistemas de la escuela primaria han sido modificados por completo gracias al tremendo empuje de la llamada escuela activa, y en la universidad notamos el mismo soplo de renovación que todo lo ha transformado. En cambio en la segunda enseñanza, si bien es cierto que ha comenzado a penetrar en ella el espíritu investigador, podemos decir que sus problemas se han agravado cada vez más con el increíble recargo de materias que abarca hoy en todas partes el bachillerato oficial.

Ya, es verdad, los exámenes de fin de año se han suprimido en algunas partes, y donde no se han abolido no tienen ahora el valor de prueba decisoria que tenían antes; pero la sola consideración del número de asignaturas, y la extensión cada vez mayor que se requiere dar a cada una de ellas, es suficiente para descorazonar al menos pesimista. La calificación solo es hoy, efectivamente, una medida de conocimiento, y a ningún maestro sensato se le ocurre ahora que ella pueda variar con el comportamiento bueno o malo del alumno —la conducta se califica separadamente—; esto es así, pero hay que pensar en que el sobrecargo de tareas escolares hará engañosa esa misma medida, pues no es posible que el alumno lleve de frente con la fuerza de concentración debida, y sin desequilibrio emocional, el cúmulo de materias que le exige el plan de estudios reglamentario.

Cuántos de nosotros aprendimos en forma rutinaria aun las mismas matemáticas. Llenábamos de memoria toda la cara de un tablero con los indescifrables datos de algún rompecabezas algebraico que de pronto terminaba: “Luego  $x$  igual a 400, que era lo que nos proponíamos demostrar”. La almohadilla pasaba luego por sobre los signos, y asimismo pudiéramos decir que pasaba por sobre el espíritu. Esa almohadilla era en efecto un símbolo: borraba en el tablero, al mismo tiempo y en un abrir y cerrar de ojos, lo que habíamos escrito, y lo que en la mente teníamos.

Las cosas han cambiado; las matemáticas representan en el plan de estudios un ejercicio inteligente, y ya nadie defiende el exclusivo cultivo de la memoria que tuvo su esplendor en tiempos que todavía están cercanos de nosotros. Pero como lo decía-

mos, ¿de qué sirve esta conquista si la extensión de la materia se ha hecho tan vasta que ya se hace imposible asimilarla, aun para las inteligencias más ágiles?

En algunos países se ha establecido una segunda enseñanza que pudiéramos llamar *a la carta*, que permite a los denominados alumnos asistentes elegir, a tontas y a locas, las materias de su agrado, y es obvio pensar en qué suerte de disciplina mental quedará formado el alumno que de esta manera se instruye. Se dice que estas son consecuencias del vértigo de ocupaciones en que vivimos. Consecuencias que son inconsecuencias, pues no se concibe que los educadores, que son precisamente quienes con más energía deben tratar de detener el avance de los males presentes, se dejen atropellar por ellos, y sigan impulsados por la misma corriente impetuosa que arrolla al común de las gentes.

La diferencia en el poder intelectual cuenta por mucho en el éxito y en el prestigio que alcancen en la vida los hombres; mas no es el grado de inteligencia lo que mayormente distancia a los individuos en sus posibilidades de triunfo: el carácter, los sentimientos, la voluntad, he aquí los factores determinantes en más alto grado, y a ellos no podrá atender una escuela de asistentes.

### **Plan de estudios**

Un plan de estudios racional debe estar animado de enseñanzas vivas que muevan el interés del alumno y disciplinen su entendimiento. El sentido de relatividad ha de impregnar desde luego la mente del estudiante. En otros tiempos el joven que cursaba historia y geografía, por ejemplo, abandonaba el colegio de segundas letras con la certeza de que había estudiado toda la historia y toda la geografía. No tenía para qué volver a consultar un solo libro: el grueso volumen aprendido de memoria encerraba todos los conocimientos de la materia, destinada, por otra parte, a no servir de nada, una vez pasado el examen reglamentario. Ahora queremos que el muchacho sienta que en todo lo largo de sus años escolares apenas se ha iniciado en el estudio de las diversas enseñanzas.

No obstante los grandes esfuerzos que hoy se están haciendo por limitar el sobrecargo de estudios, todavía la segunda enseñanza, como se dijo atrás, adolece, en casi todas partes, de este grave mal. Todavía es exorbitante el número de emperadores que un estudiante de segundas letras se ve obligado a llevar a cuestas. Todavía el

número de afluentes de los grandes ríos pesa como un diluvio universal en la memoria del adolescente. Todavía las clasificaciones científicas matan el interés por la vida misma de los seres que se estudian. Todavía la gramática hace tedioso el estudio de la amena literatura.

Lockle comparaba al estudiante que terminaba sus estudios secundarios, y que por esta razón entraba ya en la vida ordinaria de los hombres, con la lechuza que en pleno día saltara de pronto de su escondrijo, y pretendiera observar lo que había en su alrededor: ni los ojos de la lechuza están hechos para ver en la claridad, ni el joven está formado para hacerle frente a las dificultades que se le presenten, después de haber pasado los mejores años clavado sobre unos libros que no tienen la más remota relación con esa vida para la cual se dice que aquellos libros preparan.

Sobra quizás enunciar que en el Gimnasio vivimos luchando por hacer más llevadera la carga de los programas oficiales, y más racional y provechosa la enseñanza.

### **La vieja metodología**

Desde los primeros años es víctima el niño, y lo será luego el adolescente, de tantos métodos llamados anticuados, y que todavía tienen vigencia. Demos como ilustración algunos ejemplos:

#### **La gramática**

El niño ha leído un bello trozo literario... “Vamos a analizarlo”, dice el maestro. Analizar en gramática es lo mismo que descuartizar en veterinaria. “¿Cuántos sustantivos en ese renglón? ¿Y cómo se divide el sustantivo? Enumere los abstractos. Enumere los concretos. Ahora busque los adjetivos”. Y tras de esta engañosa maquinación vendrá el análisis de los géneros y los números, y los problemas de la concordancia y del qué galicado y del gerundio mal empleado. Y se enseñarán errores como se enseñan verdades para que se recuerden unos y otras, confundiendo desde luego lo exacto con lo inexacto.

El chico ha quedado rendido después de este ejercicio abrumador, y es muy posible que haya aprendido a odiar el bello trozo literario que el maestro ha destrozado, miembro a miembro, en beneficio del preciso análisis gramatical. Las palabras homófonas que jamás encontrará el estudiante, fuera de la ocasión en que se le obliga a aprenderlas, serán otra tortura.



No todos los maestros ignoran que la manera más inteligente y más útil de verificar si una lección de gramática ha sido bien aprendida y bien comprendida, no es la de hacer repetir de memoria una determinada regla sino la de cerciorarse por un sencillo escrito de su correcta aplicación. Nada ganaríamos en realidad con saber mucha gramática si ella no nos sirviera para escribir correctamente el idioma que estudiamos.

¿Y qué decir de aquellas tareas, en boga todavía, de hacer repetir a un niño centenares de veces la palabra cuya ortografía ha equivocado? Una vieja anécdota recuerda la inutilidad de este suplicio pedagógico. Es el caso del niño a quien se le obliga a escribir trescientas veces esta sentencia: “No se dice cupió sino cupo”. El chico llega a la última línea de su cuaderno, y escribe en la letra ya casi inteligible que ha producido el cansancio: “El último cupo no cupió”.

### **La geografía**

Parece absurdo, pero hay maestros, y no siempre de los viejos, que exigen se les presenten mapas con telarañas de vías de comunicación y torrentes de nombres diminutos que nadie recordará después, y que sin embargo llenan horas de trabajo agotador. ¡Cuántas montañas! ¡Cuántos lagos! ¡Cuántas ciudades con el preciso número de habitantes que para cada una dan los censos nacionales! ¡Qué diversidad de nombres exóticos! ¡Qué confusión de cosas grandes y pequeñas!

Esta era la geografía que daba la escuela vieja, y que vieja y todo, sigue hospedada todavía en muchos espíritus. Bien sabemos que la nueva geografía se inicia al aire libre. Es una geografía que se aprende caminando. Es el conocimiento del terreno con sus implicaciones económicas y sociales. El nuevo sistema no solo representa la disciplina mental de que tanto hemos hablado, sino que hace posible la adquisición de conocimientos que no rodarán pronto al olvido. En ese sistema el dato que se recoge no es ya elemento inerte; es la materia viva que crece y fructificará dentro del espíritu.

### **¿Y la historia?**

El niño sabe mucha historia. ¿Ha estudiado acaso las causas primordiales que determinaron los principales acontecimientos de la humanidad? ¿Se ha dado cuenta de las enseñanzas que dejan estos hechos? ¿Conoce de su patria la trayectoria de

su cultura y de su progreso? No, nos dirá el viejo maestro: esas cosas no vienen en los textos escolares, pero el niño sabe las fechas de nacimiento y las grandes hazañas de cincuenta jerarcas distintos; sabe hasta qué oficios ejercían y qué indumentaria llevaban los conquistadores al venir a América. Lo urgente, desde luego, es que el examen se haga en tiempo, porque unos meses después, fechas y hazañas e indumentarias y oficios habrán librado en la mente del alumno la batalla definitiva, y ya solo quedarán las gentes y las cosas muertas, y ya el bello campo de la historia no será más que un medroso laberinto al que el chico no querrá volver a penetrar.

Pudiéramos así seguir enumerando materias, y hablar de lo que se hace en ciencias y matemáticas, pero ya lo hemos hecho a espacio en los volúmenes anteriormente publicados, y hoy solo quisimos tomar algunos ejemplos para poner en evidencia cuántos de estos viejos vicios hemos tenido que combatir en el Gimnasio en este medio siglo de constante brega.

Quisiéramos, sin embargo, hablar todavía sobre dos temas que han traído candentes discusiones en uno y otro país, y acerca de los cuales los pedagogos no han podido ponerse de acuerdo. Nos referimos a los problemas de la enseñanza de los idiomas extranjeros y de las lenguas clásicas.

### **Los idiomas extranjeros**

Se ha discutido con frecuencia sobre la conveniencia o inconveniencia de comenzar tempranamente el estudio de los idiomas extranjeros. En nuestro concepto tal enseñanza no ha de comenzar antes de que el niño domine los lineamientos generales de su lengua materna, es decir, que este aprendizaje no pertenece a la primera sino a la segunda enseñanza.

La lengua materna es algo más que un vehículo de comunicación: es un elemento para el desarrollo del espíritu, es parte del espíritu mismo. En esta lengua se conforman los primeros sentimientos y las primeras ideas. Dispersar en varios idiomas estos conceptos primeros que forman la conciencia del niño a cambio de ganar un buen acento extranjero, es pagar demasiado caro este extranjerismo.

Algún autor nos ha puesto el ejemplo con una simple palabra, con la palabra corazón. Si el niño la aprende en un solo idioma, adquirirá la esencia toda, el sentimiento

íntegro que encarna este vocablo. La palabra será entonces idea y emoción. Pero si el niño tiene para esta misma idea y para esta misma emoción las tres o cuatro voces diversas de los distintos idiomas que estudia, entonces la noción profunda, el juicio delicado que aquella voz encierra se desparrama, por decirlo así, y se hace fugaz lo que de otra manera se haría hondo y perdurable. La personalidad tórnase incolora a fuerza de querer hacerla más variada, y el idioma materno llega hasta cobrarle duramente a la inteligencia el poco aprecio que de él se hizo. Así no es raro que individuos que se educaron en tres idiomas, y que por lo tanto pueden hacerse comprender de tres pueblos distintos, como expertos trotamundos, no sean capaces de comprenderse a sí mismos, ni de tener característica más saliente que la de su propia superficialidad.

Nuestra idea es, a este respecto, muy nítida; antes de los doce años una sola lengua: la materna. Dominada ya esta lengua, puede entrarse de lleno en el aprendizaje de las extranjeras. El acento puro del idioma foráneo es menos esencial de lo que por lo común creen las familias que consideran como la más excelsa de las prerrogativas la de introducir en su hogar una nodriza inglesa o francesa encargada de cambiar las costumbres y el idioma de la propia casa. Y si, como consecuencia de esta colaboración femenina, se advierte en los menores un dejo extranjerizante en la pronunciación del castellano, entonces el éxito de la institutriz no deja nada que desear. Nadie negará que importa mucho hablar correctamente los idiomas extranjeros; mas nunca es indispensable hacerse pasar por nativo en una nación extraña.

Eça de Queiroz proclama que los idiomas extranjeros deberían aprenderse a hablar patrióticamente mal. Sonreímos de la paradoja del escritor, mas en el fondo de la mordaz ironía hay una idea seria que no debemos despreciar: aprendamos las lenguas de otras naciones, pero no con mayor celo que la lengua materna; estudiemos a conciencia el idioma extranjero, mas no con el afán de tener motivo para negar un día nuestra propia nacionalidad. Por otra parte, el acento no es lo principal del idioma. Este acento lo cogen con perfección todos los porteros de los hoteles internacionales, y solo con un criterio frívolo podrá afirmarse que estos hombres *conocen* las lenguas que hablan. Para conocer un idioma se necesita penetrar en su espíritu, y no se penetra en el espíritu de una lengua sino cuando alguna vez se han tomado por compañeros a los grandes escritores de esa lengua, oportunidad que solo logra el hombre de cultura refinada.

De todas maneras importa ante todo sentar bases sólidas sobre la estructura del propio idioma. Esto hará más racional y comprensible el aprendizaje de un habla extranjera, y evitará las confusiones lingüísticas.

En las escuelas bilingües es fácil llegar simultáneamente al conocimiento de dos idiomas porque se emplean en la conversación y en el estudio de cada día. Pero cuando solo se trata de una o dos horas semanales de clase es tan poco lo que se logra, que conocemos el caso de alumnos y alumnas que a lo largo de la primera y de la segunda enseñanza estudiaron a cuentagotas el francés y el inglés, y al término de tan larga travesía no pudieron leer si quiera la revista o el periódico extranjeros que cayeron en sus manos cuando ya ostentaban el consagrado título de bachiller.

Pero no hemos de exagerar. El muchacho que en su segunda enseñanza estudia tres años de francés y seis de inglés, como lo estipula nuestro plan de estudios oficial, aprende a leer y a comprender estos idiomas cuando lo hace con un buen profesor. Ha tenido oportunidad de recitar, de cantar, de hablar, de traducir, y para dialogar con naturalidad solo le hará falta esa destreza que únicamente se adquiere cuando se vive en un medio en donde se habla de continuo el idioma que se desea perfeccionar.

Que no se nos tache por hacer estas anotaciones de que menospreciamos el valor de las lenguas extranjeras. No sería concebible tamaña tontería. El francés y el inglés fueron en nuestro medio un lujo hace unos años, pero hoy son una necesidad para todo hombre de estudio. Y hay más; entre nosotros no llamaríamos, en esta hora, persona culta a la que no conociera estos dos idiomas. Pero, ¿qué diríamos de quien a cambio de uno de ellos desdeñara el estudio de la propia lengua?

### **Las lenguas clásicas**

Muy agitadas han sido las discusiones que en todo tiempo han motivado el problema de las lenguas clásicas como ramas de estudio dentro de la escuela secundaria. Pienzan algunos que sin esta enseñanza no es posible que haya seriedad en un esfuerzo de cultura superior. Desechan otros con gesto de impaciencia la consideración de este problema, negando de plano toda utilidad a estudios de este género. Aquellos, como vemos, pretenden convertir las lenguas clásicas en idiomas vivos, y aspiran a que su vigencia se mantenga desde el primero hasta el último año de la educación secundaria; y estos quieren que se declaren los idiomas muertos como definitivamente muertos

para la enseñanza. La intransigencia en estos conceptos extremos es tal, que no se admite beligerancia a quien intente mediar: se ha de pertenecer a la una o a la otra escuela.

Sin embargo, en el papel de comentaristas desapasionados perseveramos en nuestro concepto, ya emitido públicamente, de que el estudio de los idiomas clásicos es una disciplina, y una muy severa disciplina, cuando ellos abarcan todo el ciclo de la enseñanza secundaria. Pero estamos muy lejos de pensar que esta sea la única disciplina que pueda formar el criterio y adiestrar la inteligencia.

Más aún: creemos que no sea imprescindible conocer el griego y el latín para entender a Atenas y a Roma. En nuestro pensar es un sofista quien afirma que solo se comprende a Grecia sabiendo el griego. Hemos dialogado con verdaderos helenistas —queremos decir verdaderos enamorados de Grecia, y doctos en su filosofía y su arte—, que apenas conocían el alfabeto griego. Asimismo tuvimos condiscípulos que estudiaron seis años de griego, y no quisieron volver a oír nada de Grecia: tal vez quedaron saturados de ese estudio, que por ser en griego, fue cargante para ellos, y consumió tristemente sus mejores años.

No podemos negar que el latín, como toda práctica que representa un ejercicio ordenado a lo largo de los años, es una excelente disciplina mental. Lo que no podríamos aceptar —insistimos en ello— es que esta lengua de la antigüedad pueda por sí sola estructurar de manera superior el pensamiento. Si esto fuere así todos los individuos que hubieran tenido la oportunidad de seguir por años este tipo de estudio, tendrían que representar en la sociedad a la gente de más alta disciplina mental. A este respecto podríamos recordar que en Colombia tenemos millares de personas que estudiaron latín por ocho o diez años en los seminarios. En cada rincón del país, en cada pueblo, existe un sacerdote que recibió esta ardua y larguísima enseñanza, y aun cuando es cierto que entre ellos hay figuras eminentes, no podíamos aventurarnos a decir que el latín dio a todo el sacerdocio esa preeminencia mental que habría de derivarse del estudio realizado.

En efecto, no son pocas las grandes figuras del clero que se destacan como luces de la inteligencia y la cultura, mas no puede afirmarse que en conjunto el sacerdocio representa, lo mismo que una jerarquía moral, una jerarquía intelectual.

En otro tiempo, cuando solo existía la llamada enseñanza clásica, pudo pensarse que únicamente el griego y el latín determinaban una firme disciplina espiritual. La ex-

perencia de los tiempos modernos ha demostrado que otras ramas del conocimiento —las matemáticas, las ciencias naturales, los estudios sociales—, constituyen también fuertes disciplinas que son indestructibles y que han de ser mayormente útiles que las llamadas clásicas porque están más en consonancia con las apremiantes necesidades del presente.

Como si hiciera falta una autoridad para reforzar nuestro sentir sobre este debatido asunto, acabamos de informarnos de lo escrito por el muy ilustre profesor Philip Toynbee en su admirable artículo “A substitute for Latin”.

Nos dice allí Toynbee que los doce años que él dedicó al latín no le aportaron “placer ni beneficio”, y propone que se sustituya la tediosa y larga enseñanza de las lenguas muertas, ya en desuso, por el estudio de la cultura clásica en el idioma vernáculo de cada país. Para conocer la historia, la filosofía, las leyes y el arte de Grecia y de Roma, nos dice textualmente, y véase qué tan en consonancia está este pensamiento con lo que atrás dijimos, no es de ninguna manera indispensable el aprendizaje del griego y el latín. Agrega en su estudio el sabio catedrático, para alivio de caminantes universitarios, que Oxford y Cambridge han decidido que ya no será obligatorio el latín en los temidos exámenes de ingreso, y que, como es de preverse, la medida ha sido recibida con amplia aprobación por parte de la prensa y del público.

Con destino a las juntas semanales el rector acostumbra hacer —tanto para los profesores como para los estudiantes— un breve memorando sobre las cosas que ha de tratar. Se cuentan por centenares estas hojas, y a lo largo de todas ellas aparece, una y otra vez, la constante insistencia sobre idénticos temas. La manera de enfocar los diferentes asuntos, los ejemplos dados, las oportunidades aprovechadas, han podido cambiar, pero el pensamiento es uno mismo.

Revisando todas estas notas nos damos cuenta de que los propósitos que desde un principio inspiraron la obra del Gimnasio, impregnan, uno a uno, todos estos apuntes. Se halla un hilo conductor que los enlaza a todos. Es el leitmotiv que se evidencia allí como una sola corriente —a nuestro parecer transparente e incontaminada—, que va abriéndose paso a través de los años, y que si refleja, como es natural, el paisaje ambiente, no es difícil advertir que está formada por un mismo manantial.

Así, aparecen insistentemente en esas minutas las características que han venido formando la idiosincrasia de esta escuela: es una constante prédica de la franqueza,

la lealtad, la pulcritud, la honradez, la generosidad, la hombría de bien, el recto proceder, el amor al estudio y a la cultura, la sana aspiración de hacer algo positivo en la vida, el respeto a las opiniones ajenas, la comprensión de la patria y del generoso sentimiento de los postulados humanitarios.

Al profesorado en especial le hemos dicho: el profesor, aun con el prurito de llamarse catedrático, no se debe contentar con dictar su clase. Tiene que proponerse encariñar al discípulo con la materia que le dicta, despertar su curiosidad espiritual, ponerlo en camino de adquirir por su cuenta nuevos conocimientos; darle el hábito, el goce del estudio y la investigación. En suma, el profesor, como el maestro de la escuela primaria, debe tomar conciencia, desde el inicio de su tarea, de que esta implica ante todo una acción formativa y una finalidad primordial: hacer recto y útil al hombre.

En término de cuentas, el profesor, como el maestro, son trabajadores sociales, y esto conlleva preparar a las gentes que tienen a su cargo, para su adecuada y recta función en la colectividad.

### **Exámenes y calificaciones**

Digamos ahora unas palabras sobre los exámenes. En la enseñanza pocos puntos tan debatidos como este.

Una tontería, anotada de paso por Marshall, es aquella de exigir que se califique sin saber quién es el autor del trabajo presentado, cuando precisamente ha de ser todo lo contrario, o sea que no debería calificarse nunca sin saber a quién corresponde el examen. Cuando se conoce de cerca al estudiante es indiferente iluminar o no sus trabajos con la índole de su personalidad. El mayor mal de las clases demasiado numerosas es precisamente este de que el maestro no conozca a los alumnos y no pueda interpretar su natural distintivo.

Se sobreentiende que en esto, como en todo lo enunciado aquí, se trata de maestros y profesores de perfecta honorabilidad. Porque si se tratara de individuos inclinados a falsear la verdad, ya encontrarán ellos, con este o cualquier otro sistema, la manera de engañar. Y desde luego su puesto no estaría entre la gente responsable encargada de guiar a la juventud y ser su ejemplo.

Sobra añadir que el mal radica en no tener habitualmente otro elemento de juicio para apreciar el valor de un alumno que el de su capacidad memorista. Nuestro siste-

ma de instrucción, por desgracia, está basado, en su generalidad, sobre un criterio de examen de conocimientos.

En una reciente encuesta se ha llegado a la conclusión de que este género de pruebas es no solo inconveniente sino que entorpece la marcha de toda buena enseñanza.

Por lo que hace a la selección de alumnos, cabe preguntarnos si realmente el examen selecciona a los mejores. No son pocas las características que quedan al margen de la personalidad cuando apenas se la juzga por la exploración de la memoria.

Y como el alumno se juega prácticamente su vida de estudiante con esa prueba única, hasta su probidad moral se pone en peligro con ella. En cuanto haya oportunidad de un engaño en un examen, esa oportunidad es aprovechada sin vacilación. Alguien ha observado que desde las más modestas escuelas rurales hasta las facultades de teología, en todo sitio en donde aparecen examinados y examinadores, el examinado tiene la tendencia al engaño, a la copia, soplo, a la triquiñuela, para asegurarse la nota que le permita pasar. Este es su único empeño.

Las nuevas corrientes indican que todo el sistema de exámenes está llamado a transformarse. El examen ha de mostrar la capacidad del alumno y no simplemente su facultad receptiva. En la misma forma en que en un concurso literario, científico o artístico no se preguntan definiciones; así como para examinar a un empleado se le planteará un problema, se le propondrá alguna pequeña investigación, y hasta se le hará redactar una carta, de igual modo al estudiante que va a ingresar en la universidad lo que convendrá averiguarle es sobre cuáles son sus conocimientos asimilados y cuál la capacidad de servirse de ellos. Los test o pruebas de inteligencia y de habilidad se encaminan a este fin.

Si hemos enseñado un idioma —creemos haberlo dicho ya— no será nuestro propósito inquirir cuántas reglas gramaticales han quedado en la mente del alumno. La transparencia de esas reglas es lo que nos ha de importar. Una composición nos mostrará qué tanto dominio del idioma tiene nuestro alumno, con cuánta precisión y decoro se expresa, cómo discurre, cómo piensa. Para establecer un juicio certero sobre la eficacia de su pericia lingüística valdrá ciertamente mucho más esta composición que una página de reglas gramaticales textualmente transcritas. En geografía, un viaje imaginario nos dará más idea de los conocimientos del estudiante de lo que pudiera hacerlo una enumeración de ríos, de montañas, de lagos, golfos y bahías. En



aritmética la solución de un problema racional tendrá un valor en su planteamiento y raciocinio que contará por más que el solo preciso resultado.

En toda prueba racional deberá permitirse a los educandos usar diccionario, tablas de matemáticas, fórmulas de química, tal como si tratara de un trabajo libre realizado fuera de la escuela. Así, y sólo así, el examen no será una pantomima que ninguna relación tiene con la efectiva preparación de los escolares para poner en juego sus conocimientos y capacidades. De esta manera nos iremos aproximando a una solución aceptable.

Y hacia ella vamos ya, movidos, primordialmente, por las renovadoras iniciativas de las universidades.

Habrá que agregar que los exámenes —los hay de tipo estándar— deben hacerse de manera inteligente, humana, conveniente. Cuando en un examen falla la mayoría, a veces la casi totalidad de los alumnos, al que habrá que examinar es al profesor. En semejante caso parece en verdad que la falla esté en él, y no en sus discípulos.

Los alumnos dicen además, no siempre sin razón, que los profesores tienen sus manías, y que ellas determinan muchas veces las malas notas que dan. La calificación de exámenes finales, hecha por dos profesores, como aquí lo acostumbramos, subsana esta posibilidad de injusticia o error.

Son muy variadas las escalas de calificaciones en distintos países: de 1 a 5, de 1 a 6, de 1 a 20, de 1 a 100. En algunas partes —en las escuelas primarias de Ginebra, para citar un caso—, se ha reemplazado la numeración por una apreciación verbal que parece haber dado excelente resultado: siete palabras reemplazan todas las numeraciones: “Muy bien, bien, bastante bien, suficiente, insuficiente, malo, nulo”. Suprimiendo el “bastante bien” y el “nulo” tendríamos cinco palabras que equivaldrían a las notas de 1 a 5: 5, muy bien; 4, bien; 3, suficiente; 2, insuficiente; 1, malo, y esto bastaría. Pensemos en que en la vida no calificamos a las gentes numéricamente. Solo en una conocida novela oímos hablar de una dama que tenía, no 5 en todo, sino 4 en conducta.

Por otra parte hay que recordar la rebatiña de las calificaciones en cifras. Los alumnos que necesitan una fracción decimal para ganar el curso asedian al profesor para que les dé una migaja salvadora. Viene el regateo: “Deme 3,7 en vez de 3,5 y lograré cómputo necesario para pasar”. Más de un maestro habrá oído en su vida propuestas de esta índole.

Hemos expresado que no vivimos en una Arcadia. Nos rodea, no un coro de ángeles, sino un conjunto de seres humanos. Por ello no nos sorprendemos de que entre nuestros alumnos surjan brotes que contrarían nuestros anhelos, y faltas que habrá que corregir. Pero, desde luego, los errores más graves serán los que nosotros podamos cometer. Los estudiantes están aquí para que los eduquemos, y si es cierto que a veces somos incapaces de ello, y tenemos que devolverlos a sus padres, lo ordinario es que tengamos recursos para guiarlos, y que usando de nuestro buen sentido, de nuestros conocimientos y experiencias —¿y por qué no decirlo?— de la difícil virtud de la paciencia, podamos orientar a las juventudes que se nos confían, en la esperanza de encauzarlas por los caminos del bien.

Aquí, y en todas partes, habrá que reiterar que el maestro ha de ser un hombre inteligente, comprensivo, flexible, y que jamás debe extremar sus medidas. Ha de recordar siempre que el menor no es todavía una persona formada, como sí lo es él, y por tanto no puede trabarse en polémicas con sus discípulos, como si se tratara de dos adultos que están en posición de hablar de igual a igual. No es tampoco un sargento que da órdenes sino un educador que trata de formar.

Desde luego, no son pocas las cosas sobre las cuales habrá que estar poniendo alerta al alumnado. Demos un ejemplo:

### **El cigarrillo**

Muchas veces, en nuestras conferencias semanales, hemos hablado al estudiantado sobre la ruda lucha que se ha entablado entre los fabricantes que abogan por su negocio y los médicos que combaten los resultados nefastos del abuso del cigarrillo.

Sin que pretendamos ser del todo convincentes —los vicios se defienden con mayor tenacidad que las virtudes— hemos puesto de presente ante nuestros alumnos lo que nos dicen en estudios serios los especialistas que han analizado las consecuencias de este vicio, sobre todo en la época del crecimiento. Los males que causa la inveterada costumbre de fumar, dicen los que de ello entienden, no pueden seguir siendo ignorados. Los muchachos fumadores sonríen cuando se les habla del cáncer de la lengua y de los pulmones, las bronquitis crónicas, del asma, la formación de callosidades en los bronquios, el proceso degenerativo que denuncian las autopsias. Se muestran escépticos cuando se les cuenta que ha quedado demostrado que la nicotina no

solo afecta directamente los pulmones sino los músculos del corazón y determina la contracción de las arterias.

Es obvio que resulta insensato continuar haciendo algo que se considere dañoso, pero los estudiantes no dan, por lo general, importancia a estas cosas, y entre ellos hay quienes manifiestan que eso de la pérdida de la memoria, los trastornos de la digestión y la amenaza del cáncer, no pasan de ser tonterías de las gentes mayores que quieren tener para sí la exclusividad del cigarrillo y la pipa.

Pero habrá que seguir insistiendo en estas advertencias hasta hacer llegar a la gente joven al convencimiento de que el vicio —esto sí es incontrovertible— no proporciona ganancia alguna, y sí unas cuantas importantes pérdidas que son irremediables.

Podríamos terminar esta anotación con lo que recientemente escribió un médico norteamericano: “Estamos convirtiéndonos en una colectividad de enfermos del pulmón, y no es el cigarrillo una de sus menores causas”.

Lo más grave es que el Estado favorece, paradójicamente, vicios como el cigarrillo y el alcohol por las rentas que producen.

Y ya que mencionamos el alcohol, agregaremos que tampoco hemos dejado de hablar ante nuestro auditorio estudiantil a propósito del uso de las bebidas embriagantes. No que estemos frente a una colectividad de posibles bebedores consuetudinarios. Más ocurre que en la sociedad contemporánea es ya costumbre no comprender el contento sin licor. “Sin ese maravilloso estimulante”, decía un joven, “¿cómo puede haber alegría?”. Y los padres de familia saben de estas ocurrencias, pero no parecen muy susceptibles a tomar cartas en el asunto.





*Sesión solemne en los años setentas. Don Agustín haciendo entrega de la copa al “Bello Carácter”.*



## Las excursiones

---

El Gimnasio ha dado siempre una importancia primordial a las excursiones escolares. La excursión podría ser defendida con entusiasmo desde el solo punto de vista del beneficio corporal para el estudiante. Vigorizarse, hacerse ágil y resistente, no es una ventaja despreciable en la vida. Mas no es esto solo lo que hace de la excursión uno de los más valiosos factores en la moderna educación. El muchacho que viaja ve extenderse de manera prodigiosa los horizontes de su espíritu. Es el contacto con los distintos aspectos de la vida lo que la hace más intensa y provechosa.

Cuanto a la formación del carácter, la excursión toma un hondo sentido educativo. El buen excursionista —lo saben nuestros estudiantes— no es solo el buen caminante; es el buen compañero, abnegado, generoso, alegre sin vulgaridades; es quien tiene frescura de ánimo, entereza varonil frente a las adversidades o pequeños contratiempos del camino. Es aquel que goza con el ejercicio físico y da ejemplo de sano comportamiento.

No sabemos en qué actividades vayan a emprender nuestros muchachos, pero debemos preparar su espíritu con la observación directa de la propia tierra, y guiados por un concepto amplio de lo que ha de ser la tarea del hombre en la vida. De ahí el que la excursión escolar, que está hecha para lograr estas ventajas, tenga para nosotros una tan marcada trascendencia.

La salida fuera del medio habitual en que se vive encarna admirablemente el espíritu de la escuela activa. La visión de la patria y del mundo contemporáneo en general no puede ya obtenerse en la forma sedentaria que nos ofrecía la escuela antigua. El nombre de hoy, si quiere ser hombre de su tiempo, ha de viajar. La observación directa de las realidades vivas, la comprensión de los problemas nacionales y humanos, no puede lograrse en el enclaustramiento del aula. El aire libre llama al muchacho fuera,

y la imaginación del niño y del adolescente se enriquece con el viaje, que sume, por así decirlo, dentro de una variada realidad, a la personalidad en desarrollo. La excursión es, por ella misma, como lo vemos, un precioso recurso educativo.

Es obvio que debe buscársele una finalidad a toda correría. Definido el propósito, será preciso elaborar un plan que señale la ruta que va a seguirse, lo que en ella ha de observarse, y los objetivos generales que se persiguen. Hay que fijar las jornadas, en relación cuidadosa con la edad y resistencia de los alumnos, y ha de procurarse no usar de vehículo sino cuando, para conocer una región distante, se haga obligatorio.

Contemplar el paisaje, informarse sobre la riqueza, historia y perspectiva de la región o de las ciudades que se visitan, por medio de conversaciones y lecturas, es indispensable para darle un sentido espiritual a la excursión. Tomar apuntes, consultar mapas, ilustrar con dibujos el recuento que se haga, todo ello asegurará el mayor provecho de la correría.

Se ha dicho con razón que el mejor ejercicio gimnástico es la marcha. Bien está la gimnasia reglamentada, pero en la marcha se encuentra su mejor aplicación. Saber andar es asegurar la normal circulación de la sangre, una mayor aireación de los pulmones, un mejor equilibrio del sistema nervioso. Todo lo contrario de lo que se consigue, punto por punto, para citar un ejemplo que hace sonreír a nuestros discípulos, con el vicio del cigarrillo.

En el Gimnasio hemos tenido por costumbre hacer conferencias de diversa índole a los grupos que se aprestan para una determinada salida. Esta clase de disertaciones aviva la curiosidad de los excursionistas por las regiones que van a recorrer, por su geografía, por su historia, por sus factores de progreso. Interesados de esta manera, sus ojos, sus oídos, su espíritu, estarán atentos a todo lo que el camino enseña. Despierto así el interés por la información recibida gracias a las conferencias, se agregará la que el estudiante busque por su propia cuenta en los libros y publicaciones de todo género. El estudio inteligente será en consecuencia un hecho consumado, y el alumno se hará más culto, más despierto, más fino en su criterio.

En su libreta el aprendiz de caminante irá anotando todo cuanto le sorprenda o instruya, y las lecturas que en los largos ratos de descanso pueda hacer —en los buques, en los trenes, en las posadas— enriquecerán su mente en forma que no olvidará. Las informaciones de primera mano rectificarán numerosos errores, y el viajero



maduro que surja del andante novel no será ya el pasivo turista de la agencia extranjera, cuyo único guía espiritual es el que va a la cabeza de la ingenua caravana, hablando sin emoción, y repitiendo mecánicamente unas mismas letanías, grupo tras grupo.

Si hay algo que pueda preparar para la vida es el contacto con la realidad. En vez de dar lecciones con mapas de relieve y animales disecados, la excursión penetra en la vida misma, y nos muestra las cosas como son. Despierta un interés que a su turno hace surgir otros intereses.

La mayor satisfacción de una escuela consistiría en tener un gran número de ocasiones para aprender. Esas ocasiones las presenta, como ninguna otra actividad, la excursión que tiene tanto de esparcimiento como de estudio. No es un simple paseo: es el más provechoso de los estudios que pueda realizar el joven que, sin hacerlo adrede, prepara su porvenir. Las potencialidades de la nación no son efectivamente comprendidas sino cuando se les siente de cerca. Esta gran oportunidad nos la brinda el viaje escolar. Es entonces cuando sentimos que de verdad fue un privilegio haber nacido en un país en donde hay tanto por ver, y tanto por hacer.

Colombia es una tierra de contrastes. Ya al hablar de los ideales que nos han congregado en torno a esta obra, habíamos hecho ver cómo nuestra patria presenta sorprendentes manifestaciones de avance y de retraso a la vez. Disgregados los fuertes núcleos de población por la carencia de vías rápidas, el país, hasta hace unos años, fue más un conjunto de islotes que material y espiritualmente vivían su vida propia, que una república unitaria.

Aunque de manera menos aguda persiste aún en parte este mal cuyas aristas se nos muestran todavía con enconados sentimientos regionalistas. De ahí la apremiante necesidad de poner a la gente moza en relación directa con todas las regiones del país. El excursionismo llenó para nosotros cabalmente esta finalidad.

Aprender a ir de excursión es para el joven lo que para el niño aprender a caminar. Es frente a las dificultades de toda marcha como el ser humano llega a la perfecta conciencia de su personalidad. Es la persistencia en el esfuerzo iniciado la que nos da fe en nuestras propias fuerzas. Y es el espectáculo perenne de la naturaleza el que agranda nuestra capacidad de sentir y de pensar.

Para el maestro no habrá jamás una mejor oportunidad de conocer a sus discípulos que esta que le brinda el estar con ellos fuera del aula, y en toda libertad. En

el campo abierto los estudiantes se revelan tal como son. Es entonces cuando mejor pueden verse los rasgos distintivos del carácter: la generosidad, el egoísmo, la superficialidad, el espíritu crítico, la facultad recursiva.

No todo será para elogiar: aparecerá el muchacho de tendencias vulgares, el que cuida poco de su persona, el indolente, el que carece de alegría, el que en medio de la cordialidad quiere imponerse como cabecilla rebelde y puede, de pronto, hacer peligrar la amplia disciplina de confianza.

Esto y más puede haber. Empero, el maestro sabe que en todo instante ha de estar alerta para poner a raya a los elementos que puedan dañar el buen espíritu colectivo. Mas los casos que dieron motivo a una medida enérgica, han sido excepcionales.

Por lo general, los excursionistas muestran un magnífico temple. De buen humor sufren todas las contrariedades: duermen en el suelo, resisten el sol y el agua sin necias protestas, comen lo que en el camino se encuentre, y a la hora que ello sea posible. Así es como robustecen sus virtudes físicas y espirituales.

Por nuestra parte nada exageramos si decimos que cuando más íntimamente hemos apreciado el valor de esta obra, y al mismo tiempo la honda responsabilidad que ella implica para nosotros, y la trascendencia que tiene en la formación de la gente sana y fuerte que la nación necesita, es durante la excursión escolar. No nos sería fácil expresar lo que a veces hemos sentido en medio de la montaña virgen, cuando en un momento dado todos los excursionistas, disfrazando la fatiga de la marcha, empezaban a cantar. La estruendosa alegría de esta juventud venía a confundirse a lo largo de la trocha con el ruido de las caídas de agua y los gritos de los pájaros salvajes. Era imposible en aquella hora no hacer un acto de fe en esta nueva generación que de manera tan armoniosa unía a la salud del cuerpo la salud del alma.

La excursión, para apreciarla en cuanto vale, es preciso vivirla. Es preciso haber marchado en medio de una tropa de muchachos alegres que cantan y ríen, y narran historias, y hacen sutiles comentarios sobre todo lo que ven. Es preciso haberlos visto sudorosos y jadeantes caer rendidos a la sombra de un árbol, y encontrar todavía el ánimo dispuesto para charlar alegremente y sacar goce de los más duros tropiezos de la jornada.

El europeo que no nos ha visitado no ha soñado jamás lo que representan en variedad de emociones estas marchas por nuestras tierras del trópico. El hombre de la

zona templada que ha de aguardar seis meses para sentir un cambio total de clima, no sospecha lo que significa bajar en unas horas, en cualquier época del año, de las tierras frías a las más cálidas, y contemplar una absoluta mudanza en la vegetación, en las construcciones, en los vestidos de las gentes, y aun en las costumbres. La coloración de las plantas es distinta, las aves no son las mismas, la vida en todos sus aspectos es otra. Para el hombre de tierra fría la exuberancia de vida y de colores de la tierra cálida es un maravilloso espectáculo: un cafetal con su amplio sombrío de cámbulos rojos; una falda cuajada de naranjos cargados de fruta; un trapiche de caña de azúcar en medio de inmensa planicie, que es de por sí una paleta de colores; una casucha bien modesta pero envuelta por el lujo de una *bellísima*, tan llena de flores que no deja ver sus hojas; un papayo cuyo tronco se levanta al igual de una columna jónica, y en cuya cumbre se apiñan como en un nido las frutas que quitarán la sed. El panorama en su conjunto, o un simple detalle, son motivo de estupefacción para los ojos que ya van aprendiendo a ver.

En medio de este nuevo mundo que el muchacho descubre a su antojo, la alegría no tiene límites. Por eso la fatiga casi no se siente, por más que se hayan trepado cerros, y vencido ásperos obstáculos. La verdad es que la naturaleza se convierte en aquellos climas en una amiga y compañera. Para darse cuenta de esto bastará observar a un grupo de chiquillos que sacuden un guayabo o un limonero dulce y ven caer la fruta, entre sus sacos de exploradores que hacen las veces de cestos. Saciada la sed, el hambre o el capricho, los muchachos no querrán descansar todavía, y treparán como gamos por las colinas vecinas hasta alcanzar la posada, en donde vendrá el tender de hamacas, en gran algarabía, o el sueño profundo sobre los arrumes de café, que en aquellos momentos de cansancio no se diferencian del lecho de un rey.

Por la noche, los que aún están con aliento de conversar, tendrán la valentía de oír a su rector y le exigirán alguna historia fantástica de los incas, un emocionante recuento de los precursores de la independencia, o el simple relato de un viaje anterior. Poco a poco los más pequeños se irán quedando dormidos, y hasta en sueños sentirán la alegría de vivir que muchos niños no han podido conocer.

Para relevar las calidades físicas y morales que la excursión estimula, hemos creado el premio “Al mejor excursionista”, que es un complemento, casi pudiéramos decir una síntesis, de los otros dos premios: el del “Bello carácter”, y el del “Esfuer-

zo personal". Como queda entendido, por lo que anteriormente hemos dicho, este premio del excursionismo no se otorga, habidas únicamente las consideraciones de la resistencia corporal.

En nuestro concepto, el buen excursionista ha de llevar en la sangre el ánimo; ha de ser una energía en pie, y sus iniciativas, que serán muchas, porque la alegría y la voluntad son dos fecundos creadores, han de estar impregnadas por el espíritu solidario que buscará ante todo el contento de la colectividad.

Al adjudicar este premio la Junta de Profesores, aun cuando discute muy detenidamente las cualidades del candidato presentado por cada director de grupo, no pretende, como no ha pretendido con ninguna de las otras distinciones que otorga, encontrar entre los 800 alumnos uno siquiera que colme los rasgos de una figura heroica. Se trata de estudiar con criterio humano a los candidatos, y de conceder el honor a quien aparezca como el más distinguido, sin que por esto se le vaya a considerar como una figura excelsa.

El tipo de excursión varía, naturalmente, según las edades. Los decrolianos, que son chiquillos menores de doce años, hacen, como lo hemos visto, las pequeñas salidas requeridas por los Centros de Interés que estudian: un día es bastante para tal propósito. Los muchachos de la segunda enseñanza disponen de mayor tiempo para sus correrías. Una semana no alcanza muchas veces a ser suficiente. Un viaje a Los Llanos, a Antioquia, a Santander o al Cauca, aun usando de vehículos para una parte del recorrido, no puede hacerse en lapso tan breve. Conviene agregar que el tiempo que se quita a los estudios reglamentarios está bien compensado por el que se emplea en hacer una de estas salidas que tanto beneficio traen para el estudiante. No es preciso que toda la excursión haya de ser una marcha forzada. Se han hecho también algunas correrías a caballo, y en autobús o ferrocarril, que han resultado grandemente provechosas.

De todo lo aquí expresado podemos deducir que la excursión escolar, por mucho que se exageren los sacrificios que ella conlleve, y los peligros a que pueda dar lugar, ha sido y continuará siendo una de las más bellas y eficaces maneras de instruir y educar.

La Colombia que hemos visto los excursionistas de estos tiempos, es, para usar una frase futurista, una nación cargada de porvenir. Es una tierra que no necesita ojos de romántico para ser llamada hermosa, ni oídos de alucinado para escuchar la voz de su alto destino.

Después de haber realizado tantos viajes a través de estas tierras de promisión, hay el derecho de realizar el viaje imaginario por esa Colombia del futuro, que será bella y próspera como pocas regiones del mundo. Este país de ilusión, que podrá ser una realidad geográfica e histórica, si lo queremos, no tendrá solamente extensa red de ferrocarriles y carreteras, renombrados aeropuertos internacionales y grandes y prósperos negocios de todo género: tendrá también magníficas escuelas, admirables centros de cultura; y será precisamente por la vitalidad de estas instituciones por lo que principalmente este pueblo nuestro podrá sentirse orgulloso.

Una cátedra de entusiasmo: esto es, por sobre todo, la excursión escolar. Así lo entendió ese nobilísimo maestro excursionista que fue uno de los más excelsos cerebros de España en el siglo pasado: Francisco Giner de los Ríos. Con sus discípulos más amados, con los que más tarde habría de llenar admirables páginas de la educación universal, de la ciencia y de la historia —Manuel B. Cossío, Gregorio Marañón, Rafael Altamira y tantos otros— se fue por los caminos en animado diálogo, y dejó en cada uno de estos discípulos de selección una imborrable señal.

Tuvimos la suerte de recibir de labios del gran educador en las postrimerías de su vida, y más luego de los de sus egregios continuadores, voces de aliento que todavía duran.

Cuando vamos de viaje con un grupo de muchachos, los padres de familia pueden estar tranquilos, porque con la conciencia de nuestra responsabilidad por la vida de los seres que se nos confían, llevamos además la animosa ilusión de que esos chicos que nos acompañan son el porvenir cercano y venturoso de la tierra patria por la que persistentemente hemos querido trabajar, y esto nos lleva a cuidar de ellos con la mayor solicitud.

Así lo sintieron nuestros inolvidables maestros españoles, y así lo sentimos nosotros.

Recordemos que se aprende más con los ojos que con los oídos. Ver las cosas es mejor que oír hablar de ellas. Y en la excursión se va a ver y contemplar. Es cierto que el oído atento también es útil para recoger toda la información que pueda enriquecer lo que observamos, pero es el acercamiento a las cosas lo que le dará al viajero las más claras nociones.

A riesgo de repetirnos quisiéramos insistir en el cálido elogio de esta modalidad educativa:

El conocimiento del país, el atisbo personal de su geografía, el trato con sus gentes, el estudio de la realidad de sus problemas, con ser ya mucho, no son

sino un aspecto de los múltiples beneficios de la excursión. La excursión pone al muchacho en la más movida y variada corriente de la vida. Fortifica su cuerpo, lo hace duro y flexible; somete a prueba su voluntad; purifica su mente con la rica contemplación de hermosos paisajes; recrea su cerebro; desarrolla su iniciativa; despierta su espíritu de observación; ejercita todas sus facultades; estimula sus capacidades de acción; trae al primer plano de la conciencia los valores de la naturaleza; y por razón de la espontánea, pudiéramos decir de la forzada convivencia con sus compañeros en medio de dificultades a veces serias, lo hace activamente sociable, y pone en juego todos los varios resortes humanos que se hallan comprimidos en la vida artificiosa de la ciudad.

Algunas familias, muy pocas en verdad, no ven con buenos ojos las excursiones por los riesgos de toda suerte que ellas puedan envolver. El botiquín, decía uno de nuestros profesores, va bien provisto. Pueden pues, todas las madres despedir a sus chicos sin muchas lágrimas. En cuanto a los peligros morales, solo hemos de decir a los padres de familia que también los hay, y mayores, en la ciudad.

Valdría la pena hacer un día el recuento de unas cuantas de las excursiones llevadas, para goce de todos, a feliz término. Nuestra idea ha sido la de conseguir que los alumnos que culminan sus estudios hayan recorrido, a lo largo de su estadía en el colegio, en cuanto ello sea posible, todo el territorio nacional. Circunstancias conocidas han impedido que esto pudiera verificarse a cabalidad en los últimos años. Pero la idea queda en pie, y el propósito inicial no morirá.

Nos tocó acompañar, tiempo atrás, a la clase de segunda enseñanza que transmontó, morral a la espalda, y en seis días de marcha consecutiva, la empinada cordillera de los Andes que separa los llanos del Tolima de los del Valle del Cauca. Con otros grupos recorrimos a caballo los llanos de Casanare; volamos por sobre la selva amazónica, hasta llegar a Leticia; navegamos a las islas de San Andrés y Providencia, y en prolongadas e inolvidables travesías nos pusimos en contacto con las más variadas regiones del país. La correría internacional que nos llevó hasta Panamá y Costa Rica, fue la más extensa de todas, y sobre ella dejamos en varios artículos publicados en "El Espectador" un recuento minucioso.

El profesor Bein, veterano excursionista, aparte de las duras caminadas que cada grupo de la sección secundaria hace con su director una vez al mes, ha realizado exten-

sos recorridos por la Guajira. Otro grupo efectuó recientemente una larga navegación por el Atrato.

A continuación hemos creído oportuno transcribir algunas de las notas tomadas a vuela pluma por el rector en varias de las salidas hechas con sus alumnos. En todos estos apuntes, como se verá, se encuentra traducido a la vida ordinaria lo que en teoría hemos concebido como derrotero espiritual de cada excursión.

## Visión de Los Llanos

Hemos llegado a Bella Vista, la primera eminencia sobre el llano. Nuestra caravana detiene los caballos en un súbito ademán de asombro. La emoción es de todos honda y singular, aunque no pueda expresarse sino con las exclamaciones triviales que todo lo nivelan con lo cotidiano. Es la hora de la oración, y el firmamento todo confluye en una locura de colores intensamente iluminados hacia el sitio preciso en el confín de la planada en donde se hunde el sol. La inmensa llanura es un mar policromado.

La brisa que sopla ondula los pastos, y el humo de las quemas en la lejanía semeja chimeneas de buques distantes. Las montañas enhiestas se hunden para siempre donde principia el llano, y los ríos, que hasta aquí fueron torrentes espumantes y ruidosos por sobre las rocas que ellos mismos rompieron para abrirse paso, se convierten en la masa oscura y muda que avanza perezosamente, haciendo caprichosas curvas como las que serpentean los grandes caudales de agua al acercarse al mar.

Al lado nuestro espera, callado e indiferente, un hombrecillo enjuto, de tez bronceada, que nos parece no entender siquiera el sentido de nuestras exclamaciones, y que pasara inadvertido para nosotros si alguien no nos dijera que es el guía que nos conducirá a través del llano. Le seguimos con mirada compasiva; en voz baja comentamos con nuestros compañeros la melancólica posición espiritual de este pobre hombre cuya incultura le impide gozar de la excelsitud del panorama.

Es ya el día siguiente al amanecer, y tras el hombrecillo flaco y silencioso que parece una raíz, vamos cabalgando alegremente, en fila india, por entre el pajonal de espigas tan altas, que alcanzan a ocultar el ganado que puebla la llanura.

Hasta aquí nos hemos sentido los reyes de la creación: la magnificencia del paisaje que se cierra en torno nuestro en un círculo de espléndidos matices, y las aves y las

mariposas de inesperadas coloraciones que cruzan el espacio, y el concierto de los insectos que lanzan su rumor al infinito, todo cuanto encanta nuestra imaginación en aquel momento y alela nuestros sentidos, creemos que ha sido ideado para nuestro exclusivo goce.

De súbito una sierpe que surge del herbazal, a la manera de una saeta que viniera sobre nosotros, intenta cerrarnos el paso, tal como en los cuentos de hadas que leímos de niños, y, como entonces, nos sentimos aterrados e indefensos. Veloz como el reptil, el llanero de un disparo le rompe la cabeza, y mientras vemos azotada violentamente la maleza por el animal convertido en látigo, en la ceguera de su dolor y de su furia, pero inofensivo ya, todos quedamos mudos de asombro. “No había cuidado”, dice el llanero, sonriendo por la primera vez: “estas que se mueven muy ligero no tienen veneno; no hacen más que asustar a los miedosos”. Recobramos entonces todo nuestro valor ciudadano, y seguimos adelante.

Alguien advierte que el camino que llevamos no tiene una huella precisa, y que importa mucho, por lo tanto, para evitar un extravío, no dejar romper en ningún momento la cadena cuyo primer eslabón es el baquiano que ha hecho trizas la cabeza de la serpiente. En aquel momento este ha adquirido cierta prestancia ante nosotros, la que se hace mayor cuando nos damos cuenta de que solo él sabe orientarse en medio de la llanura. La verdad es que en este instante dependemos de aquel hombrecillo íntegramente, y comenzamos a sospechar que algo puede enseñarnos.

Trabamos conversación con él. Conoce la historia del llano. No lee ni escribe, pero de generación en generación han venido hasta él, envueltos en leyendas, como la misma historia que se relata en libros, los grandes hechos que se desarrollaron en la región. A la luz de la fogata familiar, en una escuela nocturna sin maestro y sin libros, aprendió las tradiciones que forman su mundo ideológico. El día lo llenó otra escuela: la de la actividad en lucha con la naturaleza, él mismo construyó su albergue, buscó alimento, se defendió de las grandes fieras, de las víboras y de los hombres. Nada de esto es expresado por él en sentencias alegóricas ni en disquisiciones petulantes. Es un interrogatorio discreto de varias horas el que nos ha permitido penetrar en la intimidad de su vida.

Llegamos a un río, “un caño”, dice el guía, “y el puente está lejos”. “Es mejor vadear”, agrega tranquilamente, y, sin consultarnos la hazaña, se desnuda con rapidez



y se lanza al agua, llevando en alto en una mano sus vestidos. Hay buenos nadadores entre nosotros, y, sin embargo, casi todos pasamos prendidos de la cola de los caballos, y otros van a buscar el puente en la lejanía, con las prendas que no nos hemos animado a sujetar sobre las cabalgaduras.

Como los compañeros que han manifestado de esta manera su prudencia tardan en regresar, expresamos el temor de que se hayan extraviado. Vuelve nuestro guía a sonreír. “Ya pasaron el puente, nos dice, y vienen en nuestra dirección”. Nos hace aplicar el oído contra la tierra, y, aunque nada sentimos, nos afirma que claramente se percibe el galopar de los caballos. Él lo ha advertido ya en pie, más que con el oído con sus propias plantas que por lo visto oyen, y la ratificación al auscultar la tierra no le deja duda alguna. El llanero ni se engaña ni engaña. Un momento después nuestros compañeros están con nosotros.

Penetramos en una selva que se interna en el llano, a manera de península de bosque, dichosos de encontrar frescura a la sombra de los árboles que en la lejanía se ha confundido con el pajonal. Una visión nueva nos espera: árboles gigantes en trabazón tupida, formidables y frondosos los unos, delgados esbeltos los otros, llevando el ramaje únicamente en la cima; flexibles muchos de ellos ceden al peso de su copa para formar sobre el camino arcos triunfales decorados de musgos, enredaderas y orquídeas; palmas, gruesas también como columnas de templo las unas, y de armoniosa flexibilidad las otras; y de las más empinadas ramas de los árboles los nidos colgantes de las oropéndolas.

De trecho en trecho riachuelos tranquilos en los que se retrata la vegetación exuberante, cuajados en sus remansos de plantas acuáticas. Aves de esplendorosos colores, que cantan, que chillan, y que atraviesan el cielo, como saetas iluminadas.

Lindas mariposas que van y vienen retozando por parejas en incesante movimiento. Las unas parecen de seda; otras cortadas en fino terciopelo; otras hechas de encaje. Las hay rojas salpicadas de negro, negras bordeadas de blanco, blancas tocadas de ocre; azules, de un azul celeste, sin la más leve mancha; verdes, carmelitas, y aun doradas. Semejan los colores mismos de una paleta de pintor que se hubiera echado a volar. No faltan los vibrantes caleidoscopios con agua y brillo de piedras preciosas.

Los parches de sol que atraviesan el follaje tienen en aquella espesura una extraordinaria intensidad. Transparentes aparecen las hojas de los árboles. Asegura-

ríamos que se ve correr la savia en ellas. Y así con las resplandecientes mariposas que imitan las formas y colores de las más extrañas hojas. Algunas, muy verdes, *trampean*, inmóviles, con la naturaleza, pero, súbitamente, se desdoblán y se lanzan al aire. Una constelación de maripositas doradas se persiguen unas a otras afanosamente sobre los charcos del camino. La luz parece traspasarlo todo.

Hay bejucos que se encaraman por los troncos, envolviéndolos nerviosamente como serpientes que tuvieran bien segura su presa; otros se descuelgan desde enormes alturas en fibras delgadas que forman cortinas de cuentas japonesas.

Este es un paraíso que ignoramos. Por fortuna ahí está nuestro guía para explicárnoslo todo. Él va recorriendo para nuestras mentes atónitas los secretos de la selva. Cada árbol, cada planta, cada ave, cada mariposa tienen su nombre y su historia.

Aquí se levanta con ímpetu triunfante la palma de moriche que sirve para el techo de las viviendas, y de cuyo cogollo se fabrican chinchorros. Allá la elegante, la esbelta varasanta, señora intocable, defendida por furiosas hormigas que gustan de habitar en la cúspide, y que trepan y descienden por su corteza en concurso de velocidades. ¡Ay del profanador que dé en tierra con la encumbrada mansión!: unas pocas bestezuelas que se venguen, se vengán suficientemente con mordedura atroz y ponzoñosa.

A su lado se yergue formidable el guayacán que da perdurable madera para las construcciones, y el corneto y el chirapo que son preciosa mina para los cercados; y el altísimo guarumo, refugio de los monos que hallan allí la sabrosa fruta que los sustenta, y el avichure, lleno ya de cortadas, que destilan el látex infalible para el alivio de males pertinaces; y la palma de unamo cuyo fruto da el aceite de seje, tan útil a la medicina como a la tintorería. En nuestra ignorancia apenas si reconocemos los guamos, los mangos, y el cacao silvestre que anuncian desde lo alto sus frutos en sazón.

Todas las aves son también familiares para nuestro guía: los pajules negros de pico amarillo y cabeza coronada de finísimo plumaje; las caicas grises y azules, de cuello grácil y zancas levantadas; los arrendajos de manchas negras y amarillas que remedan desde las copas de los más empinados árboles el canto y los chillidos de sus compañeros del bosque; los pericos cascabel, verdes y pequeñitos, que pasan en manadas dando gritos estridentes; los loros y las guacamayas rojas, verdes y azules, que se burlan de nosotros; los yátaros negros de pecho blanco y ala roja, de los que a nuestra vez nos burlamos nosotros al advertir la desproporción que con el cuerpo

lleva el pico maldito que, según la leyenda, le fue impuesto por el rey de la selva para castigar su lengua murmuradora y maldiciente. Tenemos largos trechos de senderos difíciles. Ya es un enorme tronco desplomado en mitad de camino que nos cierra el paso; es preciso entonces pasar por un atajo lleno de zarzales o saltar por sobre él con presteza. Ya son las raíces centenarias que forman una enmarañada trama de donde sería difícil salir una vez metido en ella. Ya los lodazales en donde las bestias se hunden profundamente, y han de hacer violentísimos esfuerzos para salir de allí. Nuestro guía va adelante con paso preciso, y el camino que él indica es el único sitio por donde se puede pasar. Perderle de vista es perderse en la maraña.

Salimos nuevamente a la llanura, a la pampa inmensa, interminable. Por sobre la *trilla* o huella que nosotros no advertimos, pero que el llanero ve como un camino real, galopan de nuevo los caballos. Parecemos todos poseídos del vértigo de la velocidad hacia lo desconocido, y es la fe en el hombre que nos guía lo que nos trae este alborozo, que sería angustia sin él.

De pronto un lago, milagro de limpidez y de frescura, hace su aparición. Vuelan atemorizados los patos, las garzas y las caicas. Solo el ganado tras de los pajonales permanece impávido. Levanta apenas la cabeza de la grande y agresiva cornamenta, y, rumiando siempre, mira indiferente con sus grandes ojos que jamás tuvieron expresión.

Nuestro conductor, nuestro admirado catedrático, continúa instruyéndonos. Sabemos por él que estos pequeños lagos son los esteros que abundan en el llano, y que de las aves que allí nadan podría formarse un arcoíris de plumas. Nos habla de la ganadería llanera. Estos tranquilos animales que nos parecen mansos bueyes de arado, son a menudo fieras salvajes cuando se hallan solos. Los ha domado el baquiano con sus propias manos, y aun a las manadas más indómitas las ha mantenido, con sus cantos, noche tras noche, quietas hasta la alborada. Es cierto que a veces el más cerril de la partida ha "barajustado" o, lo que es lo mismo, ha roto de pronto el círculo de magia que forman los cantores, y tras él, de estampía y en turbión apocalíptico, levantando nubes de polvo como una tromba, el antes tranquilo pelotón ha desaparecido.

Al caer de la tarde abordamos la casa de nuestra guía. Allí le esperan con un potro salvaje que él debe domeñar. Quiere en el momento saber qué tanto empuje tiene y salta sobre él. El animal se encabrita furiosamente, da brincos y revuelos violentos, va y viene como un huracán, y ya nos hemos dado cuenta de lo que es un centauro.

Termina por saltar del potro con la misma destreza con que subió sobre él, y vuelve sonriendo a hacernos los honores de la casa. Se excusa de lo modesto de la vivienda. Por estas tierras, nos explica, no hay manera ni hay para qué hacer nada distinto del tambo, la ramada sencilla que tenemos a la vista, sin muros, que el clima no requiere, parada sobre altos estacones, y cubierta únicamente para la protección del agua y del sol. El piso habitable queda a buena altura porque es preciso estar al abrigo de los huéspedes incómodos, en especial de las cascabeles, las cuatro-narices, las equis, y las riecás. El tambo y los muebles, que son todos de rusticidad ingeniosa, han sido hechos por nuestro baquiano. Afuera hay un inmenso tronco caído que hace las veces de mesa, y a uno y otro lado los troncos de menor diámetro forman las bancas.

No hemos acabado de sentarnos allí cuando nuestro genial compañero aparece con dos inmensas hojas de plátano que acaba de cortar, y que coloca prestamente sobre la mesa con estas palabras: “Este es nuestro mantel por aquí, pero al menos siempre está limpio”. No tardan en llegar las apetitosas viandas: la carne de venado con los plátanos asados; la yuca, el arroz, y dos manjares nuevos: la tavena y el chonque, que reemplazan la papa y la arracacha, según nos lo explica.

El banquete ha sido preparado por la llanera que pronto vendrá sonriente a traernos el trago de café, símbolo de la hospitalidad del llano, y a cantarnos con su compañero un galerón. Tiene también la tez tostada por los soles caniculares, e igualmente es menuda y agilísima, como corresponde a un centinela de fieras y de hombres. Es el complemento perfecto de quien nos ha acompañado.

Tendidos luego en el chinchorro meditamos en las emociones del día.

Nuestro conductor nos lo ha enseñado todo. Nada hay en aquel vasto y complejo mundo que él ignore. Ahora los infelices, los ignorantes, somos nosotros. Este hombre, a quien llamábamos el peón hace unas horas, es en este momento nuestro maestro, nuestro jefe, y, además, el brujo que ve y oye la realidad lejana que a nosotros se nos escapa; el que con solo mirar el sol nos da la hora; el que sabe extraer de las plantas los zumos que defienden su salud; el que le roba a la serpiente el antídoto para su propia mordedura; el que conoce cuanto ignoramos nosotros, y cuyas manos inteligentes y expertas han construido, elemento por elemento, la totalidad del hogar que sus virtudes varoniles levantaron. Somos torpes y lerdos e inútiles delante de él. He aquí un hombre, nos decimos avergonzados de nuestra incapacidad.

Y cuando por la noche, a la luz de la fogata, advertimos que en el pecho y en un brazo lleva hondas cicatrices, nadie extraña oírle referir que son las huellas de la garra de un tigre con el que alguna vez tuvo que luchar, enfrentado a la fiera, con sus compañeros armados todos de lanzas.

## **Excursión a la cueva de Tuluni y el río Saldaña**

A última hora el profesor que debe acompañar a los alumnos del grupo 5° de la segunda enseñanza no puede hacer la correría. Me toca reemplazarlo, y lo hago con placer igual al que sienten mis discípulos, según me lo dicen, de viajar con su rector.

Ya no será para mí esta excursión semejante a las que anteriormente hice con los muchachos, caminando con ellos de 30 a 35 kilómetros cada día. No en balde los años han pasado. Esta vez aceptaré la cabalgadura que por telégrafo me ofrecen mis amigos de Chaparral.

Rápidamente he organizado unas reuniones preliminares con el objeto de crear en los viajeros interés por la región que van a conocer. Conversamos, observamos el mapa de Colombia, y en especial el de la comarca que encuadra nuestro recorrido; hacemos algunas lecturas, y ya estamos en marcha.

Junto con las provisiones y ropas que colman el saco-mochila, cada excursionista lleva una buena provisión de buen humor.

Han salido a encontramos a unos cuantos kilómetros de la población las cabalgatas que son de rigor en estos casos. Y hay discursos. Se saluda en ellos al “gran pedagogo y prestigioso arqueólogo que va escudriñando por los andurriales de la patria la idiosincrasia del pueblo y las riquezas terrígenas”. Este tipo de discursos hay que contestarlos siempre en tono menor, tanto más cuanto que la oratoria de tierra caliente está generalmente inflamada de antemano por libaciones de alta gradación.

Los oradores se empeñan en que el “egregio rector y sus intrépidos muchachos” lo acompañen a brindar por el éxito de la excursión y por la salud de la patria. El rector tiene que fingir una grave dolencia hepática y, excusar a sus acompañantes, arguyendo la prescripción médica que contraindica el licor en las caminadas en tierra caliente. En el puente queda el alcalde, los miembros del concejo y unos cuantos de los individuos de la cabalgata dedicados a los brindis por la salud

de la juventud y por la prosperidad de las rentas departamentales cuyo principal ingreso lo aseguran las bebidas espirituosas.

### **En la cueva**

Uno de los más asombrosos espectáculos que el ojo humano pueda contemplar.

Otros hablarán de la composición geológica de estas rocas ciclópeas, explicarán cómo la impetuosa corriente del río fue el artífice milenario de este templo; hablarán de los fenómenos de la erosión, de fracturas y deslizamientos; calcularán alturas y determinarán la edad de las encrucijadas. Yo no pondré cifra alguna a mi emoción.

Escribo desde el largo balcón rocoso, tapizado de arena, que mira sobre el río, sobre ese río de aguas tumultuosas que al penetrar en esta inmensa catedral de piedra se torna tranquilo como un lago, para volver a tomar velocidad, y encabritarse de nuevo a la salida, recobrando su estruendo al abandonar el recinto sagrado que le impuso su recogimiento y su mutismo.

Vuela la imaginación...

La enorme masa de piedra, que sustenta sobre el río la bóveda del templo, tiene esculpida en sus flancos gigantescas esculturas. Semejan un tropel de mastodontes que hubieran quedado petrificados desde la infancia del mundo. El cataclismo que detuvo en su carrera a las espantables bestias, esparció, contra los muros, testuces, patas y colmillos que quedaron allí suspensos para estupor de todas las generaciones. Todo imaginado, ¡pero tan real! Lamiendo las extremidades de los monstruos apocalípticos corren pacíficamente las aguas del río. El silencio del recinto es solo turbado por el aleteo de las bandadas de pájaros que entran y salen por entre las grietas de las rocas, y quiebran con su algarabía estruendosa la paz de este templo adonde podrían venir a orar los fieles de todas las religiones.

Como si la tormenta geológica hubiera sido acompañada por un fuego de infierno, sobre los muros se estamparon colosales goterones de materia ígnea que todavía parecen crepitar.

El crepúsculo se desliza velozmente. Los cocuyos comienzan a volar con sus lamparitas de luz de oro, y de pronto, en medio de la profunda oscuridad, y como si se hubiera arrancado de un golpe el denso telón que la noche colocó sobre la entrada de la cueva, aparece en toda la inmensidad de esa tronera una cascada de luces y de

sombras que cae, silenciosa, sobre el río. Es que ha salido la luna llena, y sus rayos plateados tejen por entre los árboles de la selva la feérica visión.

En el amanecer la tenue luz que se filtra por la roca de la cueva comienza a descubrir las estrambóticas figuras de monstruos nunca vistos, como que jamás existieron, cincelados en la roca por la acción de los siglos. Estamos en el reinado de lo mitológico.

Súbitamente los rayos del sol hacen irrupción por entre este universo de figuras informes, y a grandes brochazos pintan en verde, ocre y gris un decorado de teatro futurista.

Uno de los chicos que no ha de estar pensando en cosas tan grandiosas, exclama: “Miren este lagartijo que era verdoso cuando saltó sobre la piedra y se volvió tornasol”. “Camaleón”, gritó otro que no ha olvidado su lección de zoología. Y el mayor de todos, que ya lee periódicos, agregó riendo: “Así dizque son los políticos”.

Mientras los muchachos recorren en todas direcciones los vericuetos de la cueva saltan por entre las rocas, nadan en el río o recogen leña con la que ha de hacerse el fogón para guisar las comidas, mientras ellos gozan de esta vida primitiva que juzgan semejante a la del hombre de las cavernas, el conductor de la caravana se deleita con la contemplación de este cuadro singular de aspectos antediluvianos que sirve de escenario a esta bandada de muchachos placenteramente refugiados en este ignoto rincón del mundo.

## En el Saldaña

No sé si existen ríos más bellos que el Saldaña.

Lo cierto es que navegando río abajo en nuestra balsa, y viendo deslizarse a uno y otro lado el prodigioso escenario del trópico, nos creemos transportados al propio paraíso.

La balsa ha sido aprontada con días de anticipación. Es una obra de arte indígena, bella en su construcción, y sólida en su estructura. Los fuertes troncos van amarrados con bejucos que son resistentes como cables de acero. Los bogas con sus canaletes de cedro manejan la embarcación con la misma destreza de los gondoleros. En un extremo se alzan unos arcos recubiertos con hojas de palma real. Allí puede el tripulante, fatigado de admirar el paisaje, dormir o soñar. En otro extremo está montado el gachón o brasero en donde se prepara a toda hora café, y, al medio día y en la tarde, el sancocho o el viudo de pescado.

De pronto pasa un mercado flotante. Es otra balsa donde los mercaderes nos ofrecen, con señas y gritos, los productos del trópico. Súbitamente los excursionistas, cambiando su indumentaria de viaje por el traje de baño, se han lanzado al agua y van hacia el mercado. Son grandes nadadores, y no parece oportuno privarlos de tan grata aventura. Pronto están de regreso. Avanzan ahora nadando con una sola mano pues en la otra traen lo que los mercantes fluviales les han vendido: el uno una gallina, el otro un racimo de bananos, el otro una piña y hay uno que ha hecho la proeza de traer consigo una canastilla de huevos.

Los bogas han admirado la destreza de estos muchachos. “No creíamos, dice uno de ellos, que estos *enzapatados* fueran capaces de nadar tan bonito”.

Son buenas gentes estos hombres del río. Viven humildemente, pero por nada cambiarían ellos su libertad. Montados en su potrillo —pequeña canoa—, y avanzando a grandes velocidades al golpe de su canaleta, dan la impresión de que se sienten dueños del mundo. La naturaleza les da fácilmente lo que necesitan para vivir, y carecen de ambiciones. “Viven como animales”, comentó un viajero, y otro repuso: “como animales que vivieran felices”.

## En la montaña

Estamos en pleno monte. El profesor y los muchachos más grandes van adelante abriendo la trocha con machetes y *calabozos*. No es posible evitar los rasguños y por esto las pantorrillas y las manos que sangran no producen el menor escándalo. Son heridas que honran, dice un chico, para disimular tal vez el gesto de dolor que le produce la aplicación del yodo que el encargado del botiquín se ha apresurado a hacer sobre la herida fresca.

Rendidos de fatiga, pero dichosos todos, hemos llegado por fin a la margen del río cuyo ruido engañoso veníamos oyendo desde hacía varias horas. A menudo el viento, al abrirse paso por entre los tupidos follajes de los árboles, semejaba el sonido próximo de las aguas que bajan a torrentes por entre las grandes piedras, y el desánimo cundía por un instante, y todo nuevo ruido era ya interpretado con desconfianza. La vista de las aguas era lo único que podía calmar el ansia de la llegada. Y a la vuelta de un recodo del camino ha aparecido inesperadamente el pozo cristalino formado por el río.

¡Baño!, ¡baño!, gritaban a una, veinte voces, y el profesor ha de investigar rápidamente si el sitio ofrece algún peligro. Su responsabilidad, grande en todas las horas, se



torna más grave en aquellos momentos. Por fortuna la expresión de este compañero mayor que es el maestro, no se hace nunca innecesariamente trágica: con firmeza, pero con alegría siempre, tomará la rápida resolución que la circunstancia exige. En el caso de que el río no ofrezca peligro, serán precisos siempre unos minutos de espera para calmar un tanto la agitación de la jornada. Vendrá luego la voz de “al agua”, y saltarán entonces como peces los veinte muchachos que sienten en aquel instante que una nueva vida comienza para ellos.

El profesor jamás estará tranquilo, pero en su semblante solo se verá la calma, que es precisamente el secreto de su autoridad. Pronto la caravana estará de nuevo lista para reanudar la marcha, y se entonará un canto para saludar la nueva vida encontrada en esa nueva fuente de Juvencio que se llevó toda la fatiga acumulada por la travesía.

Por algo los gimnasianos guardan como recuerdos inolvidables los de las excursiones que a lo largo de sus años de estudio han hecho por las regiones del país.

## En el mar

El mar, al aislarnos del mundo, nos hace mirar hacia adentro de nosotros mismos, con gran intensidad. Hoy, en alta mar, y rodeado de este bullicioso grupo de muchachos, me he puesto a pensar en el sentido de mi propia vida. Qué bien me hallo en medio de ellos. No soy el maestro que quiere ser exclusivo en dar lecciones. Ellos también me enseñan muchas cosas. Y ellos y yo vamos viendo que lo importante no es encontrar quién nos lo enseñe todo sino quién nos dé oportunidad de aprender.

De esta gente joven que aguza su entendimiento frente a las grandes realidades del presente, es el inmediato porvenir. Es emocionante asistir al proceso que fragua su personalidad. Son estos muchachos los que nos dirán, los que dirán al país, si nuestro esfuerzo fue no coronado por el éxito. Hay, pues, algo de egoísmo en querer hacer de ellos, gentes responsables de su destino. Por eso en el curso de estas excursiones ambicionamos forjar caracteres de varonil contextura, de firme voluntad, amantes de su patria, limpios de espíritu, deseosos de actuar con eficacia, capaces de dar impulso a la nación. Cara a cara luchamos contra la flojedad y el esnobismo. Sabemos que el más precioso capital que un país tiene es su capital humano, y no dudamos que, con estos muchachos, tenemos en nuestras manos una parte considerable de este maravilloso capital.



## La escuela en marcha

---

### Una orientación que no cambia

En estos cincuenta años el mundo ha sufrido las más grandes transformaciones que haya experimentado la humanidad. Dos guerras mundiales. La aparición de la bomba atómica. El surgimiento convulsionado de África. La prodigiosa aceleración de la velocidad en los transportes. Trascendentales cambios en las estructuras políticas, económicas y sociales. Nuevas inquietudes filosóficas. Perturbadores sacudimientos clasistas. Avances inesperados en todos los ramos de la ciencia. Una nueva física, una nueva química, una nueva matemática. Inesperados movimientos en el arte, la literatura y la poesía.

En efecto, quizás no vieron jamás las generaciones pasadas cambios tan veloces y profundos como los que hemos contemplado los hombres de este turbulento siglo XX, en todos los órdenes de la actividad humana: máquinas para la guerra, cada vez más rápidas y mortíferas, y organizaciones para la paz, cada día de acción más lenta y mayormente erizadas de obstáculos; nuevos sistemas de producción; nuevos encuadramientos ideológicos; nuevas modalidades en la vida de la colectividad; tensiones y conflictos de la más diversa naturaleza; nuevos métodos de enseñanza: todo ha cambiado en el breve curso de este medio siglo.

Piénsese en la veloz trayectoria desde los días no muy lejanos del alumbrado de espermas y lamparines de petróleo; el coche tirado por caballos; el arado de yunta, hasta llegar a los modernos sistemas de alumbrado, el motor de explosión interna, los tractores, y la propulsión nuclear. Nos tocó ver en la infancia el primer gramófono de cilindros de cera llegado a Bogotá que solo podía escucharse con audífonos; el primer automóvil en forma de bañera, que recorría las calles ante el asombro de los transeúntes; las pequeñas bombillas eléctricas que misteriosamente reemplazaban los candiles. Nos tocó presenciar el salto, de que tanto se ha hablado, de la mula al hidroavión.

¡Y cuántas alteraciones en el medio ambiente que rodea a la niñez y a la juventud! Relajamiento, no infrecuente, de los lazos familiares, que determina la negligencia en los estudios de los menores; las diversiones sociales prematuras en las que a menudo no falta el licor, y son mínimos los frenos; el cine, la televisión, la radio, instrumentos formativos de dos filos; el juego con sus múltiples apremiantes incentivos: la cascada de loterías, el 5 y 6, el Totogol, los naipes; los diarios y las revistas, en su parte espectacular y emotiva para la adolescencia con las páginas de atrevidas ilustraciones que tocan la pornografía, y el relato de los crímenes más horrendos.

La naturaleza es siempre la misma, pero cambian las circunstancias que la envuelven, y que ejercen, fatalmente, influencia decisoria sobre ella. En esto no hay más responsables que la vida misma, pero corresponde a la educación buscar encarrilar.

¡Tantos cambios!

Y sin embargo: estabilidad en los propósitos capitales de la educación y más bien afianzamiento en ellos. No obstante las implicaciones económicas que son tangenciales a todos los problemas de esta hora.

Veamos qué intentábamos realizar en los días en que lanzamos nuestros primeros programas educativos, y comparémoslos con los principios que hoy guían nuestra obra y nos daremos cuenta de que aún seguimos con igual orientación. En el libro "Palabras a la Juventud", que recoge los discursos de clausura de estudios pronunciados por el rector en el transcurso de tan dilatados años, está viva, y pudiéramos decir vibrante, la inmodificable persistencia en unos mismos ideales. Dijimos desde un principio, y lo decimos hoy, casi con idénticas palabras, que nuestra finalidad ha sido la de formar hombres cabales, con un claro concepto del propio decoro; sencillos y honestos; francos, verídicos, pulcros en lo físico y en lo espiritual; respetuosos, tolerantes, capaces de valerse como miembros de la sociedad, y preparados para ser útiles, no solo a sí mismos sino a los demás.

A este respecto pudiéramos decir que el sentido de compañerismo, aquí inculcado, ha hecho ya sus pruebas en la vida ciudadana fuera de la escuela. Aquellos que desde pequeños fueron compañeros de clase, se hicieron en cierta manera hermanos espirituales, y es así como los hemos visto en su vida de hombres, asociados en empresas comunes, y ayudándose, una y otra vez, con el mismo empeño con que lo hicieran de niños. Han sido, para satisfacción nuestra, consecuentes con las enseñanzas que recibieron en estas aulas.

Para nosotros la vida de la escuela es nuestra propia vida en jornada continua. Las puertas de la dirección están abiertas para los estudiantes, como lo están para los profesores y los padres de familia, todas las horas del día, y a todos se les ha concedido, desde la fundación del colegio, el derecho a presentar los reclamos que deseen hacer. No tenemos días especiales de audiencia. Todos lo son.

Se creará que siendo esto así, el despacho del rector y del vicerrector viven llenos de reclamantes. Pero no es este el caso.

El alumno sabe que no debe hacer perder el tiempo, ni perderlo él mismo, por cuestiones baladíes, y solo acude a los superiores cuando se presenta algún asunto que juzga de importancia. En estos casos está seguro de antemano de que será atendido. No pocas veces tiene razón el que reclama, y reconocerlo es ayudar a la formación de su propia personalidad, y a determinar claramente el sentimiento de la justicia, que deberá inspirarlo en el ejercicio de la vida ciudadana.

Que un profesor reconozca cualquier error que hubiera podido cometer es darse a sí mismo una satisfacción, y crear en el alumno un sentimiento de mayor respeto y mayor consideración. Obrar con justicia es triunfar en toda oportunidad.

Con análogo criterio hemos escuchado siempre los reclamos de los padres de familia.

Ha sido hábito nuestro atender al reclamante sin demora. No cabe decir a quien solicita hablar con nosotros: “Vuelva usted el sábado”, como era costumbre en la casa de los ricos con el mendigo que llegaba a sus puertas.

Sabemos que otros piensan de manera distinta. Se cuenta de uno de nuestros presidentes de la República, filósofo de la lentitud, que alguna vez se presentó a su despacho uno de sus ministros con un decreto que él decía tener carácter de urgente. El mandatario, sin decir palabra, metió el documento en una gaveta de su escritorio. “Señor presidente” insistió el ministro sorprendido, “ese decreto es de suma urgencia”. A lo cual el presidente le respondió: “Sí, le he oído bien, señor ministro, pero ya verá usted cómo con tres días en este cajón se le pasará la urgencia”. La historia no deja de tener su aplicación, pero en la práctica no la hemos utilizado una sola vez.

Más bien nos contraría que las observaciones que se nos puedan hacer lleguen tardíamente. Nos parece inútil que se nos hable de lo que pasó hace semanas o meses, como lo hizo en alguna ocasión una madre que vencido el semestre del *estropicio*

cometido por el colegio nos explicaba que, aun cuando la cosa era grave, no había tenido tiempo de venir antes a nuestro despacho.

Otra madre —porque de todo hay en la viña del señor— vino a decirnos un día: “El año pasado uno de sus profesores —cuyo nombre me reservo— le dijo una palabra ofensiva a mi muchacho, pero yo no hice nada entonces por temor de que el señor rector fuera a contarle al profesor y me le cogiera tirria al chinito”. Tuve que explicarle a esa dama acongojada que, efectivamente, yo acostumbraba informar a mis profesores de cualquier queja que se presentara de ellos, para oír sus razones, y tomar las medidas del caso, pero que si realmente ella deseaba que no se supiera de su reclamo, podría desahogar su pena en el confesionario con el capellán del colegio, en la seguridad de que él no revelaría su secreto, pero que pensara en que, no obstante mi aspecto bondadoso, yo no era confesor sino rector. La reserva del sacramento de la confesión nos impidió saber si la dama había seguido nuestro consejo.

## **Las novedades**

Si en la orientación espiritual no ha habido mudanzas en diez lustros, no son pocas las cosas que han cambiado en el contorno físico de nuestra escuela, y en el contenido de sus interiores. Al escoger el sitio para la construcción de nuestros edificios del colegio, pareció a muchos que a trueque de conseguir amplios espacios en el campo abierto, y un bello paisaje frente a las empinadas montañas que forman al oriente su telón de fondo, y a la inmensa sabana que se extiende al occidente, nos alejábamos demasiado de la ciudad.

Pronto la ciudad vino a nuestro encuentro, y los barrios residenciales rodearon al Gimnasio. Pero, por propia voluntad los campos de la escuela permanecieron intocados, habiendo respetado nosotros mismos el plano original que habíamos trazado, y sin prospectar más construcciones que aquellas localizadas en el esbozo primitivo. Quedaron de este modo los amplios prados, las avenidas, los espacios libres entre los edificios. Defendimos así la claridad de las aulas, la luz y el aire en todas partes, y el conjunto estético de esta morada de estudios.

Bien puede ocurrir que por considerar esta escuela como parte de nuestro propio hogar nos parezca que el panorama de los campos, jardines y locales ha creado un singular ambiente de belleza y armonía.

“El Gimnasio siempre luce bien”, decía uno de los exalumnos. La verdad es que los árboles y los prados están siempre cuidados, y que en las vacaciones de cada año todos los interiores del colegio —aulas, biblioteca, laboratorios, comedores—, son revisados, arreglados y pintados de nuevo. El personal de empleados domésticos se transforma entonces en operarios.

De todas maneras este sitio es un bello remanso de paz —a solo 7 kilómetros del centro de la ciudad—, sin el aire viciado de las grandes urbes, sin los ruidos estrepitosos de los vehículos que afanosamente buscan pasarse unos a otros en las calles congestionadas, y sin el barullo de los cafés y de las radiolas que lanzan, por puertas y ventanas, las estridencias que estropean el oído y atosigan el espíritu.

## La capilla

La más bella de las construcciones levantadas en los predios del colegio es la capilla, ideada y construida por nuestro alumno en la Universidad Nacional, Juvenal Moya Cadena, a quien la muerte sorprendió en plena juventud.

No hubiera podido erigir el joven arquitecto, monumento más hermoso para perpetuar su nombre. Jean Barillet, el renombrado artista francés, elaboró los bellísimos vitrales de imágenes resplandecientes que forman la inmensa campana de cristal que cubre todo el recinto. Gentes de dentro y fuera del país han hecho justísimos elogios de esta singular obra de arte.

No queríamos un templo sombrío, como algunos nos lo aconsejaban, para que los alumnos se acostumbraran desde niños a pensar en lo tenebroso de la vida y de la muerte. Era otro nuestro pensamiento. Queríamos un recinto lleno de color y de luz, en donde el niño y el adolescente, al levantar los ojos encontrarán las escenas de la vida del Jesús bondadoso que infunde amor y no temor. Queríamos el milagro arquitectónico que hoy tenemos. Una religión que se inspira en la belleza y el bien, y busca el camino de una vida limpia que es camino de alegría espiritual: esto es el Gimnasio, y esto es su capilla.

Alma de este hermosísimo templo, que levantó la fe, y que dio, en homenaje al sentimiento religioso, todo lo que en lo humano puede darse en majestad y exquisito gusto, —alma suya— han sido los capellanes que han estado a su cuidado y al cuidado de la alta conducción moral y religiosa de nuestros alumnos.

Tres ilustres pastores de almas están aún con nosotros.

Monseñor Luis Gómez de Brigard llegó ya a la excelsa cumbre de los 80 años, y todavía, quizás con la añoranza de los tiempos idos, viene a acompañarnos y a acompañar a los hijos y nietos de sus exalumnos en todas nuestras festividades.

El ilustrísimo arzobispo de Bogotá, monseñor Emilio de Brigard, ha sido nuestro fiel compañero por cerca de cincuenta años. Está en el corazón de chicos y grandes, y muestra su vivo interés por el Gimnasio con sus visitas frecuentes y su puntual concurrencia a todas las reuniones del Consejo Superior, del cual es presidente vitalicio, y cifra máxima de este cuerpo. La amistad de medio siglo nos vincula a él con lazos indestructibles de respetuoso afecto.

Nuestro capellán actual —el padre Luis Montalvo— es una de las más claras figuras de la iglesia renovada, o mejor de la eterna Iglesia de Cristo, iglesia hecha de comprensión, de tolerancia, de amplitud de miras, de amor a la humanidad, de generosos propósitos. Su juventud irradia salud del cuerpo y del espíritu. Que por muchos años esté con nosotros.

Nos acompaña cotidianamente, como que es nuestro profesor de religión, uno de los más queridos exalumnos, el esclarecido prelado, doctor José Ignacio Perdomo, quien lleva en la sangre alcuernia intelectual, y cuya gracia del ingenio bogotano le quita aspecto ceremonioso a su traje talar, y gana la simpatía de laicos y seglares.

Recordemos aquí con orgullo que dos descollantes cifras del actual clero colombiano, monseñor Ernesto Solano, hoy vicario general de la Curia Arzobispal, y el R. P. Alfonso Robledo, capuchino misionero, fueron también nuestros discípulos desde los primeros años de la Enseñanza Primaria hasta la culminación de sus estudios de bachillerato.

## **El arte en la escuela**

El Gimnasio se complace en abrirle paso a todas las iniciativas que puedan enriquecer su vida espiritual. Así como nos importa que nuestros alumnos se encariñen con los libros de ciencias y de bellas letras, también nos interesa que cultiven su buen gusto por medio de la pintura y de la música.

Para la iniciación de los ejercicios de apreciación artística disponemos de una gran cantidad de pequeñas reproducciones de las obras maestras de la pintura, pegadas sobre cartulinas, con leyendas y preguntas que llevan al alumno a investigaciones sobre la imagen presentada. Tenemos la certidumbre de que mientras el niño con-



templa cualquiera de las bellas estampas, acerca de la cual se le pide una pequeña redacción, va refinando su sentido estético, y en la consulta de libros o enciclopedias que tiene a su alcance, aguza su inteligencia y su espíritu de observación y de análisis. Importantes obras de arte, con valiosas ilustraciones, enriquecen la biblioteca general y las de los directores del colegio.

Las clases de dibujo y las diapositivas de las distintas escuelas pictóricas son, asimismo, un recurso eficaz para la formación artística del estudiante. El Gimnasio obtiene provecho siempre de las aficiones y dotes especiales de cada uno de sus colaboradores. Así ha sido con el profesor Santiago Pérez, cuya rica colección de transparencias conseguida por él en sus viajes por el exterior —este es su hobby— ha sido puesta generosamente al servicio del colegio y utilizada con gran provecho en su clase de historia de la cultura.

Hay más sobre el aspecto del ambiente estético. Las paredes de las aulas de la primera enseñanza han sido decoradas con bellas y preciosas escenas de la vida infantil, obra de la profesora de dibujo, la muy distinguida y ya consagrada artista, señora Maruja Otoy de Casas, quien tan felices iniciativas ha introducido en las diferentes técnicas pictóricas, y es inspiradora constante de cuanto en arte se está haciendo hoy en nuestra enseñanza elemental.

La sala de dibujo con la actividad que allí se ve, y la exposición permanente de los trabajos de los pequeños dibujantes y pintores, es uno de los aspectos del colegio que más atrae a los visitantes. A lo largo de los años siempre ha sido este sector de la primera enseñanza uno de los que mayores novedades presenta. Y no son pocos los premios y distinciones que han obtenido en concursos nacionales y extranjeros nuestros pequeños artistas.

El *finger painting*, o pintura con los dedos, nos ha permitido lograr la interpretación pictórica de la música que el alumno escucha. No parece que se haya logrado mayor resultado con los discos de los clásicos —Beethoven, Wagner, Bach—, pero ha sido sorprendente lo conseguido con la música brillante, Strauss o Falla, pongamos por caso.

Competencias cordiales de dibujo libre o de temas propuestos, pero siempre caracterizados por una expresión corporal, son actividades de uso corriente. Todo esto es una tradición del colegio. Alumnos que son ya profesionales recuerdan las gratas horas de las clases dadas por Adelaida y Gloria Nieto Cano, y, en años más recientes, por Cecilia Londoño.

En cuanto a la educación musical que igualmente contribuye a confirmar el buen gusto, y sin contar las clases reglamentarias de música y canto, y la formación de los coros de chicos y grandes, existe la discoteca, en cuya sala se han reunido obras selectas que los alumnos vienen a escuchar con un recogimiento que hace contraste con el bullicio juvenil al que ellos mismos se entregan cuando bailan al son de la estrambótica música del día. En la vida interna del colegio siempre tenemos que buscar discretas compensaciones a lo que, por fuerza de la moda, nos llega de fuera.

Espíritu de la discoteca ha sido el subdirector del colegio, profesor Ernesto Bein, que une a sus disciplinas científicas, lingüísticas y filosóficas, su amor por las artes pictóricas y musicales. Sea este el lugar de rendir una vez más un homenaje a la gran capacidad de trabajo de este insigne colaborador que, teniendo a su cargo la subdirección del colegio, la responsabilidad del internado y la jefatura de uno de los grupos del último año, le da tiempo a la atención y enriquecimiento de la discoteca y al montaje de una obra teatral todos los años. No se ha borrado la huella del amor al teatro que tuvo en el doctor Lleras Codazzi, Rafael Mallarino y Oswaldo Díaz, sus insignes precursores.

## **La protección de los animales**

Decíamos que el colegio se siente especialmente complacido cuando uno de los profesores pone su entusiasmo en alguna actividad que pudo no haberse considerado en los programas de la dirección. Es el caso de la Sociedad Protectora de Animales que ha encontrado en el profesor Carlos Arturo Galvis Ramírez un admirable propulsor. Cuanto se ha hecho por interesar a los alumnos en el desarrollo de esta iniciativa cuya acción fuera y dentro del colegio ha sido particularmente entusiasta, y cuanto la prensa ha dicho en su elogio, se debe por completo a este abnegado maestro que ha comprendido que los sentimientos humanitarios cubren también el reino animal.

El cariño por los animales se inició años atrás con el cuidado de las palomas que forman hoy una de las más simpáticas características del Gimnasio. Los niños han aprendido a quererlas y a cuidarlas y ellas han respondido con su confianza. Todas las mañanas bajan del palomar y vienen a comer sin esquivar en las propias manos de sus pequeños protectores. No es insignificante el progreso logrado. Hace cuarenta años los chiquillos perseguían a todas las aves con las caucheras que cada uno llevaba

secretamente en el bolsillo. Hoy son las palomas las que van tras de ellos porque la honda ha sido reemplazada por las migajas de pan o los granos de trigo o de maíz que les ofrecen. Y, para fortuna nuestra, aquellos padres de familia que gustan de la cinegética, y son expertos en el tiro de pichón, han respetado nuestro palomar.

En este libro, que en cierta manera es de recuerdos, vale la pena consignar aquí una breve anécdota:

En el prado central del colegio hicimos demarcar las dos gigantescas letras G. M., sobre cuyo trazo los chicos del Montessori dan la comida matinal a las palomas que bajan en bandadas tan pronto como ven llegar a sus pequeños amigos. Al retirarse estos, minutos después, las palomas terminan su desayuno, formando sobre el prado las dos iniciales de plumas vibrantes. Ocurrió que un día un turista del Far West, al ver tan atrayente espectáculo exclamó: “¿Y cuánto les paga por este magnífico aviso la General Motors?”. Ya en pasada ocasión un viajero despistado pensó que nuestra G. M. era un merecido homenaje a Gabriela Mistral.

## Los scouts

Otra de las actividades que tiene nombre propio en el Gimnasio es la de los scouts. Fue don José María Samper quien organizó las primeras tropas, y puso en su desarrollo todo el dinamismo de su persona.

Podría decirse que en la raíz del colegio están ya los scouts. Don Ricardo Lleras Co-dazzi, con su brío de perenne explorador, fue quien confirmó el buen espíritu de los que él llamó “los escuchas valientes”. El profesor Tobías Moreno Soler aparece enseguida como el entusiasta animador de esta iniciativa, y más luego nuestro profesor de educación física, Alfonso Castro, puso todo el calor de su voluntad en impulsar la obra. Hasta días antes de su muerte, venciendo la fatal dolencia que lo aquejaba, estuvo acompañando en su última salida al grupo de los lobatos, del que él era alma y corazón. Hoy el profesor Martinelli, con su trepidante personalidad, se ha puesto al frente de la tropa.

## La educación física

Esta educación comienza desde el kindergarten con la gimnasia rítmica y las rondas infantiles que los mismos niños acompañan con su minúscula banda, compuesta de los más variados instrumentos: raspas, triángulos metálicos, pandere-

tas, cajitas de sonido. Vienen luego los ejercicios gimnásticos propiamente dichos y los deportes que cubren todas las actividades físicas de la primera y la segunda enseñanza. El profesor Martinelli se encarga de los pequeños de la enseñanza elemental, y el profesor Silva del alumnado de secundaria. Son profesores de tiempo completo, y bajo la responsabilidad suya está la formación física de todos los estudiantes. Los ejercicios y los diferentes deportes se hacen por grupos de clase; de esta manera son alumnos de edades semejantes los que se hallan reunidos cada vez.

Hemos de reconocer que, gracias a la presencia de nuestro adusto profesor Carlos Silva, la disciplina colectiva del colegio se ha caracterizado por la seriedad que tales eventos reclaman. En efecto, tanto los ejercicios gimnásticos y atléticos como las competencias deportivas se realizan dentro de normas de estricta disciplina, y la ceremonia semanal de la izada de las banderas —la nacional y la del colegio— que la comunidad entera presencia a los acordes de los himnos, se distingue siempre por la solemnidad y compostura que este acto requiere.

Mitad en serio, mitad en broma, hemos dicho que la única dictadura que aceptamos en el Gimnasio es la del profesor de Educación Física. La realidad es que esta es una asignatura de características bien distintas de las demás. En una clase diferente se puede, y se debe, dialogar; se puede interrumpir al profesor para pedir un dato o una mayor explicación. En la gimnasia no sería posible tal actitud. El alumno debe obedecer sin argumentar. Y solo fuera de la hora de instrucción podrá establecerse el diálogo con el profesor. Diálogo que, en el caso del profesor Silva, cuando es arguyente, sea dicha toda la verdad, no es siempre fácil, aun no estando en clase, porque tan rígido miembro de la colectividad, a quien tanto debemos disciplinariamente, sigue siendo, como los sables, de un solo corte.

Cabe aquí hacer algunas observaciones de orden general sobre el equilibrio del cuerpo y del espíritu. No dudamos que existe una ecuación de armonía entre los dos.

Ha de tenerse en cuenta que la salud es como si dijéramos cuestión previa para la eficacia de toda acción espiritual. Es obvio que la salud hay que buscarla desde antes del nacimiento del ser humano —el certificado prenupcial es motivo de esta preocupación— y por ello los institutos profilácticos, las campañas contra el alcoholismo, las enfermedades específicas y la falta de higiene individual, fundamentan la gran

cruzada docente que a todo educador interesa, y en cuya difusión ha de participar en la total medida de sus posibilidades. Que nadie ignore que el primer derecho del niño —admonición a los futuros padres— es el de nacer sano. Solo cuando esto se logra se tiene asegurada una sólida base para conseguir la alegría de vivir. Obtenida la limpieza biológica, ausentes las taras de la herencia, el cuerpo estará listo a responder a las exigencias del espíritu.

En la personalidad se amalgaman en forma indisoluble las características heredadas y las adquiridas, pero no hay que olvidar que la herencia da siempre el terreno y la vida solo las semillas. Importa así que la tierra en donde va a caer la semilla sea fértil pero es preciso que la semilla sea buena, y reciba el esmerado cuidado del cultivador.

La educación física ha de ser la adecuada para alcanzar ante todo el equilibrio emocional del niño. Este equilibrio, como ya lo hemos dado a entender, empieza a buscarse desde los primeros días de colegio por medio de la gimnasia rítmica. Entre el cerebro que concibe y ordena y los músculos que ejecutan, está el sistema nervioso. La rítmica disciplina de este sistema, lo encauza, lo fortalece, establece en él las coordinaciones necesarias, todo ello dentro de la alegría que causa al niño el movimiento. Dalcroze hablaba de los músculos redondos de los atletas que solo se sitúan en los muslos, a diferencia de los que corren a lo largo de todo el cuerpo y que son los que mejor se forman con la gimnasia del ritmo.

Conviene hacer proporcionada distribución entre todos los ejercicios corporales. Es indudable que resulta de todo provecho la gimnasia reglamentada que crea una estricta disciplina exterior, mas sería un error creer que con solo ella lograremos abarcar todo cuanto requiere la fortaleza física. Las excursiones, la simple marcha, la recreación al aire libre, los deportes moderados que consiguen su mayor estímulo en los concursos, competencias o desafíos, todo lo que ponga en función el movimiento y la destreza del ser humano tiene su valor. Por algo los griegos hablaron de la necesidad de tener un cuerpo sano para que la mente fuera sana también.

El cuerpo necesita de ejercicio cotidiano para conservar su vigor, para mantenerse en forma, como dicen los deportistas. Ocurre lo mismo con el cerebro. El estudio y la meditación son necesarios durante toda la vida. Solo así conservaremos la frescura del ánimo.

Desde luego el juego organizado o deporte es un trabajo útil, necesario, indispensable para el desarrollo orgánico y la adquisición de rigurosas normas de medida y

orden. Estimula la inventiva, educa la voluntad, pone en movimiento el sentido de la responsabilidad. Y merced al ejercicio físico la circulación de la sangre se hace mejor; los nervios entonan su energía; las toxinas que la fatiga crea buscan salida. Todo esto, y mucho más, hace el juego, pero de ello no debemos deducir que sea una finalidad en sí. Esto solo puede admitirse en el caso del deportista profesional; mas este ya es un problema que sobrepasa los límites de la escuela.

Extensos tratados se han escrito sobre los beneficios que se derivan de cada uno de los deportes: es ya sabido que todos ellos dan agilidad, vigor, vitalidad; fortifican el cuerpo y agilizan la mente; ejercitan la pronta determinación, la rapidez de percepción y decisión; crean hábitos de coordinación de esfuerzos y de autocontrol; ofrecen escape al sobrante de energías y subliman así los instintos primarios. Solo que precisa tener cuidado en que no se conviertan en obsesión, en detrimento de los estudios. Más aún: ha de tenerse presente que el deporte debe ser también una escuela que forme el carácter.

Agreguemos que la educación física no ha de tender nunca a solo presentar exhibiciones. Un colegio de humanidades no es precisamente el sitio para adiestrar campeones de atletismo. Lo que importa es que todos los alumnos se entrenen físicamente, y no que unos pocos lo hagan para hacer triunfar el nombre de su escuela. Vale decir que esto no ha sido óbice para que algunos de nuestros escolares se clasificaran como campeones juveniles de tenis y natación, sin dejar de ser por ello buenos estudiantes también.

Hemos querido siempre que nuestros discípulos sepan que en el estudio como en el juego hay que usar de una misma limpieza. *Fair play* en el juego y *fair play* en el estudio. Es de caballeros saber ganar sin engaño y sin jactancia, y saber perder con nobleza de espíritu. La competencia existirá en el estudio como en el juego, y en uno y otro ha de servir de acicate y de estímulo, nunca de ensañada rivalidad.

En el juego hay que tener en cuenta, como en el estudio, alternativamente el ejercicio y el descanso. Nada ha de ser llevado en exceso. Así podrá gozarse plenamente de las satisfacciones que procura la recreación —volver a crear— que se hace necesariamente en toda ocupación.

Algunos contemplan el trabajo como servidumbre, y el juego como libertad, mas no es este nuestro punto de vista. El trabajo es libertad igualmente.



*Don Agustín, disfrutando de la cultura llanera durante la excursión en 1915.*





## El gimnasio cubierto

La amplitud de los terrenos permitió, desde cuando se hizo el trazado general, dejar espacio libre suficiente para los deportes —fútbol, baloncesto, tenis, carreras y saltos—. Pero se complementaron las facilidades necesarias para la educación física con la construcción del gimnasio cubierto, dotado hoy con un completo equipo venido de Suecia. El edificio fue concebido y dirigido por nuestros exalumnos, los arquitectos Alberto Herrera y Jaime Nieto Cano.

Aparte de lo relacionado con las actividades gimnásticas y deportivas, presta este edificio los más variados servicios. Basta decir que es en este amplio local donde se verifican los bailes juveniles, y las sesiones solemnes de fin de año, que son bien sencillas, a las que concurren los padres de familia, los exalumnos y amigos del colegio, y en las que habitualmente se congregan más de mil personas. El teatro que, con una capacidad de solo 500 asistentes, sirve para las actividades musicales, las reuniones semanales del alumnado de la segunda enseñanza y las sesiones de cine educativo de los más pequeños, o las representaciones teatrales, resultaba insuficiente para las festividades de toda la colectividad.

## Las bibliotecas

Nuestro fondo de libros cuenta hoy con más de veinte mil volúmenes, divididos en dos bibliotecas, la general, y la de la rectoría, a disposición también de profesores y alumnos. Las dos se complementan, y en cada una se encuentran las obras esenciales de lo antiguo y lo moderno, lo mismo en filosofía, literatura, educación y arte, que en ciencias, historia y geografía. Cien revistas llegan mensualmente de los principales países de América y Europa. Pero una biblioteca no será completa jamás, y habrá que estar enriqueciéndola cada día, al igual de los laboratorios que exigen cada año mayor adecuación con las urgencias del momento.

El salón de lectura de la biblioteca general es amplio, lleno de luz, con mesas y muebles confortables, y un ambiente acogedor.

Los textos o manuales viejos, como se ha hecho en las bibliotecas escolares de otras partes, se han ido retirando de los anaqueles para hacerle campo a las nuevas obras, acondicionadas a los avances científicos y metodológicos.

Sabemos que existen bibliotecas particulares en que las ricas series de libros se han comprado y ordenado por colores y tamaños, y que así se estampa el sello

de refinada cultura en las residencias más modernas, y se da prestancia a sus dueños. El buen gusto que deseamos ver predominar en nuestra biblioteca como en todos los sectores del colegio, no ha llegado a estos extremos. Es cierto que son numerosas las bellas colecciones de obras de variadas materias que decoran nuestras estanterías, pero esos volúmenes han sido obtenidos en consonancia con las necesidades del trabajo cotidiano de profesores y alumnos. Todos estamos conscientes de que la biblioteca no es un ornato de la escuela, ni un depósito de libros, sino un tesoro vivo del saber en donde cada tomo guarda un mensaje especial.

Estas obras son un incentivo constante para la investigación y el estudio. Tenemos empeño en crear en nuestros discípulos el hábito de la lectura, porque sabemos que si en la edad juvenil no se le toma cariño será difícil que más luego pueda despertarse esta afición. Empero, si tempranamente se estimula y encauza, los libros serán los compañeros y amigos de toda la vida, los que a distancia harán gustar del pensamiento ajeno, y ampliarán dadivosamente el mundo propio.

La vieja escuela abusó del libro hasta el punto de que se llamara despectivamente *enseñanza libresca* la que se hacía por medio de textos que habían de aprenderse de memoria. Pero el término debería estar ya fuera de vigencia o tomar otro sentido, porque el libro —usado inteligentemente desde luego— seguirá siendo el máximo vehículo de la cultura, el señorial instrumento que servirá para afinar y enriquecer la inteligencia.

## **La biblioteca infantil**

Contigua a la gran biblioteca se encuentra la infantil con mesas y asientos proporcionados en tamaño a los pequeños lectores. Es un mobiliario, pintado discretamente en varios tonos, de aspecto especialmente acogedor. Láminas en colores dan alegría a los muros; y en los anaqueles, al alcance de los más chiquillos, están los libros y revistas de lecturas adecuadas para la niñez. Complementa la dotación el aparato televisor que es usado en determinadas horas, cada día, de acuerdo con los programas de televisión educativa del Ministerio de Educación Nacional. Habría que agregar que el ambiente se hace aquí todavía más infantil

con las repisas que bordean la sala y en las que se encuentran los graciosos trabajos manuales, confeccionados por los alumnos de los cursos primarios, en los más diversos materiales: plastilina, arcilla, madera, corcho, cartón, trenzados de cuerdas y fique.

Por lo que hace a los libros que interesan a los niños se comprenderá que en esta biblioteca no se encuentran obras que pudiéramos llamar serias. Es explicable que a ellos les gusten más los relatos de los hombres de a caballo que las biografías de los literatos, polígrafos, pensadores y personajes de gobierno sedentarios. El interés por esta clase de ensayos vendrá más tarde. Prescindimos sí de los controvertidos comics que pervierten el gusto, perturban la imaginación y tuercen el criterio.

En la lectura de cuentos y en los relatos que les hacen a sus pequeños alumnos las directoras de grupo en la hora de biblioteca, que todos tienen, se procura igualmente huir de todo lo estrafalario y enervante.

## **La biblioteca de la rectoría**

Una biblioteca personal se resiente siempre de las aficiones e intereses de quien la ha formado. A los libros que han pasado por nuestras manos se les toma un cariño físico, aparte del espiritual que emana de su conocimiento. Es así como el rector no ha podido desprenderse de las obras filosóficas, científicas, literarias y de temas de arte, que fueron lecturas predilectas de sus años universitarios. Allí están esos libros al lado de los que a lo largo del tiempo se han ido acumulando, sin prisa pero sin pausa. Es el reflejo de la propia vida y de la propia obra lo que ha quedado en esos estantes, en batallones de volúmenes de escalonadas jerarquías.

Por afinidades electivas, y por urgencias del propio oficio, en esta biblioteca se hallan preferentemente obras que tocan los intereses de la educación y cultura general. Se lamentaba un visitante de la ausencia de novelas policíacas y de las compilaciones en prosa y en verso que han dado el último grito de la moda literaria. Pero qué hemos de hacer si no se encuentra el tiempo para todo, menos para ser universal como Churchill, que a todo alcanzó.

No estará por demás agregar que en las bibliotecas personales aparece siempre el rincón de algún hobby. Este ha sido para el rector, a través de cincuenta años, la literatura infantil. Más de mil volúmenes se han reunido ya. Vemos allí a los más

famosos cuentistas del mundo. El grueso de esta colección lo componen libros en español, francés, inglés e italiano, pero son innumerables las obras editadas en los más diversos idiomas.

Ocurre que los mismos cuentos dedicados a la infancia le han dado la vuelta al mundo, y aparecen en todas las lenguas. Las bellas ilustraciones que todos traen hacen comprensible, para el lector común, la gran mayoría de los textos, ya vengan ellos en griego, en japonés, en chino, en hebreo, o en ruso. No es pues tan desproporcionada la extravagancia de haber emprendido en esta colección, como a primera vista pudiera pensarse.

El rector recoge en sus viajes ejemplares novedosos, y vive agradecido para con los amigos que de regreso de lejanas tierras, y conocedores de su inocente manía, le traen alguna novedad bibliográfica para enriquecer su tesoro. Gratitud especial le obliga para con el Bureau International de Educación de Ginebra, poseedor de una de las más admirables bibliotecas infantiles, por los bellos ejemplares que le ha obsequiado del fondo de sus duplicados.

Complementa este sector de la biblioteca del rector un centenar de obras de psicología infantil y de la adolescencia, y un buen número de las biografías que célebres hombres de letras escribieron sobre sus primeros años. En “Rumbos de la cultura” hablamos a espacio sobre el tema.

## **El centro de documentación**

En esta biblioteca de la rectoría, al lado de los diez mil volúmenes que la forman, el rector ha ido constituyendo un centro de documentación con los recortes de las revistas que le llegan. Como no sería fácil archivar, por falta de espacio y de tiempo, las cien revistas o magazines que nos envían de los países de América y Europa, hemos optado por pedacear esas publicaciones, salvo contadas excepciones, y ordenar por temas todo lo que se recorta.

Las revistas son dejadas por varias semanas en la biblioteca general del colegio para conocimiento de profesores y alumnos. Entonces el rector, y esta es una de sus distracciones predilectas, se dedica a hacer las selecciones del caso en las horas finales del día, cuando se ha terminado el ajetreo de la vida escolar, y todo queda en silencio en el colegio. Desde luego estas separatas, debidamente clasificadas por materias, están a disposición de quienes en el colegio quieran conocerlas.

Para comodidad en las consultas, lo que se toma de los distintos magazines se coloca en cajas que en su exterior semejan libros, y están alineadas en anaqueles al lado de los demás volúmenes.

Hacen parte asimismo del material informativo los recortes de prensa que se coleccionan en fólderes en cuya cubierta se indica la materia que cada uno contiene.

Se comprenderá que los más abultados legajos que componen nuestros documentos en disponibilidad se relacionan con los problemas atañedores a la educación, desde el jardín de niños hasta los organismos de la enseñanza superior:

Niñez, adolescencia, juventud. Literatura infantil. Alfabetización, enseñanza primaria. Magisterio. Segunda enseñanza. Universidades. Orientación profesional. Educación de la mujer. Escuelas rurales. La nueva educación. Psicología. Metodología. Reformas de la enseñanza. La educación sexual. Educación en Colombia; en las naciones americanas; en Europa; en otros países. Congresos internacionales de educación.

Nos damos perfecta cuenta de que este centro de documentación tiene el reducido radio que impone la limitación de los elementos de que puede disponerse en un organismo privado. Pero no consideramos perdido nuestro esfuerzo. Por el momento nos sirve a nosotros, y quizás pueda servir después a los demás, así solo fuera como modesta sugerencia de lo que otros pudieran hacer con más amplia información, y, desde luego, con mayor pericia.

Como necesario complemento de nuestro centro se guardan en sobres separados las notas que el rector ha ido tomando de las lecturas hechas o de las observaciones que el diario trajín de la escuela ha venido inspirándole. Es así como se encuentran, entre muchos otros, los sobres que contienen los derroteros que al rector le han servido para sus conferencias semanales a profesores y alumnos, y los que ha utilizado para las reuniones con los padres de familia.

Semana tras semana, mes tras mes, año tras año, las notas esbozadas con estos diferentes propósitos han ido amontonándose, sin que jamás nos ocurriera revisarlas y ordenarlas, y es solo ahora cuando, frente a la obligación de escribir este libro, las tomamos del voluminoso archivo para informarnos de lo que ellas contienen.

Una extraña sensación se desprende de este forzoso peregrinar por lo que ya ha amarillado el tiempo. Es protuberante el hecho de que a través de tantos años hemos venido diciendo unas mismas cosas. ¿Denota eso una irremediable

pobreza de imaginación que apocaría el ánimo, o es más bien la certeza de que un contado número de principios esenciales ha sido el hilo conductor que nos ha guiado? Optamos por esta última interpelación, para tranquilidad de nuestro espíritu y, como dice el catecismo, para nuestra fe solidaria, en el empeño que nos mantiene activos.

La verdad es que en estos centenares de cuartillas nos miramos como en un espejo que reflejará siempre la misma imagen. Quiere decir esto que generación tras generación, y son ya cinco las que han pasado por estos claustros, el manantial que brotó de aquí no se ha enturbiado.

Es que nuestra mira —lo hemos dicho tantas veces— fue siempre la de darle a la sociedad hombres de bien, ciudadanos íntegros, con espíritu abierto a todos los horizontes. Con amor a su tierra, mas sin exclusivismos ni rivalidades mezquinas; gentiles en sus maneras y en su pensamiento; con fe en sí mismos, con capacidad y voluntad de acción.

Y en tales anhelos no hemos cejado un día. No es pues de extrañar que nuestras palabras hayan resonado siempre con un mismo acento.

Por lo que toca a la historia y doctrina del Gimnasio se encuentran, como apéndice al centro de documentación general, los gruesos volúmenes de recortes que contienen, aparte de las publicaciones hechas por el rector, estudios varios sobre el colegio, aparecidos en diarios y revistas nacionales y del extranjero. Y se tiene también en archivos ordenados la abundante correspondencia mantenida a través de los años con amigos y colegas de dentro y fuera del país.

## **La sala de mapas**

La mapoteca —la palabra no está mal conformada pero no es grata al oído— es un amplio salón anexo a la biblioteca principal en donde se han colocado, convenientemente clasificadas, las cartas geográficas e históricas que sirven para la enseñanza en los distintos cursos. Esta sala se utiliza igualmente para las reuniones de los grupos de clase que necesitan usar de proyecciones, ya se trate de ciencias o de arte, y aun de los cuentos infantiles que tanto gustan a los más pequeños. Es allí en donde se encuentra, adosada a uno de los muros, la vitrina que contiene el pequeño pero valioso museo de mineralogía, legado al colegio por su nunca olvidado profesor Ricardo Lleras Codazzi.

## El material de enseñanza

Aparte del fondo de libros y revistas; de los equipos de los laboratorios de física y química; los juegos de microscopios, usados en las investigaciones de biología; los elementos de proyecciones; las dotaciones del gimnasio cubierto y demás enseres necesarios para las diversas enseñanzas, se ha traído de fuera, principalmente de Francia, Bélgica y Estados Unidos, gran cantidad de materiales docentes de uso en la primera enseñanza en esos países. Este material ha sido adaptado a nuestros objetivos, y ha servido como inspiración al profesorado. Pero lo más importante para nosotros ha sido lo elaborado por las propias maestras, con la ayuda, a veces, de los mismos alumnos en su clase de trabajos manuales.

Sea esta la oportunidad de agradecer a las embajadas de varios países el efecacísimos concurso que nos brindan con el préstamo de películas educativas de las que semanalmente se dan al alumnado.

## Los laboratorios

Los laboratorios se han venido completando y actualizando todos los años, no solo por medio de las partidas que el colegio asigna en su presupuesto anual a esta dependencia, sino mediante los aportes considerables con que han venido contribuyendo los exalumnos; los directores de “El Aguilucho”; los comités de cultura y fiestas, y otros fervorosos amigos del colegio. Cada laboratorio dispone de un cuarto contiguo en donde el profesor guarda los elementos de trabajo y prepara sus lecciones. Una ventanilla comunica a la sala de clase con su anexo, y permite el paso rápido de cualquier material.

## Las aulas

Para todas las aulas se estudió el problema de ventilación, luz y comodidad. La capacidad de cada una está calculada para una treintena de alumnos, pero al comienzo no quisimos excedernos de un máximo de veinte, y más tarde de veinticinco, cifra que no hubiéramos querido sobrepasar. Sin embargo ha llegado hasta treinta, contrariando nuestra propia aspiración, mas una y otra vez, movidos por la persistente petición de aquellos exalumnos que no han querido dar a sus hijos y a sus nietos una educación distinta de la que ellos recibieron en estos mismos claustros. Esta amistosa y justifica-

da presión nos obligó a comenzar por crear grupos dobles en el jardín de niños, lo que implicó naturalmente ir doblando año tras año cada uno de los cursos, hasta extender esta duplicación a lo largo de los seis años de la enseñanza primaria y los seis de la secundaria.

Fue así como la escuela se hizo cada año más numerosa, llegando a tener un alumnado de cerca de ochocientos, que no está en nuestro propósito aumentar. Esto implicaría triplicar los grupos, lo que pondría en peligro la índole del colegio, y disminuiría, seguramente, su estándar docente, por el simple hecho del crecimiento que tiende a convertir a las personas en números. Y también por la carencia de un profesorado altamente calificado que aún no prepara el país sino en pequeña proporción. Es cierto que se puede apelar al profesorado extranjero, y así lo hicimos en determinadas oportunidades. Pero esto tiene sus limitaciones. Si hemos contado con excelentes elementos venidos del exterior —bastaría nombrar a los profesores Brassey y Yerly— no nos han faltado las mediocridades. El simple hecho de ser extranjero no es garantía de capacidad docente, de espíritu estudioso, y sobre todo de selecta calidad humana.

No es corto el número de profesores, sean ellos nacionales o extranjeros, a quienes hemos tenido que reemplazar, por hallarlos faltos de competencia y de buen espíritu, tras el ensayo de solo un año de servicio. Por fortuna tenemos agrupado ya en su mayoría un profesorado estable, con el que nos es particularmente grato trabajar, porque a todos nos une la armonía de propósitos y la mutua estimación que es esencial en obras de este carácter.

## **Las encuestas**

Anualmente hacemos una encuesta a nuestros alumnos sobre las impresiones que ellos tienen del colegio, y ya que hemos estado dándoles consejos todo el año, les pedimos que sean ellos esta vez quienes nos aconsejen, quienes nos digan francamente qué quisieran que modificáramos, qué mejoras sugieren, cuál es su concepto sobre el profesorado, sobre los libros y los elementos de que disponen.

Todo alumno puede, lo mismo que motivar quejas, insinuar cambios que juzgue útiles. Pedimos una absoluta franqueza en sus declaraciones, y solo exigimos caballerosidad para formularlas. Con esta sola condición aceptamos toda suerte de críticas sobre el personal enseñante y sobre las disposiciones que de él hayan emanado. Algu-



nas veces se encuentran apreciaciones erróneas, conceptos injustos o simplemente ligeros, proposiciones fuera de lugar o imposibles de atender; mas todo ello, lejos de ser un mal, es un bien, porque brinda la oportunidad de explicar a los muchachos la sinrazón de algunas de sus ideas. Estas consultas nos acercan a la conciencia estudiantil y nos abren, como si dijéramos, nuevos caminos para guiarla en su formación moral. Es entonces cuando mejor podemos aclarar conceptos; estimular tendencias elevadas; despertar nobles sentimientos; acendrar los criterios.

La impresión de conjunto es la de que todos los estudiantes viven contentos; que el Gimnasio es su segundo hogar, y que para ellos sería doloroso tener que cambiar de colegio. Son francos, sin dejar de ser corteses, y expresan sus reparos sobre algún profesor, sobre la ausencia de ciertas obras esenciales en la biblioteca o de algún material de los laboratorios, que habrá que conseguir. Todo se toma en cuenta; todo lo que es susceptible de mejorar, se mejora.

Pero esta encuesta final apenas sintetiza lo que a diario estamos dispuestos a oír de parte de los alumnos. No hay pues, sorpresas en estos análisis globales. Cada mes, además, el rector reúne en su despacho a los delegados de todos los grupos. Anteriormente se hacían por elección estas designaciones. Hoy hemos simplificado el procedimiento, haciendo que automáticamente quede elegido en cada grupo el alumno que, por el cómputo de sus calificaciones, haya ocupado el primer puesto. Este estímulo ha dado excelente resultado.

Como los intereses son de condición diferente en la primera y en la segunda enseñanza, hacemos mensualmente dos reuniones separadas, y oímos en cada una lo que los alumnos tengan que decimos, al mismo tiempo que aprovechamos la oportunidad para hacer sugerencias que puedan redundar en más activa y conveniente marcha de los distintos cursos.

Por otra parte, un día en la semana se verifica en todas las aulas la llamada hora de inspección, momento en que el director del grupo revisa los pupitres y trabajos de los alumnos, les hace observaciones sobre urbanidad y civismo, y escucha los reparos que tengan que presentarle los componentes de esa agrupación.

## Los trabajos en equipo

Cada grupo realiza trabajos en equipo sobre algún problema de importancia nacional. El rector mismo ha acompañado a los alumnos mayores en la visita al Banco de la

República y sus dependencias financieras y culturales, a los principales diarios de la ciudad, al Servicio Nacional de Aprendizaje, Sena, la organización que cumple hoy una tarea trascendental con la preparación de obreros capacitados en todos los ramos de la industria y el comercio. Es de justicia reconocer que el estudio de estas entidades se ha facilitado grandemente por la ayuda eficacísima que nos han prestado sus directores, quienes en la forma más generosa y gentil han atendido personalmente a nuestros estudiantes y les han proporcionado toda la información y documentación que ellos han solicitado.

Otros grupos recogen documentos sobre el turismo, la importancia de las principales ciudades del país, los transportes terrestres, fluviales, marítimos y aéreos; las huellas coloniales de la capital, el estudio del mismo Gimnasio en todos sus aspectos. Al compás de estas investigaciones se va confeccionando, por cada grupo, un álbum que servirá luego para el intercambio de correspondencia de la Cruz Roja de la Juventud.

Hablamos ya a espacio sobre las tareas de la Cruz Roja Juvenil en el capítulo que dedicamos a la acción social en la escuela. Digamos solo ahora que desde 1923 este tipo de labores ha sido constante, y que lejos de disminuir su actividad se ha ido intensificando día tras día.

Hoy existe la llamada despensa del pobre. Los alumnos almacenan en ella todos los elementos que a diario traen al Gimnasio, y una vez a la semana los llevan a la casa de quienes necesitan de esa ayuda. Se dan cuenta así de los problemas de miseria, enfermedad e ignorancia, de las gentes que requieren el apoyo de la sociedad, y sin necesidad de pláticas se crea en su espíritu un sentimiento de confraternidad que va a perdurar en su vida.

No son pocas las anécdotas que podrían contarse en relación con estas visitas. Relataremos una: un día los pequeños decrolianos llegan a una mísera choza de la que va a ser desalojada la paupérrima familia que la habita, porque no paga el arriendo. Pronto los visitantes se ponen al habla con el propietario. Le explican que han venido precisamente a traer el mercado semanal a esas pobres gentes que no tienen qué comer, y como el cobrador no es, al decir la verdad, apóstol de Cristo, exige que al menos se le pague algo de lo que se le debe. Entre los chiquillos y sus profesores recogen sin pérdida de tiempo lo que alguno ingeniosamente llama las arras; consiguen del interesado que cese la acción penal, y le ofrecen para la semana siguiente otro pago.

El trato se cierra, y el compromiso se cumple. Diligencias hechas luego con personas de fina sensibilidad salvan en forma estable a la familia en desgracia.

Visitas como la del asilo de ancianos, a quienes obsequian con pequeños regalos, y distraen con su música y cantos, han traído para unos y otros la más expresiva alegría. Nuestros alumnos contribuyen, por otra parte, al sostenimiento de algunas camas en el Hospital Infantil de la Misericordia, a donde han ido para darse cuenta con sus propios ojos de dolores que ellos ignoraban. Igual cosa han hecho con el Instituto Franklin Delano Roosevelt que atiende a los niños lisiados por la parálisis infantil. Ahora mismo todo el alumnado se moviliza para recoger el dinero que, con el nombre de Marcha de la moneda, se reúne en todo el país para ayudar a las necesidades del niño inválido. El colegio entero toma parte en estas actividades y en muchas obras más que afinan su sensibilidad.

El R. P. Rafael García Herreros lleva felizmente a cabo lo que podríamos llamar la milagrosa obra de El Minuto de Dios que está creando toda una ciudad sui géneris, conocida ya dentro y fuera del país por su vasta implicación de transformación social. Se ha conseguido que para nuestros pequeños alumnos esta idea tenga una acción de presencia constante. En alcancías, que la misma institución recoge cada mes, ellos depositan cotidianamente algunos centavos, que no llegan a formar sumas de consideración pero que tienen el hondo significado de contribuciones en las que se pone algo de calor humano.

Día de especial regocijo es para todos la gran fiesta que los primeros comulgantes ofrecen a los niños pobres de la vecindad. Cada uno trae a su invitado de honor. Lo sienta en la mesa al lado suyo, y, como dueño de casa, se preocupa por atenderlo; lo obsequia luego generosamente con el paquete sorpresa que contiene juguetes y un ajuar completo de ropa. Más tarde unos y otros participan en los aplausos a la función de marionetas montada por los mismos alumnos. Las madres de familia han convenido desde hace ya varios años en destinar a este agasajo colectivo el dinero que antes dedicaban a los festejos hogareños de ese día.

Al finalizar el año los chiquillos de la primera enseñanza no olvidan que para la Nochebuena habrá muchos niños que no recibirán regalos, y cada uno de los decrolianos prepara entonces el obsequio navideño que personalmente entrega en los hogares más necesitados.

Ha sido preocupación nuestra crear en los alumnos un espíritu de compañerismo. Estas son cosas que la escuela vieja desconocía. Hoy ya se piensa en aprovechar toda oportunidad para despertar la sensibilidad social. No otra cosa persiguen instituciones como la Cruz Roja Juvenil, los Scouts, las agrupaciones estudiantiles de beneficio colectivo, que ponen a la juventud en contacto con realidades que enriquecen sus sentimientos y le enseñan a asumir responsabilidades. De esta manera en cada día puede recibirse una nueva lección.

## **El Aguilucho**

De muchas de las cosas aquí anotadas hallará el lector más de una referencia en la revista estudiantil de los alumnos del colegio que ha sobrevivido a todos los intentos esporádicos de periodismo gimnasiano.

Pronto hará cuarenta años que apareció el primer número de “El Aguilucho” bajo la dirección de Eduardo Caballero Calderón, quien desde mucho tiempo antes de recibir su diploma de bachiller se destacaba ya por sus excepcionales dotes literarias, las que lo llevarían a consagrarse como uno de los más brillantes escritores de Colombia, de América y de España, como lo atestiguan los triunfos por él alcanzados con sus ensayos y novelas de éxito resonante.

En esta revista han hecho sus primeras armas no pocos de los colombianos que ocupan hoy señaladas posiciones en varias actividades de la cultura nacional. Valdría la pena que un día alguno de nuestros viejos alumnos se diera a la paciente y amena tarea de ojear los tomos que reúnen los números de esta revista, para que evocara ante la nueva generación lo que ha sido este continuado esfuerzo de sus viejos y de sus actuales compañeros.

## **Colaboraciones especiales de los alumnos mayores**

Es de muy variada índole esta colaboración. Aquí han surgido iniciativas que son esencia misma del alma del Gimnasio. La bandera del colegio es una de ellas. Hoy no nos explicamos cómo pudimos vivir varios años sin este símbolo, vinculado ahora a todas nuestras alegrías y a todos nuestros dolores. Pasaron sin embargo muchos días antes de que escucháramos el acento del primer abanderado que puso en manos de sus compañeros el pabellón que presentaba, como un emblema, el mismo viejo fervor de los fundadores.

Los estudiantes encontraron que dos colores —el verde y el anaranjado— formaban un conjunto expresivo del pensamiento gimnasiano. Su intuición les dijo —romanticismo y adolescencia no andan mal juntos— que ese verde de nuestra altiplanicie, que colorea y hace inolvidable el primer paisaje de la niñez, y la arraiga a la tierra —son palabras suyas— es el mismo verde encendido de las esperanzas juveniles; y que el anaranjado radiante que ilumina nuestros atardeceres, es un fuego espiritual que no debería extinguirse jamás. Por extraordinaria coincidencia, resultaron ser esos dos colores los complementarios del amarillo, el azul y el rojo del pabellón nacional. Quedaron, pues, doblemente consagrados como una clara alegoría.

El grito que junta todas las voces en un solo clamor, —aquel “Gimnasio”, deletreado y repetido en coro en ocasiones solemnes—, fue otra concepción estudiantil. Y este grito, la bandera y los colores, que son un distintivo de los alumnos, toman el carácter de insustituibles elementos disciplinarios, ya que ellos congregan en cualquier momento a la dispersa muchedumbre, y son la afirmación de una idea.

Cabe recordar que los alumnos, con la benevolente asesoría de la dirección, manejan los comités culturales, deportivos y de fiestas, y el de la revista “El Aguilucho”. De la utilidad que consiguen en sus diversas actividades destinan buena parte a las obras de la Cruz Roja Juvenil y a la consecución de elementos escolares.

La banda, de tan reconocido éxito, está igualmente a cargo de los cursos superiores de la segunda enseñanza. Por medio de su exclusivo esfuerzo ha mantenido el prestigio de que goza. Es este conjunto el que da realce y solemnidad a la izada de las banderas —la nacional y la del colegio— que, como ya lo anotamos, se verifica semanalmente frente a toda la comunidad de profesores y alumnos.

Resulta muy satisfactorio para el Gimnasio ver aparecer dentro de su estudiantado creaciones como la del “Movimiento Estudiantil para la Comprensión Internacional”. Con el concurso de uno de sus directores de grupo —el profesor Luis Agudelo— se ideó una asociación de pronto desenvolvimiento. El rector mismo fue sorprendido, desde luego muy gratamente, con la instalación del nuevo centro que los alumnos animaron con carteles ilustrativos y publicaciones varias de las Naciones Unidas y de los organismos especializados.

La incipiente entidad ha tomado vida con la serie de conferencias que para su mejor ilustración le dictan cada semana, en horas extraescolares, funcionarios y expertos que han querido colaborar generosamente en este empeño.

Otro grupo ha puesto su interés en el “Movimiento Familiar Cristiano”, de conocido renombre, y con la mayor dedicación está siguiendo cursos de adiestramiento que capacitan a los elementos juveniles para ejercer una positiva influencia de principios renovadores en la colectividad. Recientemente cinco de ellos tomaron parte, con brillante desempeño, en la Asamblea Internacional de Caracas.

La rectoría mira con especial simpatía todas estas actividades que llenan las horas libres del alumnado y lo preparan para una mejor comprensión humana y el más decidido y eficaz cumplimiento de sus deberes ciudadanos.

Ciertamente no pertenecerán luego en la vida estos jóvenes a aquellos elementos *marginados* por la abulia y la indiferencia o entremetidos en causas revolucionarias, carentes de estímulos superiores, movidos solo por un ciego ímpetu de destrucción. El deber cívico no será ya un sacrificio sino un grato incentivo para la acción coordinadora. De pronto se revela tempranamente en alguno de ellos un espíritu apostólico que lo hace líder del equipo, y anuncia al futuro dirigente, al ejemplar ciudadano.

## **La vida social**

Cuidadosa atención le ha dado el Gimnasio a la vida social de sus alumnos. El muchacho está destinado a vivir en sociedad, y, por lo tanto, es necesario que a ello se prepare. Además, para su formación moral y espiritual conviene en alto grado que esté en contacto con la comunidad, lo que ha de contribuir a darle a su vida una amable orientación.

Si la escuela no es por muchos aspectos una perfecta sociedad, ni siquiera una completa sociedad en miniatura, es en todo caso la primera que conocen el niño y el joven, y que por ello mismo marca honda huella en su personalidad. Es la modeladora inicial, no solo de la inteligencia sino también del carácter y de los sentimientos.

Varios son los medios de que ha dispuesto el colegio para darle campo a las actividades sociales.

Están en primer término las relaciones muy cordiales que tradicionalmente han existido con las alumnas del Gimnasio Femenino. Las competencias de tenis que cul-

minan con la adjudicación de la Copa Adelaida, creada desde el año de 1923 en honor de la esposa del rector, se juega con las niñas todos los años. Y existen los almuerzos recíprocos que se verifican dentro de la mayor animación en los campos de los dos gimnasios, con la concurrencia de alumnos y alumnas de los cursos sextos.

La gran fiesta danzante, llamada del Gimnasio Cubierto, hace época todos los años, con asistencia de profesores y estudiantes, y un público juvenil de 400 a 500 parejas. El profesor Bein, cuyo buen espíritu alcanza para todo, organiza también anualmente un baile de entre casa para el internado. Y es él, como en otro sitio lo anotamos, quien pone en marcha las representaciones teatrales. Con su participación de primer actor, y la colaboración de profesores y alumnos, forma la comparsa que tan grato esparcimiento nos ofrece a todos.

Y ya que hablamos de teatro vale evidenciar que representa un factor educativo de primerísima importancia. Los autores en ciernes logran refinar su gusto y su ilustración, y vencer dificultades que no siempre son triviales. Su dicción llega igualmente a perfeccionarse en los ensayos. Y como las decoraciones son elaboradas por ellos mismos, bajo el cuidado de su maestro y colaborador, el montaje de la escenificación resulta así una escuela de buen gusto también.

En el casino de los internos, adornado con reproducciones artísticas y fotografías de las excursiones, se encuentran libros y revistas y diversos juegos —ajedrez, dominó, damas, parqués— que sirven a los alumnos, una vez terminadas las labores del día, y puestas en orden las tareas escolares, para dar salida al justo deseo de hacer algo distinto de estudiar o de correr por los campos.

El casino de profesores es independiente del de los estudiantes. En él se reúne todas las mañanas a la llamada hora del café, en el descanso de las 10 a.m., todo el personal docente. Es el momento en que el vicerrector inquiriere rápidamente del director de cada grupo cuáles alumnos no han asistido al colegio. No interfiere esto con la animada charla que en cada mesa se desarrolla sobre las incidencias del día.

A veces no faltan alumnos que aguardan la salida de los directores o de alguno de los profesores para hacer una breve consulta en camino hacia las aulas. Si se trata de asuntos de cierta trascendencia, como en el caso de los que cursan el último año, y solicitan informes sobre las universidades, entonces el rector o el vicerrector los reciben en horas que no son de clase para conversar a espacio con ellos.

Con respecto a la escogencia de las facultades a donde han de dirigirse nuestros bachilleres, hemos de recordar que, además de los cursos de intensificación dados a los grupos superiores sobre las diversas disciplinas de estudio, hemos contado con una ayuda efficacísima, tanto de parte de funcionarios del Ministerio de Educación como de profesionales del Club Rotario que periódicamente vienen a absolver consultas de los alumnos mayores, instruirlos sobre el contenido y modalidades de las distintas carreras, y aconsejarlos, habida cuenta de las necesidades del país y del riguroso examen de conciencia que ha de determinar la definitiva orientación vocacional.

Vale aquí anotar que al margen de la preocupación de sus futuros estudios, todo alumno de sexto año tiene, por decreto del Ministerio de Educación, la obligación de tomar parte en la Campaña Nacional de Alfabetización. Para ello un inspector oficial dicta todos los años un curso de preparación de un lapso de cinco semanas, y luego los alumnos inician la tarea que se les encomienda.

Para el Gimnasio ha sido muy grato poder ofrecer al Ministerio su aula máxima para que las conferencias preparatorias sean dictadas a cuatrocientos alumnos de los distintos planteles de la vecindad. El Ministerio de Defensa, por su parte, nos ha dado todas las facilidades para que cada sábado en las horas de la mañana nuestros alumnos vayan a dar las clases de alfabetización e instrucción elemental a un contingente de soldados. Este acercamiento con la gente que compone la tropa es tan benéfico para los que reciben las lecciones como para quienes las dan. Los alumnos internos cumplen con esta grata obligación en las horas de la noche con el personal de servicio del colegio.

## **El servicio médico**

El médico del Gimnasio no es un simple funcionario que viene a ciertas horas a ver a los enfermos. A los enfermos se les presta siempre especial cuidado, pero para nosotros la medicina preventiva y de investigación es lo permanente, no lo accidental.

A lo largo del año el facultativo va pasando en revista de examen a todo el alumnado, y cada semestre se anota las informaciones de peso y talla, ojos y oídos. Pero no es esto únicamente. Revisa el régimen alimenticio y hace sus observaciones; estudia la posibilidad de que determinados alumnos puedan o no concurrir a una excursión, participar en un deporte, o dejar de hacer ciertos ejercicios gimnásticos.



En el problema sexual el criterio del médico tiene asimismo una importancia cardinal. Es él quien dicta a los alumnos mayores las conferencias que requieren tan delicado asunto. Y no se trata en estos casos de una exposición monólogo. Quien tenga una duda, quien desee una aclaración, puede hablar con absoluta franqueza, y el expositor atiende a todas las preguntas que se le hagan.

Las vegetaciones adenoides, la hipertrofia de las amígdalas, la parasitología intestinal, las caries dentales, son puntos que merecen especial cuidado. ¡Cuántas veces un mal estudiante no es más que un muchacho enfermo! Desde luego se acude al especialista cuando ello se hace indispensable. Hasta al psiquiatra hay que llegar alguna vez.

En la escuela del porvenir será inconcebible que el maestro y el médico no trabajen juntos. La salud corporal y la salud mental están muy estrechamente unidas. El médico higienista tendrá entre sus preocupaciones un buen número de temas escolares: el banco de clase (las desviaciones de la columna vertebral, la mala respiración, como consecuencias de un asiento inadecuado); las aulas (orientación, luz, ventilación, capacidad); el mismo libro de texto (caracteres tipográficos); el recargo en los programas (problema de la fatiga: el *surmenage*). La vida entera de la escuela interesa al médico: nutrición, ejercicios, ambiente, dosificación de estudios, estabilidad emocional del niño y del adolescente. Tantos factores que influyen en el crecimiento normal del estudiante.

Como nuestro internado es solo de treinta alumnos no es frecuente el caso de ver ocupada la enfermería, pero el médico, nuestro exalumno y hoy distinguidísimo facultativo, Dr. Eduardo Rueda, aparte de las visitas de examen general, está atento a cuidar de cualquier alumno que pudiera enfermar o ser víctima de un accidente. El hecho de tener el Dr. Rueda su consulta en las cercanías del colegio facilita esta inmediata atención.

Agreguemos que el Gimnasio cuenta con el servicio de dos enfermeras, una permanente que reside en el colegio, y otra que acompaña al doctor en sus visitas diarias y está encargada de llevar la ficha de salud de cada alumno.

A pesar de haber tenido el propósito de no hacer menciones individuales en esta obra, por el temor de incurrir en omisiones, han ido apareciendo varios nombres, como quiera que ello se ha hecho indispensable, al tratar de señaladas actividades que en cierto modo tienen apelativo propio. Que nos perdonen, por no mencionarlos uno a uno, los directores de grupo y demás profesores que están unidos entraña-

blemente al colegio, y a él han prestado, con la mejor voluntad, el concurso de sus conocimientos, de su buen espíritu y de su abnegación. De ninguna manera por olvido dejamos de nombrarlos a todos. En el discurso pronunciado por el rector en el día de la conmemoración de las bodas de oro, y que fue publicado en el folleto “Cincuentenario del Gimnasio Moderno”, dijimos que saludábamos a todo el profesorado en nuestro compañero por cerca de treinta años, el vicerrector profesor Ernesto Bein, a cuya inteligencia, sabiduría y espíritu de estudio y de trabajo debe tanto la organización y bienandanza del colegio, y en nuestra directora de la Primera Enseñanza, doña Isabel Holguín de Gómez, que también ha estado con nosotros por muchos años, dama de refinadas cualidades, quien desde temprano consagró su vida a la escuela y al estudio de los problemas docentes. Dijimos asimismo lo que representa el Consejo Superior, alma de la institución.

Conversamos frecuentemente sobre la marcha de nuestra obra con dos constantes y eficaces colaboradores. Uno de ellos —Roberto García Paredes— exalumno del Gimnasio y vicepresidente hoy del Consejo Superior de la institución, está vinculado al Gimnasio desde su infancia. El rector puede decir que la amistad que lo liga a su antiguo alumno es una amistad de cincuenta años. Roberto García fue en las aulas, y ha sido en la vida, el exponente cabal de lo que aquí hubiéramos querido hacer de cada uno de nuestros discípulos: el hombre recto y gentil; el ciudadano ejemplar: el auténtico abanderado del Gimnasio. Fue él quien recibió de nuestras manos en ya lejanos días, pero que en la opinión pública conserva aún, la insignia conmemorativa de “El más Bello Carácter”.

El otro compañero a quien aquí nos referimos es Benjamín Casabianca, nuestro secretario general, pudiéramos decir nuestro secretario perpetuo, quien por más de un cuarto de siglo viene sirviendo a la entidad con decisión inquebrantable, y con manifiesta eficacia en la no fácil tarea de administrar las finanzas del colegio. Con todo lo que el Gimnasio debe a los miembros de su Consejo Superior, estamos todos de acuerdo en pensar que a “don Benjamín”, como familiarmente lo denominamos, se debe en primer término el equilibrio fiscal al que, después de incontables vicisitudes y continuados déficits de veinticinco años, llegó la institución.

En efecto, merced al celo vigilante de tan cuidadoso guardián, y al rigor a que todos fuimos sometidos para el estricto cumplimiento de los presupuestos, se logró

la estabilización financiera que no habíamos conseguido los que solo pensábamos en el avance espiritual, sin tener en cuenta que con solo espíritu no puede cimentarse ninguna obra, por generosa en propósitos que ella pueda ser. En las pulcras manos de nuestro administrador y secretario general, el Gimnasio tiene puesta su fe sobre la estabilidad económica de nuestra empresa.

## **La educación cívica**

Nos pregunta un amigo si en el presente volumen se encontrará algún capítulo dedicado a la educación cívica, aspecto que tan gran importancia tiene en la estructura de la generación actual. Nos ocurre pensar que el libro todo trata de este problema. Constantemente aparece aquí, en unos u otros términos, la preocupación primordial por educar cívicamente a nuestros alumnos. Al escribir estas páginas, que han procurado ser el recuento fiel de cuanto hemos hecho, está, de principio a fin, este pensamiento.

En todo el recorrido de este libro se advierte lo que pudiéramos llamar el murmullo perenne del amor a la patria, del anhelo de conocerla y de servirla, del orgullo de pertenecer a ella, y de la clara conciencia de las obligaciones ciudadanas. Tenemos la certidumbre de que estos son sentimientos entrañables que han penetrado como por ósmosis en el corazón y en la mente de nuestros alumnos. Hemos procurado, y creemos que no en vano, que todos ellos adquieran el conocimiento de la dimensión geográfica y de la dimensión espiritual de Colombia, y, con ello, un conocimiento claro de su responsabilidad ciudadana.

Todo esto, y tantos otros aspectos enumerados como características de nuestra tarea educativa, es lo que entendemos por auténticas expresiones de civismo.

Sabemos que lo primero es crear un ambiente propicio al desenvolvimiento del espíritu cívico. Desarrollar en los estudiantes la noción de libertad y de servicio a la comunidad. Luego, ponerlos en contacto con las ideas que llevaron a las luchas heroicas por conseguir los derechos humanos.

Ha valido entonces relieves nuestras grandes figuras: Nariño, Bolívar, San Martín, Jefferson, Santander, Lincoln, Martí, Juárez. Enaltecer no solo a los generales y mariscales y hacer la remembranza de sus batallas. Trazar con énfasis mayor la historia de la cultura emanada de los mismos mártires y libertadores y de otros patricios también.

Lo esencial es darle a la juventud un iluminado concepto de la democracia, y de los derechos y deberes de todo ciudadano. Se logra esto cuando insistimos mayormente en las actividades cívicas que en los partes de guerra dados minuciosamente por algunos historiadores.

Desde luego, en el plan de estudios que seguimos se encuentra la Instrucción Cívica con la formalidad docente que enseña a conocer la estructura del Estado y las implicaciones de la ciudadanía. Pero aquí, como ocurre con la instrucción relacionada con la urbanidad, con la misma religión y la misma moral, lo que a nosotros nos importa fundamentalmente es que todo ello se traduzca en la práctica del obrar con rectitud. Vivir de acuerdo con nuestra luz interior, pedía el filósofo, y es este principio el que llena nuestro querer. Que los conocimientos y las ideas y las máximas, determinen los actos de nuestros alumnos, y no sean materia superpuesta a su manera de comportarse: tal ha sido la insistente prédica que se ha escuchado en esta escuela.

Alguna formación cívica han debido recibir los alumnos del Gimnasio cuando en cincuenta años no se les ha visto participar en ninguna de las borrascosas asonadas estudiantiles que una y otra vez se ponen al orden del día. Ellos han sido extraños a las huelgas vocingleras; extraños a las depredaciones de la propiedad privada y aun de los edificios de colegios y universidades; extraños a las pedreas callejeras, a la quema de automóviles, a los gritos y letreros de insólita vulgaridad.

No es de este modo como se muestran en su vida privada y ante el público. Si de niños cometieron tonterías y a veces algunos mostraron infantiles tendencias destructoras, la escuela constituyó para ellos una barrera de honestidad y decoro que asfixió todo impulso contrario a la decencia dentro de los mismos claustros, y dio una especial fisonomía a todos los que por aquí pasaron.

La llamada urbanidad entra ciertamente dentro de la educación cívica. Importa sí no olvidar que en todo lo que aprendemos debe haber medida. “Nada en exceso”, decían los griegos. La verdad es que aun las buenas maneras, llevadas a la exageración se tornan en fastidiosas y ridículas.

Reafirmemos ahora la idea de que los más extraordinarios avances de la ciencia y de la técnica han dejado para nosotros intocados los hondos, los eternos principios que conforman la dignidad humana. Nuestro propósito ha sido —hemos repetido una y otra vez— el de modelar gentes que estén preparadas para prestar su contingente

en el desarrollo del progreso patrio. Esto hemos querido, pero jamás pasó por nuestra mente hacerlo en olvido de los valores morales y cívicos que son, en primero y en último término, los que fundamentalmente cuentan para nosotros en la vida que aspira a ser decorosa y responsable.

Son exponentes fidedignos de esta manera de sentir y de pensar los exalumnos que ocupan hoy sitio destacado en las varias profesiones, en la administración de prestigiosas empresas, en las gerencias de bancos, en la rectoría de las universidades, en los ministerios y en el cuerpo diplomático de la nación.

Buen número de nuestros antiguos discípulos están en frecuente contacto. Dentro del colegio se verifican varias veces en el año los llamados “chocolates santafereños”, a los cuales concurren habitualmente un centenar de exalumnos, y, cada semana, otros grupos almuerzan en un restaurante de la ciudad en donde departen sobre los muy variados temas que son de interés para la comunidad gimnasiana. Para avivar este espíritu de confraternidad han creado un boletín que aparece mensualmente. Justo es reconocer que uno de los viejos alumnos, Guillermo Wiesner, ha sido el alma de esta aspiración de permanente contacto entre todos los estudiantes que han pasado por estas aulas y que hoy forman una valiosa asociación.

En las últimas promociones de bachilleres han sobresalido unidades excepcionalmente brillantes. Algunos alcanzaron los primeros puestos en los exámenes de ingreso en las universidades, y han ganado concursos, becas en el extranjero y matrículas de honor.

El punto de vista del rector no es el de construir nuevos edificios y aumentar el número de sus discípulos. Su aspiración es otra, como se desprende de todo lo que aquí se ha dicho. Preferimos calidad a cantidad. Y es con el fin de alcanzar la meta entrevista por lo que nos hemos empeñado en contar ante todo con un profesorado de distinguida personalidad. En ello nuestra ambición no quisiera poner límites.

Que cada uno de nosotros, consciente de que la perfección no existe en lo humano, esté sin embargo seguro de que se puede avanzar cada día en el camino del propio mejoramiento. Que para el estudio no haya pausa. Que ninguno de nosotros deje de merecer el nombre de maestro. El maestro ha de ser —digámoslo de nuevo— un hombre que no solo sea exponente de esenciales condiciones morales, sino que tenga la fibra del conductor de juventudes, devoto de los libros, amante de su tarea, imbuido del más

estricto espíritu de justicia, honesto en sus proceder, respetuoso de sus discípulos, ajeno a toda vanidad; tan pulcro en su pensamiento y expresiones como en su propia presentación personal; hombre íntegro, en fin, cuyo carácter pueda erigirse en ejemplo. Todo esto es más una meta que una realidad, pero solo cuando se entrevén metas claras, y hacia ellas se encamina un máximo esfuerzo, podemos modificar lo existente.

Valdría repetir que para todos nuestros propósitos educacionales necesitamos el concurso del hogar y de la sociedad entera. Sin ese concurso la labor de la escuela será precaria. La escuela tiene precisamente las limitaciones que el hogar y la sociedad condicionan para ella, consciente o inconscientemente, pudiéramos decir que hay hogares insuficientes, y conjuntos sociales que contradicen, y a veces destruyen, toda labor docente, así sea ella afirmativa y constante.

No pretendemos ocultar que nos hemos propuesto formar una nueva clase dirigente, una clase dirigente que nada tiene que ver con las antiguas élites aristocráticas o capitalistas del pasado, pero que tampoco puede encerrarse en un círculo de proletarios. Clase dirigente de los mejor preparados, de los más capaces, de los de más alta categoría moral, descartada su procedencia: así entendemos esa selección hecha por lo alto. Y con esta enseña seguiremos adelante, sin mirar mucho hacia atrás.

No obstante será preciso que de trecho en trecho hagamos un alto en nuestra ruta. Este libro tiene esta intención. Quizás, a medida que los años pasan y vemos acortarse nuestra ruta, las declaraciones que hacemos tomen un sentido de inusitada trascendencia. Perspicazmente ha dicho el profesor López de Mesa que de cierto momento en adelante las palabras nuestras tienen un valor testamentario. Mas pudiéramos agregar que, si hablamos en el crepúsculo, no por ello dejamos de entrever el nuevo día. Sea como fuere el discurso llega en este caso después de la acción. La obra fue primero; la palabra después.

Dijimos que no hay asunto de los concernientes a nuestra labor que no se haya tratado en alguno de los seis tomos publicados en la colección de las ediciones del Gimnasio: "Palabras a la juventud", "Rumbos de la cultura", "Los maestros", "La segunda enseñanza y reformas de la educación", "Crónicas de viaje" y "Crónicas ligeras". Todos ellos forman una sola obra con el presente volumen.

Y así como en los libros mencionados se encuentra toda la ideología del Gimnasio Moderno, pudiéramos decir que idéntica cosa ocurre con todos los documentos que

se relacionan con las actividades en las que el rector ha puesto en evidencia los principios que él ha considerado como guiones directivos de la educación.

No es este el lugar para presentar pruebas de esta identidad. Pero es lo cierto que donde quiera que el director del Gimnasio prestara su concurso, se advierte la misma línea conductora que en estas páginas se pone de manifiesto. Fue esto así en la dirección general de Educación Pública, en la rectoría de la Universidad Nacional, en el Consejo Superior de Educación, en los congresos internacionales y en las diversas conferencias dictadas dentro y fuera del país.

El Gimnasio ha sido como un crisol en el que a todo lo largo de medio siglo se han fundido ideas, reflexiones, experiencias y estudios en el campo educativo, y era obvio que a donde quiera que uno de sus gestores fuera, llevaría el espíritu y los propósitos que aquí nacieron y fructificaron.

Creemos que en esta escuela es mucho menos lo que de ella hemos dicho que lo que en ella tenemos realizado. En verdad lo que aquí vale y cuenta es la acción cotidiana dentro de una orientación inmodificable. No son, en todo caso, nuestras palabras lo que pueda quedar en el espíritu de las nuevas generaciones, sino lo que representa el camino que hasta aquí trajimos, y que ha de continuarse con la misma voluntad y el mismo fervor.

Frecuentemente tenemos la visita de colegas extranjeros que pasan una mañana o una tarde en el colegio, y con quienes departimos a espacio sobre estas cosas. Luego, escriben generosamente sobre sus impresiones. Quizás de esto proviene el que el Gimnasio sea más conocido en el exterior que entre nosotros.

Se observa con razón que después de medio siglo de labor es natural que para todo ser humano llegue el tiempo del merecido descanso, llamado de jubilación. En nuestro medio se le da a ese venerable título de jubilado una acepción que es mejor no enunciarla ahora. Sería tremenda la emergencia de que, llegando a perder nuestra entereza mental, comenzaran a mirarnos compasivamente nuestros propios discípulos, tanto más cuanto que lo que nos quede de juventud espiritual se lo debemos a ellos mismos.

De todas maneras el relevo se ha de imponer en no lejano día. Es ley de la vida. El sitio de comando hay que cederlo en tiempo a quienes traen nuevas ideas y nuevas energías. Lo importante es que la gente de relevo se dé cuenta de las severas responsabilidades que asume, y no haga añorar el vacío de los que ya cumplieron su misión.





## El espíritu del Gimnasio

---

**D**e tanto predicar sobre unos mismos ideales, en identidad de propósitos con nuestros compañeros, hemos logrado formar entre todos lo que llamamos el espíritu del Gimnasio. ¿Cómo podríamos definirlo?

Este espíritu surge del ambiente en que viven los alumnos. Es el contorno del colegio; son las montañas que forman su telón de fondo; son los prados y arboledas; los campos de juegos; la biblioteca, los talleres y laboratorios; la capilla, joya de arte, iluminada por el tesoro de sus vitrales.

Son los centenares de palomas que bajan cada mañana a una hora precisa a comer en las manos de los chiquillos del jardín de niños.

Es también la banda organizada por los alumnos mayores, y los bellos coros de chicos y grandes. Es el teatro con su comparsa de alumnos y profesores.

Es la acción de bienestar social que no niega la ayuda a quienes necesitan de ella.

Es el acercamiento entre exalumnos y alumnos. Es el compañerismo afianzado por las excursiones realizadas a lo largo de todo el país.

Es el anhelo de mejoramiento. Es la negación de la fatuidad. Es el ánimo de justicia. Es la predilección por el estudio.

Es una estética de la franqueza y la lealtad. Es el hábito de mirar de frente.

Es el desinterés pecuniario en una empresa que no tiene dueños, y, por lo tanto, no reparte dividendos.

Es una manera de concebir la vida. Es una manera de vivir.

Es el amor a Colombia.

Confiamos en que en la entraña de todo esto haya quedado también algo de nuestro propio espíritu. Sería desolador que así no fuera.



## El Gimnasio Femenino

---

**E**n relación con el Gimnasio Femenino habrá que escribir algún día un volumen semejante al que ahora hemos elaborado sobre el Gimnasio Moderno. Un idéntico ideal al que nos había reunido en el año de 1913, nos llevó, en 1928, a la creación del llamado desde entonces Gimnasio Femenino.

Todos pusimos nuestro mejor esfuerzo en la culminación de esta difícil empresa, erizada de tropiezos en su comienzo, pero que día tras día acrecentaría su ascendiente ante la sociedad e iría afirmando su estabilidad.

Precisamente en estos momentos levantamos en el norte de la ciudad, en muy amplio terreno, las nuevas construcciones que asegurarán en forma digna y definitiva el porvenir de la institución.

El Femenino es la hermana menor. En los primeros quince años estábamos solos. La obra era incompleta. Pudiéramos decir que ante esta situación hicimos de una costilla del Moderno al Femenino, que ha tenido su mismo espíritu, pero, evidentemente, embellecido por la gracia femenina. Y esto de la costilla resulta simbólico cuando nuestro ilustre monseñor de Brigard ha bendecido ya más de un centenar de alianzas matrimoniales entre alumnos del Gimnasio y las niñas del Femenino.

Como decíamos, sería necesario que en un libro análogo a este se cuente la historia, las vicisitudes y los triunfos de esta empresa de tan encendido fervor.

Ninguna persona mejor indicada para llenar este intento que la misma directora doña Ana Restrepo del Corral, quien por tantos años ha estado al frente del colegio, y en cuya prestancia de gran dama, cultivado talento y sabiduría docente, depositamos los miembros del Consejo Superior entera seguridad.

Breves apuntes bastarán por ahora.

## **Fundadores y promotores**

En los estatutos de la corporación figuran como fundadores, en el orden que allí aparecen las señoras: Adelaida Cano de Nieto Caballero, Inés Samper de Durana, Paulina Nieto de Cano, Sauria García de Samper, Carlina Mariño de Muñoz, Isabel Reyes de López, y los señores Agustín Nieto Caballero, Camilo Sáenz, Miguel López Pumarejo, Jorge Durana, Alberto Uribe García Herreros, Rafael Escallón y Jorge Triana, personas vinculadas entrañablemente al Gimnasio Moderno.

Mención especial merecen Camilo Sáenz y Jorge Durana quienes dieron desde el primer momento toda su inteligencia y todo su tiempo al servicio de la organización y al avance continuo del nuevo instituto.

Jorge Durana, el fraternal amigo, cuya muerte causó tan hondo dolor en todos nuestros hogares, nos acompañó con el constante y valiosísimo aporte de sus finas cualidades de gran señor, hasta el fin de su fértil jornada. Y Camilo Sáenz, experto capitán de empresas vinculadas a la prosperidad nacional, y promotor de nobilísimas iniciativas de redención social, continúa integrando el alma de los dos gimnasios, como lo hizo, sin pausa, Jorge Durana.

No serían pocos los eficaces colaboradores que habríamos de nombrar cada vez que habláramos conjuntamente del Gimnasio de los varones y del Gimnasio de las niñas. Las dos entidades tienen una misma ideología, sus propósitos son unos mismos, pero sus organizaciones son independientes una de otra, y sus finanzas se manejan separadamente. Sin embargo, aun cuando sus Juntas Directivas obran con entera autonomía, varios de sus miembros son comunes a los dos. Entre ellos es grato, para quien esto escribe, destacar el nombre de Manuel Trujillo Venegas, presidente de la Cámara de Comercio, ciudadano de la más señalada distinción, quien no obstante sus abrumadoras ocupaciones, atiende cumplidamente a las reuniones de ambos Consejos, y a una y otra institución presta valiosos servicios de manera constante.

Hombres de empresas financieras, banqueros, industriales, comerciantes, arquitectos, que no piensan únicamente en el producto material de su negocio sino que dan su tiempo y su dinero a obras desinteresadas de alta categoría espiritual, y que son ejemplo vivo de espíritu público, han contribuido dadivosamente al progreso y estabilidad del Gimnasio Femenino, como otrora lo hicieran con el Gimnasio Moderno en sus momentos de mayores dificultades.

Entre los compañeros que la muerte prematura alejó de nosotros querríamos escribir en letras indelebles el nombre de Fernando Salazar. Raro ejemplo humano el de este cumplidísimo caballero que reunió en su persona las más excelsas cualidades del buen ciudadano, y sirvió a nuestro ideal con todas las dotes de su privilegiada inteligencia y de su espléndida generosidad. Ciertamente fue Fernando Salazar una figura intachable, de excepcional valía, una de aquellas que muy contadas veces hacen su aparición en la colectividad.

## La orientación

La orientación de la escuela quedó claramente determinada en los estatutos. Leemos allí: “El ideal educativo, a que principalmente aspira la corporación, es el de informar el espíritu de la mujer en los más puros sentimientos de rectitud, sinceridad, nobleza, desinterés y patriotismo, para lo cual propenderá la corporación por inculcar en sus educandas hábitos encauzados hacia el bien, a fin de que sean factores decisivos en la formación de las futuras generaciones”. Y más adelante:

“Los directores de la corporación cuidarán de enseñar a las alumnas los deberes que les corresponden como miembros que son de la gran familia nacional, con objeto de que en todo momento sepan cuáles son sus deberes y cuáles sus derechos dentro de la familia, la sociedad y el Estado”.

Los fundadores destacamos ayer, y destacamos hoy, la función de la mujer en el hogar, conscientes de que las virtudes auténticas que la enaltecen, son las verdaderas creadoras y el eje de la familia, célula de la ciudadanía.

Esto implica la educación de la inteligencia y de los sentimientos. Si a los hombres les pedimos que se preparen para ser activos y dignos miembros de la sociedad, a las mujeres quisimos verlas siempre convertidas en hogareñas damas de excelencia moral y espiritual. Pero la mujer no es únicamente señora de su casa. Ha tomado conciencia de su valor en la vida ciudadana, y no ignora ya las múltiples preocupaciones relacionadas con el bienestar social. Compañeras y colaboradoras del hombre, saben que es posible para ellas, si su inclinación así lo pide, coronar una carrera, sin dejar de un lado las preeminencias de su hogar. Saben asimismo que el voto que las leyes les han dado no es solo un privilegio sino una dignidad humana que entraña responsabilidades que ya aprendieron a asumir.

Fieles a este pensamiento decíamos en el discurso de apertura de tareas del año de 1940:

“Al fundar el Gimnasio Femenino, hace dos años, estuvimos guiados por un ideal esencialmente educativo. Desde el comienzo quisimos que todas nuestras alumnas adquirieran un sentimiento activo de integridad cristiana; que fueran fundamentalmente óptimas en propósitos, pero en acciones también; que tras la gracia frívola alentara cada día en su pensamiento la idea de alguna noble realización; que con el corazón iluminado por la inteligencia cultivada pensarán en los demás”.

Con oportunidad del fin de curso, añadimos:

“Experimentamos hoy un doble sentimiento, un sentimiento de alegría y de pesar. Alegría por verles coronar de manera tan brillante un esfuerzo de diez años. Pesar por verlas alejarse de nosotros. Mas, a juzgar por las condiscípulas que ya terminaron sus estudios en estos claustros, el alejamiento será apenas nominal. La denominación de exalumnas se ha convertido en este instituto en palabra íntima y entrañable.

“Hemos cumplido el viejo anhelo de dar a la mujer, no solo una información, no digamos erudición, semejante a la de nuestros alumnos, sino al mismo tiempo una mayor riqueza del alma, virtual esencia de la feminidad.

“Lleváis a la vida la gracia en el gesto y la gracia en el espíritu, la alegría externa y la seguridad interior. De esta manera podemos estar seguros de que seréis el orgullo de vuestra casa y de vuestra escuela, y ya no solo el adorno de la sociedad en medio de la cual vais a vivir, sino el fermento activo de obras en las que pondréis todo el fervor de vuestro ímpetu creador”.

“Al igual de vuestras compañeras que van adelante, sabréis ser alegres con la sana alegría de la juventud, iluminado vuestro corazón con el ejercicio de las nobles actividades que encauzarán vuestra vida.

“No hemos querido formar heroínas ni personalidades singulares. Nuestra aspiración deja a un lado lo heroico y singular. Aspiramos sí, como lo hemos dicho y gustamos repetirlo, a darle a la sociedad mujeres que a nada pospongan el ser reinas de su hogar pero que sean también, por su bondad activa, por su comprensiva inteligencia, eficaces animadoras de benéficas labores. Para realizar tales propósitos lleváis un patrimonio espiritual, *una dote* intelectual y moral que augura desde ahora el éxito de vuestro empeño”.

Y esto se ha logrado cabalmente en el curso de los años. Quien conoce a fondo a las alumnas del Gimnasio Femenino, por haber vivido con ellas y haber sido su inmediata y principal formadora, nos dirá un día, en el libro que ha de darnos, lo que representan hoy las exalumnas del colegio en sus hogares, y como miembros de elevado prestigio en la sociedad.





## La Escuela de Administración Industrial y Comercial

---

**E**l admirable dinamismo de Daniel Samper Ortega concibió la creación de la Escuela de Administración Industrial y Comercial.

Veinte años habían pasado desde el día de la fundación del Gimnasio cuando nuestro compañero, preocupado, con un hondo sentido patriótico del progreso del país y de la necesidad de preparar técnicamente hombres capaces de encauzarlo, lanzó la idea de coronar nuestro esfuerzo educativo con la fundación de esta Facultad de Ciencias Económicas que tan brillantes exponentes habría de dar, en días no lejanos, a la ciudadanía.

Daniel Samper, a quien la muerte sorprendió tras cruel enfermedad cuando su idea trascendental apenas llevaba un año de haberse puesto en marcha, solo alcanzó a entrever los frutos que daría. Pero su visión era tan clara que con ella iluminó el camino que sus continuadores habrían de seguir.

El entusiasmo de tan denodado trabajador era contagioso, y desde el primer momento había logrado que uno de los más connotados economistas de Colombia, el Dr. Carlos Lleras Restrepo, aceptara asumir la primera decanatura de la escuela, y con ello quedaba firmemente asegurada su seriedad y prestigio.

Consiguió con igual prontitud, el animoso fundador, que la Universidad de Harvard tomara un interés vivo en el fortalecimiento de la escuela. Fue así como el profesor Antón de Haas, coordinador de asuntos internacionales de la renombrada universidad, viniera a prestar su ayuda de experto en la confección de los programas docentes, y a dar el primer impulso al conjunto de las diversas enseñanzas.

Harvard, con su reiterado espíritu de cooperación, obsequió al mismo tiempo un centenar de modernos textos de estudios económicos, con los que se inició la nueva biblioteca. Conocidos profesores nacionales y extranjeros se asociaron a la obra con fervoroso empeño.

Otro consagrado economista, el Dr. Gonzalo Restrepo, reemplazó al Dr. Carlos Lleras, a quien absorbentes ocupaciones no le permitieron seguir acompañándonos.

El tercer decano fue el eminente ciudadano Dr. Carlos Sáenz de Santamaría, quien como el Dr. Carlos Lleras y el Dr. Gonzalo Restrepo, puso el caudal de sus lecturas y experiencias al servicio del progreso de la institución.

Los tres habían ocupado el cargo de ministros de Hacienda en distintas administraciones, y allí quedaba la huella de su inteligencia, su versación y capacidad de servicio, y ya sabemos todos que a uno de ellos, sus eximias virtudes ciudadanas lo llevarían un día a la Presidencia de la República.

Nuestro admirado y admirable antiguo alumno Roberto García Paredes, de quien ya hemos hecho cálido y merecido elogio en estas páginas, habría de tomar luego en sus manos las riendas de esta empresa de tan prometedoras perspectivas.

Activos directores de la escuela fueron, el hoy ministro de Agricultura, Armando Samper, otro prestigioso exalumno, hijo del gestor de la iniciativa, y como tal, entrañablemente encariñado por sangre y espíritu con ella, y el muy distinguido capitán Gilberto Estrada, y Jorge Méndez sobresaliente hombre de estudio. Uno y otro habrían de privarnos de su inmediata colaboración, llamados por altas instituciones internacionales.

Andando los días creció la escuela en ascendiente y en número de alumnos, y llegó el momento en que, ensanchándose también los sectores primario y secundario del colegio, y habiendo surgido la Escuela de Economía en la Universidad de los Andes, universidad cuyos principales fundadores habían salido de los claustros del Gimnasio, pensamos en la fusión de las dos facultades. Nos movía asimismo la idea de que el universitario debe estar en estrecho contacto no solo con los estudiantes de una determinada especialidad, sino con todos los que reciben enseñanza superior, para así formar la unidad juvenil que responda a una futura unidad nacional.

La fusión fue sencilla, sin propuestas ni contrapropuestas, en amistosa conversación entre el rector de la Universidad de los Andes y el rector del Gimnasio, con la plena autorización y unánime aquiescencia de nuestros consejeros directivos.

“Los términos del acuerdo quedaron fijados en reunión tenida con los rectores Alberto Lleras Camargo y Agustín Nieto Caballero, los decanos de las dos escuelas de economía, Roberto García Paredes y Hernán Echavarría Olózaga; los exalumnos Mario

Laserna Pinzón, Gabriel Salazar Camacho y, en representación de la familia del fundador, Andrés Samper Gnecco”.

Como se trataba de la integración de dos instituciones que habían tenido una común inspiración, y avanzaban movidas por idénticos propósitos, el convenio tenía que verificarse sin el menor tropiezo, y así nuestro sector universitario pasó a la Universidad de los Andes con todos los elementos de que disponía. Desde luego sin que el Gimnasio exigiera condición alguna, o buscara beneficio por la cesión que hacía.

Es verdad que nuestros jóvenes economistas estaban tan encariñados con su viejo hogar que muchos manifestaron su franca inconformidad con el traslado, y hubo quien pensara que el rector del Gimnasio abría una brecha en la amistad que lo ha unido siempre con las gentes que han convivido con él en esta casa. No podía ser así, y pasada la inicial contrariedad, el buen entendimiento volvió a renacer entre todos. Hoy en el rector tienen los egresados su más ferviente admirador, y a ellos debe manifestaciones de cordial estimación.

Y así como hemos pensado que para el recuento de lo que ha sido el Gimnasio Femenino habrá una pluma ilustre que llene los vacíos que en este libro quedan, de la misma manera conservamos la esperanza de que algún día Enrique Peñalosa, Miguel Fadul, Jorge Méndez u otro de nuestros muy distinguidos exalumnos que llegaron ya a prestigiosas posiciones, puedan contarnos —y sabemos que lo harían con afecto filial— lo que fue el comienzo y el desenvolvimiento de esta bella aventura, una de tantas a las que se lanzara, con su arrolladora personalidad, Daniel Samper.



## Conclusión

---

**H**emos llegado trabajosamente al final de este libro. El trajín docente de cada hora, y los mismos días de aparente reposo o de viajes dedicados al estudio, abrumados muchas veces por el peso de las documentaciones de seminarios y congresos, no dejaron campo para hacer de este volumen lo que hubiéramos querido que él fuera: una síntesis cabal de nuestro empeño de más de cincuenta años, y un retrato fiel de esta escuela en sus múltiples manifestaciones.

Aquí encontrará el lector saltos y lagunas, y no pocas repeticiones, porque estas páginas no fueron escritas mediante un plan cuidadosamente estructurado, sino al esporádico correr de las horas libres, y, quizás, sin el temor de insistir sobre las cosas que se estimaron esenciales.

Tenemos la impresión de haber quedado a mitad de camino. Así lo muestran los centenares de cuartillas de notas que no fueron utilizadas. Nosotros mismos no encontramos en este libro toda la escuela.

Además, tal vez se halle una aguda contraposición entre la severidad de mucho de lo que aquí se dice y el mismo espíritu de quien lo escribió. Ocurre que el rector del Gimnasio ha creído siempre que entre todas las virtudes del educador hay una que jamás ha de estar ausente de él: el sentido del humor. Sentido del humor para consigo mismo; sentido del humor para mirar muchos de los tremendos dogmatismos e implicaciones de la pedagogía; sentido del humor para con los compañeros del trabajo y para con los propios discípulos con quienes hay que saber sonreír frecuentemente, y no fruncir el ceño sino en graves circunstancias.

Y tal característica parece que está ausente en estas páginas. Acaso aparezca el autor como habiendo tomado demasiado en serio su propia obra.

En verdad, quizás él ha debido escribir algo más ligero, menos árido, más en consonancia con el tranquilo y feliz discurrir de los días pasados en estos campos.

No que el rector intentara lanzar al público el segundo tomo de sus “Crónicas ligeras”, aun cuando es allí donde más cabalmente se retrata su manera de ser y de sentir. Pero lo cierto es que, paradójicamente, para quien ha vivido entre libros de pedagogía, la pedagogía libresca es ajena a su temperamento, y teme ahora que estas dilatadas y pesadas disertaciones le hayan hecho incurrir en el grave pecado de traicionar su propio espíritu.

Que al menos se vea en todo esto una sana intención, y que por ello le sean perdonados los dictámenes contrarios al sencillo decir y el sencillo y modesto pensar que aquí puedan encontrarse. Ya Wilde decía que cada hombre mata lo que más ama, y sería calamitoso haber cometido tamaño atentado.

Que en todo caso no se piense que el autor quiso presentar una obra de lucubraciones pedagógicas más o menos nuevas, ni un texto de guías de clase, ni un tratado de didáctica de las distintas enseñanzas, ni mucho menos una recopilación de lecciones doctorales. Aquí únicamente se intentó hacer el relato de un ensayo de cultura patria, cercado por nuestras propias limitaciones, y solo engrandecido por la fe que pusimos en él.

Quieran las buenas hadas que el lector, no obstante los traspiés pedagógicos que advierta, pueda, al cerrar este libro, retener únicamente la clara impresión de que la escuela de que hablan sus páginas es una escuela con alma.



*Diseño e Impresión*  
*Sanmartín Obregón & Cía.*  
*Bogotá D.C., Colombia*  
*Marzo - 2014*





*El 2014 es el año del Centenario del Gimnasio Moderno, una oportunidad de lujo para detenernos y repensar el camino que trazaron nuestros fundadores hace un siglo cuando con gran intuición concibieron un colegio que estuviera a la altura de los tiempos y revolucionara la educación no solo en el país sino en el continente. Hemos sido pioneros en implantar modelos pedagógicos como la Escuela Activa y la Disciplina de Confianza con el propósito de formar generaciones de estudiantes autónomos y comprometidos en transformar la sociedad para contribuir a la construcción de un mundo más equitativo y humano.*

*Para entonces don Agustín Nieto Caballero había aprendido que las aulas no eran espacios en donde los maestros repetían pensamientos ante alumnos confundidos. Abogó por la libertad en la expresión, el abandono de la repetición y del castigo como fuente de aprendizaje.*

(...)

*Él, el “caballero andante de la educación”, sabía que nuevos hábitos debían formarse para adaptarse a los nuevos tiempos, no podía aspirarse a tener hombres de bien sin consolidar en ellos la firmeza del carácter y su singular personalidad.*

*Apartes del prólogo por:  
**Victor Alberto Gómez C.**  
Rector del Gimnasio Moderno*



GIMNASIO MODERNO